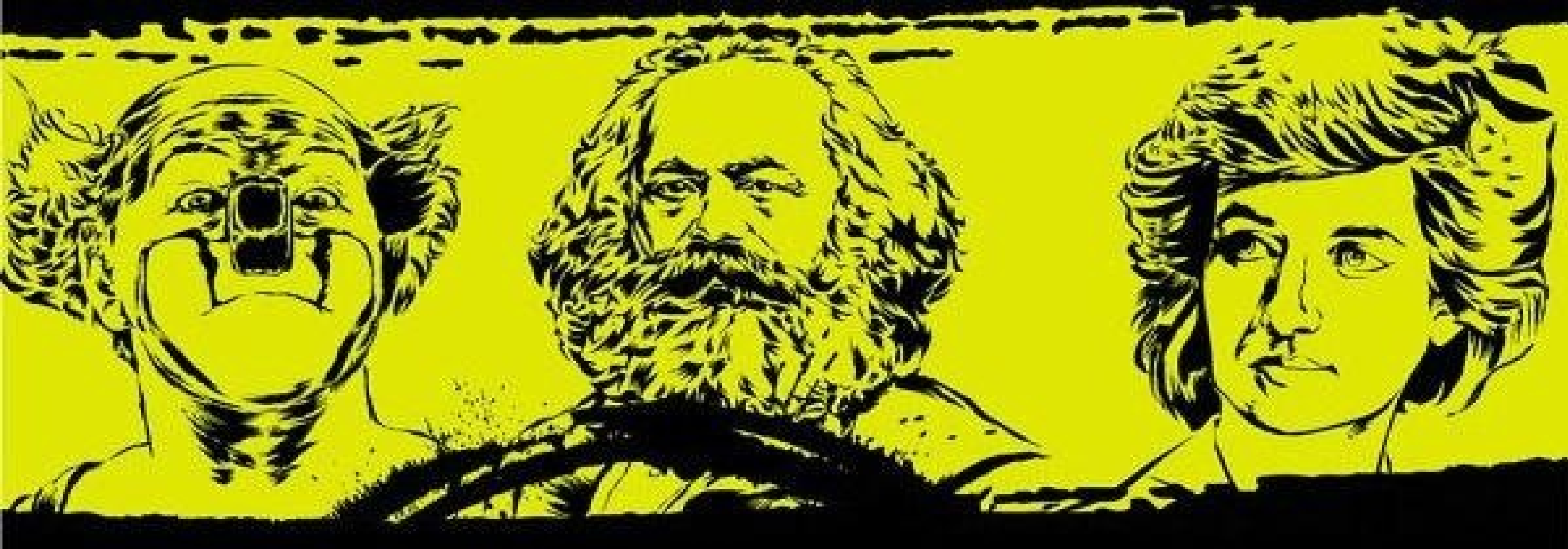


MALCOLM OTERO Y SANTI GIMÉNEZ

EL CLUB DE LOS EXECRABLES

El lado oscuro de los personajes más idolatrados de la humanidad

PRÓLOGO DE DAVID TRUEBA

Una selección de los mejores 50 personajes célebres que han pasado o pasarán por el programa de RAC 1, en la sección de Malcolm Otero y Santi Giménez dedicada a elogiar la mala reputación de la gente, descubrir los claroscuros de personajes que han sido fundamentales para la humanidad escribiendo, actuando, componiendo, haciendo deporte… y que son idolatrados.

Malcolm Otero y Santi Giménez no soportan a los ídolos. Pueden admirar, pero siempre con el freno de mano puesto.

Como decía Billy Wilder, nadie es perfecto, y en este libro nos descubren que una cincuentena de los personajes más ilustres de la humanidad también han sido execrables. El nivel va desde premios Nobel hacia arriba. Destacan adicciones, escaso respeto por la propiedad privada (es decir, ladrones), agresores, violentos, racistas, envidiosos, trepas… A pesar de todo, los autores admiran a estos personajes porque son el pilar que ha construido el paisaje cultural de nuestra vida.

Eso sí: el simple hecho de ser famoso no da derecho a entrar en el club de los execrables. Aquí no caben aquellos famosos que ya de por sí caen mal y cuyas fechorías ya son de todos conocidas.

Malcolm Otero y Santi Giménez se convierten en detectives de la historia y nos hablan de primeras espadas mundiales -de las cuales no se ha contado nunca toda la verdad- de una forma mordaz, irónica y con brillantes golpes de ingenio y de humor, componiendo un libro que arrastrará a los incondicionales del programa de radio y a un público ávido de entretenimiento.

Malcolm Otero y Santi Giménez

El club de los execrables

ePub r1.0
Titivillus 15.08.2021

Título original: *El club de los execrables*
Malcolm Otero y Santi Giménez, 2018
Prólogo: David Trueba
Ilustraciones: Leo Flores
Basado en la sección del programa *Via Lliure* de RAC1

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO
A MODO DE DESMENTIDO

Antes de nada quiero desmentir de manera tajante que Santi Giménez y Malcolm Barral se conocieran en la cárcel. Por más que muchos estén interesados en desprestigiarlos, la verdad es otra. Aunque la lista de antecedentes penales de ambos es casi tan grande como el ego de Cristiano Ronaldo, fui yo quien los presentó. Y por supuesto que asumo mi culpa por ello.

Trataré de contar cómo sucedió. A Malcolm, editor literario, lo conocí cuando la noche previa al día de Sant Jordi acompañaba a un escritor latinoamericano de enorme prestigio. La casa editorial le había hecho un encargo a Malcolm, entonces un joven empleado, que debía cumplir a rajatabla. El escritor era muy bebedor y se trataba de lograr que llegara en perfectas condiciones a la larga jornada de firmas del día siguiente. Cuando yo caí en el mismo bar en que estaban ambos, el escritor prestigioso y latinoamericano andaba a cuatro patas por la moqueta del Giardinetto y exigía que le dejaran bailar desnudo sobre el piano. Malcolm, desolado, me explicó que no pensó que compartir una botella de tequila con él llegara a causar tales efectos. ¿Qué hacer?, me preguntó Malcolm. Y yo le contesté con sinceridad: a una persona en ese estado nunca se le puede permitir que beba a solas. Nos emborrachamos con él y exaltamos una amistad naciente.

En aquel momento yo estaba a punto de sumar un millón de amigos, reto que ni tan siquiera estaba al alcance de Roberto Carlos, entonces un conocido futbolista del Real Madrid. Así que aceptar la amistad de Malcolm era casi un incordio, pero en las semanas posteriores a su despido de la editorial, puesto que la mañana de Sant Jordi el escritor prestigioso y latinoamericano había terminado vomitando sobre la cola de sus fans, tuve que ejercer de hombro consolador para Malcolm. Para cuando él encontró un trabajo, que resultó aún mejor, ya éramos eso que se ha dado en llamar amigos.

Años antes, por mi pasión deportiva había conocido a un joven reportero del diario *Sport* llamado Santi Giménez. Interesado en personas que sin ser profesionales del deporte exhibieran cualidades físicas asombrosas, vino a mi chalet en Galapagar para escribir un reportaje sobre mi humilde persona. La entrevista, que apareció en la contraportada del *Sport* en febrero de 1997,

carecía de rigor periodístico y estaba llena de disparates e invenciones, así que escribí una breve carta de protesta al director del diario. Para mi sorpresa, el despido de Santi Giménez me produjo una profunda sensación de culpa que traté de paliar con una comida de desagravio en la Barceloneta. Fue en aquella jornada cuando conocí, de primera mano, las condiciones sobrehumanas del hígado de Santi. Me bastó preguntar al camarero: «Oiga, pero ¿qué hacen todas estas botellas vacías de vino blanco sobre nuestra mesa?», para que el empleado me contestara, amable, que los cascos de cristal no me los iba a cobrar.

Regenerado, traté de olvidar a ambos y distanciarme de ellos, pero unos años después, volví a Barcelona para rodar unas escenas de la primera temporada de la serie *¿Qué fue de Jorge Sanz?* En el capítulo que andaba rodando necesitaba recrear una escena nocturna donde el famoso actor español se agarraba una tajada increíble en un bar de Jaén. Jaleado por los clientes del bar a deshoras, Jorge caía en una espiral de autodestrucción y degradación. Para su mala fortuna, en la ficción, la escena era grabada en móvil por uno de los asistentes y colgada en YouTube con la etiqueta: «Jorge Sanz borracho en Jaén.» Como es evidente, la grabación se convertía en viral.

Para componer el numeroso grupo de figurantes que a las cuatro de la mañana debían abarrotar el garito que teníamos alquilado para el rodaje, recurrimos a conocidos dipsómanos de Barcelona. Fue esa noche cuando, entre los figurantes, las presencias de Malcolm y Santi se destacaron entre las demás. Sus gritos, sus imprecaciones, su talante colaborativo con la filmación hasta alcanzar asombrosos grados de lo que llamamos *cinéma vérité* o sinceridad interpretativa, me conmovieron. El propio Jorge Sanz me comentó que jamás en su larga y procelosa carrera había trabajado con una figuración tan entregada a sus papeles. Fue así como, al finalizar la jornada, en horas donde otras jornadas laborales comienzan, presenté a Malcolm y a Santi mutuamente.

Entre ellos surgió una amistad con tintes de rivalidad. Verlos juntos era sentirse juez de una competición particular. No querría ahora entrar en detalles que quizá desanimen la lectura de este intrigante libro. Los oyentes de Rac 1, y muchos de sus trabajadores, conocen por sí mismos de lo que son capaces estos dos locutores cuando se les regalan cinco minutos de micrófono abierto. Y digo regalar porque los tipos no hacen más que quejarse de su salario, ahí lo dejo. Por su espacio radiofónico, que dirige con mano de hierro Xavi Bundó, han pasado biografías de personajes impecables y queridos a los que han despellejado de manera inmisericorde, en algunos casos hasta de

cuerpo presente. Los recuerdo bien a las pocas horas de conocerse la muerte de Fraga o de Prince, ambas estrellas pop, ya componiendo mentalmente sus programas de descrédito. El éxito de audiencia solo puede explicarse por la enorme maldad que guía los instintos del oyente. Como grandes figuras periodísticas saben, la maldad es lucrativa y hoy en día las personas no aspiran más que a atesorar una reputación virtuosa.

Barral y Giménez hacen con el prestigio de los personajes que protagonizan su espacio algo parecido a lo que Hitler hizo con Polonia durante los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial. La ausencia de ternura y conmiseración los convierte en los locutores más queridos de la radio. Los oyentes se frotan las orejas a la espera de quién será el siguiente. Huelen sangre y como bestias carroñeras aguardan a que estos dos depredadores del dial dejen sobre el mantel los despojos de personas intachables. Porque díganme ustedes ¿qué pueden haber hecho de negativo en su vida personalidades como Gandhi, Cantinflas, el general Custer o Steve Jobs? Para desvelarlo tendrán que leer estas líneas. No se trata de meras transcripciones de sus programas de radio. Al contrario, perspicaces correctores han dotado a este escrito de la apariencia de algo legible. Hasta los oyentes del programa se sorprenderán de que ahora sí, entienden la vocalización de los locutores, desentrañan su sintaxis, acceden a algo parecido a la comprensión lectora.

Seamos generosos, hay que tener en cuenta que los autores son de esas personas que cometen faltas de ortografía hasta cuando piensan. Son víctimas del sistema educativo español que ya antes de la Logse fabricaba verdaderos zoquetes. Aunque quiero desmentir que fueran expulsados de todos los colegios en los que estuvieron matriculados. No es así. Los expulsaron solo de tres o cuatro. También es necesario desmentir que acumulan las denuncias judiciales por parte de familiares y herederos morales de los personajes aquí retratados. Creo que las querellas que afrontan son como mucho cuatro o cinco, no más, y todas ellas por comportamiento incívico en las calles de Barcelona, regido con mano de seda y guante de hierro por Ada Colau.

Este libro que tienen en las manos es la mejor razón para no morirse. Porque cuando te mueres, mira lo que hacen estos tipos contigo. Así que podemos considerarlo un volumen adscrito a la moda de los libros de autoayuda. Por último quiero desmentir a los que sostienen públicamente que estos dos tipos son amigos míos. Que en ocasiones alguien me haya visto junto a ellos en esas horas donde los murciélagos sustituyen a las golondrinas no significa que mi relación con ambos pase de ser una distante cordialidad.

Es más, he pedido una orden de alejamiento contra ambos: no podrán acercarse a menos de quinientos metros de mi capilla ardiente. Y ahora disfruten de la lectura, ustedes que pueden, los protagonistas de este volumen no podrían hacerlo ni aunque estuvieran vivos.

DAVID TRUEBA



MAHATMA GANDHI

1869–1948

- ✗ RACISTA
- ✗ BELICISTA
- ✗ PEDERASTA

Ya es hora de desmontar uno de los mayores mitos de la historia del siglo XX. Una de las figuras más irreprochables y admiradas en todo el mundo, ejemplo máximo de la concordia, la paz, el pacifismo y el amor entre los pueblos, y cuya memoria y figura sirven lo mismo para justificar una idea política que para poner nombre a un restaurante. De una vez por todas descubriremos, finalmente, qué se esconde detrás de los harapos de Gandhi.

De entrada, convengamos en que no habría pasado los estándares de masa corporal de la pasarela Cibeles. Después querremos culpar solamente a las *top models*…

Algunos, con buen criterio, diréis: «Hombre, es que él hacía una huelga de hambre por una buena causa.»

Vale. Lo aceptamos: unas dejan de comer para ganar millones y ser famosas, otros por la paz y para acabar con el colonialismo.

Ante todo, Gandhi fue una de las personas que vinieron a demostrar que es posible conseguir cosas de manera pacífica (solo hace falta que añadamos «y familiar»), lo cual, como se ha demostrado últimamente, no funciona demasiado. Igual el sistema ha caducado: a los acontecimientos recientes nos remitimos.

El propio Rabindranath Tagore le puso el título de Mahatma [gran alma], un título que él, en un primer momento, rechazó con cierta falsa modestia; decía no merecerlo, pero con el tiempo acabó firmando sus escritos como Mahatma.

Gandhi representa la cabeza del movimiento pacifista y su influencia llega hasta nuestros días. Predicaba el *ahimsa*, concepto espiritual que aboga por la no violencia y el respeto a la vida. Creía en la desobediencia pacífica y en métodos como la huelga de hambre.

Fue el impulsor de la Marcha de la Sal, que cubrió a pie trescientos kilómetros, hasta la costa del océano Índico. (Ríete del camino de Santiago.) Recogió con sus manos un poco de sal para reforzar la idea de que era de todos y así hacer pública una llamada a la desobediencia civil contra el monopolio y abuso de los impuestos sobre la sal, que esquilmaban a las clases más populares de India. Su acción fue imitada a lo largo de los centenares de

kilómetros de costa por millones de personas que desafiaron, de ese modo, el poder colonial.

Con un éxito bastante notable, irritó sobremanera a los colonizadores, a los que sacó totalmente de quicio. Para muestra, un botón. Churchill dijo de nuestro Mahatma: «Es un faquir sedicioso —no lo llamó tumultuario de milagro— que sube medio desnudo las escaleras del palacio del virrey.» Para los de la ESO: «sedicioso» significa «revolucionario», pero igual esta palabra ya es de uso común incluso para los de la ESO.

En fin, un tipo casi santo, admirable a más no poder, que quiso integrar las castas más bajas de la sociedad y protestar contra las injusticias de forma pacífica…

Pero, un momento, que nosotros estamos aquí para hablar mal de él, no para escribir un melifluo perfil en un dominical de periódico (para los de la ESO, unos papeles que explican las noticias que salen en internet). Nuestra misión es buscar su lado oscuro. Y lo hemos encontrado. Y no, no nos referimos a que por su culpa Ben Kingsley quedase encasillado para siempre en el papel de Gandhi. Pobre Ben (bueno, no tanto, que según dicen los que han tenido trato con él es un cretino supino), que quedó más encasillado que James Gandolfini con Tony Soprano, que aunque hiciera de cura tú pensabas: «Mátalo, Tony, mátalo.»

Lo que hemos encontrado sobre Mahatma es grave.

Trabajó veinte años como abogado en Sudáfrica, donde escribía con regularidad en los diarios. Cosas como estas:

«Podríamos entender que no se nos clasificara con los blancos, pero que nos coloquen al mismo nivel que los cafres es demasiado para soportarlo.»

«Creemos también que la raza blanca de Sudáfrica debería ser la raza predominante.»

«Los europeos intentan degradar a los indios al nivel de los negros, que solo se ocupan de cazar y cuya única ambición es tener ganado para comprar una mujer y después morir en la indolencia.»

¡Vaya, vaya con Mahatma! Claramente tuvo una juventud un poco racista, al menos con respecto a la raza negra. También, según el coronel G. B. Singh, Gandhi animaba a India a enviar un ejército contra los zulús, lo que entra en directa contradicción con la posterior postura pacifista de nuestro admirado personaje. Por si fuera poca falta de coherencia, también se puso del lado de los ingleses en la guerra de los bóeres. ¡De los ingleses, Mahatma! Es como si a Piqué se le descubriera que ha sido socio del Real Madrid.

Podríamos concluir que Gandhi fue un pacifista de postal y que, como Aznar, en la intimidad proclamaba otras ideas. Pero esto no es todo. Muchos testigos afirman que era muy violento con su mujer y sus hijos. De hecho, cuando Gandhi promovió el boicot a los productos ingleses, su hijo Harilal se hizo comerciante de ropa británica y se convirtió al islam. Toma venganza. Como si Pepe Bono se pone a cultivar *calçots*.

La cosa es que de puertas adentro, pero adentro-adentro, no era pacifista. De hecho, su pacifismo es más que cuestionable, porque es complicado ser pacifista y mantener buenas relaciones con Hitler.

Hitler y Gandhi mantuvieron durante los años previos a la Segunda Guerra Mundial una correspondencia que no deja a Mahatma en muy buen lugar. Gandhi se dirige a Adolf como «sincero amigo» y le dice cosas como «no tengo dudas sobre su valentía y tampoco pienso que sea usted el monstruo que describen sus oponentes».

Si los aliados le hubieran hecho caso, ahora mismo estaríamos todos desfilando al paso de la oca. Gandhi, con las cámaras de gas funcionando a todo trapo, dijo a los judíos que «se ganarían el amor de Dios si iban voluntariamente a su muerte sin resistirse». (Ya hemos dicho que en cuestiones raciales ni siquiera rozaba el aprobado.)

Y, además, en los momentos en que Alemania ganaba por goleada, mandó un mensaje al pueblo británico para que dejara ya de resistirse a la invasión alemana: «Las armas no servirán para salvarlos ni a ustedes ni a la humanidad. Tienen que invitar a Hitler y Mussolini a que tomen todo lo que quieran de sus países. Si quieren sus casas, marchen de ellas. Si no les permiten salir, sacrifíquense.» Esta frase es realmente de Gandhi, no del malo de *Indiana Jones y el templo maldito*.

La frontera entre el pacifismo y ser imbécil siempre ha sido muy fina. De hecho, cuando se dio el conflicto entre India y Pakistán, Gandhi tampoco insistió demasiado en la no violencia.

Probablemente, estas opiniones, bastante cuestionables, que dejó por escrito sean el motivo por el cual nunca recibió el premio Nobel de la Paz. El responsable del Comité del premio, Jacob Wörm-Müller, describió a nuestro hombre así: «Indudablemente, es una persona buena, noble y ascética, pero presenta violentos cambios en sus políticas que difícilmente pueden ser explicados a sus seguidores. Es un luchador por la libertad y a la vez un autoritario; un idealista y un nacionalista; un Cristo que se convierte a menudo en un vulgar político.» Hay que tener en cuenta que esto pasaba cuando el premio Nobel de la Paz aún gozaba de cierto prestigio.

Pero Gandhi también era…, cómo decirlo, «rarito» en otros aspectos. Mostraba cierta predilección por las chicas jóvenes. Y cuando decimos jóvenes, nos referimos a muy jóvenes. Y ello sin tener en cuenta que se casó a los trece años con una chica de su edad (algo habitual en India), lo que en cualquier caso no quita que tuviera una relación extraña con el sexo.

Siempre se culpó de no haber podido acompañar a su padre en su lecho de muerte porque cuando murió estaba haciendo el amor con su esposa (la de Gandhi, qué pensabais, tarados).

Eso lo traumatizó bastante, hasta el punto de que la última biografía de Mahatma, publicada por el premio Pulitzer Joseph Lelyveld, revela que tenía una relación con un arquitecto alemán, con quien mantenía una correspondencia de *sexting* bastante subidita de tono. Las cartas, antes de ser subastadas en Sotheby's por la familia del arquitecto, fueron compradas por un millón de euros por el gobierno indio, que así evitó el escándalo. Con el arquitecto la relación se deterioró y acabaron distanciados. Era alemán, pero también judío, y no se tomó demasiado bien la amistad de Mahatma con Hitler. ¡A quién no le ha pasado! No siempre los amigos de tu novio son de tu agrado.

A los treinta y seis años, después de tener cuatro hijos, Gandhi se declaró célibe y renunció al sexo. Pero con matices. En 1944 *The Times* publicó un editorial instando a los seguidores de Mahatma a que hiciesen una colecta y le compraran una manta. Era una manera irónica de denunciar la práctica de Gandhi, que hasta sus últimos días dormía con adolescentes desnudas para «calentarse». En el sentido térmico, según él.

Ese mismo argumento utilizó con uno de sus sobrinos cuando este pilló al vejete durmiendo con su mujer de diecisiete años. «No es lo que parece», afirmó Gandhi, y añadió que se acostaba con ella para «corregirle la postura mientras dormía». Finalmente, reconoció que se acostaba con chicas muy jóvenes desnudas para poner a prueba su castidad. Desde luego, hemos visto tácticas peores en bares.

Parece, pues, que Gandhi evolucionó hacia una persona que se alejaba de ese ejemplo que ha perdurado durante muchas generaciones. Sin duda, la protesta pacífica es la manera correcta de hacer las cosas, y él la puso en práctica con el ejemplo. De hecho, todos (menos Ben Kingsley, claro) deberíamos admirar al Gandhi que nos ha quedado y no al hombre que devino al final de sus días, ese que buscaba calentarse la cama con las esposas de sus sobrinos.



STEVE McQUEEN

1930–1980

- ✗ MAL COMPAÑERO
- ✗ MALTRATADOR
- ✗ DROGADICTO

Ahora toca desmontar el mito del macho alfa por antonomasia. Un hombre al que, admitámoslo, envidiamos profundamente (no en vano se casó con Ali McGraw). El típico tío bueno que sin decir nada arrasa en los bares, que después de muerto sigue siendo un icono de la vida aventurera, un rebelde, un actor de los que ya no quedan. Una estrella con todas las letras. En fin, un tipo realmente execrable.

Veamos por qué Steve McQueen era una persona odiosa. El típico compañero de trabajo que se queda sin regalo el día de la fiesta del amigo invisible. Un indeseable sin fisuras.

Nos metemos con alguien tan grande que ha hecho tres anuncios televisivos de éxito de manera póstuma. (Para los de la ESO: significa «después de morir»). Solo se le acerca Bruce Lee, con su «*Be water, my friend*».

Los siete magníficos es una película colosal de John Sturges, de 1960. Cuando solo había dos cadenas de tele en España, los sábados por la tarde, después de *Heidi*, siempre echaban pelis del Oeste. Muchos miembros de nuestra generación debimos de ver esta inmensa película catorce veces seguidas. Incluso aceptábamos tragarnos la hiperglucémica *Heidi* para poder ser algún día uno de los Siete.

Esta película supuso la consagración de un actor, hasta ese momento secundario, de telefilmes de *western*, llamado Steve McQueen. Llegó a aquel rodaje como un Yerry Mina de la vida que tenía que dar la réplica a Yul Brynner (el Messi del cine de acción de los sesenta) y que salió del filme sin amigos, con una fama nefasta, pero convertido en una estrella mundial. Ese rodaje fue una guerra.

McQueen quería triunfar a cualquier precio. La televisión se le había quedado pequeña y le llegó la oportunidad de rodar una película que tenía posibilidades de marcar época. Pero resulta que tenía contrato con la tele. Steve pide romper el contrato con su productora de televisión para ir a hacer *Los siete magníficos*, pero le dicen que no y él no se lo toma muy bien que digamos. Era testarudo e iba a hacer lo que fuera necesario para tener un permiso de rodaje, así que un día llega al aeropuerto de Boston, alquila un

coche y se estrella contra la fachada del banco más importante de la ciudad. Un alunizaje digno de *El Vaquilla*. Para los de la ESO: uno de los delincuentes que salían en la tele antes que Bárcenas y Millet.

Hay que decir que nuestro hombretón era un gran conductor, amante de motos y coches, y amigo de los especialistas de los estudios. Sabía impactar y salir (casi) ileso: de resultas de la monumental castaña consiguió un collarín cervical y una baja laboral de los estudios de televisión. Al cabo de dos días ya estaba en Cuernavaca, México, participando en uno de los rodajes más épicos de la historia del cine.

Os preguntaréis si la lio mucho. Pues, como resumen, que sepáis que, muchos años más tarde, Robert Vaughn, que compartió reparto con él, le dijo: «En aquella época, el resto de actores estábamos tan ocupados odiándote que nos robaste la película sin que nos diéramos cuenta.» James Coburn, por su parte, lo resumió diciendo que «desde el primer día, el principal objetivo de Steve fue promocionarse y robar escenas a Brynner. Y se las robó todas».

Brynner y McQueen se odiaban. Yul era una estrella consagrada y Steve un trepa dispuesto a todo. Estamos hablando de un rodaje que era la Feria Mundial de la Testosterona (Yul Brynner, Eli Wallach, Robert Vaughn, Charles Bronson, James Coburn y Steve McQueen). Comparado con eso, *Los mercenarios* vendría a ser algo parecido a *Los pitufos*. McQueen lo tuvo claro desde el principio. Llegó con siete líneas de guion y, después de emborracharse y fumarse toda la marihuana de México con John Sturges (el director), acabó como la estrella de la película. Los otros actores empezaron a llamarle «*supie*» (por superestrella) o «Dick el Tramposo».

En la primera escena que se rodó, las instrucciones eran claras: los siete cruzan un río a caballo a la puesta de sol y el foco de la escena era para Yul Brynner, que encabezaba la marcha. McQueen, en segundo plano, improvisa y se saca el sombrero, lo mete en el río y se echa agua al pecho. Resultado: escena robada.

Eso solo fue el inicio. Brynner era bajito y, cuando tenía escenas con otros actores, solía hacerse un pequeño montículo de tierra para ponerse encima y estar a la altura. Mientras rodaban, Steve se dedicaba a dar pataditas al montoncito, de forma que así quedara por debajo de su nivel. En las escenas en las que se tenía que montar a caballo, McQueen, que era un gran jinete, siempre pasaba por su lado de manera abrupta, lo adelantaba e incluso a veces lo hacía caer.

Evidentemente, la tensión estalló entre los dos. Brynner lo amenazó y le dijo: «Yo nunca me pego con secundarios.» Y McQueen, muy en su papel, le

respondió: «Yo soy sordo de un oído, me faltan dientes y tengo cicatrices, no pierdo nada en una pelea.»

Ya con la categoría de estrella para el público y de actor odioso para los compañeros, McQueen decidió convertir en un infierno el rodaje de otra película que le mereció la fama mundial: *La gran evasión*. Se basaba en hechos reales generales (una gran fuga de prisioneros aliados de un campo nazi) y en hechos reales particulares (durante su etapa en los Marines, McQueen estuvo más tiempo en el calabozo que de servicio). Él mismo reconocía que «para que yo hubiera sido ascendido a cabo, tendrían que haber muerto o haberse negado al ascenso todos los soldados del ejército».

De entrada, rechazó el guion de *La gran evasión* porque consideraba, como pasó en *Los siete magníficos* con Brynner, que el gran protagonista no era él sino James Garner. No paró hasta que logró cambiar la película de cabo a rabo… y un rodaje que en principio debía durar ochenta y cinco días se convirtió en uno de doscientos.

William Riley Burnett, el guionista, no se corta en sus memorias: «Steve McQueen era un cabronazo que, cuando ya teníamos un tercio de película filmado, asumió el mando y tuve que reescribirla entera.»

A McQueen no le gustaba que, después de salir en la primera escena, su personaje no volviera a aparecer hasta al cabo de media hora y saboteó el rodaje con su mejor estilo: a base de alcohol y drogas. Tumbó a la mayoría de los especialistas, eléctricos y demás personal. En aquella época estaba muy enganchado al peyote, la marihuana y la cocaína. Ese rodaje fue conocido en el mundo del cine como el de «The Great Headache» [El gran dolor de cabeza] en lugar de *The Great Escape* [*La gran evasión*].

Todo el mundo recuerda la inmortal escena final de la moto, que, por si fuera poco, no aparecía en el guion ni en el libro original de Paul Brickhill. Pero McQueen se la inventó sin que el resto de protagonistas fueran conscientes de ello. Contrató a un amigo suyo, campeón de motocross y famoso especialista de cine, el australiano Bud Ekins, y la rodó de madrugada con la segunda unidad para cambiar el final de la película. Cuando Richard Attenborough, teórico protagonista del film, lo supo ya era demasiado tarde. Podríamos seguir hablando de rodajes caóticos, como *El rey del juego*, donde consiguió que Spencer Tracy abandonara la película (también la abandonó Peckinpah, aunque por otros motivos) y que Edward G. Robinson estuviera a punto de matarlo, pero esos son asuntos meramente profesionales. Más allá de su trabajo, lo peor era McQueen como persona.

Su relación con las mujeres es difícil y, cuando menos, cuestionable. Hablando en plata: era un maltratador.

Nunca conoció a su padre, de quien, siendo ya una estrella de gran fama, declaró que «lo primero que haría si lo viera sería matarlo». Y, cuando se refería a su madre, hablaba «de aquella puta». Su infancia, que pasó en reformatorios donde su madre lo abandonaba para seguir al novio de turno, lo traumatizó.

Neile Adams, su primera mujer y madre de sus dos hijos, ejerció de la madre que nunca tuvo. Se enamoraron en Nueva York, donde los dos aspiraban a ser actores. Ella, que en principio fue la primera que triunfó, le consiguió los primeros papeles cuando empezó a trabajar en Hollywood. Él le pagó el cariño y el favor engañándola con todo lo que se movía.

Pocas semanas después de haber contraído matrimonio, Steve se montó una orgía con dos chicas en la habitación contigua a la de su mujer. Cuando se levantaron los cuatro (tres por un lado y la pobre Neile por otro), obligó a su mujer a que les hiciera el desayuno. Él mismo recuerda aquella época con la frase: «¿Por qué tengo que esforzarme para recibir amor en casa si tengo todo el que quiero fuera? Me pueden decir que soy machista y chovinista. Lo soy y me importa una mierda.»

Ella estaba cansada de las continuas infidelidades de su marido, incluso delante de los niños, como recuerda su hijo Chad en el documental *I am Steve McQueen*. Adams le confesó un día que le había pagado con la misma moneda y que se había acostado con otro. Loco de celos, McQueen le exigió que le dijera quién había sido. Ella se negó y él le propinó una paliza. Como seguía sin sacarle el nombre, cogió un revólver y la apuntó a la cabeza. Finalmente, Neile confesó que le había puesto los cuernos con Maximilian Schell.

Aunque parezca increíble, se reconciliaron y ella quedó embarazada. Cuando se lo dijo, Steve la obligó a abortar porque estaba convencido de que el hijo no era suyo.

¿Qué, ya va cayendo el mito?…

Obviamente, al cabo de poco ella pidió el divorcio y él no entendió nada. Pero se recuperó con suma facilidad, ¡y de qué manera! En el rodaje de *La huida* conoció a Ali McGraw, una de las mujeres más guapas de la historia del cine, protagonista no obstante de la babosa *Love Story* y esposa del máximo ejecutivo de la Paramount, Robert Evans. McGraw, licenciada en Filosofía e Historia del Arte, hija de buena familia, modelo y actriz, era la

pieza que estaba deseando cazar el macho alfa. En una semana ya estaban viviendo juntos.

En sus memorias, *Moving Pictures*, McGraw dice que se enamoró de McQueen porque «exudaba peligro, me tenía hechizada, con él nunca sabías lo que pasaría ni lo que haría conmigo, con su arrogancia de macho». Por su parte, él la definió como «el mejor culo que he visto en mi vida». Todo un poeta.

El matrimonio fue apasionado y brutal. Los dos estaban drogados la mayor parte del tiempo y las agresiones no tardaron en llegar. McGraw recuerda que McQueen la anuló como persona, la obligó a abandonar el cine, a dejar de ver a sus amigos y a salir con la pandilla de motoristas que él frecuentaba. «Cuando estaba bien, era maravilloso; cuando estaba mal, era realmente muy peligroso.» Años después, en una entrevista, se lamentaba: «Todavía no sé cómo cambié mi mansión, el chófer, el estilo de vida que tenía para tirarme años en la parte de atrás de una moto comiendo polvo con aquel sujeto.»

El hecho de levantarle la mujer al productor más poderoso de Hollywood no es que fuera de gran ayuda para la carrera cinematográfica de McQueen, que quedó vetado para los Oscar.

Después de su matrimonio con McGraw, se casó una tercera vez, en esta ocasión con la modelo Barbara Minty. Una historia de amor preciosa. La vio en un anuncio en la revista *Vogue* en el consultorio del médico, quedó impresionado e inmediatamente llamó a su representante. «Consígueme una cita con la chica de la página 36», le ordenó. Y se casaron. Estuvo a su lado hasta que el cáncer acabó con él.

Después de esto, os preguntaréis: ¿Todavía hay algo más?

Pues sí. McQueen siempre odió a Paul Newman, con quien desarrolló una rivalidad unidireccional. Newman era todo lo que Steve siempre había querido ser y siempre hizo lo posible por estar por encima del actor de *La leyenda del indomable*.

Para entender esta rivalidad, recordemos que, cuando McQueen no era más que un actorcillo en el East Village de Nueva York y se enteró de la muerte de James Dean, dijo: «Me alegro que Dean haya muerto, esto me deja más campo a mí.»

La primera vez que Newman y Steve coincidieron en un rodaje fue en *Marcado por el odio*. Newman era la estrella y McQueen tenía un papelito. Parece ser que hacía frío y los extras y actores de tercera se helaban mientras Newman estaba en su limusina con calefacción. Steve intentó entrar para

calentarse y alguien del estudio se lo impidió. Newman ni se enteró, pero él nunca se lo perdonó.

Estuvieron a punto de volver a coincidir en *Dos hombres y un destino*, cuando Steve ya era una estrella. El título original de la película era *The Story of Butch Cassidy and Sundance Kid*. Newman era Cassidy y ofrecieron el papel de Kid a McQueen. Para aceptar el papel, este exigió que se cambiara el título de la película para que se llamase *The Story of Sundance Kid and Butch Cassidy*. Le dijeron que no y ofrecieron el papel a un tal Robert Redford.

Finalmente, rodaron juntos *The Towering Inferno* [*El coloso en llamas*]. McQueen exigió aparecer con letras más grandes y antes que Newman en los carteles promocionales y en los títulos de crédito, tener doce líneas más de guion que su compañero, que la última escena fuera suya y obligó a cambiar las viseras de los cascos de bomberos para que se vieran más sus ojos azules que los de Paul Newman.

Como colofón, era también un tacaño de dimensiones inimaginables. No perdonaba ni una. En una ocasión pasó una factura de 250 dólares a la productora por el alquiler del reloj que llevaba en el rodaje.

Una persona complicada, pero, sin duda, un icono, un mito que, como dijo uno de sus poquísimos amigos, el enorme James Coburn: «Gracias a Dios que hay gente como él, porque la vida sería muy aburrida sin gente como Steve. Sin gente como él, la vida no valdría la pena.» Y, encima, al final, Ali McGraw lo recuerda con cariño.



JAMES JOYCE

1882–1941

- COPROFÍLICO
- CELOSO
- BIPOLAR

A James Joyce, porque lo admiramos muchísimo, lo incluimos en nuestro club de execrables con cierto pesar. Pero una cosa es admirarlo, aun reconociendo que nuestro héroe era un señor rarito al que hay que leer, y otra muy distinta tenerlo viviendo en casa.

Seguramente su *Ulises*, que cuenta la vida de Leopold Bloom y sus peripecias en Dublín el 16 de junio de 1904, es una de las revoluciones más trascendentales de la literatura moderna. Un libro con miles de referencias, con juegos fonéticos y muchas capas de lectura. Y, aunque os cueste creerlo, incluso divertido.

¿Quién no ha leído a Joyce? Ya os lo diremos nosotros: pocos. O, al menos, pocos reconocen no haberlo leído… En cualquier caso, somos conscientes de que queda muy chachi ir diciendo por los bares de ciertas zonas de la ciudad que *Ulises* es tu libro favorito.

Puede que vosotros, queridos lectores, lo tengáis en un estante, pero digámoslo claro: tampoco lo habéis entendido del todo… en el hipotético caso de que lo hayáis leído.

Y con el *Ulises*, que rebosa referencias pero también humor, incluso podemos aceptar que os resultó más o menos inteligible (para los de la ESO, que se entiende), pero lo que ya no cuela es *Finnegans Wake*, una obra incomprensible. Para muchos, una tomadura de pelo de Joyce. Aunque supuestamente está escrito en inglés, la broma recurrente es que pronto aparecerá una traducción… ¡al inglés! De hecho, Samuel Beckett dijo que no estaba escrito en ese idioma, simplemente porque no estaba escrito. Durante los últimos años de la vida de Joyce, Beckett fue su secretario: una curiosa relación. De hecho, habían de ser un poco como Richard Pryor y Gene Wilder en la película *No me chilles que no te veo*. Uno no veía tres en un burro y el otro estaba sordo como una tapia, lo que daba origen a anécdotas de todo tipo, como cuando Joyce estaba dictando una novela a Becket, alguien llamó a la puerta y Joyce dijo: «Adelante.» Becket no se enteró de lo que había pasado (porque obviamente no había oído a nadie llamar a la puerta) e incluyó la palabra «adelante» en medio de un párrafo sin que viniera a cuento de nada.

Cuando se repasó el texto en la fase de relectura, a Joyce le gustó cómo quedaba y la palabra se quedó donde estaba.

De hecho, se dice que, en sus instantes finales, en el hospital de Zúrich donde murió en 1941, en un momento que despertó del coma, el autor cogió la mano de un enfermero y le preguntó: «¿De verdad no lo entiende nadie?» Se refería a *Finnegans Wake*, y supuestamente estas fueron sus últimas palabras. Así que no vengáis diciendo que entendéis Joyce, porque no se entendía ni él.

Incluso su mujer le preguntó: «¿Por qué no escribes algo que la gente pueda leer?» Y esta escena nos lleva a preguntarnos qué tal era su mujer. Pues, como no podía ser de otra manera, era todo un personaje. Se llamaba Nora Barnacle (apellido que, literalmente, significa «percebe», como la «13 Rue del ídem»). Antes de conocer a Joyce ya había recibido el sobrenombre de *Man-killer* [mata-hombres], porque con solo diecisiete años había tenido dos novios que habían muerto, uno de tifus y otro de tuberculosis. Muy chistosos los vecinos de Nora poniendo motes. Evidentemente, Nora no se los cargó, y cachondearse así de alguien con tan mala suerte no parece muy caritativo.

Cuando la conoció el padre de Joyce, otro señor que también merecería que le dieran de comer aparte, le hizo la broma a su hijo de que nunca se la quitaría de encima porque se le pegaría como un percebe. De esta forma el buen hombre, muy ingenioso él, se sumó a las chanzas recurrentes sobre la pobre Nora.

James conoció a Nora en el hotel donde ella trabajaba de camarera y describió sus dotes amatorias con la poética expresión de «alivio de mis urgencias». También, en un arranque de romanticismo, dijo que le gustaba porque era una chica con pocos remilgos sexuales, pero con la mente sin formar. Una *tabula rasa*. ¿Quién se resistiría a semejante piropo?

Pero es que Joyce maltrataba a su mujer. Joyce era celoso, lascivo e insultaba constantemente a Nora. En su correspondencia se ven las dos caras del escritor: una es amorosa, repleta de frases como «querida niña, cariño, amor mío, pequeña Nora estimada…», mientras que la otra produce perlas como «¡Buenas noches, mi pequeña Nora pedorra, mi sucio pajarito follador!» o «mi dulce y pícara putita…» o «eres una persona ridícula».

Celoso en extremo, llegó a escribir a su esposa: «¿De verdad Georgie es hijo mío? Poca sangre vi cuando te desvirgué.»

Por si eso fuera poco, digamos que tenían una relación «especial» en sus prácticas sexuales. Y, siendo como eran personas de letras, dejaron constancia

de ellas en una correspondencia donde se describen más actos sexuales que en todo YouPorn. En comparación, las películas de Nacho Vidal quedarían a la altura de *La patrulla canina*. La más llamativa de esas prácticas era la afición de James a la coprofilia. Apunte para los de la ESO y para las personas bienpensantes, a las que les vamos a dar el día: coprofílico es aquel que se excita sexualmente con los excrementos humanos.

En sus cartas a Nora, encontramos frases como por ejemplo: «¿Te pone caliente cagar? Me gustaría ver cómo te cagas en las bragas.» O bien: «Me gustaría ver un chorizo marrón a medio salir por su sitio.» Y también: «Las dos partes de tu cuerpo que hacen marranadas son las que más me gustan, especialmente ese culo lleno de pedos.» Por lo menos, eso se entiende mejor que sus novelas. De lo cual se deduce que, cuando quería, escribía normal.

Por si fuera poco, también le gustaba pegar y que le pegaran, y era aficionado a frecuentar casas de citas, donde contrajo sífilis. También tenía una relación compleja con el dinero (siempre a su favor), que pedía prestado constantemente.

Como podéis imaginar, ser familiar suyo debía de ser fantástico. Intentó engañar a su hermano para que dejara Dublín y se fuera a vivir con él a Trieste. Le prometía una mejor vida profesional, pero en realidad lo único que quería era que le ayudara en su economía, siempre deficitaria. En cuanto a su padre, la relación con él no fue mucho mejor. Nunca llevó demasiado bien que su progenitor le dejara en herencia una afición desmesurada al alcohol y unas deudas impagables. Por otra parte, tampoco se relacionaba muy bien con sus colegas de profesión.

Él mismo se consideraba como un regalo para la humanidad, uno de esos escogidos que solo escriben obras maestras. El hecho de que su primer volumen de cuentos fuera rechazado por veintidós editores antes de publicarlo (uno incluso llegó a quemar el manuscrito al considerarlo «moralmente repulsivo y antipatriótico») no afectó en absoluto a su ego ni le hizo ser más modesto. Estaba plenamente convencido de que el mundo se equivocaba con él. Y acaso tenía razón.

En este sentido, hay dos anécdotas significativas de las ocasiones en que coincidió con otros genios coetáneos. La primera es cuando coincidió con William Butler Yeats, poeta nacional irlandés y un hombre mucho mayor que él (se llevaban casi veinte años de diferencia), a quien humilló diciéndole que «ya es usted demasiado mayor para que yo pueda influir en su manera de escribir. Por lo que a mí respecta, su opinión no tiene la menor importancia».

Después de tan amigable encuentro, Yeats comentó: «Nunca he conocido a nadie con una vanidad tan colosal.»

La otra anécdota famosa se produjo en París, cuando se encontró con Marcel Proust en una recepción. Todo el mundo estaba pendiente de cuál sería la conversación que mantendrían los dos escritores vivos más grandes del mundo. Pues bien, fue decepcionante, puesto que ambos reconocieron que no habían leído la obra del otro y se dedicaron a hablar como dos abueletes, en plan «que si a mí me duele la rodilla cuando llueve», «pues yo ando mal de la vista», «eso no es nada, yo tengo dolores de estómago…».

Como decíamos al principio, Joyce podía ser abyecto, pero no deja de ser uno de los tipos más brillantes, sensibles y cultos que dio el siglo XX, y cuya influencia en la literatura moderna es incalculable, a pesar de que hayamos manchado su reputación. Bien, manchado no, la hemos teñido de marrón, que era lo que a él más le gustaba.



TERESA DE CALCUTA

1910–1997

- ✗ CLASISTA
- ✗ FANÁTICA
- ✗ FARSANTE

En este capítulo nos atrevemos con una santa, la monja más famosa de la humanidad (con permiso de santa Teresa de Jesús, Sor Citroën y Whoopy Goldberg). Se trata de Agnes Gonxha Bojaxhiu, más conocida como Teresa de Calcuta.

Cabría suponer que no habría trapillos sucios tras la figura de una santa, pero lo cierto es que hay mucha tela que cortar. Teresa de Calcuta se ha ganado un lugar de honor entre los personajes execrables de la historia.

Señalemos en primer lugar que, a diferencia de lo que ocurre con otros miembros de nuestro Club de Execrables, aquí tocamos un tema que puede herir sensibilidades: la fe.

Este es el problema principal, y no es poca cosa. Tendemos a idolatrar a figuras que nos hacen sentir que el mundo es mejor de lo que es y creemos en ellas sin poner en entredicho nada de lo que exponen en el escaparate. Si este libro tiene un sentido, es el de cuestionarlo todo. Y ahora toca cuestionarnos una santa, una mujer millonaria, egoísta, clasista según los parámetros de unos y, según otros, una mujer admirable.

Teresa de Calcuta, sin duda, se ha convertido en un símbolo, una metáfora del bien, y cuando se cuestiona algo como eso, se está atacando la base de la sociedad. Nada nos hace más felices.

Para empezar a escandalizar, definiremos a Teresa de Calcuta en una frase: era una ultracatólica retrógrada que creía necesario el sufrimiento de los pobres, solo aceptaba el divorcio en las casas reales, consideraba que el aborto era el principal problema de la humanidad y adoraba el dinero de los ricos, a quienes siempre apoyó, incluyendo dictaduras sanguinarias. Toma ya.

Las primeras sospechas sobre la figura de Teresa de Calcuta llegaron cuando las universidades de Ottawa y Montreal hicieron una tesis sobre los movimientos altruistas. Los investigadores (Serge Larivée, Geneviève Chénard y Carole Sénéchal) se dieron cuenta de que las Hermanas de la Caridad, la orden fundada por Teresa, era en realidad una entidad muy oscura y con actuaciones difícilmente justificables en términos médicos y, en especial, financieros.

Para hacerlo fácil: el estudio concluía que las misiones de la Madre Teresa eran, literalmente, «casas de la muerte». No eran centros para curar; eran lugares donde se trataba a los pobres sin ninguna metodología clínica ni médica, donde no se intentaba solucionar ningún problema, donde se hacía, en definitiva, un inmenso monumento a la pasión de la muerte, siempre que fuera la de los demás, desde luego. Y no por falta de medios, puesto que las Misioneras de la Caridad tienen un presupuesto anual que triplica el de la UNICEF.

En palabras de la misma Madre Teresa: «Es hermoso ver que los pobres aceptan su suerte. Sufren como Cristo su pasión. El mundo gana mucho con su sufrimiento.»

Y es que la idea de la monja era que el sufrimiento de los pobres contribuye a mejorar el mundo. En este sentido, nunca intentó curar a los enfermos, simplemente los ayudaba a morir fuera de la calle. Hay miles de testimonios de exvoluntarios de la orden que colaboraron con ella de buena fe y que afirman que muchos de los enfermos que morían en sus misiones se habrían salvado si hubieran ido a un hospital, porque sus enfermedades no eran irreversibles.

Como dijo el periodista inglés Christopher Hitchens, «cualquiera que acuda a la Madre Teresa con un problema médico, comete un terrible error». Hablamos de prácticas que van contra la medicina más elemental, como la reutilización de agujas hipodérmicas, mezclar enfermos contagiosos con otros que no están infectados, y un largo etcétera de prácticas clínicas más propias del siglo XIV que de una sociedad que ya ha descubierto la penicilina.

Pero, ojo, que este sistema solo se aplica a los pobres, porque ella, dado que no era tal, sino multimillonaria, consideraba que su sufrimiento no ayudaría a Cristo, y siempre que padecía una enfermedad iba a tratarse a una clínica privada de Estados Unidos.

El mito de la Madre Teresa nace en Inglaterra. En 1968, el periodista de la BBC Malcolm Muggeridge, conocido por sus ideas antiabortistas y de ultraderecha, viaja a India para hacer un reportaje a la monja misionera, a raíz del cual escribiría un libro sobre su tarea en Calcuta.

El operador de cámara que lo acompaña explicó en un documental vetado en medio mundo, titulado *Hell's Angel* («El ángel del infierno», dedicado a Teresa), que entraron en una de las casas de la muerte de la congregación, que había muy poca luz y que probó una nueva película de Kodak, especial para grabar en lugares oscuros. Era la primera vez que se empleaba este tipo de película y tanto el director del documental como el operador de cámara

estaban convencidos de que esas imágenes nunca tendrían calidad suficiente para ser incluidas en el montaje final.

Cuando en Londres visualizaron la cinta, se sorprendieron al comprobar que esa escena se veía con total nitidez. El operador pensó: «Dios bendiga a Kodak.» El periodista, en cambio, lo presentó como un milagro. Tal cual.

A partir de aquí, empieza una constante hagiografía de la Madre Teresa, a quien se presenta como una santa, obviando que es una santa que alquila sus servicios como ayuda a los regímenes que más le paguen.

Para los de la ESO, especificaremos que «hagiografía» es la historia de la vida de los santos, un término que se utiliza también cuando alguien hace un relato exageradamente elogioso de alguna persona.

Aparte de su tarea con los pobres, Teresa de Calcuta representaba asimismo el ala más conservadora de la Iglesia católica y se vinculó, por ejemplo, a la campaña del referéndum contra el divorcio en Irlanda. Sin embargo, cuando su amiga Lady Di se divorció del príncipe Charles, dijo que era lo mejor que podía hacer «porque merecía ser feliz». Como ocurría con los tratamientos médicos, el divorcio solo era para los ricos. Si eres pobre, tu sufrimiento hace más grande a Dios.

Especialmente cuestionable fue la actuación de la santa cuando sucedió la catástrofe de Bhopal. Aquel desastre, una fuga en una fábrica de pesticidas, provocó la muerte de al menos veinticinco mil personas y medio millón más quedaron afectadas. Teresa de Calcuta, atenta a las peticiones de sus donantes, se desplazó hasta aquella zona de India para cuidar a los heridos. Por supuesto, no se abstuvo de decir a los afectados que debían «perdonar, perdonar y perdonar» a los desgraciados de Union Carbide. Lo de desgraciados lo decimos nosotros.

Gracias a los desvelos de Teresa de Calcuta para limpiar el nombre de una empresa que había ignorado cualquier medida de seguridad, esa catástrofe quedó huérfana de responsabilidades. Sus consignas contribuyeron a que solo ocho directivos fueran condenados a dos años de prisión y a pagar ocho mil euros de multa. La justicia, señora, es otra cosa. Al menos, la de este mundo.

Otro caballo de batalla de la Madre Teresa era la lucha contra el aborto, que consideraba el peor crimen de la humanidad. De hecho, cuando le concedieron el Nobel de la Paz, en su discurso habló más de la lacra del aborto que de la lucha contra la pobreza. Dijo: «El mayor destructor de la paz que hay hoy es el aborto, porque es una guerra, una matanza y un asesinato de la propia madre.»

Teresa de Calcuta fue también un gran instrumento propagandístico del papa Juan Pablo II, que la hizo santa por la vía rápida, saltándose todos los trámites que exige la Iglesia católica. Juan Pablo II era como el McDonald's de los santos: durante su pontificado nombró 482 santos, tantos como sus predecesores en cuatrocientos años. Y entre ellos, ninguno más popular que la monja albanesa.

Otras relaciones cuestionables de la monja son, por ejemplo, los excelentes vínculos que mantuvo con la familia Duvalier, dictadores de Haití, el país más pobre de América. Eran muy habituales sus visitas al palacio donde Papa Doc y Baby Doc se hacían fotos con ella. Por su parte, la santa decía a los pobres que aguantaran, que, en verdad, «los Duvalier aman a los pobres».

Desde luego: tanto los amaban que uno de los impuestos que se pagaba entonces en Haití era para construir Duvalierville, una ciudad capricho para el dictador. Duvalier y su hijo están en un puesto muy alto en el ranking de miserables de la historia, pero tenían una gran relación con el Vaticano en general y con la Madre Teresa en particular.

¿Más cosas, todavía? Sí, señores, todavía hay más. Si dejamos la política aparte y hablamos de dinero, la cosa no mejora, precisamente… Por ejemplo, uno de sus principales donantes de fondos con quienes mantenía muy buena relación era Charles Keating, un Madoff *avant la lettre*, responsable de la estafa de Lincoln Savings and Loan, que lavaba su conciencia con donativos a las Misioneras. Cuando la justicia pidió la colaboración de la monja para aclarar la estafa, ella se negó.

Y es que las cuentas de las Misioneras son un misterio. El semanario *Stern* intentó hacer un reportaje sobre el tema, pero el gobierno indio respondió que era un tema clasificado. En otros países, como Inglaterra, la Hacienda pública intentó investigar las cuentas de la congregación, pero siempre se toparon con la misma pared. Una pared llamada Banco Vaticano, al que se transfieren todos los fondos de la orden. Y estamos hablando de muchos millones.

Una extrabajadora de la orden en el Bronx aseguraba que los fondos de su congregación en Nueva York ascendían a unos cincuenta millones de dólares, ¡solo en Nueva York! Si esto es así en un país no católico, ¿qué no ocurrirá en otras partes? La Madre Teresa siempre decía que el hecho de recibir más donativos que otras órdenes religiosas demostraba que Dios la amaba más.

Pero lo peor de todo y lo que se cuestionan los más críticos es el destino que se otorga a esos fondos, procedentes de las donaciones de gente que

entrega su dinero con la mejor de las intenciones. La orden no invierte en infraestructuras para mejorar la vida de los pobres. Las Misioneras podrían financiar sin problemas un hospital moderno en Calcuta, pero siguen trabajando en albergues, y las ambulancias que les regalan, por ejemplo, se utilizan para trasladar monjas como si fueran taxis, no para usos sanitarios.

Ante estas críticas, el planteamiento de santa Teresa era claro: «No somos médicas, no somos maestras, solo somos religiosas.»

El tema genera discusiones apasionadas, porque hay tanta literatura a favor como en contra. Resulta muy fácil encontrar la que se muestra a favor en cualquier librería. Para hallar la que se muestra en contra, hay que buscar más. Hay dos libros: *The Missionary Position: Mother Teresa in Theory and Practice* [La postura del misionero: La Madre Teresa en teoría y en la práctica], de Christopher Hitchens, y *Mother Teresa, final veredict* [Madre Teresa, veredicto final], de Aroup Chatterjee, que la hacen merecedora, a pesar de ser una santa, de ingresar en nuestro club de execrables.



WINSTON CHURCHILL

1864–1975

- ✗ CORRUPTO
- ✗ RACISTA
- ✗ CRUEL

Aunque nos duela, ha llegado el momento de zarandear el prestigio de un hombre que fue uno de los máximos antagonistas del nazismo, uno de los grandes defensores de la democracia occidental y uno de los políticos más admirados de la historia. Un político que ganó, además, el premio Nobel de Literatura porque no hubo huevos para darle el de la Paz. Nos referimos a Winston Churchill, un execrable que estuvo en el gobierno de dos partidos políticos ingleses (más o menos como si mañana Esperanza Aguirre fuera candidata por Podemos) y al que no dudamos en calificar de persona cruel y despiadada, pero que en el año 2002 ganó la encuesta de «Mejor Británico de la Historia», por delante de William Shakespeare.

Os estaréis preguntando: ¿Churchill también?

Para poner un primer ejemplo: Churchill, que era militar, soltó esta frase célebre: «No entiendo esta aversión contra el uso del gas. Estoy completamente a favor de usar gases venenosos contra las tribus incivilizadas.» Noam Chomsky dijo que se trataba, simplemente, de un hombre inhumano.

No obstante, un experto inglés, Warren Dockter, considera que Churchill se refería al gas lacrimógeno, no al gas mostaza, lo cual disculparía en parte a uno de los ídolos de la democracia moderna. Pero, vamos a ver, ¿qué mierda de premio Nobel de Literatura y genio de las palabras es este que cuando dice «gas venenoso» quiere decir «gas lacrimógeno»? Más bien parece lo de la «indemnización en diferido» de Cospedal.

La verdad es que era, como poco, implacable. En la Primera Guerra Mundial quiso aislar navalmente al enemigo para que, literalmente, muriera de inanición. También literalmente dijo que había que matar de hambre a los hombres, mujeres y niños de Alemania. «Alemania está a punto de morir de hambre. Dentro de poco estará colapsada… Entonces será el momento de negociar.» Impresionante, ¿no?

Churchill también fue el padre del famoso bombardeo de Dresde, uno de los más polémicos de la Segunda Guerra Mundial, en el que se masacró a la población civil y se arrasó la ciudad cuando los alemanes estaban ya en las últimas. Churchill justificó ese cruel bombardeo con una mentira al alegar que

en Dresde se encontraba el cuartel general nazi y el centro de la Gestapo, pero en realidad lo que había en esa ciudad eran diecinueve hospitales. Es la misma táctica que usó Bush con Saddam. Otro gran estadista. El gran escritor americano Kurt Vonnegut, que formó parte de las tropas americanas que tomaron lo que quedaba de la ciudad, manifestó: «Es el único momento en que me avergoncé de pertenecer al bando aliado.»

En 1915, siendo primer lord del Almirantazgo, fue el responsable, en contra de la opinión de sus generales, de la operación para conquistar la península de Galípoli. Cincuenta mil soldados murieron en una intervención que, a día de hoy, sigue considerándose uno de los mayores fracasos militares de la historia.

Por no hablar de la «Operación vegetariana», una intervención que había de llevarse a cabo durante la Segunda Guerra Mundial y cuyo propósito era contaminar con cinco millones de pastillas el pienso para el ganado de consumo humano. Por fortuna no se llegó a poner en práctica, pero previamente hicieron un pequeño experimento en la isla escocesa de Gruinard para probar los efectos. El resultado, obviamente, fue devastador: ha contaminado la isla durante cincuenta años. Imaginad lo que habría pasado en las pobladas ciudades alemanas. Un caso que recuerda el lamentable episodio de las «vacas locas» que afectó al Reino Unido a finales del pasado siglo. Ay, Winston, esperamos que eso no fuera consecuencia de tus experimentos…

Además, para acabar de definir al personaje, era racista y corrupto. Ahí es nada.

Tiene frases como: «No admito, por ejemplo, que se haya infligido una gran injusticia contra los indios de América o el pueblo negro de Australia. No admito que se haya cometido una injusticia contra estos pueblos por el hecho que una raza superior, una raza de grado superior, una raza con más sabiduría sobre el mundo, por decirlo de alguna manera, haya llegado y haya ocupado su lugar.»

No hace mucho, en abril de 2016, el diputado laborista inglés Benjamin Whittingham escribió en su cuenta de Twitter que «Churchill era un racista y un supremacista blanco». Fue linchado por los medios de comunicación, y el Partido Laborista tuvo que pedir perdón desautorizándolo. Con Sir Winston, no se juega. Es intocable.

Nuestro hombre también era un firme defensor de la eugenesia. Explicaremos la palabra para los lectores que provienen de la ESO: «eugenesia» es la aplicación de las leyes biológicas de la herencia para perfeccionar la especie humana. Para resumirlo, él creía que los ingleses se

encuentran en la cúspide de la teoría darwiniana aplicada a los países. Un poco facha, sí.

Siguiendo con el tema del racismo, no solo tenía manía a los negros. También despreciaba a otros pueblos que él consideraba «menores». De hecho, tenía uno muy cerca de casa: Irlanda. Y otro algo más lejos: España.

Churchill fue uno de los organizadores de la guerra sucia contra los irlandeses mediante los escuadrones de la muerte denominados «Black and Tans». Antes de ir a matar nazis por Europa, Churchill practicó con los del IRA. Puso precio a la cabeza de Michael Collins —cinco mil libras—. Su propia cabeza, cuando estuvo en la guerra de los bóeres, se valoró solo en veinticinco. A pesar de ser un precio más propio de Wallapop, se sentía muy orgulloso de que en un tiempo hubiesen ofrecido una recompensa por matarlo. De hecho, tenía el documento de la recompensa por su vida emitido por los bóeres colgado en su despacho.

Su opinión sobre los españoles tampoco era mucho mejor. Decía que el gobierno de la República «apestaba a revolucionario» y definía los españoles como «seres vengativos envenenados por el odio». Pero no seamos injustos. No se puede generalizar. No todos los españoles le caían mal. Había uno que le caía especialmente bien: Francisco Franco. Churchill vio con muy buenos ojos el Alzamiento Nacional porque solo había una cosa que le pusiera más nervioso que un nazi: un socialista.

A su lado, Margaret Thatcher era una bolchevique. «El socialismo es la filosofía del fracaso, el credo de la ignorancia y predica la envidia. Su virtud inherente es la distribución equitativa de la miseria», es una de sus frases más célebres. Tampoco se quedaba corto cuando tenía que enviar a la policía a reventar huelgas.

Si a sus compatriotas no les dejaba pasar ni una, imaginaos a los indios. Sus diferencias con Gandhi (otro execrable) eran palmarias, lo animaba durante sus huelgas de hambre: «No le forcéis a comer. Si muriera nos desharíamos de un hombre malo y de un enemigo del Imperio.»

También se le acusa de ser el responsable entre 1929 y 1939 del genocidio del pueblo bengalí, en el que murieron entre seis y siete millones de personas. Según el historiador británico John Charmley, Churchill estaba más bien en la extrema derecha en cuanto a su política sobre India. Incluso para los conservadores, sus ideas en esta cuestión eran aberrantes. Ahora se entiende mejor por qué Gandhi tenía buen rollo con Hitler.

Por si faltaba algo para completar el cuadro, también era corrupto: aceptó 7.500 dólares para que se aprobara la fusión de Royal Dutch Shell y Burmah

Anglo-Persian Oil Company, para formar lo que hoy es British Petroleum. Después de todo, no es tan raro que personajes como Millet reconozcan abiertamente su admiración por Churchill.

Tenía más costumbres cuestionables, como tomarse una copa de whisky en cuanto se despertaba. Estamos convencidos de que esto no constituye un grave defecto en el caso de una persona cualquiera, pero no parece recomendable que lo practique alguien que tiene la paz del mundo en sus manos. Por nuestra parte, nada que objetar, aparte de que se tomaba el whisky con agua. ¡Con agua!

Otra gran costumbre era despachar los asuntos de estado desde la cama. Todo un señor. No podemos imaginarnos a Mariano Rajoy trabajando desde la cama, pero no estaría mal que en las típicas fotos oficiales aparecieran los presidentes entre las sábanas, ¿no? A lo mejor la solución del planeta pasa porque Trump o Merkel hablen en pijama con Kim Jong-un.

En definitiva, Churchill era hijo de su época, un tiempo en que el soborno no era ilegal, el racismo era más habitual y la gente fumaba en los bares. De no ser por él, llevaríamos botas hasta la rodilla y bigotillo nazi. Y no, eso no sería síntoma de ser un *hipster*, precisamente.



ERNEST HEMINGWAY

1899–1961

✗ MACHISTA

✗ ACOMPLEJADO

✗ VIOLENTO

Lo ingrato de la labor de destrozar reputaciones es cuando, como es el caso, nos toca despedazar a uno de esos escritores que seguramente todo el mundo conoce, incluidas esas personas que, como Fernando Hierro, admiten no haber leído ni un libro. Ni suyo ni de ningún otro autor. Un hombre que fue la *rock and roll star* de la literatura mundial y, especialmente, de la americana. El gran padre. El premio Nobel de Literatura de 1954: Ernest Hemingway.

Un hombre que, a pesar de ser un titán de las letras (con una obra bastante irregular), fue, por encima de todo, un mal amigo, un machista de manual, un pendenciero *cipotudo* que gozaba con la caza y la guerra y un hombre atormentado por los complejos.

A primera vista, cualquiera diría que Hemingway representa el macho alfa total. Todo lo que era Steve McQuenn en el cine lo representa él en la literatura. Era un primera espada con las mujeres, había estado en dos guerras en primera línea, le gustaban el boxeo, los toros, los safaris… ¿Quién habría sospechado que de pequeño lo llamaban Ernestine, lo vestían de niña y lo obligaban a hacer ballet?

Toda esta cascada de testosterona que dominó su vida se debía, o al menos eso parece, a una madre neurótica, obsesionada por castrar psicológicamente al pequeño Ernest porque ella lo que quería era una niña. En sus primeros años, su madre lo vestía de niña y lo presentaba como gemela de su hermana Marceline. *Fluid gender*.

Y, claro está, con estos antecedentes, la cosa no podía acabar bien… Cuando la dulce Ernestine pasó a ser el gran Ernest, este se convirtió en un verdadero miserable con las mujeres y un misógino de museo.

A lo largo de toda su vida utilizó a las mujeres como si fueran *kleenex* y las despreciaba una vez que se cansaba de ellas, además de ser el autor de las típicas frases contra las mujeres que te enviaría tu cuñado por WhatsApp durante una cena de Navidad. Por ejemplo: «Lo que hace que una mujer sea buena en la cama es aquello que la imposibilita para vivir sola.» O bien: «Cuando una mujer se siente culpable, tiende a entregarse a este sentimiento y te lo endilga a ti.» Y nuestras dos favoritas: «En un safari, las mujeres solo

estorban» y «Nunca he visto que una mujer se olvide las joyas en un accidente de avión o en un naufragio».

Si estos complejos infantiles ya le dificultaron su papel como marido, al desarrollar el de padre la cosa se complicó y derivó en un absoluto desastre. El caso más claro es la relación que tuvo con su hijo Gregory, quien, obsesionado por ser como su padre, quiso imitarlo en todo. Practicaba el boxeo, tenía amantes, iba de caza… ¿Y cómo acabó? Cambiando de sexo en 1994 y pasando a llamarse Gloria o Vanessa, según el contexto y la hora del día.

La correspondencia entre padre e hijo es tremenda. Cuando Hemingway sospechó que su hijo era homosexual (lo pescó poniéndose la ropa interior de su madrastra, no hacía falta ser Sherlock Holmes para llegar a tal conclusión), lo torturó psicológicamente. Frases como «A ver cuándo eres capaz de comportarte como un hombre. El deterioro de tu caligrafía es un síntoma alarmante de tu enfermedad» no contribuían a que la relación se calmara, precisamente.

Gregory, alias Greg, alias Gigi, alias Glalia, alias Vanessa, tampoco se quedaba corto. Dedicó a su padre frases como «monstruo abusivo empapado en ginebra» (el mínimo diario para Ernest eran dos botellas) o «mierda egocéntrica, morirás y nadie te llorará».

Obviamente, el muchacho no podía acabar bien. Al final fue detenido por exhibicionismo tras pasearse en tanga ante los niños en el Seaquarium de Miami y murió de un ataque al corazón en prisión. Una triste historia, pero sigamos con Ernest, que todavía quedan aspectos de su personalidad por descubrir.

Nota sobre la sexualidad de este macho indiscutible: Hemingway invitó una temporada al músico, espía y militar Gustavo Durán y a su esposa a Punta Vigía, su refugio cubano. La mujer del escritor sospechaba de la relación de su marido con Durán, que había sido novio de Néstor, el célebre pintor simbolista, y expulsó a la pareja de su paraíso cubano de malos modos.

Tampoco era el mejor amigo que se podía tener y acabó peleado con la mayoría de sus íntimos: Gertrude Stein —su protectora—, Sherwood Anderson, John Dos Pasos, William Faulkner y, sobre todo, el pobre Francis Scott Fitzgerald, pueden dar fe de que Ernest se portó con ellos como un verdadero cerdo. A su lado, Mourinho sería uno de los protagonistas de *Toy Story*. Era un megalómano que no veía nada más allá de su barba.

Para los de la ESO: «megalómano» es aquel que sufre delirios de grandeza, poder y una desmesurada autoestima. Pensad en Cristiano Ronaldo

o Pablo Motos si eso os ayuda a comprender el concepto.

Su actitud ante la vida podría resumirse diciendo que «Hemingway estaba convencido de que era Hemingway» y, en consecuencia, se comportaba como tal.

Con Fitzgerald fue especialmente cruel. Conoció a Scott y su mujer, Zelda, en París en una borrachera (no tenía mérito, tratándose de estos personajes), cuando el primero acababa de publicar *El gran Gatsby* y Hemingway todavía no era nadie. Fue Scott quien le presentó a Gertrude Stein, un hecho decisivo para su carrera. Además, le pagaba las copas, algo que, teniendo en cuenta que estamos hablando de Hemingway, debía de suponer una pasta. A pesar de esta ayuda, con el paso del tiempo Ernest no solo dejó de dirigirle la palabra, sino que lo ignoró por completo cuando Scott cayó en el peor de los alcoholismos. Por si esto no fuera suficiente, se burlaba de él en sus escritos.

Hemingway pasó de adorar a Scott a despreciarlo por cobarde y poca cosa. Se ve que no era bastante masculino para él y lo ridiculizaba constantemente hasta tal punto que el autor de *El gran Gatsby* tuvo que pedirle por carta que «por favor, no me cites más en tus libros».

Pero la cosa no acaba aquí. Con Gertrude Stein también se enfadó, entre otras cosas porque no quiso acostarse con él (Stein era lesbiana).

Otro damnificado de la relación con Big Daddy fue Ezra Pound. Cuando este autor ingresó en un manicomio, Hemingway le prometió que le regalaría la medalla del premio Nobel, pero enseguida se olvidó y prefirió, en un acto bastante populista, colgarla en el manto de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre en Cuba.

No fue el único que se quedó sin medalla. Hemingway también prometió al pescador que le inspiró *El viejo y el mar*, obra que fue una de las que le hizo ganar el Nobel, que tendría un detalle con él. Pero una vez ganado el premio, si te he visto, no me acuerdo. Está claro, ¡después de ganar el galardón sueco, se hizo el sueco!

Uno de los mejores amigos de John Dos Passos y de Hemingway fue el traductor republicano José Robles Pazos. Desapareció durante la guerra y Dos Passos empezó a investigar. Durante un cóctel, Hemingway le dijo, muy alegre, que había sido asesinado por los estalinistas en su guerra contra el POUM y la CNT. Dos Passos quedó destrozado y Hemingway le recomendó que bebiera champán, que un hombre no importa en una guerra. Nunca más se hablaron y Hemingway lo ridiculizó en *París era una fiesta*. Nobel de la Sensibilidad, ¿eh?

A Hemingway no había cosa que le gustara más que coger la escopeta y salir a pegar tiros a cualquier bestia que se le cruzara por la sabana. Cuanto mayor, mejor. En un día envió al otro barrio veintiocho elefantes. Vamos, que si después llega a echar un polvo poniéndole los cuernos a su mujer, ya sabemos a quién nos recordaría.

En una frase trágicamente premonitoria, dijo: «Cazo y pesco porque me gusta matar. Si no lo pudiera hacer, me suicidaría.» De hecho, acabó suicidándose con su escopeta de caza cuando le fallaron las fuerzas para escribir y para vivir como a él le gustaba.

Él mismo fue su última gran pieza de caza mayor. Tuvo un final triste, pero su recuerdo se mantiene. Por su culpa Pamplona se llena cada año de norteamericanos borrachos que quieren correr el encierro (cosa que, por cierto, él no hizo nunca en la vida debido a la metralla que tenía en las piernas desde la Primera Guerra Mundial). También le debemos que los *guiris* quieran ir a los toros y vomiten a la que ven un poco de sangre.

Estamos hablando de un genio, como demuestra el hecho de que su obra, a pesar de ser irregular, como afirman Borges, Wolfe o Nabokov, ha sobrevivido muy por encima de sus escasos valores morales.

Pero, ¿quien querría irse de copas con Nabokov, Tom Wolfe o Borges, pudiendo irse de FARRA, con mayúsculas, con Hemingway?

Además, siempre hay que tener en cuenta su vida familiar cuando piensas que tu familia es rarita. La comparas con la de Hemingway y vuelves a querer a los tuyos.



ELVIS PRESLEY

1935–1977

- MEGALÓMANO
- TRAIDOR
- FASCISTA

El hombre que describiremos en estas líneas es uno de los personajes más famosos del siglo XX. Más que un hombre, es un icono con patas, el ídolo por antonomasia de la juventud durante varias generaciones. Un tipo que llegó a ser comparado con Jesucristo. En pocas palabras: todo el mundo lo conocía como *The King*, así con mayúsculas, y todo el mundo sabía a quién se referían los que hablaban del Rey. Hablamos de Elvis Aaron Presley.

Una estrella que vendió millones de discos, participó en decenas de películas (casi todas malas), ganó una fortuna descomunal, se acostó con miles de mujeres y nunca fue feliz. Pero esto no es lo peor: Elvis era un ser inestable, megalómano, un yonki fascista y, por encima de todo, un traidor, y de los peligrosos. Traicionó, nada más y nada menos, al rock and roll. Porque edulcoró el rock, que dejó de ser un movimiento cultural contestatario y revolucionario para integrarse en la sociedad como un producto para toda la familia y, sobre todo, en una industria millonaria.

Elvis es el más claro ejemplo de cómo se puede domesticar una revolución. Cuando apareció, era como otros rockeros incipientes: descarado, chulo, alternativo y sexualmente provocador. ¡Y no hablamos de Juan Carlos Monedero! Estaba a la misma altura que rockeros como Chuck Berry o Little Richard.

Al igual que Richard, Elvis también fue juzgado por dejar preñada a una adolescente, la diferencia radica en que Richard estuvo dos años en prisión, mientras que Elvis quedó absuelto. Quizás el hecho de que Elvis fuera blanco tuvo algo que ver en ello.

En sus inicios cantaba las canciones tradicionales de los negros adaptadas al rock. El ejemplo más claro es *That's Alright Mama*, con el famoso movimiento de pelvis, que era un escándalo en la época. Era el Pornhub en directo. La sociedad americana lo consideraba, textualmente, «un diablo lascivo».

Todo eso acabó muy rápidamente cuando apareció a su lado un personaje fundamental en su historia. Nos referimos a Thomas Andrew Parker, *el Coronel*. Que de coronel no tenía nada. Pero no se puede negar que mola ponerse este mote. Si tienes que triunfar en la vida, empieza por hacer que te

llamen Coronel. Jamás te hagas llamar Supervisor de Planta de Oportunidades de El Corte Inglés. Coronel funciona mucho mejor, dónde va a parar.

El Coronel vio el potencial de Elvis y se convirtió en su representante a base de malas artes. Engatusó a Dewey Phillips, su descubridor, y a los padres de Elvis, sumamente religiosos, asegurándoles que él convertiría al muchacho en el nuevo Sinatra. Y lo peor de todo es que al final, cumplió su palabra.

Le obligó a cortarse el pelo, se acabaron las insinuaciones sexuales en los escenarios, lo llevó a los programas de tele más conservadores y familiares de Estados Unidos, le hizo grabar un disco de villancicos y, la obra culminante de la domesticación, lo convenció para que se alistara voluntario en el ejército.

En la cúspide de su fama, Elvis tenía que incorporarse al servicio militar. Dos años. Es como si a Messi le tocara hacer la mili antes de ir al Bernabéu. Sus fans se manifestaban ante los cuarteles para pedir que lo exoneraran del servicio y la cuestión incluso se convirtió en un tema de debate entre los políticos. RCA, su compañía discográfica, estaba en disposición de conseguirle un trato con el ejército para que pudiera alternar su carrera musical con un simulacro de servicio militar obligatorio. Pero el Coronel fue más listo. En contra de la opinión de sus fans, hizo que Elvis se apuntara voluntario nada más y nada menos que en Alemania, donde Estados Unidos mantenía el primer frente ante el Telón de Acero. Elvis se cortó el pelo en directo en la tele y, ante millones de espectadores, se puso el uniforme para luchar contra el comunismo.

El Coronel no se equivocó: la popularidad de Elvis aumentó todavía más. Dejó de ser un quinqui rebelde y se convirtió en el yerno perfecto. De hecho, antes de incorporarse a filas, grabó tres discos que salieron escalonadamente mientras él estaba en el ejército. Vendió más que nunca.

Y en los permisos militares rodaba películas. Espantosas todas, pero destinadas a fomentar la imagen de buen chico totalmente adaptado a la *american way of life*. Hollywood tenía héroes duros del estilo de John Wayne, galanes como Tyrone Power o actores divertidos como Jack Lemmon, pero le faltaba un ídolo para la juventud que no fuera James Dean ni Marlon Brando (tipos peligrosos y rebeldes), que sí suponían una amenaza para la moral. Elvis era el hombre.

Llegó a hacer tres películas al año y entre todas ellas solo se salvaría, y con dudas, *Jailhouse Rock*, que es un intento de mantener un poco la llama descafeinada de rebelde. El resto son claramente comparables a las que en

aquel momento hacían en España Joselito (el Pequeño Ruiseñor, no el jamón) o Marisol.

El mismo Elvis era consciente que eran una mierda. Decía: «Me he sentido muy molesto con este aspecto de mi carrera. Reconozco que he hecho pésimas películas, pero mandaban los productores.»

En su disculpa cabe decir que tampoco se enteraba mucho de lo que hacía. Su ritmo de trabajo era tan frenético que se pasaba los rodajes drogado. Se convirtió en un adicto a las anfetaminas y a la cocaína para trabajar, y a los somníferos para poder descansar. Sus compañeros de farra explican que en ocasiones iban tan colocados que podían pasarse tres días sin dormir.

Pero lo peor de todo era la doble moral con la que vivía esta situación. Hace poco, el FBI desclasificó unos documentos en los que Elvis se ofrecía al presidente Nixon como agente secreto para luchar contra las drogas y los grupos de hippies y negros que empezaban a aparecer alrededor de la industria del espectáculo. «Estimado señor presidente, me gustaría presentarme: soy Elvis Presley y lo admiro. La cultura de la droga, los hippies y los Panteras Negras no me consideran un enemigo […] Yo puedo y quiero servir mi país; podría y desearía actuar como agente federal sin limitaciones, sería mucho más útil.» Un traidor en toda regla y un chota.

Nixon recibió a Elvis en la Casa Blanca el 21 de diciembre de 1970 y el cantante le regaló un Colt 45 de la guerra de Secesión que había sido propiedad de Nathan Bedford, uno de los fundadores del Ku Klux Klan. Una joya. De las execrables, se entiende.

Su vida personal tampoco era mucho más ordenada que sus ideas políticas. Era una persona a todas luces inmadura. En su biografía *What Happened* —para los de la ESO, «¿Qué pasó?»—, se afirma que no le era posible tener relaciones normales. O amor infinito u odio mortal. Como un niño de cinco años.

Según los biógrafos, Elvis creía que tenía poderes sobrenaturales (no se referían al movimiento de caderas) y que curaba a los enfermos solo con tocarlos. Muchas veces hablaba de «el don y la misión que Dios me ha dado para liderar el mundo». Rollo Doctor Maligno de *Austin Powers*. Además, con él, Freud se habría puesto las botas. Un caso de manual de tarado enamorado de su madre.

Como detalle valga decir que, cuando murió su madre, él estaba haciendo el servicio militar en Alemania y se hizo llevar desde Memphis el árbol con el cual pasó con ella la última Navidad y convirtió la habitación de su madre en una capilla donde solo podía entrar él.

No es extraño que en aquellos momentos se enamorara de Priscilla Beaulieu, la que sería su mujer, el gran amor de su vida, y madre de su hija Lisa Marie, quien a su vez acabó casándose con Michael Jackson. Al final, todo cuadra.

Lástima que, cuando se enamoró de Priscilla, ella tuviera catorce años, pero ¿qué importa la edad si el amor es puro? (Para los de la ESO, es irónico.)

Priscilla era la hija de un coronel destinado en Alemania y se prometieron formalmente con la autorización del padre. Cuando acababa el curso escolar, en lugar de ir de campamentos, Priscilla se iba a Graceland a empastillarse con El Rey.

Su relación, como es de suponer, no acabó bien. Él era absolutamente obsesivo y se volvió (otro más) megalómano. Podía pasarse semanas sin salir de casa. Todo lo que quería lo tenía en Graceland. Priscilla, en sus memorias, *Elvis y yo* (título muy críptico), explica que en una ocasión se pasaron un día entero viendo películas de terror en la sala de cine de la mansión y que una vez acabada la sesión, Elvis le propuso ir a dar una vuelta, cosa muy extraña en él, porque nunca salía. Llamó a su chófer e hizo que le abrieran por la noche el depósito de cadáveres de Memphis para poder ver a los muertos. Según relata su exmujer, por lo visto no era la primera vez que lo hacía.

A medida que pasaban los años, Elvis cada vez estaba más chalado e influido por un grupo de guardaespaldas/amigotes/ aprovechados, conocidos como «La Mafia de Memphis» (los Toiss de Neymar de la época). Para acabar de completar el cuadro, se obsesionó con el espiritualismo zen de su peluquero, Larry Geller —sin relación con Uri Geller, el doblador de cucharas —, que era su gurú espiritual.

Priscilla, que no podía salir de casa, necesitaba crecer y distraerse, porque vivir al lado de semejante tarado puede acabar con cualquiera. Para que se distrajera, Elvis le recomendó que aprendiera kárate (él lo practicaba) y ella siguió su consejo tan al pie de la letra que acabó fugándose con su profesor, Mike Stone.

El Rey no se lo tomó muy deportivamente y planificó el asesinato de Stone. Sus colegas le impidieron que lo llevara a cabo, pero, aun así, contrató a un asesino a sueldo a quien pagó diez mil dólares para matar a Stone. El matón cogió el dinero y desapareció.

A partir de entonces, el estado mental de Elvis empeoró por semanas. Sus guardaespaldas de esa época explican que era un obseso sexual que los viernes por la tarde abría la reja de Graceland para que entraran en la casa las chicas que hacían guardia enfrente de la mansión durante días para montar

orgías. En un reportaje de televisión titulado *Las últimas 24 horas de Elvis*, uno de los miembros de su cuerpo de seguridad explica que un día había en la casa 152 mujeres con solo 7 hombres. Posiblemente, el chiste de «¡hay que organizarse!» nació aquel fin de semana.

En su última época sufrió graves problemas de salud, obsesionado por adelgazar. Llegó a pesar 113 kilos consumiendo constantemente drogas que le recetaba un médico que tenía a sueldo.

También se obsesionó por la seguridad y las armas de fuego. En un mes se compró 33 revólveres y, no es leyenda, disparaba por la casa a la tele cuando el programa que emitían no le gustaba. Y eso que no existía *El Chiringuito*.

Finalmente murió —o no, porque según la leyenda fingió su muerte y todavía vive—, en agosto de 1977, cuando se levantó de la cama para «ir a leer al lavabo». Su novia de entonces lo encontró horas después en el suelo junto al retrete. Con sus rarezas y sus defectos, hay que reconocer que El Rey fue el más grande.



JUAN PABLO II

1920–2005

- CORRUPTO
- RETRÓGRADO
- PROTECTOR DE PEDÓFILOS

A riesgo de condenarnos, queremos moverle la peana a un hombre santo, no en vano está ya canonizado y beatificado; un hombre que vivió en el siglo XX, pero que sin duda estaba fuera de su época, porque donde habría sido feliz de verdad hubiera sido en la Edad Media, cuando los papas tenían ejércitos, la Inquisición y podían torturar. Nuestro nuevo execrable es Karol Wojtyla, más conocido como Juan Pablo II.

Así que, en el improbable caso de que Jorge Fernández Díaz lea este libro, le pedimos que se pase inmediatamente a Radio María, porque el retrato que aquí se hace del Papa lo dejará como un fascista, propagador de enfermedades, financiero corrupto, protector de dictadores y pedófilos, y contrario a la evolución científica.

¡Ahí es nada!

Lo que sí que puede decirse en su favor es que era un tío eficiente. Lo nombraron papa para que se cargara el comunismo y lo consiguió en un tiempo récord. Como reconoció el líder polaco Lech Walesa en una entrevista a Associated Press, «Juan Pablo II es el responsable del cincuenta por ciento del colapso del comunismo».

Wojtyla demostró que Stalin no tenía razón. Cuando Churchill le pronosticó que el Vaticano sería quien haría caer el comunismo, *Pepe* le respondió: «¿Y cuántos tanques tiene el Papa?» Pues sin tanques, pero a base de misas y santos, Wojtyla prácticamente hizo desaparecer toda una manera de entender el mundo.

Lo que quizá nadie se esperaba es que el Papa fuera tan escandalosamente neoliberal y procapitalista. Cuando en su primer escrito afirmó que «en el orden de los intercambios debemos dejarnos llevar por las leyes de la sana competición» y calificó las huelgas como una «plaga demoníaca», ya se vio que muy neutral no era.

A Wojtyla no había nada que le gustara más que los santos y los dictadores, de derechas, claro está. En sus 26 años de pontificado, nombró 426 santos e hizo 1.338 beatos, más que en los cuatrocientos años anteriores a su pontificado.

Era un gran buscador de talentos espirituales, algo así como un jurado de *La Voz* que veía santidad por todas partes, especialmente en la Guerra Civil española (sección nacional) y en el Opus Dei, una gran cantera de beatos. Por poner un ejemplo de sus políticos favoritos, podemos hablar de Robert Mugabe, que no podía poner un pie en Europa excepto en el Vaticano, o de Augusto Pinochet.

Al dictador chileno le hizo el favor de quitarle de encima al cardenal Silva Henríquez, que protestaba por los desaparecidos, y le puso como nuncio del Vaticano en Chile a Angelo Sodano, que años después fue secretario de Estado del Vaticano y la persona que intercedió ante Gran Bretaña para liberar el dictador chileno cuando fue detenido en Londres.

También era muy amigo del dictador de El Salvador, el general Humberto Romero Mena, y de sus fuerzas paramilitares, que asesinaron a monseñor Romero, uno de los padres de la Teología de la Liberación, una gente que defendía que «no hay Iglesia sin pueblo». De hecho, los curas de izquierdas lo ponían bastante nervioso, como era el caso del ministro de Cultura sandinista, Ernesto Cardenal.

Tampoco llevaba muy bien el tema de la evolución. El mismo Stephen Hawking reconoció que el Papa le había recomendado: «Es mejor que no investigue el origen del universo, estos temas son muy complicados y son cosa de Dios.» Tuvo suerte Hawking, a Galileo, por mucho menos, le enseñaron los hierros de tortura. Pero es que debemos tener en cuenta que, en temas de ciencia, la Iglesia va a su ritmo. Apenas acaban de pedir perdón a Galileo por haberlo amenazado con la tortura si no se retractaba, y ahora empiezan a considerar que la Teoría de la Evolución de Darwin quizás es «más que una hipótesis».

Hablando de ciencia, Juan Pablo II fue el gran apóstol contra el preservativo en plena epidemia del sida. Según la revista inglesa *New Statement*, el Papa, con su doctrina, contribuyó «a la expansión del sida más que la industria del transporte terrestre y la prostitución juntos».

En el año 1988, con el sida diezmando las poblaciones más desfavorecidas de África, Juan Pablo II dijo textualmente que «la doctrina de la Iglesia no admite excepciones, ni siquiera para los infectados del sida ni para los que utilizan el preservativo para prevenirlo», hecho que provocó una protesta formal de la OMS ante el Vaticano.

Para los médicos que luchan contra el sida, la posición de la Iglesia en este tema durante el pontificado de Juan Pablo II es uno de los errores históricos más flagrantes de la humanidad.

¡Pero tranquilos, que no pasa nada! Dentro de quinientos años pedirán perdón, como han hecho con Galileo, y pim-pam, curados.

La doble moral del papado con el sexo es una de las mayores sombras de Juan Pablo II. Mientras, por un lado, condenaba las relaciones homosexuales considerándolas un pecado e «intrínsecamente malas», el Papa encubrió y se desentendió de las miles de denuncias contra curas pedófilos que llegaban al Vaticano. Es el caso, por ejemplo, del violador cardenal de Viena, Hans Hermann Groër, o del escándalo del obispo de Boston, Bernard Law, que toleró que doscientos cincuenta curas violaran más de mil niños durante años con total impunidad, a pesar de que la policía demostró que el obispo conocía los hechos y que había recibido cuatrocientas cincuenta denuncias documentadas. Law aceptó su responsabilidad moral, renunció a la púrpura y Juan Pablo II, a cambio, lo nombró Arcipreste de Santa Maria Maggiore, una de las iglesias más importantes de Roma. Por si eso fuera poco, Law fue uno de los que ofició la misa funeral de Juan Pablo II.

Pero todavía hay más. Juan Pablo II fue el principal protector del mexicano Marcial Maciel, fundador de los Legionarios de Cristo y un criminal sexual de primera magnitud. Maciel fue el brazo ejecutor del Papa en América del Sur y era quien le preparaba el terreno para sus viajes. A cambio, la suya fue, junto con el Opus Dei, la organización que más creció en su pontificado, durante el que fundó universidades, ordenó curas y consolidó un poderoso grupo empresarial paralelo, Integer.

Cuando se destaparon los escándalos de las violaciones, los cuatro hijos y el consumo y tráfico de drogas de Maciel, el Papa dijo que no sabía nada de ello. Su portavoz, el español Joaquín Navarro Valls, aseguró que «la pureza de su pensamiento le impedía dar crédito a todo lo que le decían sobre su amigo mexicano».

Pero en lo que es imbatible nuestro Papa Execrable es cuando se pone a remover billetes. Seguramente, su pontificado ha dado a la literatura y el cine más argumentos que el papa Borja. La trama alrededor de la IOR (Instituto para las Obras de la Religión) incluye de todo: chantaje, mafia, logias masónicas, asesinatos, suicidios misteriosos… Ni Dan Brown se lo habría planteado. Y esto es decir mucho…

El principal caso que lo resume todo es el del Banco Ambrosiano. Desde el punto de vista empresarial, la Iglesia es la compañía más fiable del mundo. Es cierto que en un inicio empezaron con problemas, por culpa del tema aquel de los leones y los romanos, pero puede decirse que desde entonces acumulan dos mil años de éxitos económicos… y sin pagar impuestos.

Por lo tanto, han acumulado, en metálico y en patrimonio, unos beneficios significativos, y esto que nunca aparecen en la lista Forbes para no abusar y deprimir a Amancio Ortega. Volviendo al tema del Banco Ambrosiano, lo explicaremos de la forma más llana posible. Resulta que un día la curia vaticana se puso de acuerdo con Michele Sindona, un banquero siciliano de amistades poco recomendables (de esas que tienen gatitos), para sacar más rendimiento de los ahorrillos que tenían. Hartos de que en los bancos donde invertían solo les regalaran tostadoras, Sindona recomendó al capitoste de la banca vaticana, un cardenal americano llamado Paul Marcinkus, que comprara un elevado tanto por ciento de un banco italiano llamado Banco Ambrosiano, que presidía un tal Roberto Calvi. En pocas palabras, hicieron un pan como unas hostias. Perdieron mil trescientos millones de dólares en préstamos a empresas fantasma de América Latina, financiaron la compra de armas, blanquearon dinero de la mafia y cometieron todos los fraudes fiscales del código penal. Por lo tanto, Sindona fue a la prisión. Al cabo de no mucho tiempo, murió envenenado después de tomarse un café; antes del juicio, obviamente.

Quedaba Calvi, el del Ambrosiano, para declarar. Pero se fugó de Italia con un pasaporte falso. Desgraciadamente para él, lo encontraron enseguida. Lástima que lo colgaran en un puente de Londres con cinco kilos de piedras a los bolsillos. Tampoco pudo revelar gran cosa.

Y por fin estaba Marcinkus, uno de los personajes más maravillosos de la trama. Conocido como el Cardenal Gorila por su aspecto, o el Banquero de Dios, estuvo a punto de ser detenido, pero Juan Pablo II lo impidió. Le dio inmunidad diplomática y lo devolvió a Estados Unidos como obispo de Phoenix, Arizona. Este es el personaje en el cual se basa Coppola para crear al arzobispo Gilroy en *El Padrino III*.

Juan Pablo II asumió la «responsabilidad moral de la quiebra de la banca», pero nadie más fue a la prisión. Los pequeños inversores perdieron sus ahorros y aquí paz y después gloria, que mi reino no es de este mundo.

Por lo tanto, como defiende el teólogo suizo Hans Küng, a quien Juan Pablo II prohibió dar clases durante su periodo al frente de la Iglesia, estos hechos puede definirse como «una era en la cual los obispos se creían gobernadores romanos y no servidores de los creyentes, y en la cual los teólogos o escriben con conformidad o se callan».

En fin, un verdadero santo.



CHARLES CHAPLIN

1889–1977

- AFICIÓN POR LAS MENORES
- CELOSO
- AVARICIOSO

Como tantas veces a lo largo del proceso de creación de este libro, con este personaje nos hemos visto en la tesitura de decidir si pesa más nuestra admiración o nuestro afán por acabar con la mitomanía en el mundo. Lamentablemente para su recuerdo, casi siempre sale venciendo nuestra misión desmitificadora.

Un genio con todas las letras, un hombre que, a pesar de haber tenido una infancia que habría firmado el propio Dickens (padre alcohólico, madre esquizofrénica, abandonado en un orfanato donde fue maltratado…), llegó a ser uno de los hombres más ricos y conocidos del mundo y, además, hizo felices a millones de personas con sus películas.

Pero todos tenemos una cara B, y Charles Spencer Chaplin no constituye una excepción. Se le podría reprochar que era un hombre avaricioso, muy celoso (sobre todo con los compañeros de profesión, y si no que se lo pregunten a Buster Keaton), que fue el primero en dar de comer a la prensa del corazón o que sacó de quicio a todo un premio Nobel de Literatura.

El caso es que Chaplin tenía un grave problema que le causó muchos quebraderos de cabeza. Un problema situado concretamente en la bragueta. Era un tigre y sus piezas de caza, cuanto más jóvenes, mejor. Como veremos a lo largo del libro, una de las características recurrentes de los execrables es el gusto por la carne poco hecha. Chaplin es el mejor/peor ejemplo.

Sin ser especialmente guapo, Chaplin era un seductor casi obsesivo. Él mismo reconocía que se había acostado con unas dos mil mujeres, cosa que no está mal, pero que lo llevó a mal traer.

¿Dónde estaba su secreto? Pues dicen que en la medida, que se ve que a veces sí que importa.

Su fama lo precedía. En 1922 llegó a Hollywood una de las mujeres más ricas de América, Peggy Hopkins Joyce, una vampiresa de manual, con cinco exmaridos a las espaldas y por la cual, literalmente, los hombres se suicidaban. Fue a Hollywood únicamente para cenar con Chaplin y preguntarle en el segundo plato por la medida de su pene. Parece ser que la respuesta satisfizo a la señora, pues vivieron unas cuantas semanas de pasión en Isla Catalina perseguidos por los *paparazzi*, una constante en la vida del

actor. La estancia de los amantes en la isla fue tan desenfrenada que, a partir de entonces, los machos cabríos de la isla pasaron a denominarse «charlies» para la población del lugar.

Si la medida importaba a sus amantes, a él lo que le importaba era la edad, o mejor dicho, no le importaba mucho. Para Chaplin, cuanto más jóvenes, mejor. Así, su primera mujer fue Mildred Harris, con quien empezó a «interactuar» cuando ella tenía catorce años. Eso sí, esperaron para casarse a que cumpliera dieciséis. Él, por si se lo preguntan, tenía treinta. Y se casó porque la dejó preñada. Después de un parto muy complicado, el niño murió a los tres días.

Aquel matrimonio estaba condenado al fracaso. La opinión de Charlie sobre Mildred no era muy elogiosa. Un día, hablando de su esposa con su amigote Douglas Fairbanks, la definió de la siguiente manera: «No es que sea un peso pesado de la inteligencia.»

También le molestó mucho que Louis B. Mayer, 48 horas después de su boda, le firmara a Mildred un contrato como actriz y la presentara como «Mrs. Chaplin». Él no quería actuar con ella y discutió con Mayer, que antes de ser el amo del cine había sido chatarrero y tenía unas manos como panes. La discusión acabó con Chaplin KO en un restaurante, mientras Mayer le decía que era «un asqueroso pervertido».

Pero nuestro héroe se superó con su siguiente matrimonio, con Lita Grey, nombre artístico de Lillita McMurray. A esta la conoció con siete años. Enseguida le empezó a proporcionar papeles, infantiles obviamente, en sus películas. El problema, que Chaplin no supo prever, estaba en la madre de Lillita, un ser abyecto que no tuvo ningún escrúpulo en empujar a su hija a la cama del actor. La madre quería ser millonaria, fuera como fuese, y el atractivo de su hija le pareció el medio más rápido para lograrlo.

La actuación de Lillita, ya Lita Grey, era pasable en papeles de niña, pero a medida que fue creciendo perdió la gracia. Un día, cuando ella tenía quince años, en medio de un rodaje se puso las manos en el vientre después de volver a estropear una escena y anunció al mundo que estaba embarazada. Sí, nuestro amigo Charlie había vuelto a las andadas. Él tenía treinta y cinco.

La madre de Lita se hizo la ofendida de cara a la galería, pero lo tenía todo preparado. Al día siguiente del dramático anuncio, el abogado Edwin McMurray, tío de Lita y hermano de su madre, visitó a Chaplin para informarle de que el sexo prematrimonial con una menor equivalía a una violación. La boda se concretó para el 24 de noviembre de 1924.

El enlace, desde luego, se convirtió en el gran escándalo del año en Hollywood. Para casarse discretamente decidieron ir a México. No les sirvió de nada. Cruzaron la frontera perseguidos por cincuenta periodistas en una carrera de locos. Finalmente se casaron, ironías del destino, en una pequeña ciudad del estado de Sonora llamada Empalme, el escenario más adecuado para el gran Chaplin.

Esa boda supuso el gran éxito de la madre de Lita, que se instaló en la mansión de cuarenta habitaciones de Chaplin en Beverly Hills (por entonces, el patrimonio del actor ascendía a dieciséis millones de dólares) y el plan le salió perfecto. Primero nació Charles Jr. y, ojo al dato, nueve meses y dos días después llegó Sydney, el segundo hijo de la pareja. Nueve meses más tarde, Lita, el tío Edwin y la madre dirigiendo todo el cotarro presentaron una demanda de divorcio a Chaplin por la cual le reclamaban un millón de dólares.

El juicio del divorcio fue la noticia del año y fue portada en los periódicos cada día. Los abogados de Lita no solo acusaron a Chaplin de ser infiel, sino que lo presentaron como un sátiro sexual. La primera acusación estaba absolutamente fundamentada, por cierto.

Chaplin fue linchado ante el tribunal. Lita y su madre presentaron como prueba un libro de 42 páginas titulado *Las quejas de Lita Grey*, un diario en el que ella detallaba sus relaciones sexuales con el gran actor. En este libro lo acusaban de que «nunca mantuvo relaciones con la demandante de la manera acostumbrada entre hombre y mujer».

La prensa mojó pan y la sociedad americana descubrió que Chaplin la obligaba a hacer tríos con otras mujeres y, gracias a este juicio, toda América conoció el término latino *fellatio* (este, a día de hoy, lo conocen incluso los de la ESO, pero por si hay algún despistado, significa «mamada»).

Chaplin se defendió como pudo, pero, cuando lo chantajearon con sacar a la luz el nombre de cinco amantes famosas con las cuales había puesto los cuernos a Lita, accedió a pagar en medio de una completa depresión. Cuando acabó el juicio, tenía los cabellos absolutamente blancos.

Lo tenían bien pillado. ¿Y sabéis por qué? Por un macabro suceso que había ocurrido dos años antes. Atenta la compañía.

Una de las supuestas (de hecho, más que supuesta) amantes de Chaplin era la famosa actriz Marion Davies, que era al mismo tiempo la amante del gran magnate de la prensa William Randolph Hearst, quien creó una productora de cine para ella (Cosmopolitan Productions).

Davies reconocía que su secreto era «un 5 por ciento de talento y un 95 por ciento de publicidad».

Hay que decir que Hearst y Chaplin compartían el gusto por las jóvenes: él tenía 72 años y Davies, 27. Hearst, que sospechaba que Davies le engañaba con Chaplin, preparó una trampa a los dos para pillarlos in fraganti. Organizó una enorme fiesta en su yate, el *Oneida*, sesenta metros de barco que había sido propiedad del káiser. En medio del mar y cuando la fiesta estaba en lo mejor, Davies se escaqueó del salón con Chaplin, tal y como sospechaba Hearts que pasaría. El magnate, ni corto ni perezoso, cogió el revólver con empuñadura de brillantes que siempre tenía a mano y bajó a la cubierta dispuesto a matar a Chaplin.

Disparó y, fiel a su famosa puntería, reventó de un disparo al que creía que era Chaplin pero que, en realidad, era Thomas Ince, un famoso productor de películas del oeste que también estaba en la fiesta y que apareció en el peor momento en el lugar más equivocado. Chaplin, oliéndose la tostada, había logrado esconderse. Los diarios de Hearst publicaron que Ince había muerto de una indigestión durante la fiesta, y aquí paz y después gloria.

En el barco también estaba Louella Parsons, una periodista del corazón que lo vio todo. Parsons era tan mala persona que haría que los del *Sálvame* ganaran el Pulitzer cada año. Louella juró lealtad a Hearst a cambio de su silencio y escribiría a su dictado en sus diarios de por vida a cambio de un contrato fabuloso. Chaplin se salvó del disparo, pero no así de Parsons, que lo masacró y sacó a la luz todos sus escándalos. Que no fueron pocos.

Así, no solo lo crucificó por el caso de Lita, sino también cuando otra mujer, Joan Barry, volvió a acusarlo de haberla dejado embarazada (había sido su amante) y lo asedió en plan *Atracción fatal*, Luella dirigió las operaciones de la prensa, que se puso en bloque a favor de la mujer y en contra de Chaplin.

A raíz del caso Barry, Chaplin fue detenido por el FBI y fue a juicio. El Comité de Actividades Antiamericanas lo puso en el punto de mira y lo acusaron de antipatriota americano, aduciendo que nunca había querido hacerse estadounidense y renunciar a su nacionalidad británica.

Una vez más, Chaplin tuvo que desembolsar el dinero que le pedían por la niña y pagar generosamente a la loca de la madre, que había llegado a presentarse en su casa el día de Navidad armada con una pistola. Pero lo más fuerte de todo es que las pruebas de paternidad habían resultado negativas. La niña no era hija de Chaplin. Aun así, fue condenado.

Tampoco ayudó mucho que por aquellos tiempos Chaplin estuviera a punto de casarse con Oona O'Neill, hija del premio Nobel y cuatro veces ganador del Pulitzer Eugene O'Neill, quien desaprobaba la relación. Oona tenía diecisiete años y Chaplin cincuenta y cuatro. El Nobel no volvió a hablar nunca más con su hija, que acabó siendo la mujer de la vida de Chaplin. Oona tuvo ocho hijos con él y estuvo a su lado hasta la muerte del actor en Suiza, donde se autoexilió huyendo de Louella, del FBI y del Comité de Actividades Antiamericanas… Y de las chicas jóvenes.

No volvió a Estados Unidos hasta 1972, cuando, en un acto de disculpa, le otorgaron el Oscar honorífico, compensando así todos los que le habían tangado (solo ganó uno por la música de *Candilejas*, y eso que Stallone tiene cuatro). El momento de recibir la estatuilla se recuerda como la mayor ovación de la historia de la ceremonia de los Oscar. Emocionante de verdad.

Hollywood le pedía perdón, pero ni muerto pudo descansar. Murió el día de Navidad de 1977 y, en marzo, su cadáver fue robado del cementerio de Vevey, Suiza. Los ladrones de tumbas pidieron seiscientos mil dólares de rescate. Oona nunca los pagó y, meses después, la policía detuvo a los dos secuestradores, que perturbaron hasta el último momento la paz de un genio con problemas de entrepierna.



PABLO PICASSO

1881–1973

- ✕ MANIPULADOR
- ✕ MALTRATADOR
- ✕ VIOLENTO

Aquí recibe todo el mundo, no se libra ni uno de los más grandes pintores del siglo XX y posiblemente de la historia, todo un genio. Hablamos de Pablo Ruiz Picasso, un tipo que, una vez conocidas sus relaciones con las mujeres, te entran ganas de dejar de reclamarlo como compatriota y permitir que los franceses se apropien de su figura por siempre jamás.

Picasso tuvo romances con muchas mujeres (dejando a un lado los rollos puntuales, podemos contar hasta trece relaciones serias entre novias y esposas), y todas quedaron anuladas por el genio. Dos de ellas incluso acabaron suicidándose. Un atractivo seductor que destruía a todos los que lo amaban: fueron víctimas colaterales de la creación artística.

Picasso era persona de extremos, amaba u odiaba, sin medias tintas, algo que no es de extrañar en un hombre que se pasaba gran parte del día en pelotas o en calzoncillos y definía a las mujeres, según sus palabras, como «máquinas de sufrir» y afirmaba que solo podían ser «reinas o alfombras». Picasso era capaz de hacer que se sintieran de las dos maneras.

Y esto quedaba clarísimo en su obra. No hacía falta que dejara de seguirlas en Twitter o que ya no les pusiera un «me gusta» en Instagram para que entendieran que su tiempo junto al genio había pasado. Era tan fácil como ver cómo las pintaba. Mientras salían guapas en sus cuadros, todo iba bien; cuando empezaba a desfigurarlas, pies para qué os quiero, que la cosa pinta mal y peor puede acabar.

Una de las primeras amantes, y una de las pocas previas a su consagración como el pintor más célebre de su época, fue la modelo Fernande Olivier, quien inspiró el cuadro *Las señoritas de Aviñón* y gran parte de las obras de la llamada época rosa. Él era tan celoso que no la dejaba salir de casa, hasta el punto de robarle los zapatos para que no pudiera poner un pie en la calle. Vivieron juntos siete años.

Pero por lo visto a él le parecieron pocos porque, cuando se hizo rico y famoso, la abandonó y se enamoró de Eva Gouel. La dejó sin un céntimo y se negó a ayudarla. Fernande malvivió y pasó innumerables penalidades y, años después, y con el propósito de sacar algo para su subsistencia, publicó unos recuerdos de Picasso («Cuando Picasso era bombero») en el diario belga *Le*

Soir. Las entregas aparecían cada semana, hasta que Picasso recurrió a sus abogados para que lo impidieran. Al final consiguió publicarlos en el *Mercure de France*.

Pues bien, en 1956, Fernande se había quedado sorda y artrítica y Picasso le cedió una suma (modesta) de dinero a cambio de que no escribiera nada más sobre él. Un hombre desprendido y atento. ¡Menudo pájaro!

Años después, estando casado con Olga Khokhlova (que, por cierto, también acabó demente y trastornada, primero en un manicomio y después en una orden religiosa), conoció a Marie Thérèse, que tenía diecisiete años. Ya sabemos que parece poco comparado con Chaplin (o Machado), pero era completamente ilegal. Para poder verla a escondidas, él la internó en un campamento para niñas, junto a la casa de veraneo donde iba con su mujer, Olga. Dijo que le daba morbo verla rodeada de tanta juventud.

Sádico como era con las mujeres, le gustaba juntar a las dos en su casa y ver cómo se peleaban por él a puñetazos. Como explicó a su amigo Antonio D. Olano en el libro *Las mujeres de Picasso*: «Me gusta hacer este tipo de cabronadas, son como las travesuras que hacía de niño.»

Qué razón tenía María, la madre de Pablo, cuando antes de la boda le dijo a Olga: «Pobre muchacha, no sabes dónde te vas a meter. No creo que haya una sola mujer que pueda ser feliz con mi hijo.» Y si esto lo dice una madre…

La relación con Marie Thérèse no fue larga, pero tuvieron una hija, Maya, a la que él nunca quiso reconocer. Picasso, como el perro del hortelano, abandonó a su mujer, pero la tuvo siempre cerca. Cuando murió, ella se suicidó en el garaje de la casa del pintor. A Marie Thérèse la dejó por la fotógrafa Dora Maar, que acabó también en un frenopático.

Paula Izquierdo, en su libro *Picasso y las mujeres*, mantiene que durante años Picasso visitó a menudo la casa de Marie Thèrése para que le cortara las uñas y el pelo, que guardaba en pequeñas bolsas para evitar que hicieran brujería.

Pero la relación más larga la tuvo con Jacqueline Roque. Ella se mantuvo alejada de todo, pero, como todo lo que tocaba el genio, se trastornó. Fue la sumisa perfecta. Le besaba la mano, le llamaba «monseñor» y fue quien impidió que sus nietos asistieran al funeral. El joven Pablito, de veintitrés años, se suicidó bebiendo lejía después de que le lanzaran los perros cuando intentó despedirse de su abuelo. Años más tarde, también ella se pegó un tiro.

Además, por si fuera poco, era violento y manipulador. Otra de sus mujeres, Françoise Gilot, explica en *Mi vida con Picasso* que el pintor tenía accesos violentos. Llegó a intentar quemarla con un cigarrillo. No se sabe si

finalmente lo hizo, pero su nieto Olivier, para defenderlo, lo negó, alegando que Picasso paró en el último momento y dijo: «No es una buena idea. Después de todo, puede ser que algún día quiera volver a mirarte.» Todo un señor.

La cosa no acaba aquí, también era un tacaño de manual. Su fortuna (por la cual sus herederos se arrancaron los ojos) se calcula en muchísimos millones de euros, pero le creaba grandes traumas gastar. Su nieto Olivier dice que les enseñó que había que ser rico y vivir como un pobre. Todo un consejo.

Su nieta Marina explica en su libro *Mi abuelo* que, a pesar de ser millonario, se negó a pagarle los estudios universitarios. Explica que, en otro gran gesto de humanidad y en pleno enojo, su abuelo le dijo: «No saldrás en mis pinturas, nunca existirás. No serás nadie.» Después del abuelo de Heidi, no ha habido otro como él.

Otro ejemplo de su carácter se encuentra en las memorias de Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, donde se ve cómo Picasso maltrata y desprecia al poeta. Lo humilla y, como sabe que quiere un dibujo, una firma, especula con él para hacer que se sienta miserable. ¡Y eran amigos! Sí, rollo Rosell y Laporta o Granados y González.

Su sentido de la amistad queda claro viendo cómo se comportó con dos supuestos amigos suyos como Apollinaire y Max Jacob, que fueron a parar a la prisión sin que él, que podía, moviera ni un dedo para ayudarlos.

El caso de Apollinaire es digno de una novela de Agatha Christie. En 1911 robaron la *Gioconda* del museo del Louvre. Para los de la ESO, el Louvre es ese museo que está cerca de Eurodisney. Pues bien, días después del robo, un joven belga, para demostrar que la seguridad del museo era de chiste, sustrajo unas estatuillas que entregó como prueba a la redacción del diario *Le Journal*.

Hasta aquí todo bien, pero resulta que el joven ladrón era el secretario de Apollinaire, y había vendido a Picasso y al escritor francés dos de las estatuillas robadas. Picasso decidió esconder las suyas, pero Apollinaire fue al mismo diario y devolvió su estatua con la condición de quedar en el anonimato.

Los del periódico, ¡cómo son los periodistas!, lo denunciaron y la policía lo detuvo como cómplice del robo. Para explicar qué había pasado, Apollinaire pidió que llamaran a Picasso como testigo para reforzar su coartada. Pero él dijo a la policía que no conocía de nada al poeta, quien se pasó una buena temporada en la cárcel hasta que se aclaró el lío.

¡Y esto no es nada! Peor le fue al también poeta y supuesto amigo de Pablo, Max Jacob, quien durante la ocupación nazi de París fue detenido por homosexual. Fue internado primero en el campo de concentración de Drancy, en el paso intermedio para ir a Dachau.

En su biografía del pintor, Arianna Stassinopoulos explica que la intelectualidad que residía en París seguía viviendo a cuerpo de rey a pesar de la ocupación. Estos intelectuales, más o menos bien relacionados con los nazis, escribieron una carta a las autoridades alemanas para pedir que liberaran Jacob. Pero Picasso se negó a firmarla diciendo: «No vale la pena, Max es un pequeño demonio y no necesita ayuda de nadie para escapar de la prisión.» Jacob murió en el campo de concentración mientras Picasso esperaba la entrada de los aliados en París para recordarles que él había pintado el *Gernika* y que era un gran luchador contra los nazis.

Y es cierto que Picasso apoyó desde París la causa de la República, pero cuando Franco ganó la guerra y los nazis ocuparon París, bajó la intensidad de sus compromisos. Al fin, cuando los nazis perdieron, se afilió al partido comunista de Francia.

Eso sí, no se puede decir que la familia haya hecho negocio con la figura del genio. Solo ha puesto su nombre a una línea de coches y todavía se pelean por los miles de dibujos y cerámicas que dejó en su castillo de Vauvenargues. ¡En fin, ni en el caso de Dalí se ha llegado a tanto!



ADOLFO SUÁREZ

1932–2014

- ✗ CHULERAS
- ✗ INCULTO
- ✗ TREPA

Nos gusta meternos en camisas de once varas y cuestionar lo que ya está grabado a fuego en el imaginario popular. Con permiso de Javier Cercas, vamos a desenmascarar a uno de los políticos más santificados y que, en el convulso momento político actual, se ha convertido en el Bálsamo de Fierabrás, que lo cura todo y sirve para todo.

Todo el mundo apela, reivindica o quiere ser Adolfo Suárez, cosa que, viendo cómo lo trataron muchos de los que ahora lo reclaman como modelo, es para partirse de risa. El padre de la modélica Transición española es actualmente un valor al alza. Explicaremos, especialmente a los de la ESO, que Suárez (debe de sonarles contemporáneo de Diego Velázquez y el general Prim) era un hombre con una ambición desmesurada por mandar, un inculto reconocido, un hombre con agallas (hay que reconocérselo) y, por encima de todo, ese tipo de persona con quien nunca querríais trabajar: Suárez era el prototipo de trepa. Para los de la ESO, ya descubriréis qué es eso cuando lleguéis, si se da el caso, al mercado laboral.

Todo empezó el 22 de julio de 1969. Aquel día, el príncipe Juan Carlos fue oficialmente nombrado sucesor de Franco (para los de la ESO, el Sauron de España). Solo tenía que esperar a que muriera, cosa que todavía tardó unos cuantos años en suceder, pero los más listos de la corte ya tenían claro que, cuando desapareciera el dictador, la jefatura del estado recaería en aquel Borbón que acababa de meter, quizá forzado por las circunstancias, una estocada hasta donde pone Toledo a su padre, exiliado. El príncipe Juan Carlos se había convertido en el sol que más calentaba.

Y, entre todos los listos, descollaba un hombre hoy injustamente olvidado por la historia y gracias al cual España no es Albania: Torcuato Fernández Miranda. Torcuato fue el guionista de la Transición y, para llevar a cabo su guion, necesitaba un actor protagonista que fuera guapo, ambicioso, falangista y que no hiciese demasiadas preguntas. Lo encontró en Segovia. Se llamaba Adolfo Suárez.

Era el chuleras del pueblo. Hijo de buena familia, se casó con la hija de un general y se convirtió en una figura típica de aquellos años: el «recomendado». Por ejemplo, el coronel jurídico de la Armada en Sevilla,

Hermenegildo Altozano, garantiza al suegro de Suárez, el general Illana, que el pollo aprobará las oposiciones para entrar en el cuerpo jurídico. El 10 de noviembre de1959, Suárez se examina durante once interminables minutos. Dos días después recibe las calificaciones: Insuficiente por unanimidad. Illana recibe una nota de su amigo: «Imposible hacer nada con este chico.»

Un visionario, el coronel. Entonces, Suárez, «recomendado» por un fiscal amigo de la familia, acaba de secretario del gobernador civil de Ávila, Fernando Herrero Tejedor, padre del periodista de la COPE Luis Herrero, quien le da las dos primeras grandes lecciones sobre política. Explica Manuel Vicent, en su imprescindible *El azar de la mujer rubia*, que Herrero Tejedor dijo a Suárez: «Muchacho, ¿quieres salvar a la patria?» Suárez, solícito, contestó: «Sí, jefe.» A lo que el gobernador replicó: «Súbeme del estanco un cartón de Ducados.»

No fue el único consejo del gobernador civil. Poco después, según la misma fuente, le dijo: «Que sepa que soy numerario del Opus Dei, así que usted mismo.» Esa tarde, Suárez se hizo del Opus. Años después, cuando se aprobó la Ley del divorcio, negó cualquier relación con los de la Obra, una negación imposible que marcó tendencia, precursora del «No conozco a Bárcenas».

Suárez entendió, gracias a Herrero Tejedor, que no hay nada más rentable en política que hacer encargos y seguir la cuerda de los que mandan. Así, cuando el príncipe llegó a la *pole position* como sucesor de Franco, le asignaron la dirección de TVE, que se convirtió en «el canal Juan Carlos». Como director de TVE, solo le preocupaba que el príncipe apareciera en pantalla a todas horas y, cómo no, ir de caza con él, a cenar y seguir los consejos de Torcuato, quien para tutelarlo le había puesto como cabeza de gabinete a otra figura olvidada de la Transición, Carmen Díez de Rivera, una mujer guapísima que hizo que el rey le dijera «*I simply adore you*», y por escrito, el insensato. Además, Carmen era hija ilegítima de Ramón Serrano Suñer, sí, el «cuñadísimo» de Franco, el mismo que se entrevistó con Hitler en Hendaya y que hacía de puente entre Torcuato, el príncipe y Suárez.

Gracias a su simpatía y al hecho de entender que el futuro estaba en la televisión, Suárez consigue hacerse íntimo del príncipe. El 8 de diciembre de 1975, la televisión que él mismo dirige se encarga de emitir las imágenes de Suárez retirando escombros y salvando a las víctimas de una convención de empleados de supermercado, que habían quedado atrapados en el hundimiento de un restaurante en Los Ángeles de San Rafael, Segovia, de donde era ya gobernador.

La tragedia del restaurante acabó con la vida de 52 personas y otras trescientas resultaron heridas. Las causas fueron que el cemento de la obra era de mala calidad y que el establecimiento se inauguró antes de tiempo. Los permisos estaban en regla, pero Suárez, que se arremangó y sacó escombros como un voluntario más, quedó como un héroe. El constructor, un señor llamado Jesús Gil y Gil (quizás os suene), fue a la prisión y, un año después, Franco lo indultó personalmente. Pero esta es otra historia que acaba en un jacuzzi marbellí.

Gracias a Carmen Díez de Rivera y a Torcuato Fernández Miranda, en 1975, Suárez, que ya era ministro del Movimiento (es decir, de la Falange), entra a la terna que el Consejo del Reino presenta al ya rey de España para que elija presidente de Gobierno.

Dado que el favorito, Federico Silva Muñoz, había quedado descartado desde el principio gracias a las maniobras de Torcuato, Suárez se disputaba la primera presidencia del Gobierno —a dedo— con Manuel Fraga Iribarne y José María de Areilza, que parecía tener todas las papeletas.

Mientras Areilza hacía una fiesta en su casa de Puerta de Hierro para celebrar su inminente nombramiento como primer presidente supuestamente democrático de España en cuarenta años, suena el teléfono y le comunican que el rey ha elegido a Suárez. Nadie se lo puede creer. Aquella semana, Ricardo de la Cierva, que hoy sería tertuliano en 13TV, publica un famoso artículo comentando la elección. El título habla por sí solo: «Qué error, qué inmenso error.»

A Suárez lo despreciaban todos sus adversarios y compañeros políticos por su incultura, especialmente Fraga. El gallego era una enciclopedia andante que a los veintiocho años se había leído la mitad de la Biblioteca Nacional, mientras que Adolfo, el «recomendado», reconocía abiertamente que no había podido acabar un libro en su vida. Casi lo consigue con *Papillon*, un best seller de la época, pero al final no pudo completar la gesta. Tantas palabras y no pronunciadas por él…

En este sentido es ilustrativa una anécdota que tiene como escenario el palacio de la Generalitat, donde Tarradellas hacía una cena con empresarios y políticos de la época para comentar la actualidad. En el curso del evento, Antonio de Senillosa comentó al Muy Honorable: «*President*, ¿no es lamentable tener en Madrid un presidente del Gobierno que no ha leído nunca un libro?» Y Tarradellas le respondió: «Al contrario, si ha llegado donde ha llegado sin leer, imagine lo que podría hacer cuando empiece a leer.»

Para fingir que no era tan insensible a la cultura, un día usó el abono que tenía como presidente del Gobierno para ir a la ópera. Acudió con su mujer y Fernando Abril Martorell. Al cabo de cinco minutos se escapó por la puerta trasera para volver a la Moncloa a ver un partido de fútbol.

Quizá por eso Suárez se entendió tan bien con Carrillo, que era su pareja perfecta. Tenían las mismas inquietudes culturales: si Suárez nunca había leído un libro, para Carrillo el mejor actor del mundo era Louis de Funes. Carrillo y Suárez fueron los Pajares y Esteso de la política de los setenta. Hicieron el número más grande de todos: legalizar el Partido Comunista un Viernes Santo (cuando la Semana Santa era la Semana Santa y no una Semana de Vacaciones) sin decir nada al rey ni al ejército. Con la legalización, Carrillo renunciaba a cualquier reivindicación de la antigua república y aceptaba la monarquía, y, a cambio, le aseguraba al Gobierno el control de las huelgas obreras.

El problema era que Suárez creía todavía en el mito falangista de que el partido comunista mandaba mucho; no se había dado cuenta, a diferencia de los grandes bancos, de que el futuro pasaba por otro joven seductor llamado Felipe González, que tenía todos los números para meter a España en el Mercado Común, la OTAN, el bipartidismo y la LOAPA.

Pero, antes de que esto pasara, nadie le puede negar a Suárez una salida de escena enorme y gloriosa: el 23 F.

Siempre fue el chulo del pueblo, el que salía a recortar vaquillas en la plaza. El que más se arrimaba, también a las vaquillas, y el día que Tejero entró en el Congreso no se rajó. Mientras el 99 por ciento de los diputados se echaban al suelo, él mantuvo la postura de dignidad que siempre lo acompañaba. Solo por aquel gesto, se puede olvidar su aventura anterior, tan oscura como la de los que entraban en el Parlamento metralleta en ristre.

Lástima que después no se retiró. Tuvo la oportunidad de salir por la puerta grande después del 23-F. Había sido un héroe, pero quiso formar otro partido, el CDS, para demostrar a todos que él era algo más que un producto del rey y de Torcuato. El asunto fue un fracaso absoluto. Además, para financiar su aventura política, aceptó trescientos millones de un banquero llamado Mario Conde, que quería ser presidente de España y chantajear al rey. Eso lo llevó a ser juzgado y, posteriormente, condenado a la cárcel. Ante el tribunal, Suárez dijo lo que le recomendaron los abogados y volvió a casa esperando el momento de escribir sus memorias o de volver a mandar.

Memorias que nunca escribió, en primer lugar porque el rey lo llamó un día y, al mismo tiempo que le otorgaba el título de duque de Suárez, le

concedió, «dicen dicen dicen», doscientos millones de pesetas después de comentarle, muy campechanamente: «A ver qué es lo que vas a escribir.»

Cuando volvieron a verse, Suárez ya no recordaba nada. El alzhéimer le había borrado cualquier memoria de la Transición y de su época. La penúltima imagen que queda de él es apoyando a su hijo haciendo de telonero en un mitin de José María Aznar. La última es adentrándose en un bosque con la mano del rey en el hombro. El mismo rey que había pedido al sha de Persia, Reza Palevi, y al rey Fahd de Arabia Saudí los millones que financiaron a la UCD en su nacimiento. El mismo que lo dejó caer años después.

Suárez fue el primer presidente democrático de la Transición, pero siempre le fueron las dictaduras, eso no se puede olvidar. La nuestra, las árabes y la argentina de Videla, con la cual negoció en secreto. Un hombre de principios innegociables que ahora, una vez muerto, todo el mundo reclama, incluso aquellos que lo insultaban llamándolo «Tahúr del Mississipi», como Alfonso Guerra. Nos queda su memoria y un aeropuerto que es más grande que Cebreros, el pueblo de Adolfo Suárez, el «recomendado» trepa que tuvo el mejor momento de dignidad de la democracia en España.



CANTINFLAS

1920–1993

- EGOCÉNTRICO
- VENDIDO
- APROVECHADO

Aunque la nostalgia nos invade, no nos queda más remedio que quitarle el sombrero a quien hizo reír a millones de personas y que es, junto a Luis Miguel y el Chapo Guzmán, el mexicano más conocido de todos los tiempos.

El más rancio ejemplo de moralina edulcorada, de payaso habilidoso con los juegos de palabras. Aquel que siempre queda bien, pero que, como intentaremos demostrar, era sin duda una mala persona. Después de que se nos congelara la sonrisa con Chaplin, ahora la bofetada va para el insulso graciosillo de cantina, Mario Moreno, Cantinflas, que, dicho sea de paso, no le llega ni a la suela del zapato al cómico inglés.

Su personaje más conocido es El Pelado, el pobre prototípico mexicano, aunque lo hemos visto de cura, de monaguillo e, incluso, de Passepartout (o Rigodón, para los que leen menos que Adolfo Suárez), el mayordomo de Phileas Fogg en *La vuelta al mundo en ochenta días* (no, el protagonista tampoco se llamaba Willy).

Cantinflas siempre desempeñaba el papel de hombre sin recursos, pero con un corazón de oro. Sin embargo, parece que lo tenía más oscuro que el futuro de Bárcenas, y sí, mostraba su misma afición a acumular oro. De hecho, rechazó ser la imagen del Mundial de México porque a su entender no le pagaban lo suficiente, y fue denunciado por la Central Campesina Independiente como uno de los mayores latifundistas de México. Además, según Cabrera Infante, hacía todo lo posible por ocultar sus orígenes humildes y estaba obsesionado con equipararse a sus colegas de Hollywood. Después de ganar un globo de oro por *La vuelta al mundo*, su grito de guerra fue «México se me quedó chiquito», y convenció a George Sidney para filmar *Pepe*, una película con cameos de Jack Lemmon, Bing Crosby (ojo, no confundir con Bill Cosby, del programa *La hora del acosador*), Frank Sinatra o Dean Martin.

Fue un fracaso absoluto. Su humor de juegos de palabras no viajó bien ni era traducible, pero, aun así, Cantinflas perseveró y, después de perpetrar la olvidable serie de animación *El show de Cantinflas*, hizo una versión con Hanna Barbera para Estados Unidos. Tampoco salió bien. Una serie de dibujos animados que tenía que servir para enseñar historia a los niños, pero

que no se sostenía debido a los disparates que contenía. Como consuelo, le queda una estrella al paseo de la Fama de Hollywood y ser el padrino de una de las bodas de Liz Taylor, cosa que tampoco tiene mucho mérito. Por estadística, te puede tocar en cualquier momento.

Pero vamos a lo serio: según explica Jesús Gallegos, Cantinflas era estéril. En 1959, una norteamericana llamada Marion Roberts está en México con problemas económicos. Cantinflas la ayuda y un año después ella da a luz un hijo que Cantinflas y su mujer, Valentina Ivanova, adoptan. Marion Roberts se suicida meses después. Aunque su amigo periodista Jacobo Zabludovsky siempre mantuvo que era hijo de Cantinflas, muchos de los que conocían al cómico en aquellos años explican que Cantinflas pagó diez mil dólares por el bebé cuando Roberts se lo entregó en un estudio de Los Ángeles. Hay testigos del hecho. El niño, Mario Moreno Ivanova, sale ilegalmente de Estados Unidos en el avión privado de Cantinflas, que jamás fue registrado por la policía debido a sus conexiones políticas.

Al menos el niño tuvo una infancia con comodidades. Vivió con su padre, que poseía una de las mayores fortunas de México, en una mansión de diez mil metros cuadrados, con piscinas, pistas de tenis, cine… Incluso le compraron un coche a motor hecho especialmente a la medida del niño. Cuando murió Cantinflas, el nene heredó ranchos, oficinas, casas y coches.

Hoy está completamente arruinado. Su primo y sus exesposas mantienen que «se lo metió por la nariz». Caramba, ¡qué nariz!

Cantinflas siempre presumía de dadivoso (para los de la ESO, generoso), y, efectivamente, donaba sumas a obras benéficas. En una entrevista con Guillermo Cabrera Infante, el cómico no quería hablar de su cine, sino de sus obras benéficas. Cabrera paró la entrevista: «Para ver a un farsante que va de santo, habría ido a ver a la Madre Teresa», dijo.

Pero, a pesar de que él quería pasar a la historia como un gran hombre, un gran señor, rico y generoso, Cabrera Infante cuenta que en una ocasión, años antes, una mendiga viejecita le pidió limosna porque hacía tres días que no comía. Cantinflas, irónicamente, contestó: «¿Y por qué tan desganadita?» Se supone que él lo encontró gracioso.

Para redondear el perfil, este sujeto era, además, mal compañero. Lo mínimo que decían de él quienes trabajaron a su lado es «mala persona». Para tener más minutos y que no hubiera un plano sin él, alargaba sus improvisaciones de juegos de palabras y frases sin sentido tan características, con objeto de que no cupieran las líneas de sus compañeros, puesto que, al fin y al cabo, la estrella era él. Por cierto, esto también lo hacía López Vázquez,

que alargaba las vocales para tener más tiempo en la pantalla. Cantinflas creó escuela.

Farnesio de Bernal, un actor que trabajaba con él, dijo que después de preparar su escena con mucho esfuerzo, Cantinflas le robaba las líneas e incluso la escena entera. Y dado que era quien era, si alguien protestaba quedaba fuera del rodaje. Y, por supuesto, sin sueldo. También ayudaba que Cantinflas era quien controlaba el Sindicato Nacional de Actores, y esto quizás explica que Enrique Lizalde, que le disputó la presidencia, tardara veinte años en recibir un papel protagonista.

Además, Cantinflas era un vendido. Aceptó las consignas del PRI, el partido que casi siempre ha estado en el poder en México, y las incluía a sus películas. De la ligera crítica política de sus primeros años, de sus —también ligeros— ataques al poderoso, a hacer cine al dictado del poder. Le gustaba más el poder que criticarlo. Su película *El barrendero*, de 1981, tenía como objeto tener controlados a los basureros de DF y evitar así huelgas en el servicio de limpieza.

Fue también asesor del presidente Gustavo Díaz Ordaz. No se sabe muy bien en qué lo asesoraba: en cómo contar un buen chiste o cómo hacer un discurso incomprensible, a saber. Asesor moral, seguro que no. La cuestión es que en el sexenio (para los de la ESO, no tiene que ver con el sexo, es un periodo de seis años) en que gobernó Díaz Ordaz, concretamente en 1968, el enfrentamiento entre activistas, estudiantes y la policía, junto con milicias derechistas, dejó trescientos muertos y mil detenidos. Cantinflas tuvo una actitud indiferente y no quiso importunar al Gobierno. Total, ¡solo eran trescientos muertos! No exageremos.

Y, como siempre había concordia y paz, a su muerte, los miembros de su familia salieron tarifando entre ellos. Entre el hijo (el de la nariz grande) y el sobrino ha habido juicios, acusaciones de robo, de falsificación de contratos… Un espectáculo que ha avergonzado a la legión de fans del cómico. El asunto de Tita Cervera y su hijo es una discusión versallesca comparada con esta batalla, en cuyo transcurso los trapos sucios han llenado las páginas más amarillas de la prensa mexicana. Una historia en la que no han faltado suicidios, drogas y prostitución.

Como muestra de esta familia unida y amorosa, las celebraciones del centenario del actor fueron una competición por ver quién lideraba los actos e, incluso, el hijo intentó prohibir una estatua de Cantinflas fabricada en bronce porque era una iniciativa de su primo. Conociendo al hijo, quizá quiso fundirla para hacerse un tabique nasal nuevo.

Pero hay que reconocer también las aportaciones de Cantinflas. Algunas malas, como la de que todos los castellanohablantes del mundo, cuando imitan a un mexicano, hablen como Cantinflas, cosa que a la mayoría de mexicanos les resulta muy molesto y ofensivo. Y alguna buena, como la incorporación a la RAE del término «cantinflear», según el diccionario: «Hablar o actuar de forma disparatada e incongruente y sin decir nada con sustancia», o sea, que ya sabemos el término exacto para describir el discurso político: cantinflear.

Era el maestro a la hora de no decir nada o cambiar de opinión, como le pasó con el gran pintor Diego Rivera, que lo retrató junto a la Virgen de Guadalupe. La idea, primero, entusiasmó a Cantinflas, quien incluso posó junto a la efigie, pero cuando los católicos se manifestaron ante su casa para pedirle que no ofendiera a la Madre de Dios, se hizo el indignado con el pintor y dijo que él nunca haría nada contra la Virgen de Guadalupe.

¡En fin! Cantinflas, el hombre que la escritora Guadalupe Loaeza, una de sus biógrafas, define como «siniestro, con una ambigüedad muy evidente y que no era estimado por sus colegas», el cómico que la misma Elena Poniatowska, que lo entrevistó de joven, describió como «una persona irritable y aburrida».



ERROL FLYNN

1909–1959

- LASCIVO
- MALTRATADOR
- VIOLADOR

Dejando a un lado la política, si hay una mina inagotable para encontrar personajes candidatos a entrar en el Club de los Execrables por méritos propios, es el cine. Y en esa maravillosa industria, triunfó un actor que acabó siendo víctima de su personaje. Un actor carismático, símbolo por antonomasia del cine de aventuras y para quien actuar era solo una aventura más. Un hombre que lo tenía todo: era guapo, atlético, simpático, pero lo envió todo a la mierda por culpa de su afición desmesurada al sexo (con quien fuera, tanto le daba potro o yegua) y a las drogas. Hablamos del Captain Blood, de Gentleman Jim, de Robin Hood o del general Custer: nos referimos, obviamente, al gigantesco Errol Flynn.

El gran director inglés de cine Irving Rapper le definió como «un hombre que tuvo el mundo a sus manos y lo envió al diablo». Y es que su vida, aparte del cine, estuvo marcada por las orgías, el consumo de narcóticos, el abuso de menores, las acusaciones de violación y una colección de amantes que van desde la actriz Joan Bennett hasta el escritor Truman Capote.

Desde niño ya se veía por dónde irían los tiros. Nació en Tasmania y vivió en Australia, donde no quedó ni un colegio del que no lo expulsaran por mal comportamiento. Solo volvían a aceptarlo por el prestigio académico de su padre, el gran biólogo marino Theodore Thomas Flynn, que había sido discípulo de Darwin.

Si el gran científico inglés hubiese llegado a conocer la descendencia de su alumno, seguro que se habría replanteado la Teoría de la Evolución.

Viendo que estudiar no era su fuerte y que solo le apasionaba el mar, que siempre fue el amor de su vida, desde muy joven se puso a trabajar para no ser un *ni-ni*. Ahora arrasaría como «tronista» en *Mujeres y hombres y viceversa*, porque ciertamente era un guaperas. Pero se puso a trabajar.

Sin embargo, sus primeros trabajos no le duraron mucho. Siempre lo echaban por dos motivos: o bien metía la mano en la caja para apostar en el hipódromo o bien se acostaba con la mujer del dueño, que es otra manera de meter mano en la caja.

Antes de los veinticinco años ya había trabajado en una serrería, de oficinista del Gobierno, de «quinqui» formando parte de la famosa «banda de

la navaja», de buscador de oro, de marinero, de traficante de esclavos, de olfateador de botellas para volver a llenarlas y, no os lo perdáis, había sido ya juzgado por asesinato. El jurado convino en que realmente había matado a un hombre, pero que lo había hecho en defensa propia. El juez tuvo en cuenta los riesgos que comportaba traficar con esclavos… ¡había mucha competencia, entre los traficantes en las plantaciones de copra, en Nueva Guinea! Y claro, el día menos pensado todo acababa a puñaladas. De las de verdad.

En uno de estos trabajos, como marinero, transportó por Australia un equipo de cine que hacía reportajes de naturaleza. Un poco como la ayuda inestimable de La 2 para echarte la siesta, pero en los años treinta. El director del reportaje lo filmó más a él que a los pájaros que buscaban y así intuyó que tenía futuro en el cine y que aquella planta tan bien dispuesta para la aventura prometía.

Desde el primer momento, entendió que se podía vivir de ser tan guapo y cara dura. Emigró a Londres y se alojó en el hotel Berkeley. Cuando llegó la hora de pagar la cuenta fingió un ataque de apendicitis. Lo llevaron a una clínica privada y, cuando tocó pagar la factura, lo hizo la enfermera, con la cual se fue a vivir y de quien Flynn huyó cuando le pareció oír la palabra «matrimonio» y la frase «tengo una falta». Entonces, cruzó el Atlántico decidido a ser una estrella de Hollywood.

En Australia había hecho un papel en una película sobre el motín del *Bounty* (episodio en el cual había participado un antepasado de su madre) y tres o cuatro papelitos más sin importancia en Inglaterra. Pues bien, nada más llegar a Estados Unidos puso un anuncio en una revista de cine en el que se podía leer: «Errol Flynn ha trabajado en *Berea Colden*, ¡un éxito!; en *In the Wake of the Bounty*, ¡una bomba!; en *Appelsby's Cinema*, ¡imprescindible! y en *Georgeus Groom*, ¡excepcional!» De todas esas películas, solo existía una. Las otras eran inventadas.

El hecho es que lo contrató la Warner para hacer de guapo en papelitos sin demasiada importancia. Aquí, la influencia de su amante, la actriz Lili Damita, que sería su primera esposa, es fundamental. Damita era una actriz francesa conocida por su bisexualidad, que había sido la amante del rey Alfonso XIII. Una Corinna, pero en cachonda.

Flynn consiguió su primer gran papel cuando el actor inglés Robert Donat se negó a cumplir su contrato con la Warner para interpretar al capitán Blood en una peli de piratas. Donat tenía asma y no se veía pasándose todo el día pegando saltos de barco en barco. El actor consideraba que el género de aventuras era menor y, además, Hitchcock le había propuesto protagonizar *39*

escalones. Se desvinculó del proyecto, y ¿quién pasaba por allí dispuesto a ponerse las mallas, coger la espada y hacer lo que hiciese falta? Flynn.

Que su experiencia se limitara a papeles menores no fue un problema. Estaba dotado para el cine de aventuras. Físicamente superdotado (había practicado natación, esgrima y boxeo), hacía él mismo la mayoría de escenas de peligro. Y las hacía mamado. Y, a veces, también bebido.

La batalla de sus directores, especialmente Michael Curtiz, una especie de nazi de los platós, para alejarlo de la bebida fue épica. Cansados de que llegara de «empalmada» a los rodajes, le prohibieron el alcohol, pero Flynn conseguía que en los botes de los productos que utilizaban los maquilladores hubiera bourbon en lugar de tónico desmaquillador. Un día lo vieron comiendo muchas naranjas en el camerino. Resulta que, por la mañana, con una jeringuilla les inyectaba vodka y así nadie sospechaba que bebía.

No todo era culpa suya, los compañeros de rodaje del Hollywood babilónico ayudaban (para los de la ESO, Babilonia era como un *after*, pero con mucho más vicio). En *Robin Hood*, a su compañero que hacía de Little John y a él los tuvieron que atar a los caballos para poder rodar una escena sin caerse, de la trompa que llevaban. Cuando rodó *La carga de la Brigada Ligera* encontró una alma gemela, David Niven.

Cuando conoció a Niven, su matrimonio con Damita ya era un escándalo de infidelidades y peleas. Dice la leyenda que ninguna pareja ha roto más vajillas que ellos dos. Sus discusiones eran brutales y un día Flynn dejó KO a su mujer con una botella de champán. La revista *Time* tenía una sección semanal que se titulaba: «Errol Flynn: Noticias de la semana.» Así que Niven y Flynn se fueron a vivir juntos a una casa que Damita bautizó con el nombre de *Cirrosis* frente al mar.

Flynn tenía un yate, el *Sirocco*, donde le gustaba montar sus orgías. Recogía chicas (y chicos) por los restaurantes, bares o platós y los subía a bordo. Pero esto le conllevó serios problemas.

El 11 de octubre de 1942 la policía irrumpe en su casa y le detiene acusado de violación estatutaria. La respuesta de Flynn es que no sabe de qué animal le están hablando. Más allá del cachondeo, la cosa era muy grave. La violación estatutaria significa que en California se considera violación el contacto sexual con menores de edad, aunque esta relación sea consentida. Dos chicas, Betty Hansen, de diecisiete años, y Peggy Satterlee, de quince, lo acusaban de violación. Tenía que ir a juicio y se enfrentaba a una condena que podía suponer diez años de cárcel.

Betty Hansen había sido detenida por ejercer la prostitución en Los Ángeles y la policía encontró en su bolso el número de teléfono de casa de Flynn, que obviamente no salía a la guía. Le hicieron preguntas y relató que un día fue a una fiesta en casa del actor con unos amigos y que, después de jugar a tenis y nadar en la piscina, se encontró mal, vomitó, Flynn la acompañó a lavarse y la violó «con los calcetines puestos».

Por su parte, Peggy era una bailarina de quince años que un día se sumó a las fiestas del *Sirocco*, y aseguró que el actor, con el cuento de enseñarle la luna llena desde el ojo de buey de su cámara, la penetró «por babor y estribor». Literal.

Evidentemente, el juicio fue un espectáculo y, probablemente, la mejor actuación de Flynn dentro y fuera del plató. Su abogado, Jerry Geisler (también fue el de Chaplin en sus asuntos con menores), consiguió desacreditar a las dos chicas, desmontando su imagen de inocencia, y se aseguró de que entre los doce miembros del jurado hubiera nueve mujeres. Quedó absuelto, pero por si las moscas, según confesó Flynn años después, durante el juicio tenía un piloto preparado con una avioneta para salir de Estados Unidos.

Flynn salió de este incidente como una estrella, pero muy afectado personalmente. Eso sí, se casó con Nora Eddington, la encargada del estanco del Tribunal, a la que se ligó entre vista y vista. A partir de ese momento, Flynn colgó un cartel en la entrada de su casa donde ponía: «Señoritas, se ruega presenten la partida de nacimiento o el carné de conducir antes de cruzar la puerta.»

Muy castigado por el alcohol y las drogas, Flynn vio cómo la industria del cine lo apartaba cada vez más, al tiempo que Hacienda y sus exmujeres lo perseguían por evasión fiscal y por no pagar las pensiones, respectivamente. Con cincuenta años, había hecho veinticinco películas y se le veía acabado y arruinado, pero su mito perduró para siempre.

Un mito vinculado a un espíritu golfo como pocos. Como confesó Marilyn Monroe a Truman Capote en una entrevista, Errol Flynn seguía siendo capaz en las fiestas de tocar el himno americano al piano con el pene, cosa que está por confirmar y que parece una leyenda urbana, pero que no podemos resistir mencionar en estas páginas. En cambio, lo que es bien cierto es que Flynn se acostó con Capote cuando este tenía solo dieciocho años. Capote recuerda en sus memorias que «si no llega a ser porque se llamaba Errol Flynn, ni me acordaría de él». En plena decrepitud económica acabó

pagando las deudas concursando en programas de televisión del tipo *¿Quién quiere ser millonario?* respondiendo preguntas sobre el mar. Ganaba siempre.

Murió de un ataque al corazón en Canadá, adonde había ido a vender su yate, la única posesión que le quedaba. En el informe de la autopsia, el forense dejó de manifiesto su incredulidad respecto a que aquel cuerpo fuera de un hombre de solo cincuenta años, pues tenía los órganos de un hombre de setenta.

En su entierro, Raoul Walsh, que era uno de los que transportaba el féretro, comentó que pesaba mucho. Y es que lo enterraron con unas cuantas cajas de vodka dentro del ataúd. Fue sepultado en el cementerio de Forrest Lawn sin lápida que lo identificara. Solo sus hijas saben cuál es la fosa en medio de un mar de tumbas donde reposa el execrable por el cual suspiraron todas las mujeres, y muchos hombres, en la primera mitad del siglo XX.



EISENHOWER

1890–1969

- FRANQUISTA
- BELICISTA
- APROVECHADO

Si nos hemos quedado a gusto desmontando a muchos de los becerros de oro de nuestra historia, más nos vamos a quedar cuando le quitemos los galones a uno de los grandes héroes del imperio americano. Un señor que nos dejó en herencia unos «regalitos» de los que todavía disfrutamos. A él le debemos la creación de la OTAN, la Guerra Fría, la consolidación del franquismo en el ámbito internacional, el bloqueo comercial en Cuba o la magnífica idea de dividir un país llamado Corea por la línea del paralelo 38, creando Corea del Sur y Corea del Norte, un lugar pensado para que manden unos tipos que la Marvel descartaría como malvados por sobreactuados. Un hombre sin más principio que una fobia paranoide contra los comunistas y un militar de oficina con más reputación que éxitos. Hablamos de Dwight David Eisenhower, conocido popularmente en su país y en el mundo como Ike.

La primera noticia que tenemos de él es como soldado. Bajo el seudónimo de Ike, como ya lo conocían en la academia militar de West Point, e hijo de una familia de origen alemán, qué cosas, años después acabó invadiendo y bombardeando el país de sus antepasados, no sin antes desvincularse de los Testigos de Jehová, que en sus creencias renuncian a las armas.

El caso es que él se hace militar, más para mandar que para ir a pegar tiros; era como el consejero delegado del ejército, vaya. Durante su juventud, su experiencia en combate es exigua. No va más allá de una expedición de castigo contra Pancho Villa en 1917. Es curioso observar que empezó combatiendo a Pancho Villa, siguió contra Hitler y acabó contra Stalin. Queda claro que a este hombre lo que no le gustaban eran los tipos con bigote.

En la Primera Guerra Mundial fue responsable de la instrucción de soldados. Sin pisar un campo de batalla, acaba la guerra como mayor. Pasa al Estado Mayor estadounidense como jefe de planificación antes de viajar, junto con MacArthur, a Filipinas como asesor del gobierno que los japoneses se saltarían a la torera en tres semanas. Cuando empieza la Segunda Guerra Mundial es enviado a Londres como enlace militar con el gobierno inglés.

Era un militar de despacho y esto le trajo muchos problemas con otros militares, como el inglés Montgomery y sus compatriotas Patton y MacArthur (dos tipos que estaban convencidos que todavía vivían en el Far West).

La rivalidad entre estos tres divos de los tanques favoreció que él, que pasaba por allí, fuera el jefe de los tres y tomara decisiones que nunca contentaban a nadie, especialmente cuando Patton y Montgomery convirtieron el final de la guerra en una carrera tipo *Pekín Express* para ver quién llegaba antes a Berlín. Para los de la ESO, explicaremos que Eisenhower era algo así como el jefe de equipo de Valentino Rossi y Jorge Lorenzo.

Como cerebro de los aliados, organizó las principales acciones militares de la guerra. El aparato propagandístico lo convirtió en un héroe casi infalible, pero la realidad era diferente. El famoso Día D estuvo a punto de fracasar por culpa de su impaciencia (que costó muchas vidas humanas), la Operación Market Garden, para invadir los Países Bajos con paracaidistas, relatada en la novela y película *Un puente demasiado lejano*, fue una chapuza que alargó la guerra y facilitó el contraataque alemán en las Ardenas belgas, que pilló a Ike con el pie cambiado.

La que mejor le salió fue la Operación Husky, la invasión de Sicilia, en la cual tuvo la ayuda del jefe de la mafia Lucky Luciano. Este, desde la prisión en Nueva York, se puso en contacto con sus parientes de la isla para que a los aliados no les faltara nada y sabotearan a los alemanes.

El hecho es que acaba la guerra como un gran héroe y cuelga el uniforme, que solo se volverá a poner cuando creó la OTAN. Vuelve a su país y en principio es nombrado presidente de la Universidad de Columbia, pero estaba claro que antes o después acabaría siendo candidato a la presidencia de Estados Unidos.

Para presentarse a presidente negocia con los dos partidos: Demócratas y Republicanos. Finalmente, elige a los Republicanos y forma tándem electoral con Richard Nixon, con quien llegó a emparentar, puesto que su nieto se casó con la hija de Dick el Tramposo.

En esa época Nixon ya prometía. En la campaña electoral de 1953 junto a Ike ya fue acusado de malversación de fondos. Pero Nixon no fue el peor de los colaboradores que eligió Ike. Su mano derecha y uno de los principales donantes de su campaña fue el senador por Wisconsin Joseph McCarthy, un verdadero tarado que hizo mucho daño.

Influido por McCarthy, Eisenhower empezó a ver comunistas por todas partes de manera obsesiva, sobre todo en el mundo del cine, de la literatura y en los medios de comunicación. Para combatirlos, Ike permitió que el zumbado de McCarthy creara el tristemente célebre Comité de Actividades Antiamericanas, que no era otra cosa que un instrumento de chantaje que creó

un clima de terror entre actores, guionistas y periodistas sospechosos de ser espías de la URSS. Muchos tuvieron que dejar el país, cambiar de trabajo o firmar con otros nombres. Otros corrieron peor suerte.

Es el caso de la ejecución en la silla eléctrica del matrimonio formado por Julius y Ethel Rosenberg, acusados de espionaje en una farsa de juicio, que fue una de las manchas más negras del mandato de Eisenhower.

Otras de las acciones políticas durante su mandato fueron el bloqueo comercial en Cuba, la división de Corea y Vietnam, que daría pie a una guerra terrible, o la Ley de las Tierras Sumergidas, que venía a ser como un Proyecto Castor a lo bestia para mayor gloria de las grandes corporaciones petroleras.

Pero, por encima de todo, destaca lo que técnicamente se conoce como la Doctrina Eisenhower, pero que en general se denomina Guerra Fría. Una política que se podría resumir como «jugamos contra la URSS en cualquier campo». El planeta se convirtió en un inmenso tablero de Risk, donde las dos grandes potencias patrocinaban guerras y golpes de Estado a diestro y siniestro para debilitar al adversario. De esta forma se inauguraba la carrera armamentística. El mundo vivió aquellos años obsesionado con la Tercera Guerra Mundial, pendiente de quién sería el loco que pulsara primero el botón de los misiles y lo haría estallar todo.

Pero los españoles también tenemos cuentas pendientes con Ike. Fue él quien dio legitimación internacional a la dictadura del general Franco. España era un país aislado internacionalmente que no estaba en la ONU (recordemos la famosa pancarta en una manifestación franquista que decía «Si ellos tienen ONU, nosotros tenemos dos») y que solo mantenía relaciones diplomáticas con la Argentina de Perón, el Portugal de Salazar y la Santa Sede.

La visita de Eisenhower a España en diciembre de 1959 (la primera de un presidente de EE.UU. en España) supuso la normalización del régimen de Franco en el mundo. El dictador lo sabía y organizó un «Bienvenido Mr. Marshall» *king size*. Ike aterrizó en Torrejón el 21 de diciembre y un millón y medio de personas lo aclamaron a lo largo de los veinte kilómetros que separan la base aérea de Madrid. Por las calles de la capital se habían colgado sesenta mil banderas de los dos países, veinte mil retratos de Franco y Ike, un millón de bombillas y trescientos sesenta proyectores que iluminaban Madrid. Se construyeron arcos de triunfo con flores para que la comitiva pasara por debajo.

Franco nombró a Eisenhower alcalde honorario de Marbella (esto explica muchas cosas que ocurrieron después) y miembro honorario de la Federación Española de Béisbol. A su mujer, Mamie, doña Carmen Polo, *la Collares*, le

regaló dos mantones de Manila. Ike, por su parte, obsequió a Franco con una copa de cristal de roca y una cámara de fotos Polaroid, que todavía no se comercializaba fuera de Estados Unidos. Seguramente, el primer *selfie* de la historia de España lo hizo Franco (con permiso de los autorretratos de Velázquez).

Franco y Eisenhower se cayeron muy bien. Franco consideraba que con Ike podía hablar porque «al menos, es un militar». Y la prensa de la época destacó que se contaron chistes y que Franco hizo reír a Ike. Por su parte, Eisenhower por fin encontró a alguien que odiaba a los comunistas tanto como él y que, además, le permitía construir bases militares en Torrejón, Rota, Morón y Zaragoza, aparte de que no se quejaría si en Palomares caía por error una bomba atómica.

Ike se alojó en La Moncloa y hubo una cena de gala en el Palacio de Oriente. La alegría de Franco era tal que en el discurso de la cena dijo: «Nuestros dos países están alineados en el mismo frente de la paz y la libertad.» Eisenhower respondió a Franco diciéndole que «la paz es nuestra profesión». Hay que ser caradura. Aquella visita permitió que el mundo viera al franquismo como una cosa normal y no como una dictadura emparentada con Hitler y Mussolini. Así, Franco pudo llegar hasta 1975 sin demasiados problemas.



ROBERT FALCON SCOTT

1868–1912

- PEDANTE
- CLASISTA
- IRRESPONSABLE

Pocas cosas nos satisfacen más que desmaquillar a un héroe de los de antes. Un hombre que supuestamente sacrificó su vida de la manera más romántica posible y que mostró al mundo cómo muere un caballero inglés, aunque el paso del tiempo y las investigaciones posteriores lo han puesto en su lugar y han deshecho su mito como si fuera un muñeco de nieve al sol. Nos referimos a la Lady Di de los exploradores: Robert Falcon Scott, el subcampeón mundial en la modalidad de carrera para llegar al Polo Sur y no volver.

Scott no solo es culpable de que Mecano le dedicara una canción espantosa con ripios tan cuestionables como «no hubo lápida, hubo plática», fue además un egocéntrico y un clasista, un grosero que envió a la muerte a sus compañeros en una chapuza de expedición afectada por sus delirios de grandeza racial. Y, en cierto modo, fue también un estafador.

Era el típico inglés presuntuoso e insolente con quien no te irías ni al pub de la esquina. Imaginaos tenerlo como líder en una expedición para ir al Polo Sur. Un viaje que duraba entre dos y tres años, a unas temperaturas de 56 grados bajo cero. Eso no podía acabar bien de ninguna de las maneras.

Scott era un militar de la Marina inglesa, de buena familia pero arruinada, que, resumiendo, era un trepa que fue escalando lugares en el escalafón militar con ciertas dificultades, porque nació en uno de los pequeños paréntesis de finales del siglo XIX e inicios del XX en el que Gran Bretaña no estaba metida en ninguna guerra colonial (para los de la ESO, eso es masacrar a cañonazos a indígenas armados de lanzas en cualquier rincón del mundo).

Como sin guerras es más difícil ascender, porque los superiores tardan más en morirse y no hay acciones bélicas que comporten medallas a expensas de la vida de los soldados, Scott vio en las expediciones científicas la mejor manera de adquirir fama, dinero y reputación (para los de la ESO: tened en cuenta que por entonces no existía *Gran Hermano*), y se apuntó a liderar expediciones al Polo Sur, a pesar de que no tenía ni idea de qué iba aquello ni mostraba el más mínimo interés científico. Simplemente, a falta de guerras, decidió ir al Polo.

Primero convenció a la Royal Society y a la Royal Geographic Society para que le asignaran el mando de la expedición Discovery, que era un primer intento de llegar al Polo. No lo consiguieron, pero se acercaron más que cualquier otro ser humano, puesto que llegaron a una latitud de 82º, 17’.

La organización de la expedición fue un desastre y Scott ya dejó entrever que era un líder insoportable, una especie de jurado cruel de *Master Chef* que no supiera hacer ni una croqueta. La cosa no acabó en tragedia de milagro. Solo uno de sus hombres quedó ciego y a otro tuvieron que cortarle unos cuantos dedos. Nada en comparación con la que liaría diez años después.

En esa expedición Scott chocó enseguida con uno de sus segundos, Ernest Shackleton, que nunca más quiso volver a acompañarlo en sus excursiones a pasar frío. Shackleton era un líder natural, un hombre que se desvivía por los suyos y que, por encima de todo, valoraba la seguridad de su tripulación, como demostró años después en la expedición transantártica del *Endurance*, cuando, en el intento de cruzar el casquete polar, estuvo dos años perdido en medio de la nada y consiguió volver a casa con todos sus hombres. Un héroe, un Superman, pero sin los calzoncillos por fuera.

En la Expedición Discovery, Scott demostró que no tenía ni idea de perros, de trineos, de técnicas de supervivencia en condiciones extremas ni de liderar a un grupo de hombres expuestos al límite, puesto que se obstinaba en mantener la disciplina y los privilegios del rango militar en barcos que podían estar tranquilamente nueve meses varados en el hielo. Los oficiales comían aparte y mejor que los marineros, y no se relacionaban con los científicos. Uno de sus subordinados, Apsley Cherry-Garrard, lo describe así en su diario: «Llora con más facilidad que cualquier otro hombre que haya conocido, no sabe juzgar a los hombres, tiene poco sentido del humor, es propenso a las depresiones, débil de temperamento y perezoso.» Es decir, el tipo de persona perfecta para liderar uno de los viajes más peligrosos que se pueden hacer. ¿Quién no querría ir al Polo Sur con Scott?

Convertido ya en una celebridad que se codeaba con la alta sociedad, hizo un nuevo intento para plantar la bandera británica en el Polo Sur, después de que los americanos hubieran llegado al Polo Norte. No ahorró en medios y compró de todo. Descartó a los perros, que era lo que usaban los esquimales (a quienes consideraba una raza inferior), y apostó por los ponis de Manchuria, que murieron en cuanto pusieron las patas en el casquete polar. Se gastó una fortuna en unos trineos a motor que pesaban tanto que en la maniobra de desembarco acabaron en el fondo del mar. Los que no se cayeron por la borda, jamás llegaron a funcionar debido al frío.

Además, convirtió la expedición en una loca carrera contra el equipo noruego de Roald Amundsen, un tipo que era todo lo contrario que Scott. Marinero mercante como Shackleton, Amundsen era un veterano de otras expediciones al Polo Norte, donde había convivido largas temporadas con los esquimales aprendiendo sus técnicas de supervivencia. Mientras que Scott iba con caballos, Amundsen usaba perros. Los hombres de Scott se abrigaban con lana, mientras que los de Amundsen lo hacían con pieles de foca impermeables. Los de Scott cargaban pesadas tiendas de campaña; los noruegos sabían construir iglús. Los ingleses cargaban con comida y los noruegos se comían a los perros (salieron con 134 y volvieron con 11). Amundsen, además, era estimado por sus hombres. En el campo base de los noruegos había libros, instrumentos musicales y se hacían representaciones teatrales para pasar los cuatro meses sin sol inmovilizados en el hielo. Lo mismo hizo Shackleton en su expedición, que incluso organizó una liga de fútbol entre su tripulación. Estaba claro cuál de los dos iba a ganar la carrera. Por si fuera poco, la premisa de Amundsen, que había hipotecado su casa para pagar la expedición y que huía de las deudas en Noruega (enviaba telegramas al rey Haakon a cobro revertido), era la de ir y volver, no quedar como un héroe a cualquier precio. Scott se tomó el desafío de Amundsen, que iba más avanzado que él, como un desprecio a Inglaterra y, con las prisas para pillarlo y ganar la carrera, condujo a sus hombres a una muerte segura. Despreció a los animales para cargar los equipos, se ataron el material a la cintura y lo arrastraron ellos mismos, porque, según el iluminado de Scott, esto haría «todavía más heroica la gesta y es lo que tenía que hacer un inglés». A su lado, Frank de la Jungla era un prodigio de sensatez.

Y así pasó lo que tenía que pasar. Cuando, agotados, el Northern Party (ese fue el nombre que recibieron los cinco hombres que acompañaban a Scott en el ataque final) alcanzó el Polo Sur, hacía ya semanas que los noruegos habían llegado. Allí encontraron la bandera noruega y una carta de Amundsen deseándoles suerte de cara al retorno. Iban a necesitarla. Scott se limitó a decir: «Ha sucedido lo peor, este lugar es horrible.» Buen momento para darse cuenta. Tenían que afrontar un regreso de mil trescientos kilómetros a pie, con la ventisca, temperaturas inferiores a cuarenta grados bajo cero y grietas. Además, estaban fatigados y desmoralizados.

Evans fue el primero en morir. El siguiente, de manera heroica, fue Oates, quien, malherido, retrasaba la marcha de los compañeros, y un día, en plena noche y con tormenta, salió de la tienda sin abrigo y descalzo, dejando una nota que decía: «Salgo fuera, quizá por algún tiempo.» Años después se

encontró su diario, donde había escrito: «No me gusta nada Scott y lo enviaría todo al diablo si no fuera porque es una expedición británica. No actúa con rectitud y su primera preocupación es él mismo. El resto no le importamos.»

Después de nueve días bloqueados por una tormenta, agotados y sin alimentos, Scott y los suyos vieron que la muerte era inevitable. Scott escribió su diario hasta que le fallaron las fuerzas. Sus últimas líneas fueron para pedir al Estado que cuidara económicamente de los huérfanos y las viudas que dejaban los hombres de la expedición.

Meses después, una expedición de rescate encontró sus cuerpos congelados y, en una Inglaterra que se preparaba para entrar en la Primera Guerra Mundial, su ejemplo sirvió como inspiración patriótica. Por recaudación popular se reunieron unos cinco millones de euros actuales para asegurar el futuro de las familias de los muertos. No es que se repartieran equitativamente; la familia de Scott, por ejemplo, se quedó 1.300.000 euros, y la de Evans, solo 109.000.

Con el paso del tiempo y el descubrimiento de los diarios de sus compañeros de expedición, la verdadera personalidad de Scott se puso al descubierto y perdió popularidad. Quedó como un megalómano torpe que, en palabras de Francis Spufford, «condenó a sus compañeros y cubrió su huella con retórica». En 2002, en la elección de los cien ingleses más importantes de la historia, quedó en el lugar 54 (por detrás de Boy George, David Beckham o Margaret Thatcher). Shackleton, su gran rival, en el 11.



PATRICIA HIGHSMITH

1921–1995

- MISÁNTROPA
- RETORCIDA
- BIPOLAR

Comprometidos con nuestro cometido de no dejar títere con cabeza, vamos a echar del trono a una de las reinas de la novela (y hablamos de reinas en plural, porque este trono lo comparte con otras como Agatha Christie o Pilar Eyre). Nos referimos a la creadora de un personaje tan inquietante y turbio como Ripley, la autora de *Extraños en un tren*. Una mujer tan malvada y cargada de odio como sus personajes. Le toca recibir a Patricia Highsmith.

Seguramente muchos tendréis la imagen de una viejecita feota y encantadora, pero no, no os dejéis engañar. Highsmith fue una misántropa (para los de la ESO, como este antipático de tu clase que no sabe qué es *Juego de Tronos*), manipuladora y especialista en destrozar a sus semejantes. Una de sus frases favoritas era: «Mi imaginación funciona mejor cuando no tengo que hablar con la gente.»

Hay que decir que eso de feota tampoco es verdad. Si ponéis «*Patricia Highsmith nude*» en Google, os saldrá una foto, en blanco y negro, de nuestra autora con los pechos al aire y de muy buen ver. Y, de hecho, su larguísimo historial de éxitos sexuales con hombres y, especialmente, con mujeres, así lo demuestra.

Patricia nació nueve días después de que sus padres se divorciaran y después de que su padre biológico, el bueno de Jay Bernard Plangman, intentara que su madre abortara bebiendo trementina, sustancia popularmente conocida como aguarrás (C_{10} H_{16}), un disolvente obtenido de la destilación de la resina que es inflamable, nocivo por inhalación, ingestión e, incluso, en contacto con la piel.

Pues la señora madre de Patty se bebió el aguarrás, pero el feto aguantó y nació un bebé no querido, al que dejó con la abuela más de tres años. Cuando finalmente Patricia volvió con su madre, la mujer ya vivía y se había casado con el señor Highsmith, a quien la niña odió desde el primer día porque consideraba que le había robado el amor de su madre. «Mis primeros instintos asesinos», escribió ella en su cuaderno. Justo es decir que, a los diez años, su libro favorito era *Crimen y castigo*. Este simple hecho nos pone los pelos de punta.

La madre, que era una cachonda y muy bromista, estuvo toda la vida haciendo chistes a la pequeña Patty sobre este acontecimiento de su vida. Bromas del tipo «¿A que no te gusta el olor de pintura?» o presentando a su hija a las visitas como la «niña legítima nacida fuera del matrimonio».

En este amoroso hogar (donde el osito de Mimosín se habría convertido en Chucky) creció nuestra protopsicópata hasta que a los doce años aparecieron las primeras dudas sobre su sexualidad. Se sentía un chico en un cuerpo de chica. Por si esto no la confundía bastante, su madre, al conocer la homosexualidad de su hija, dijo: «Tendría que haberte dado más aguarrás.» ¡Un encanto de madre!

Y como tanto amor podría llegar a producir hiperglucemia, empezó a beber como una cosaca. Y cuando decimos beber, es beber en serio, muy en serio. Desayunaba con vodka o ginebra. Después, un sedante (o estimulante) de cerveza y, a partir de las doce de la mañana, su dieta era básicamente leche y whisky. Ella mantuvo que nunca sufrió resaca, pero su biógrafa, Joan Schenkar, mantiene socarronamente que «no detectó la resaca porque estaba borracha». A su lado, Massiel era abstemia (para los de la ESO, abstemio es ese amigo que dice a sus padres que no bebe y que, efectivamente, no bebe).

Además del alcohol, en sus «años locos», llegó el sexo. «He destrozado otra pareja. Les está bien empleado», escribe. Mujeres, pero también hombres, fueron sus víctimas. Esa sombra autodestructiva acabó siendo un imán para los dos sexos, como una telaraña donde Patricia devoraba sus víctimas. Las usaba, las maltrataba y al final las abandonaba. Uno de los retos amorosos fue Hellen Hill, socióloga de carácter fuerte, con quien tenía sonadas discusiones a gritos. Hellen cometió dos intentos de suicidio en cuatro años de relación y estuvo toda la vida enamorada de Patricia Highsmith. Hoy esto se denomina relación tóxica. Entonces solo se resumía con la frase «Patricia es el mal».

Pero parece que se enamoró perdidamente una vez, de una mujer casada. En sus diarios detalló profusamente cómo hacían el amor. Después de cuatro años en los cuales Patty se compró la casa de al lado de su amante para estar más cerca de ella, y después de haber destrozado su matrimonio, Patricia y su amante rompieron. Y empezó otra vez la espiral amorosa que también incluía a hombres. Según ella, relaciones «sin éxito» como las que tuvo con el escritor Arthur Koestler o el fotógrafo Rolf Titgens. Según Koestler, más que sin éxito, fueron «un maldito desastre». Curiosamente, el escritor Marc Brandel le pidió matrimonio y ella fue a un psiquiatra para que la

«normalizara sexualmente». Por supuesto, no funcionó y la terapia fracasó de forma estrepitosa.

Según sus biógrafos, el problema de Highsmith era que siempre tuvo el complejo de gustar a su madre y, como no lo conseguía —ya hemos visto que no era una mujer fácil—, optaba por humillar a los demás. El brindis que pronunció cuando cumplió los veintiséis años ya lo deja claro: «Por todos mis demonios, por las lujurias, pasiones, odios, extraños deseos, enemigos reales e irreales, por el ejército de recuerdos contra los cuales lucho: que nunca me den descanso.»

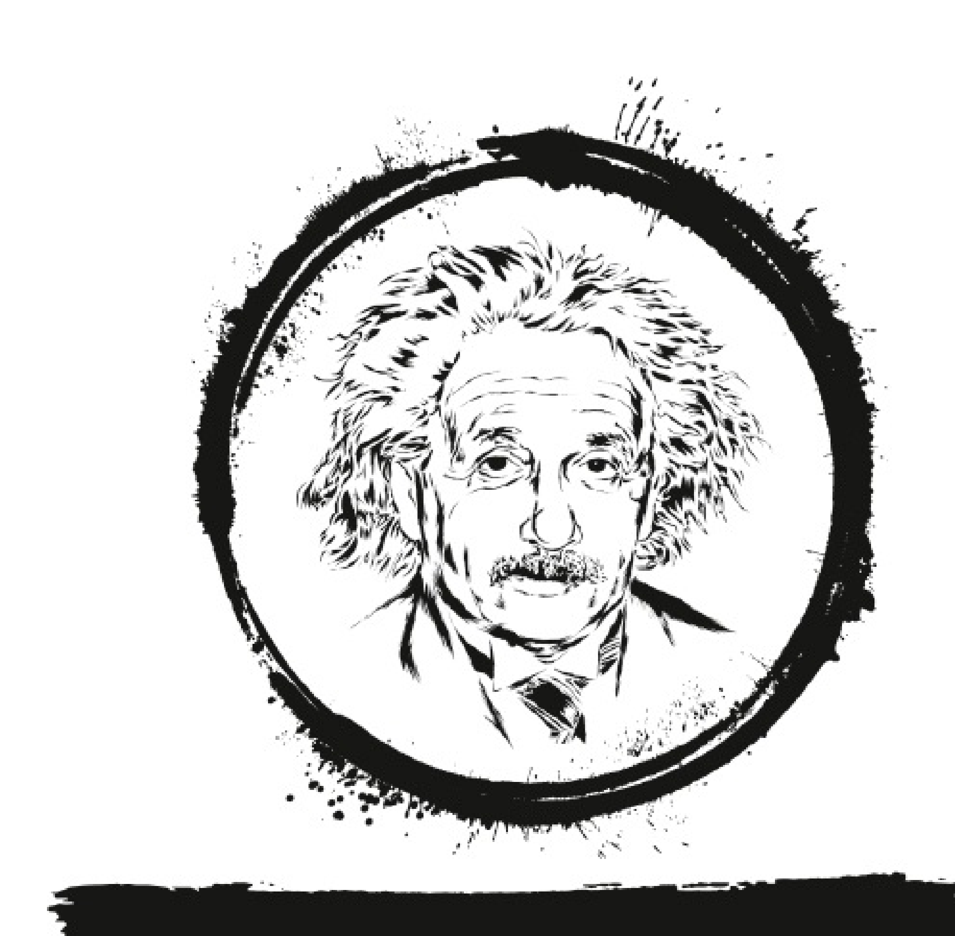
La escritura le sirvió para conducir estos demonios. Los personajes de sus novelas son malvados, inquietantes y refinados, a pesar de que en sus inicios, cuando era guionista de cómics en la editorial Timely, que después sería la Marvel (mira, eso sí lo saben todos los de la ESO), creó un personaje poco refinado llamado Matajaponeses Johnson. Eso sí, firmaba con pseudónimo.

También firmaba con otro nombre furibundas cartas antisemitas a los diarios de todo el mundo. Se ve que escribiendo estas cartas era cuando más disfrutaba del oficio de escribir.

En sus diarios relata que dos personas habitaban en su interior y siempre tuvo miedo de sufrir algún tipo de esquizofrenia. Esto parece confirmado por su entorno, aunque una de las pocas amigas que conservó durante años dijo malévolamente: «En efecto, hay dos Pats, una es mala, y otra, malísima.» De hecho, todo el mundo sabía que en cualquier momento podía tener una salida de tono. Si fuera a *Sálvame*, la audiencia estaría por las nubes.

Al final de su vida, rica, con un éxito infinito, solo comía mantequilla de cacahuete y bebía cerveza. Fumaba sin cesar.

Vivía rodeada de gatos y en su última época se aficionó a los caracoles, pero no *a la llauna*, sino que los observaba durante horas mientras se reproducían entre babas. Murió de anemia y de cáncer en Suiza.



ALBERT EINSTEIN

1879–1955

- ✗ MISÓGINO
- ✗ APROVECHADO
- ✗ MALTRATADOR

Pues sí, el modelo de inteligencia, el genio del siglo XX, era un miserable. Y nosotros queremos que flote la verdad sobre uno de los tres científicos más importantes de todos los tiempos, junto con el profesor Bacterio y Q, el que le hace los *gadgets* a James Bond. En este capítulo le ajustamos las cuentas a Albert Einstein.

Detrás de la cara de buenazo, de abuelo adorable tan parecido a Gepetto, se escondía un tipo frío, un padre horrible, un marido agresivo, un misógino, un aprovechado y un calculador, y no en el sentido matemático. Ya podéis ir tirando a la basura esa camiseta simpática de Einstein sacando la lengua.

Lo que más nos llama la atención del abuelo apacible es que era un misógino (para los de la ESO, un tipo que pone en práctica lo que dicen las letras de las canciones de *reggaeton* que tanto os gustan) y que sus relaciones con las mujeres eran siempre desdeñosas. A su primera novia, Marie Winteler, la dejó por silencio administrativo, es decir, dejando de escribirle. Cuando su relación ya estaba en declive y el joven Albert no le hacía caso, solo estaban unidos por una cosa: él enviaba la ropa sucia a casa de ella para que la lavara. Para entendernos, comparado con nuestro científico, el Yoyas es un líder feminista.

A Marie la dejó por una compañera de estudios llamada Mileva. La relación no contaba con la aprobación de la madre de Einstein, que pensaba que no sería buena esposa por el hecho de ser una mujer de ciencias. Él, en el fondo, estaba de acuerdo, puesto que años después, una vez separado de Mileva, dijo: «Muy pocas mujeres son creativas. No enviaría a mi hija a estudiar física. Estoy contento de que mi nueva mujer no sepa nada de ciencia.» Einstein opinaba que la ciencia agriaba a las mujeres y aseguraba que Marie Curie, por ejemplo, «nunca ha oído cantar a los pájaros».

Mileva era una mujer excepcional y una pionera. Era la única estudiante femenina en el prestigioso Politécnico de Zúrich. Estamos hablando del año 1896, cuando una mujer de clase bien que trabajara ya era sospechosa. En 1897 fue becada por la Universidad de Heidelberg y todo el mundo le auguraba un futuro espectacular en el campo de la ciencia pero….

Pero Albert dejó embarazada a Mileva. Un hijo fuera del matrimonio podía hacer que Einstein perdiera su trabajo en la oficina de patentes de Berna, así que envió a Mileva a Serbia, con su familia, donde dio a luz a una niña que se llamó Lisa. Einstein impuso que no se supiera nada de esta hija nacida antes de casarse. A pesar de que en el parto estuvieron a punto de morir tanto la madre como la hija, nunca fue a verlas. Lo que pasó con la niña es un misterio. Unos biógrafos dicen que murió siendo muy pequeña, otros que fue dada en adopción y otros que vivió hasta hace poco en Novi Sad bajo el nombre de Zorka Kaufler. Su existencia fue un secreto hasta 1986, treinta años después de la muerte de Einstein.

Con Mileva se casó en 1903 y tuvieron una relación —por decirlo finamente— compleja. Uno de sus hijos, Eduard, *Tate*, nació con un retraso y, con total indiferencia, Einstein lo internó en un manicomio y nunca fue a visitarlo. Para colmo, Albert, con la delicadeza de un orangután, mantuvo una relación con su prima Elsa y empezó a odiar a su mujer.

Algún biógrafo habla incluso de violencia física en el matrimonio. No sabemos si física, pero en lo relativo a violencia psicológica, tenemos como muestra las condiciones matrimoniales que impuso Albert a su mujer Mileva por escrito:

> Tendrás que encargarte de que:
>
> - El hogar y mi ropa estén siempre en orden.
> - Me sirvan tres comidas diarias en mi habitación.
> - Mi dormitorio y mi estudio estén siempre ordenados y que nadie toque mi escritorio, que es para mi uso exclusivo.
> - Renunciarás a todo tipo de relaciones personales conmigo, excepto las necesarias para mantener las apariencias sociales.

El documento también decía:

> No puedes pedirme que:
>
> - Me siente a tu lado contigo en casa.
> - Salga contigo o te lleve de viaje.
>
> Tienes que comprometerte explícitamente a observar los siguientes puntos:

- No esperarás afecto de mi parte y no me reprocharás nada por este motivo.
- Responderás inmediatamente cuando te dirija la palabra.
- Abandonarás mi dormitorio o mi estudio en el acto cuando yo te lo pida.
- Prometerás no denigrarme cuando así te lo pida yo o ante mis hijos, ya sea de palabra o de obra.

Y todavía hay más. En las cartas que Einstein enviaba a su amante/prima, hablaba de su mujer en estos términos: «Es un tipo de trabajadora a la que no puedo despedir. Tengo mi propio dormitorio y evito encontrarme con ella a solas.» Estamos hablando de una mujer que años antes había conquistado a Einstein por su inteligencia (no era especialmente guapa y era coja debido a una artritis congénita), a la cual había llamado «gatita mía» y le había dicho: «Soy muy feliz de haber encontrado alguien tan parecido a mí en todos los aspectos.» La madre de Albert no podía ni verla y decía a su hijo que la dejara y se buscara a una mujer de verdad. «Es un libro, igual que tú. Cuando tengas treinta años, ella será una arpía.» Einstein siguió los consejos de la madre, que era una misógina y una xenófoba que no paró hasta que su hijo se casó con la hija de su hermana.

Otra de las polémicas con Mileva es que muchos estudiosos le atribuyen parte del mérito de los primeros estudios de Einstein. Uno de los argumentos es que Mileva pasó un semestre en la Universidad de Heidelberg, donde recibió clases del Nobel Philipp Lenard, pionero en el estudio del efecto fotoeléctrico, un campo que tiene mucha influencia en los trabajos de Einstein; de hecho, es por este aspecto en concreto por el que Albert gana el Nobel. Ella misma escribió en una carta: «Hace poco hemos acabado un trabajo muy importante que hará mundialmente famoso a mi marido.» También el hecho de que Einstein diera todo el dinero del premio Nobel a Mileva nos parece sospechoso. Quizá lo hizo por responsabilidad con su familia, aunque visto lo visto…

El acuerdo de divorcio, en un acto de romanticismo sin par, se firmó el 14 de febrero de 1919, el día de los enamorados; Albert cedía a Mileva el dinero del futuro premio que no ganaría hasta 1923, además de cualquier otro premio que recibiera por los artículos que habían publicado conjuntamente en la revista *Annalen der Physik* en 1905, considerado por los científicos como «el año milagroso». Todo apunta a que Mileva tuvo mucho que ver con el éxito de su marido.

Cuando preguntaban a Mileva, que era muy buena en cálculo matemático, la disciplina que el genio menos dominaba, por qué no firmaba los artículos con su marido, respondía que juntos eran «*wir sind ein stein*», que en alemán quiere decir «somos una roca». Lo que no sabía Mileva era que la roca en cuestión se llamaba exclusivamente Albert.

Junto a su nueva mujer, que al menos era judía y guapa, que era lo que realmente importaba a Pauline, la madre de Albert, Einstein fue a vivir a Estados Unidos. Pero Elsa no era tan lista como Mileva. De hecho, después de separarse de Mileva, Einstein no hizo ningún adelanto significativo en sus investigaciones. Curioso.

Hay otro tema delicado. Einstein fue pacifista y abogó por el fin de los arsenales nucleares militares. Habló de la responsabilidad y de la culpa que sentía por ser uno de los padres de la energía atómica. Pero…, siempre hay un pero: escribió al presidente Roosevelt en 1939. Y en la carta decía:

> Este nuevo fenómeno podría ser utilizado para la construcción de bombas, y es concebible —pienso que inevitable— que se construyan bombas de un nuevo tipo extremamente poderosas. Una sola bomba de este tipo, transportada por barco y detonada en un puerto, podría destruir ese puerto completamente, junto con el territorio que lo rodea.

O, en otro párrafo:

> En vista de esta situación, usted podría considerar que es deseable tener algún tipo de contacto permanente entre la Administración y el grupo de físicos que están trabajando en reacciones en cadena en Estados Unidos.

Acababa la carta diciendo que tenía indicios de que los alemanes estaban en la misma operación. La realidad es que Alemania no utilizó ninguna bomba atómica y que Estados Unidos lanzó las de Hiroshima y Nagasaki en 1945, cuando los nazis ya habían sido derrotados.

Con los años, Einstein consideró que esa carta había sido «el peor error moral de mi vida». Muchos dicen que tomó esta determinación consciente de lo que hacían los nazis a los judíos, a pesar de que, por si faltaba algo para completar el cuadro, también tuvo un pasado en el cual no estaba muy comprometido con su raza. De hecho, en 1933 dijo: «Temo a todos estos cerebritos judíos expulsados de Alemania.»

Que esta frase provenga de un judío inteligente, viendo lo que empezaba a decir y hacer Hitler con los judíos, es preocupante, pero es que Einstein nunca tuvo muy claros los conceptos políticos.

De hecho, años después, mientras ya vivía en Estados Unidos en plena Guerra Fría, entre sus seis amantes reconocidas hubo una llamada Margarita,

de quien nunca sospechó que en realidad era una espía soviética.



HENRY MORTON STANLEY

1841–1904

- RACISTA
- MENTIROSO COMPULSIVO
- ASESINO

Toca pasar por la exprimidora a un tipo que ha trascendido como uno de los exploradores más prestigiosos y tenaces. El hombre que supuestamente pronunció la célebre frase «El doctor Livingstone, supongo». Un hombre al que convirtieron en un héroe, pero que en realidad fue un mentiroso patológico, cruel, racista y se vendía al mejor postor. Nos referimos a un verdadero miserable: Henry Morton Stanley.

Para empezar, el nombre ya es falso. En realidad se llamaba John Rowlands, que era el apellido que su madre compró por unas monedas al borracho del pueblo para que lo reconociera. Por el camino se llamó John Rolling, pero también John Morley, John Morelake, John Moreland y, finalmente, John Morton. Nuestro amigo trabajó para un comerciante llamado Henry Stanley y, al morir este, decidió usurpar su apellido. Algo así como un Ripley de nuestra execrable Patricia Highsmith. Ya de joven se veía que no era exactamente una persona de fiar.

Las versiones sobre la relación con el señor Stanley varían. La primera de ellas es la del propio Henry Stanley, en cuyas memorias dice que el comerciante le dio el apellido porque lo trató como a un hijo. La segunda viene respaldada por el resto de biografías, que aseguran que el tal Stanley no quería ni verlo y que prohibió que su nombre se pronunciara en su presencia.

Con las nacionalidades pasa un poco lo mismo. Nacido en Gales (para los de la ESO, no es el país de Astérix y Obélix, sino el país de Bale, es decir, británico), se nacionalizó norteamericano y después británico de nuevo. Vaya, como si mañana Orlando Ortega vuelve a competir por Cuba para ganar otra medalla. Pero es que Stanley, o como se llamara realmente, tenía una verdadera aversión a la verdad. Sus biografías que no están edulcoradas muestran un cúmulo de falsedades y medias verdades. Hoy no tendría precio como portadista de *La Razón*.

Stanley se va a Estados Unidos con diecisiete años y, después de varios trabajos (y nombres falsos), se alista en el Ejército Confederado (para los de la ESO, los de gris, que querían perpetuar la esclavitud), pero cae preso y decide cambiar de bando. Se une al Ejército de la Unión (para los de la ESO, no es un grupo musical liderado por Rafa, sino esos soldados que iban de azul

y que querían abolir la esclavitud). No obstante, sus ideas sobre la supremacía racial son claras: «No llego a entender que unos seres hocicudos de piel de carbón traídos de un país lejano puedan crear tantas tensiones entre hermanos de raza blanca.» Vaya, no parece la mejor carta de presentación para ir a África.

Empieza a trabajar de periodista y es contratado por el *New York Herald*. Este diario le encarga el reportaje que le dará fama y lo hará inmortal: encontrar al médico, explorador y misionero David Livingstone, perdido en África y de quien no se tenían noticias desde hacía años. La misión de encontrar a Livingstone formaba parte del viaje de trabajo que le encargó el periódico y que consistía en, ojo al dato, cubrir la inauguración del canal de Suez, remontar el Nilo y escribir una guía turística de Egipto, trasladarse a Jerusalén y redactar un reportaje sobre excavaciones arqueológicas, ir a Constantinopla para relatar las diferencias entre el sultán y el virrey, seguir hasta Crimea para informar de la guerra rusoturca y llegar a Persia para posteriormente aterrizar en India, donde debía tomar un barco para ir a África a encontrar a Livingstone. La suma en dietas y cuentas de comida del viaje prometía ser legendaria.

Lo más gordo de todo es que Stanley hizo casi todo lo que le encomendaron. Desde Zanzíbar viajó hasta Ujiji, actual Tanzania. Con su tendencia a eludir la verdad, ya los primeros datos son confusos, pero parece que partió con más de ciento noventa hombres, a pesar de que después se dijo que solo eran ciento once. Llegaron muy pocos y, en principio, las bajas se anotaron en la cuenta de los estragos causados por la mosca tse-tse y las enfermedades tropicales; después, como veremos, se supo que su dureza con los porteadores, a algunos de los cuales llegó a matar él mismo, fue una de las causas de tan diezmado cortejo final. Unos porteadores que, entre otras cosas indispensables para una expedición al corazón de África, transportaban una cama de matrimonio, una bañera y unas cuantas cajas de champán marca Sillony.

La cuestión es que, según todos los indicios, cuando se encontró con Livingstone en noviembre de 1871, no dijo eso de «El doctor Livingstone, supongo». La primera fuente que lo desmiente es el propio Livingstone, y por otra parte la famosa frase no aparece en ninguna de las cartas en las que Stanley relata el encuentro. Pero era un pícaro y arrancó de su diario las páginas que correspondían al famoso momento para que nadie pudiera comprobarlo. Así que ni siquiera la famosa frase es verdad. Su biógrafo, Tim Jeal, mantiene que se la inventó, como tantos hechos en sus libros, por un

sentido de la inmortalidad y, sobre todo, por dinero. Justo es decir que una cosa es ser mentiroso y otra distinta, mal escritor. Aunque encontraríamos montones de casos en los que se dan ambas características.

Stanley se convirtió en un héroe y en África consiguió uno de los éxitos más importantes al rodear el lago Victoria y poner fin a la controversia sobre la ubicación de las fuentes del Nilo. Ya empezaban a llegar las voces de sus métodos salvajes, pero aun así consiguió financiación para resolver otro misterio de la época: el curso del río Congo hasta el mar. En esta expedición, según él, murieron doscientas treinta personas, aunque después se vio que mintió y que solo fueron ciento diez.

«Los que murieron no merecían compartir mi gloria», dijo. Está demostrado que mató a los que se sublevaban y que la dureza impuesta y las condiciones inhumanas con que trataba a los porteadores causaron gran parte de estas muertes de las que él estaba tan orgulloso. De hecho, uno de sus hombres incluso llegó a disparar por la noche en su tienda cuando él estaba dentro intentando asesinarlo.

Justo es decir que Stanley odiaba África, un continente que para él solo representaba una fuente de ingresos. Él mismo se refería a África como «un inmenso pantano que no vale la pena». Y si las bajas entre los que lo acompañaban eran numerosísimas, entre las tribus indígenas que se encontraba por el camino no lo eran menos. Stanley siempre tuvo mucho cuidado de llevar las armas más modernas en sus expediciones para enfrentarse a indígenas con lanza y canoa, a los cuales masacraba desde el barco de vapor que había hecho transportar por piezas al lago Victoria.

Pero nuestro execrable no podía quedarse solo en mentiroso y cruel negrero. Stanley intentó que Gran Bretaña colonizara el Congo, pero su mala fama hizo desconfiar a los británicos. Entonces se puso al servicio de uno de los hombres más crueles de la historia, el rey Leopoldo de Bélgica. Un malvado como Joker y avaro como el Tío Gilito. Con la excusa de fines filantrópicos, Stanley, en nombre del rey, creó un país «propiedad privada» de Leopoldo (un país del tamaño de la cuarta parte de Europa). El rey nombró gobernador a Stanley. El país recibió el eufemístico (para entendernos, como cuando dicen que *Gran Hermano* no es una mierda, que es un experimento sociológico) nombre de Estado Libre del Congo. La esclavitud y la crueldad que se impuso en este país en particular, con mutilaciones públicas y un régimen de terror, es una de las páginas más negras de la historia, y Stanley fue uno de los culpables. Se calcula que mientras Leopoldo mandó en el Congo, mató a unos ocho millones de personas, la mitad de la población.

Pero a esta joya le quedan cosas como la misoginia, que no puede faltar en un execrable pata negra. Acerca de las mujeres escribió que eran «juguetes para pasar el rato» y «seres humanos insignificantes». En el libro del biógrafo Norman R. Bennet, que se muestra muy a favor del explorador, el retrato no es más halagüeño: «Tenía un miedo patológico a las mujeres, una incapacidad para trabajar con compañeros talentosos y un amor infinito por los ricos y aristócratas.» Otro de sus biógrafos explica que no tuvo una «experiencia íntima con una mujer» hasta los cincuenta años, que las dos novias que había tenido por carta mientras viajaba por África lo dejaron plantado y que, cuando llegó a puerto, las encontró casadas. No entre ellas, sino cada una con un hombre distinto.

Acabó dando conferencias por todo el mundo, forrado de pasta, con el título de sir, e incluso fue diputado por el Partido Conservador. Y, en un giro de hipocresía final, redactó manifiestos contra la esclavitud. Como si los autores de este libro hiciéramos campaña contra el whisky y los puros. Indignante.



LADY DI

1961–1997

- ✗ INESTABLE
- ✗ OBSESIVA
- ✗ VENGATIVA

Normalmente, los cuentos de hadas acaban bien, pero no es este el caso. Aquí hay príncipes picha floja, madrastras malas, reinas implacables, amores no correspondidos, sexo, mucho sexo, drogas, reyes sobones que meten mano, mayordomos aprovechados, *playboys* e, incluso, según algunos, un asesinato. En este cuento, la princesa, la protagonista, lejos de ser un ejemplo de virtudes, es una manipuladora, inestable y a veces violenta, una desequilibrada superficial, una mujer fantasiosa bastante insoportable. Pero una víctima, al fin y al cabo. Está claro que se trata de Diana Spencer. Lady Di.

Alguien que el día de su boda entra en la iglesia con música de Abba interpretada con gaita promete muchas tardes de gloria. Lady Di quizá no les sonará a los de la ESO, pero hace veinticinco años era la mujer más famosa del mundo. Más que Lady Gaga, Belén Esteban y Selena Gómez juntas en la actualidad. Se han escrito sobre ella más biografías que sobre Elvis y ha salido más en las revistas que las Campos. ¡Un verdadero icono!

Lady Di se hizo mundialmente famosa en julio de 1980, cuando se prometió con el príncipe de Gales. Ella era una virginal jovencita de veinte años y él un merluzo de treinta y tres que ya parecía que nunca iba a casarse. Y no porque el tipo no tuviera gracia, que no la tenía, sino porque la mujer a quien amaba estaba casada con otro.

La boda entre Carlos y Diana parecía la culminación de un cuento de hadas, pero fue el inicio de una pesadilla. Se celebró un bodorrio por todo lo alto, no como las horteradas que se hacen ahora. Por ejemplo, a los caballos de la Guardia Real que acompañaban a la comitiva les dieron un pienso especial para que cagaran mierda del color del asfalto, de forma que por la tele no se distinguió ni un zurullo en todo el recorrido.

Mientras la propaganda mundial vendía ese matrimonio en todo el planeta como el colmo de la felicidad, la realidad era muy otra. Carlos fue al altar a regañadientes porque estaba enamorado desde hacía años de una mujer con cara equina llamada Camilla, que estaba casada con un militar. De hecho, en la ceremonia de su boda, el príncipe de Gales lució unos gemelos con las iniciales de su amante que ella le había regalado.

Y la noche de bodas no fue mucho mejor. La propia Diana confesó gráficamente en una entrevista que fue «dentro, fuera y a dormir». Evidentemente, aquello no podía salir bien. Diana no se adaptó a las rígidas normas de los Windsor, que son como la familia Addams, pero alimentados a base de gin-tonics y que se creen que aún viven en el siglo XIV, y visto que Carlos solo estaba pendiente de su amante, ella empezó a buscarse los suyos por su cuenta.

Lo que no estaba en el guion era que Diana se convirtiera en la Princesa del Pueblo; sí, antes que Belén Esteban. Su popularidad eclipsó la de toda la familia real inglesa. Como buena princesa, Diana parió dos hijos. El primero era de Carlos, el segundo se supone que también, pero resulta que el chaval guarda un sorprendente parecido con un militar llamado James Hewitt, de quien Diana confesó haberse enamorado locamente.

Al tal Hewitt, un caradura que después lo contó todo en el horrendo libro *Una princesa enamorada*, lo enviaron a la guerra del Golfo para que no molestara. En un principio, aquello sumió Diana en una depresión. La primera de muchas.

Ella no paraba de llorar y cada día pensaba que se levantaría con la noticia de la muerte de su amante en la guerra. Parece sobrecogedor, ¿verdad? Pues no, porque mientras Hewitt estaba en la guerra, Diana se enrolló con James Gilbey y con Oliver Hoare, este último un amigo de infancia de su marido, al cual asedió de tal manera que, cuando este cortó la relación con ella para volver con su mujer, Diana llegó a amenazar a su familia. Ya se empiezan a ver las trazas de la más genuina Glenn Close en *Atracción fatal*.

Con la relación entre los príncipes cada vez más deteriorada y los niños enterándose de las putadas que se hacían sus padres a través de la prensa sensacionalista, mientras estaban en un internado sin que nadie se ocupara de ellos, Diana cae en una depresión (¡otra!) y tiene detalles como llamar a medianoche a casa de Camilla para decirle: «He enviado a alguien a matarte, está fuera, en el jardín, mira por la ventana, ¿lo ves?» Camilla, por su parte, no se acojonaba y se refería a Diana en público como «esa criatura ridícula».

La situación de la pareja se volvió insostenible en España, cuando Diana y Carlos pasaban las vacaciones a Marivent con los reyes de España. Juan Carlos y Carlos eran amigos desde hacía años y hacían juntos las cosas que se supone que hacen los reyes, mientras que Diana recordaba aquellos veranos en el yate *Fortuna* como «un tiempo que pasé sola sin que nadie me hiciera caso, con la cabeza metida en el váter todo el rato». Estaba en el periodo álgido de su bulimia.

Bien, tampoco es cierto que «nadie le hiciera caso». El rey de España sí que se lo hacía. Quizás incluso demasiado. En las memorias de su jefe de seguridad, Ken Wharfe, este relata que Diana consideraba al rey emérito como un señor «demasiado amigable y demasiado cariñoso», con la mano larga, para entendernos. También define el matrimonio entre Juan Carlos y Sofía como «semidesenganchado» y notifica oficialmente a su escolta que tiene un amante y que actúen en consecuencia. Wharfe comenta que Diana empezó a echar «polvos de protesta».

Pero el gran misterio que convierte a la princesa Diana en un verdadero mito es su trágica muerte en un accidente de coche en París, en el puente del Almá, el 31 de agosto de 1997, cuando era perseguida por los *paparazzi* mientras iba con su novio Dodi Al-Fayed, un *playboy* egipcio millonario excocainómano, hijo del dueño de los almacenes Harrod's, con quien quería casarse.

Diana ya se había divorciado de Carlos en 1992 y desde entonces la guerra entre los Windsor y ella era tremenda, sin cuartel. Una lucha de exclusivas en las cuales Carlos posaba feliz con Camilla o daba entrevistas hablando mal de su ex.

Pero Diana ya no era la mosquita muerta inocente del principio. Era una profesional de los medios de comunicación, imbatible en ese terreno. Tan pronto filtraba a los *paparazzi* una fiesta sorpresa de cumpleaños de sus hijos en una estación de esquí en Austria, como, oh casualidad, coincidía en una cacería con su ex, que por tanto no podía acudir, y eso le servía a Diana para acusar a Carlos de no ocuparse de los niños, o concedía entrevistas a la televisión que eran mucho más creíbles que las del merluzo de su exesposo.

La capacidad interpretativa de Diana era insuperable, hasta el punto que pidió a Kevin Costner ser la protagonista de la segunda parte de *El guardaespaldas*. Sus biografías y entrevistas eran obras de arte. La famosa entrevista concedida a Martin Bashir en la BBC, coincidiendo —viva el oportunismo— con el 48.º aniversario de boda de la reina de Inglaterra, congregó a veinte millones de ingleses ante la tele e hizo necesario que las centrales eléctricas del país aumentaran la producción. Fue la entrevista que culminó con una frase para la historia: «En mi matrimonio, desde el comienzo, fuimos tres.»

Y, está claro, una muerte como la suya no podía estar exenta de una teoría de la conspiración. Hay diferentes especulaciones sobre el accidente y teorías para todos los gustos. Hay quien dice que la mataron los servicios secretos británicos simulando un accidente (tesis defendida por su mayordomo, que

asegura que ella se lo había advertido) y así dejar el campo libre a Carlos para casarse con Camilla. El padre de Al-Fayed opina igual, pero este añade otro motivo. Según el dueño de Harrod's, los Servicios Secretos mataron a Diana porque estaba embarazada de Dodi y los Windsor no podían permitir musulmanes en su familia; otros dicen que la mató Bin Laden porque daba mal ejemplo a las mujeres musulmanas, o incluso que la asesinaron los traficantes de armas por su campaña contra las minas antipersona. También hay una corriente que afirma que simuló su muerte y que, como Elvis, vive con una nueva identidad.

Cada año hay miles de testigos que aseguran haberla visto en un taxi o en la frutería de la esquina. De hecho, uno de cada cuatro británicos cree que fue asesinada y el 49 por ciento, que nunca se ha explicado la verdad del accidente.

La única verdad palpable es una estatua horrible, digna de una de nuestras rotondas, en Harrod's.



ALFRED HITCHCOCK

1899–1980

✗ MANIPULADOR

✗ MACHISTA

✗ SÁDICO

Posiblemente seremos políticamente incorrectos: vamos a meternos con el gordito de la clase, un señor conocido mundialmente como «el mago del suspense» o, simplemente, «el maestro». Un tipo que ha llegado hasta nosotros como alguien apacible, socarrón, y que únicamente nos perturbaba en la ficción. Un buenazo con talento. Pues no. Talento mucho, pero más malo que la tiña. Como dice su biógrafo, «hoy en día estaría en la prisión por acoso sexual». Además, en este capítulo aprenderemos una palabra nueva: «escopofilia», es decir, la gratificación del deseo sexual mediante la mirada oculta para evitar contagios de gérmenes. El escopofílico en cuestión responde al nombre de Alfred Hitchcock.

Por matizar, gordito es Peter Griffin, el de *Padre de familia*; Hitchcock era gordo. Con su papada de Jabba the Hut y su prominente barriga, el tipo llegó a pesar ciento cincuenta kilos con apenas un metro setenta centímetros de estatura. Pero, volviendo a su personalidad, Alfred Hitchcock era un indeseable. Manipulador, cruel, retorcido, machista y, a pesar de ser asexual, un pervertido. Un hombre que revolucionó el lenguaje del cine, que rodó clásicos como *Psicosis*, *Extraños en un tren*, *La ventana indiscreta*, *Los pájaros*, *Rebecca* o *39 escalones*, pero que escondía en su interior a un verdadero sádico (para los de la ESO, alguien como Hannibal Lecter, pero sin morder orejas), un misógino y un tipo cruel; sin duda, uno de los perturbados más grandes que ha dado Hollywood (y ha dado muchos).

Sobre todo estaba obsesionado con las mujeres, aunque no queda muy claro si era porque le gustaban mucho o porque no le gustaban nada. Y, entre las mujeres, las principales eran actrices bellas. Una de sus víctimas fue Madeleine Carroll, a la que durante el rodaje de *39 escalones* tuvo horas esposada con la excusa que había perdido la llave. Su compañero masculino, John Gielgud, en otra película, *Agente secreto*, dijo: «Hitchcock se portó como una bestia con ella. Era un tipo muy tosco, a quien le encantaba hacer todo tipo de bromas pesadas y obscenas.»

Este genio británico no gastaba el célebre humor inglés, lo suyo era más bien escatología, de caca y pedos. Le encantaban los cojines que simulaban ventosidades o añadir laxantes a las bebidas de los invitados a sus fiestas. Los

jackass representan un humor sofisticado y elegante, si los comparamos con este señor, especialista en bromitas obscenas que solo le hacían gracia a él. Un tarado adolescente. En una ocasión, se apostó con un colaborador suyo si sería capaz de estar toda la noche a oscuras en el estudio, encadenado a una cámara. Sellaron el pacto con una copa de brandy a la cual Hitch había añadido una generosa ración de laxante.

No sabemos qué trauma tenía, pero algo le pasaba con el sexo y las mujeres. Con su mujer de toda la vida, Alma Reville, tenía una relación extraña. Ella lo adoraba, aunque él mismo dijo a Joseph Stefano, coguionista de *Psicosis*: «Solo tuve una relación sexual y nació mi hija.» También le confesó que había tardado más de un año en consumar el matrimonio. Según el dramaturgo Samuel Taylor, era de esos matrimonios que más parecen hermanos, como el de María Teresa Rivero y José María Ruiz Mateos (aunque en este caso hay ocho hijos de por medio). También la homosexualidad, que sale de manera más o menos explícita en muchas de sus películas, parecía obsesionarlo. De hecho, entre sus frases peculiares encontramos esta: «Si no hubiera sido por Alma, me habría convertido en gay.» No sabemos si su educación jesuítica le impidió aceptarse tal como era. La religión siempre fue muy importante en su vida. Decía que aprendió el miedo en el cristianismo.

En el catálogo de actrices torturadas destaca la más maltratada de todas: Tippi Hedren, estrella de *Los pájaros*, que antes de ser la abuela de la hija de Antonio Banderas fue una modelo sin experiencia como actriz, de la cual se encaprichó nuestro Alfred. Despechado por el fracaso de su relación con sus antiguas musas, decidió convertir a Hedren en la nueva Grace Kelly. De hecho, le compró tanta ropa que, según ella, el gasto en vestuario fue mayor que su sueldo. Hasta aquí todo bien, pero después, según el biógrafo Donald Spoto, Hitchcock pidió a gente del equipo que la siguiera cuando salía del estudio y le informaran de sus relaciones. Cada vez peor. La actriz confiesa: «Empezó a decirme cómo debía vestirme en mi tiempo libre, qué tenía que comer y los amigos con los que debía quedar. Se ponía furioso si yo no pedía permiso para visitar algún amigo por la noche o un fin de semana.» Todo era asfixiante y delirante. Antes de empezar a rodar, le decía cosas obscenas al oído.

Pero esto no es nada comparado con lo que hizo en el rodaje. Pasó del maltrato psicológico al físico. Tippi ya había sido herida en un ensayo por una gaviota falsa que la atacaba estando ella en una cabina telefónica (de esas sin puertas, claro está). Después de tres días de curas, estaba aterrorizada, pero le

prometieron que todos los pájaros de la siguiente toma serían mecánicos y que no habría peligro. Mas el director tenía otros planes y decidió lanzarle centenares de aves reales que la hirieron realmente hasta el punto de que estuvo al borde de un ataque de pánico. El director no hablaba con ella directamente e hizo repetir la escena hasta la saciedad. Finalmente, cayó rendida, picada, arañada, mordida y llorando en el suelo. Estuvo a punto de abandonar, pero no lo hizo, e incluso llegó a rodar una segunda película con él, *Marnie*. Su calvario no pasaba desapercibido entre el equipo de rodaje. La mujer de Alfred le dijo a Tippi: «Siento que estés pasando por esto», pero nunca la ayudó.

Tippi rueda *Marnie* con Sean Connery cuando Hitchcock ya estaba totalmente enloquecido y empezó una persecución sexual de manual sobre la actriz, con insinuaciones obscenas, propuestas carnales y bromas con doble (pero evidente) sentido. Hasta que un día se abalanzó sobre ella con la lengua fuera y las manos por delante. Ella se defendió y lo rechazó. En ese momento se acabó su carrera como actriz, a pesar de que había firmado con Hitchkock un contrato de siete años en exclusiva. En sus memorias, Tippi dice: «Arruinó mi carrera, pero no mi vida.» Y es que el director, obedeciendo el código básico del machista, exclamó eso de «o para mí o para nadie», y le pagó para que no trabajara durante años. Un maníaco posesivo. Queda claro que su manera de ligar era rara. Como ejemplo, regaló a Melanie Griffith un pequeño ataúd con una muñeca que representaba a su madre muerta. ¿A que acojona?

Una de sus escenas fetiche en su carrera es esa en la que se apuñala a una mujer. Para Alfred era una metáfora (para los de la ESO, como cuando llamas estudiar duro a sacarte el carné de conducir) de lo que deseaba hacer con sus actrices. La lista es inmensa. Joan Fontaine, protagonista de *Rebecca*, necesitó años de terapia, porque la manejaba como si fuera un títere y anuló su voluntad. La llegó a abofetear para que su llanto resultara creíble en la pantalla. Ingrid Bergman fue otra de sus obsesiones, y ella era consciente de eso. Cuando se marchó con Rossellini a Italia, rompió todas las fotos que tenía en su despacho. Durante una temporada, si se mencionaba el nombre de la actriz, Hitchcock abandonaba la habitación a gritos y pedía que no se contratara a quien pronunciase su nombre. Lo mismo hizo con Tippi, y obligaba que todo el mundo en el estudio se refiriera a ella como «esa chica». Dicen que lo mismo le pasa a Pablo Iglesias con el apellido «Errejón».

Pero la que fue su mayor obsesión fue Grace Kelly. Rubia, elegante y, según él, sin sexualidad, era la mujer perfecta. Esta vez, Hitchcock no se atrevió a torturarla con sus insinuaciones groseras. Incluso cuando ella se

acostó con Ray Milland, su compañero de reparto en *Crimen perfecto*, intentó mostrarse tranquilo de cara a la galería, a pesar de que amenazó a Milland diciéndole que su carrera se había acabado. Afortunadamente no fue así. El problema era que Hitchcock albergaba ilusiones de conquistar a Kelly, pero se hundió definitivamente cuando ella se casó con Rainiero de Mónaco. El director cayó en una depresión y la figura de Grace Kelly marcó y martirizó a todas las actrices que pasaron a trabajar con él. A partir de entonces, se refirió a ella como la «*Princess Disgrace*».

Se obsesionó en crear a una «nueva» Grace Kelly (hay que ser idiota para creer que alguien puede ser capaz de crear algo como Grace Kelly) y se obstinó en que la elegida fuera Vera Miles. Pero resultó que esta era una mujer de carácter y no se dejaba modelar. La ruptura llegó cuando Vera dijo que no haría el papel de *Vértigo* por su embarazo. Finalmente lo hizo Kim Novak, que se enfrentó a él desde el primer día. Hitchcock descubrió que había mujeres que no se podían dominar. Una de ellas fue Audrey Hepburn, a quien intentó contratar para satisfacer una de sus fantasías sexuales: violarla aunque fuera en la ficción. Hepburn acababa de rodar *Historia de una monja* y Hitch le ofreció un papel en el cual se incluía una violación salvaje. Ella lo rechazó. Junto con Ingrid Bergman y Marlene Dietrich, fue de las pocas que se plantó ante el sádico.

Volvió a hacer infelices a otras mujeres, como la actriz Eva Marie Saint, e hizo inmortales a actrices como Janet Leigh, la protagonista de *Psicosis*, pero nunca pudo intimar con ninguna de ellas. Pero ¿qué opinaba su mujer de todo esto? Pues, a pesar de su relación sin sexo, se moría de celos y tenía ataques de furia. Algunos biógrafos insinúan que mantuvo un ardiente romance con Whitfield Cook, guionista de *Extraños en un tren*. Lo más curioso de todo es que, por lo visto, Alma confesó a su amante que Alfred era impotente. Entonces, ¿quién era el padre de su hija? Este sí es un misterio para el mago del suspense.



CHARLES DE GAULLE

1890–1970

- ✗ FARSANTE
- ✗ DICTADOR
- ✗ INSUFRIBLE

Todos hemos ido alguna vez a Francia. O, si no, hemos tenido la experiencia de hablar con algún francés. Seamos honestos, son bastante insufribles. Para ellos todo lo que no sea francés es una mierda; su aire de superioridad es irritante. Hablamos del chovinismo. Pues bien, daremos con gran alegría el carnet de execrable al gran culpable de esta epidemia. Un hombre inmensamente pagado de sí mismo, insoportable, tramposo, dictatorial, desagradecido, aprovechado; un tipo capaz de explicar, a partir de la *grandeur*, cómo una derrota vergonzosa puede acabar siendo considerada una gran victoria. Afinaos el bigote porque hablamos de Charles De Gaulle.

De Gaulle es el Max Factor de la política. Un maquillador que consiguió convencer el mundo de que Francia había ganado la Segunda Guerra Mundial, cosa que, por culpa de la película *Casablanca*, todavía muchos creen, mientras que, en realidad, lo que hicieron los hijos de Napoleón fue correr como conejos cuando vieron que los tanques alemanes cruzaban la frontera. A Induráin le costó más llegar a París que a Hitler.

Era un militar que en la Primera Guerra Mundial fue herido en dos batallas y hecho prisionero. Al ver que eso de estar en el frente era peligroso, decidió especializarse en la guerra moderna, que en aquella época era la de los tanques. Escribió muchos tratados sobre cómo sería la guerra cuando los carros de combate se perfeccionaran. Era, supuestamente, un experto en la materia. Algo así como un tertuliano. Lo sabía todo sobre el papel, pero cuando llegó el momento de llevarlo a la práctica, la cosa resultó un desastre.

Los alemanes con su *blitzkrieg* (guerra relámpago), basada en el dinamismo de sus divisiones acorazadas, dejaron en ridículo al estratega del bigotito. El 10 de mayo de 1940 cruzaron la frontera y el 14 de junio la esvástica ya ondeaba en la Torre Eiffel. Y eso que, en principio, los franceses tenían al mando a nuestro amigo De Gaulle, el supuesto mejor estratega del mundo. Sin duda, Paco Jémez los habría dirigido mejor.

Una semana antes de que los alemanes entraran en París (para los de la ESO, donde juega Neymar), el gobierno francés nombra a De Gaulle viceministro de Defensa. Su primera decisión es osada y valiente: empaqueta todo lo que tiene y pone pies en polvorosa hacia Londres. Se presenta ante

Churchill y empieza una relación de la cual se podría hacer una serie cómica. No se soportaban ni tenían nada en común. Eran la versión armada de Stan Laurel y Oliver Hardy, competían por todo. El 18 de junio de 1940, por ejemplo, Churchill se dirige a su pueblo por radio en un vibrante discurso en el que anuncia a los británicos que, acabada (y perdida, eso no lo dijo) la batalla de Francia, empezaba la batalla de Inglaterra, «*the finest hour*», dijo. Ese mismo día, obliga a De Gaulle a dirigirse también a los franceses por la BBC, aunque este no lo tenía muy claro. Al final accede y «*l'appel du 18 juin*» pasa a ser una batalla ganada. La única que ganó nuestro amigo, que durante la guerra no vio a un alemán ni de lejos.

Pero mirad cómo era el pájaro: después de emitir el discurso y ver que le había quedado bien, se dio cuenta de que no se había grabado y no paró de dar la lata hasta que los de la BBC le dejaron un estudio para que repitiera el discurso y quedara registrado. Dicen que la versión de estudio mejora mucho la del directo.

Los enfrentamientos entre los dos mandatarios llegan hasta tal punto que Churchill escribe: «La cruz más pesada que tengo que soportar durante la guerra es la de Lorena», refiriéndose al símbolo de los partidarios de la Francia libre. Y eso que los enemigos exhibían otra cruz… la gamada.

El objetivo de De Gaulle, que se pasó la guerra en una mansión situada en el número 4 de Carlton Gardens en Londres, era que los aliados reconocieran a Francia como una potencia más y no como a un enemigo. De hecho, el país tenía un gobierno colaboracionista alemán impuesto por los nazis y él quería que lo trataran como a un jefe de Estado sin estado (no sé si os suena). Con su actitud retrasaba las operaciones aliadas porque quería estar informado de todo. Churchill llegó a decirle: «Si sigue obstaculizando, lo liquido.» De hecho, pasaban tanto de él los que de verdad mandaban que De Gaulle no se enteró del Día D hasta dos días antes del desembarco en Normandía.

La animadversión entre ambos marcó la relación entre Inglaterra y Francia para los siguientes años. Tanto es así que Churchill le dijo: «Cada vez que tenga que decidir entre Europa y el mar abierto, elegiré el mar. Y cuando tenga que elegir entre Roosevelt y usted, elegiré a Roosevelt.» A este estado de ánimo contribuía el hecho de que Eleanor Roosevelt, siempre que hablaba de De Gaulle, se refería a él como «el insufrible señor De Gaulle».

Pues bien, lo de Normandía sale bien y ya tenemos a De Gaulle regresando a Francia. Entró en París cuando ya no quedaba ni un alemán en cuatrocientos kilómetros a la redonda. Lo nombran primer ministro pero, después de unos años mandando, lo echan y se refugia en su casa de campo

de Colombeyles-Deux-Églises, quizá ya cansado de representar tan grandilocuente papel. Pero en 1958, el presidente vuelve a requerirlo. La IV República se hundía y por lo visto solo él podía salvar a la patria. Francia vivía tiempos difíciles. El Imperio francés naufragaba. Habían perdido las colonias de Túnez, Marruecos y la guerra de Indochina. Quedaba solo Argelia, que en aquella época era un territorio más de Francia, pero donde el FLN pedía la independencia. El país, incapaz de mantener un imperio propio de otra época, se planteaba conceder la independencia al territorio africano, pero los militares destacados allí no estaban dispuestos a aceptar esta capitulación indigna. Los generales Salan y Massu amenazaban con dar un golpe de Estado ocupando París con sus divisiones de paracaidistas desde Argel. Cosa seria.

De Gaulle acepta la presidencia del gobierno y frena ese golpe de Estado. Como siempre, templa gaitas y los generales se lo creen —supuestamente es uno de los suyos—, pero les toma el pelo de mala manera. Para empezar, De Gaulle acepta el cargo de presidente después de liquidar la IV República y fundar la V República, donde él queda por encima del Parlamento. De este modo se convierte en una suerte de dictador en pleno siglo XX, y Francia pasa a ser un régimen semiparlamentario. Todas las leyes quedan sometidas a su persona. Un estilo político que años después inspiró a Alfonso Armada y Milans de Bosch (y a saber a quién más) un 23 de febrero de 1981 en España. Un estilo que se resume en un gobierno de concentración presidido por un militar.

Viaja a Argelia en 1958 y asegura a los unionistas que serán siempre franceses en otro discurso famoso, el de «*Je vous ai compris*». Seis meses después, se reúne en secreto en París con el FLN y organiza dos referéndums, su especialidad, para conceder la independencia a Argelia. Ya está liada. Obviamente, a sus antiguos camaradas la cosa no les hace ninguna gracia. Ni puta gracia, como lo demuestra el hecho de que monten en un periquete una organización armada llamada OAS (Organisation de la Armée Secrète), que en un año comete 751 atentados y que planea el asesinato de De Gaulle.

El intento de magnicidio se hizo mundialmente famoso gracias a Frederick Forsyth y su novela *Chacal*, cuyas numerosas adaptaciones cinematográficas no hacen justicia a la realidad, como nada de lo que pasa con este personaje.

El atentado, cometido por un comando liderado por un pobre hombre, Jean Marie Bastien-Thiry, fracasó, a pesar de que cosieron a tiros (recibió catorce impactos de ametralladora) el Citroën DS, *el tiburón*, en el que

viajaban el general y su mujer. El coche no era blindado, pero a pesar de eso a los pasajeros no les pasó nada. Bueno, a los de la Citroën sí les pasó algo, porque vendieron el modelo como churros. Y a Bastien también le pasó algo: lo detuvieron y lo fusilaron. Esta es la verdad del caso. Todo el mérito se lo llevó un tal George Watlin, personaje en el que se basa la novela *Chacal*. Un tipo que no era más que un torturador paramilitar que murió en Paraguay después de ofrecer sus servicios a todos los dictadores suramericanos que le aseguraron que nunca lo extraditarían a Francia, donde estaba condenado a muerte. Un hombre más cercano a Billy el Niño (el nuestro, no el de las películas del oeste) que al remedo de James Bond que aparece en la novela.

La última etapa de gobierno de De Gaulle estuvo marcada por el intento de impedir que Inglaterra se incorporara al Mercado Común Europeo a cualquier precio. De Gaulle vetó dos veces, en 1963 y en 1967, la entrada de Gran Bretaña en la Comunidad, ¡al país que le salvó el culo ante los nazis! Para él, una Europa con Inglaterra minaba la *grandeur* francesa. No quería ingleses en «su Europa». Ya hemos dicho que se creía Napoleón, pero de despacho. Para conseguirlo, se hizo coleguita de Konrad Adenauer. Alemania era entonces como el niño con el que nadie quiere jugar en el patio, pero que tiene el bocadillo más grande (adaptado a los de la ESO, el que tiene el iPhone X de contrato con datos ilimitados). El pacto de De Gaulle con los alemanes fue: «Tú dame los marcos que yo haré que olviden aquella anecdotilla de la Segunda Guerra Mundial. Pero recuerda, Europa soy yo.»

Finalmente, acabó dimitiendo después de convocar otro referéndum, que perdió durante las revueltas de mayo del 68, cuando los franceses ya estaban hasta el moño. Consiguió cabrear a los generales de derechas y a los estudiantes e intelectuales de izquierdas por igual en un ejercicio de equidistancia admirable.

Cuando ya estaba retirado, visitó a su amigo Franco, con quien quería comentar la batalla del Ebro para documentar un tratado que estaba escribiendo. Dicen que, incluso Franco, que cuando estaba delante de De Gaulle y lo miraba de frente solo podía verle la hebilla del cinturón, le vaciló y le dijo: «Lo que le ha pasado con el referéndum ese, le pasa por preguntón, yo nunca pierdo los míos.» De Gaulle, meses después, le mandó una carta en la cual reconocía a Francisco Franco como «el hombre más ilustre, que asegura la unidad, el progreso y la grandeza de España».

Tampoco hay que tenérselo muy en cuenta. Una vez dijo que «en el mundo, mi único rival es Tintín». La eterna pugna entre los belgas, los referéndums y los dictadores.



FRANÇOIS MITTERRAND

1916–1996

✕ PÉRFIDO

✕ MENTIROSO

✕ TERRORISTA

Atenta la compañía que vamos a meternos con un hombre que durante décadas fue considerado todo un símbolo, pero que en realidad fue un absoluto fraude (para los de la ESO, como cuando le dices a tu madre que no fumas ni bebes y que vas a casa de tu colega a estudiar. Sí, amigo, tú también eres un fraude).

Hablamos de un mito político y, probablemente, uno de los execrables más fascinantes de todos los tiempos. Un político tan malvado que, a su lado, Frank Underwood, el protagonista de *House of Cards*, es más inocente que Dora la Exploradora. Con todos ustedes, François Mitterrand.

Pasaremos por alto que a todos nos ha levantado una novia un francés y a Mitterrand no se lo tendremos en cuenta. Este se va a llevar lo suyo a cuenta de Napoleón, de Sarkozy, por los experimentos nucleares en los atolones, por los camiones de La Junquera, porque construyeron una torre de Mecano gigante y no supieron cómo rellenarla, y por otros execrables como Balzac, Voltaire, Costeau y De Gaulle. François Maurice Adrien Marie Mitterrand, que fue durante catorce años presidente de la República Francesa (y copríncipe de Andorra), ministro de Justicia, de Interior, de Ultramar, diputado, senador y alcalde, y que atesora todas las condecoraciones que un político pueda tener, se merece un lugar de honor en nuestro club. Hablamos de un socialista que fue más de ultraderecha que Martínez *el Facha*, mentiroso, tramposo, terrorista, asesino, torturador, tuvo dos familias, ocultó a una hija durante toda su vida y tomaba importantes decisiones políticas consultando el tarot. No es casualidad que en Francia lo conozcan como La Esfinge.

Empecemos por la política. François Mitterrand aparentaba ser un símbolo de la Resistencia, de la izquierda francesa, detenido por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, un hombre íntegro. Pues no. En 1994 Pierre Péan escribe un libro muy riguroso, *François Mitterrand. Una juventud francesa*, donde investiga la juventud del político, de 1934 a 1947. El libro relata que nuestro supuesto resistente, nacido en el seno de una familia conservadora de Jarnac, viaja a París y se une a los voluntarios nacionales del coronel La Rocque, que era un político de ultraderecha, sobre todo

anticomunista. Posteriormente, Mitterrand defendió su amistad con este sujeto alegando que solo era ultraderechista, pero no era antisemita ni fascista en el sentido estricto.

Esto del antisemitismo es un asunto delicado, porque el libro muestra una foto de Mitterrand en una manifestación contra los extranjeros organizada por la formación derechista Action Française. Además, entre sus amistades parisinas estaban los Bouyer. El primogénito de esta familia había asesinado a un activista antifascista y el padre acabó siendo un alto cargo en el Comisariado para Asuntos Judíos del régimen de Vichy. Cuando acaba la guerra, Mitterrand, considerado por aquel entonces un héroe resistente, firma un certificado falso para evitar que Bouyer vaya a la cárcel.

Pero su amistad más despreciable en esos años es la que mantiene con René Bousquet, amigo suyo durante décadas y de quien más tarde se supo que fue uno de los máximos dirigentes colaboracionistas y brazo ejecutor de la barbarie nazi. Bousquet fue asesinado justo antes de ser juzgado por crímenes contra la humanidad. Mitterrand alegó que en los años más salvajes se veía poco con su amigo. Vaya, que cuando al tipo se le iba la olla apaleando, torturando o deportando judíos, François no estaba mirando. Todos tenemos un amigo que la lía en los bares, pero esto es otro nivel.

Más allá de sus amistades vinculadas al régimen colaboracionista, a Mitterrand la biografía lo delata. Siendo soldado raso cae prisionero y en la cárcel ya escribe artículos a favor de Pétain. Al salir, empieza a trabajar en una oficina del gobierno de Vichy completando fichas contra los enemigos del régimen. Mitterrand se justificó años después asegurando que era solo un trabajo burocrático, pero el libro de Péan deja entrever que Mitterrand manejó mucha información de todo lo que perpetraba el régimen bajo el paraguas nazi, y no eran cosas buenas. Únicamente cuando Stalingrado resiste y la guerra parece dirimirse a favor de los aliados, decide cambiar nuevamente de equipo. Se pasa a la Resistencia bajo el pseudónimo de Jacques Morland, y se construye el relato del héroe que nunca fue. Una vida falsa.

Podríamos decir también que Mitterrand fue un mujeriego, pero esto no sería exacto. Sería como decir que a Ronald Biggs le gustaba un poco el dinero ajeno. Además era un picha brava de libro. Su chófer durante más de veinte años escribió un libro titulado *Conduciendo a la izquierda*, donde narraba el enfermizo deseo sexual de Mitterrand.

El presidente llegó a acostarse con tres mujeres diferentes en un solo día (no consta si después también con su esposa). Se arriesgaba muchísimo. Incluso cuenta que mantuvo relaciones sexuales con las esposas de algunos

mandatarios, como la mujer de un rey (es decir, una reina) de Oriente Medio, cuando el monarca se ausentaba por unas horas. Desmontaba la agenda presidencial para acudir veloz a las citas y así satisfacer sus deseos. El chófer explica que Mitterrand acababa agotado, porque iba siempre a la carrera de amante en amante.

Pero, más difícil todavía, Mitterrand además mantenía dos familias. Es decir, la oficial, con su mujer y sus dos hijos, y otra que tenía con su amante, la conservadora de museos Anne Pingeot, hija de un matrimonio amigo suyo. Cuando empezaron la relación, François tenía cuarenta y cinco años y Anne dieciocho. Con esta última tuvo una hija, Mazarine, con la cual paseaba y tenía una relación de padre y a quien, en absoluto secreto —de Estado, en este caso—, reconoció en 1984. La acompañaba al cine y al teatro, pero nunca la presentaba como su hija. En 1994, y en un clima de máxima presión contra Mitterrand, *Paris Match* publicó una foto del presidente saliendo con Mazarine de un restaurante. Al principio el presidente lo negó todo e hizo todos los esfuerzos para que no se hablara de este tema, censurando incluso a la prensa. Dos años después, finalmente, la hija y los hijos de Mitterrand se conocieron en el funeral de su padre. Anne y Danielle, la esposa oficial, lloraron juntas por el hombre que habían compartido. Anne, en sus memorias (melodramáticamente tituladas *La cautiva de François Mitterrand*) se lamenta: «¡Qué cándida fui!»

A favor de nuestro «Pepe L’Amour» del Eliseo hay que esgrimir que al menos no era celoso. Su mujer tuvo como amante a su profesor de gimnasia, un señor llamado Jean Balenci. Incluso en los años setenta, los tres compartían piso en París. De hecho, muchas mañanas, François y el profesor desayunaban juntos. Mitterrand siempre dijo: «¿Cómo voy a prohibir a mi mujer lo que yo me permito?» Años antes, Mitterrand se obsesionó con Marie-Louise Terrasse, famosa presentadora de la televisión francesa (la novia de Francia, la llamaban), a quien mandó dos mil cartas en tres años.

Pero la mujer que influyó en él de una manera más curiosa fue Elizabeth Teissier, que había sido Miss Francia y luego se hizo astróloga. Ella también publicó un libro sobre nuestro hombre (es que, desde el punto de vista literario, Mitterrand es más fructífero que un personaje de ficción), donde explicaba que el presidente consultaba con ella asuntos de Estado buscando soluciones en las cartas. Como que la cosa parecía inverosímil (para los de la ESO, como cuando le explicas a tu madre que el viernes por la noche vomitaste porque te sentó mal el kebab), difundió por radio las grabaciones en las que se oye a Mitterrand preguntando a las cartas por la formación de

gobierno o por la mejor fecha para convocar el referéndum para aprobar el Tratado de Maastricht.

Mitterrand jamás negó su afición por el esoterismo. Es más, cuando empezó a estar muy delicado de salud reconoció haber buscado remedios al estilo Txumari Alfaro. Se puso en manos de varios curanderos e incluso se trajo a París a un chamán africano para que lo tratara. De todos modos, y en honor a la verdad, hay que reconocer que, cuando le diagnosticaron el cáncer, la medicina convencional le dio tres años de vida, pero él vivió muchos más. No sabemos si fue gracias a los remedios de *La botica de la abuela* o que de tanto follar te pones como un toro. Si todo el mundo siguiera el método Mitterrand, no existirían los gimnasios.

Pero su salud es un tema también muy polémico. Su médico personal, Claude Gubler, escribió un libro, *El gran secreto*, donde explicaba el proceso de la enfermedad del presidente (solo con los libros sobre François Mitterrand se alimenta media industria editorial). Allí cuenta que el presidente exigió falsear el informe médico semanal del Elíseo y ocultar su cáncer durante once años. En la etapa final de su vida, las columnas de los diarios franceses especulaban mucho sobre su salud, pero ni de lejos se imaginaban la realidad. Según el médico, el presidente llegaba al Elíseo entre las nueve y las diez de la mañana y entonces se acostaba hasta la hora de comer. Despachaba desde la cama, pero progresivamente fue perdiendo interés por todo hasta el punto de que algunos días no tenía ni una cita ni una llamada. Mientras tanto, el pueblo francés estaba convencido de que todo se encontraba bajo control.

Pero es que cuando estaba en plenas facultades operativas se cubrió de gloria. Vayamos por partes. Fue él quien animó a los campesinos franceses para que se esmeraran en la práctica de la quema de camiones españoles en la frontera.

Nunca quiso que España entrara en la UE. «Sería añadir una miseria más a Europa. Un desastre», dijo. Tenía miedo de la competencia de los productos españoles.

¿Más? Convirtió Francia en el santuario de ETA, negando cualquier extradición de los terroristas. El pacto era claro: no habrá extradiciones mientras no se cometan atentados en suelo francés. Eso duró hasta que en el lado sur de la frontera apareció un alumno aventajado de Mitterrand llamado Felipe González. Durante su mandato surgió el GAL (él no tenía nada que ver, ¿eh?, que se enteró por la prensa), un grupo que empezó a atentar en Francia. Y mira por dónde, comenzaron las extradiciones.

Esa época coincidió con la construcción del AVE Madrid-Sevilla. Se convocó un concurso internacional para que empresas de todo el mundo licitaran por la tecnología ferroviaria. Las mejores ofertas eran dos: una alemana y una francesa. Curiosamente se eligió la francesa, a pesar de que, para todos los expertos, la alemana era mejor y mucho más barata.

¿Seguimos? Sus contactos con el terrorismo iban más allá de ETA. Salvó la vida a Gadafi en varias ocasiones. En una de ellas, según admitió Roland Dumas (exministro de Mitterrand), le avisó de un ataque de la aviación americana que debía cruzar el espacio aéreo francés para bombardear Trípoli, como represalia al líder libio por un atentado anterior en la discoteca La Belle de Berlín, donde murieron tres soldados americanos y hubo un centenar de heridos.

Incluso el propio Mitterrand practicó el terrorismo; fue él quien ordenó poner dos bombas el 17 de julio del 1985 en el barco de GreenPeace *Rainbow Warrior*, cuando estaba atracado en el puerto de Auckland, en Nueva Zelanda. El barco, símbolo de los ecologistas, protestaba por las pruebas atómicas francesas en el atolón de Mururoa, en Polinesia. El coronel que lideró la operación escribió un libro (*Agente Secreto*) donde revela que los militares propusieron solo estropear la hélice del barco, pero que Mitterrand exigió hundirlo. En el atentado murió el fotógrafo portugués Fernando Pereira. Dos de los militares fueron juzgados y encarcelados, pero Mitterrand presionó para que fueran liberados a los pocos meses (estaban condenados a diez años) y los ascendió.

Nada extraño en un hombre que, en el colmo del cinismo, había ganado las elecciones defendiendo la abolición de la pena de muerte, y diciendo que siempre había estado en contra, pero que cuando fue ministro de Justicia ejecutó en la guillotina a 55 personas en Argelia, donde se permitía la tortura contra los detenidos. De las 45 peticiones de gracia que estudió para que en su condición de ministro revocara la pena capital, solo firmó ocho. Desde la Revolución, ningún ministro francés había ejecutado a tanta gente como Mitterrand.



RONALD REAGAN

1911–2004

- ✗ BELICISTA
- ✗ DELATOR
- ✗ SUPERFICIAL

Que Donald Trump sea el nuevo inquilino de la Casa Blanca ha hecho que la figura de este execrable sea reivindicada en Estados Unidos con añoranza y que los republicanos norteamericanos lo reivindiquen como un gran presidente. Que no los engañen. Hablamos de un hombre que fue el más poderoso del mundo, una persona tremendamente belicista, amigo de las más sangrientas dictaduras militares, un partidario del libre mercado salvaje, un mentiroso compulsivo, una especie de Chiquito de la Calzada con poder nuclear, un anticomunista enfermizo, un delator y, aunque no sea lo más grave, un actor pésimo. Hablamos, claro está, de Ronald Reagan.

Antes de Trump, era la persona de más edad que ganó unas elecciones presidenciales; sí, un actor de filmes de Serie B (para los de la ESO, películas como todas las que se hacen ahora).

Nacido en un pueblo de Illinois, destacó siempre por su buena planta, que lo ayudó a despuntar en los deportes, y por su voz y simpatía, que le permitieron comentar partidos de béisbol en varias cadenas de radio. Sí, amigos, aparte de todas las lacras, encima fue periodista deportivo.

Cuando trabajaba como comentarista, un estudio de cine le hizo una prueba y entró en el mundo del séptimo arte. En dos años hizo diecinueve películas, en las cuales alternaba papelitos de relleno y alguno de reparto en *westerns* y filmes románticos de segunda fila. En esa época conoció a su primera mujer. Reagan se casó con la actriz Jane Wyman, para toda una generación de españoles más conocida como Angela Channing, la malvada protagonista de *Falcon Crest*, de quien se divorció en 1948.

Reagan, también hasta que llegó Trump, era el único candidato divorciado que había ganado unas elecciones americanas. Las similitudes ya empiezan a dar que pensar.

Pero es que a Reagan le iban los retos. Empezó siendo demócrata y fan de Roosevelt para acabar convertido en un acérrimo republicano. Esta transformación se produjo después de la Segunda Guerra Mundial, a la que se apuntó como voluntario, pero donde no llegó a ver ni un alemán ni un japonés ni de lejos: se quedó en Estados Unidos por miope, lo cual facilitó su acceso a la presidencia del sindicato de actores de Hollywood.

Como líder de los actores se descubrió como un delator impenitente y un colaborador entusiasta del Comité de Actividades Antiamericanas, que buscaba comunistas bajo las piedras. Mientras llevaba a cabo este trabajo conoce a Nancy Davis, una actriz desconocida acusada de comunista y a la que él defenderá tanto que se acaba casando con ella convirtiéndola tiempo después en primera dama. Con ella compartía la afición a los horóscopos y la hexakosioihexekontahexafobia, que como todo el mundo sabe es el pánico al número 666.

Aquí vemos una monstruosa coincidencia con Mitterrand. Reagan consultaba todos sus movimientos con astrólogos. A la astróloga Joan Quigley le consultó sobre el acuerdo de limitar los misiles de medio alcance con la URSS. Tuvo en nómina también a Jeane Dixon, que fue quien le predijo que sería gobernador de California y después fue despedida por Nancy cuando vaticinó que perdería las elecciones de 1976 ante Carter, como así fue. También utilizó a la astróloga Joyce Wilson para elegir al vicepresidente. Escogió a George Bush padre porque era géminis y compatible por tanto con Reagan, que era acuario. Da miedo pensar cómo se toman las decisiones que afectan el mundo. No sería extraño que mañana se descubriera que Aznar recurrió a Rappel para decidir sobre la guerra de Irak.

Gracias a su habilidad para trepar en el sindicato de actores, Reagan acabó siendo gobernador de California de 1967 a 1975, época en la que ha de convivir con masivas protestas estudiantiles contra la guerra del Vietnam. Y nuestro amigo demostró que no estaba para aguantar tonterías y que a él los hippies le ponían de muy mala leche.

Fue el responsable de que 2.200 soldados de la Guardia Nacional invadieran el campus universitario para poner fin a las protestas estudiantiles.

Otra de sus actuaciones más famosas como gobernador tiene que ver con el secuestro de Patty Hearts. Cuando un grupo de izquierdas secuestró a la nieta del mítico millonario, magnate de la prensa americana, y pidieron como rescate que se diera alimento a los pobres de California, Reagan declaró que «es un buen momento para un brote de botulismo». Como veis, Arnold Schwarzenegger parece Mary Poppins a su lado.

Estas actuaciones, junto con el cierre de los hospitales públicos y una defensa contundente de la pena de muerte, le granjearon una gran popularidad entre los republicanos, que lo vieron como la persona idónea para derrotar a Jimmy Carter. En 1980 se presenta a las presidenciales haciendo gala de su facilidad de palabra; en los debates era muy bueno: «Recesión es cuando tu

vecino pierde el trabajo, depresión es cuando tú lo pierdes, recuperación es cuando Carter pierde el suyo.» Arrasó.

Cuando llevaba únicamente sesenta y nueve días como presidente, un tarado llamado John Hinckley júnior intentó asesinarlo a la salida de un almuerzo con empresarios. Hinckley estaba obsesionado con la actriz Jodie Foster y quiso llamar su atención (la asediaba desde hacía años) imitando al personaje interpretado por Robert de Niro en *Taxi Driver* (en esta película, De Niro dispara a un senador para proteger a Foster). Atentos los amantes de las conspiraciones: Hinckley era hijo de un millonario que pagó la campaña de George Bush padre cuando este compitió con Reagan por la nominación como candidato republicano a la presidencia. Quizá por eso fue declarado inocente por demencia y, después de pasar treinta y cinco años en un hospital, ahora ya es libre. Si queréis visitarlo, tiene sesenta y un años y vive en Williamsburg, Virginia. Quizás es una persona encantadora.

Reagan recibió una bala en el pulmón y en el hospital hizo gala de su sentido del humor. Antes de ser operado reunió al equipo médico y les dijo: «Espero que seáis todos republicanos.»

Las dos obsesiones de Reagan como presidente fueron que los ricos fueran más ricos y borrar el comunismo, especialmente de América Central. Datos para entender lo que se denominó Reaganomics: cuando Ronald llegó a la presidencia, el sueldo de un directivo era 41 veces mayor que el de un obrero; cuando la dejó, era 92 veces mayor. Aumentó el gasto militar hasta el 6% del PIB cada año (porcentaje que no se veía desde la guerra de Vietnam), bajó el tipo impositivo a los muy ricos al 28%. Es decir, creó los millonarios horteras que ahora se presentan a las elecciones. Y un detalle de su política laboral: cuando fue nombrado presidente, los controladores aéreos le montaron una huelga, los despidió a todos y los cambió por militares. Y hay quien afirma que Reagan era moderado comparado con lo que propone Trump.

Pero su obsesión era la política exterior, la llamada Doctrina Reagan. Primero, en Oriente Medio, donde quería eliminar al ayatolá Jomeini. Para ello encontró a un tipo muy campechano a quien le regaló armas hasta decir basta e, incluso, le envió al magnate de la industria farmacéutica americana, un señor llamado Donald Rumsfeld (después secretario de Defensa con Bush), para que le facilitara el acceso a las armas químicas. Este muchacho tan amigo de Reagan era un iraquí que respondía al nombre de Sadam Husein.

No eran mucho más recomendables sus amigos centroamericanos. Dictadores crueles como los del Salvador, Honduras o Guatemala eran

convenientemente protegidos por la Casa Blanca. Mediante la CIA, y con la ayuda de la dictadura argentina, impulsó el Programa Charly de adiestramiento de Escuadrones de la Muerte para proteger dictaduras amigas e, incluso, hace poco se comprobó que, en un intento de derribar a Fidel Castro, ordenó introducir el virus del dengue en Cuba. Murieron 158 personas, 101 de ellas, niños.

Su gran operación militar fue la invasión de la isla de Granada, una isla del tamaño de Ibiza. Estados Unidos lideró una coalición que, más que un ejército, parecía las escalas de un crucero: Barbados, Jamaica, Antigua, Dominica, Santa Lucía y San Vicente aportaron 300 soldados a los 7.000 marines que invadieron una isla que contaba con un ejército formado por 1.500 soldados reforzados por 700 cubanos, 49 soviéticos, 24 de Corea del Norte, 16 de la RDA, 14 búlgaros y 3 libios. El conflicto era lo más parecido a cuando Cristiano Ronaldo juega a toda mecha contra Andorra.

La invasión fue una astracanada plagada de errores (se equivocaron de aeropuerto y fueron a liberar a unos estudiantes americanos en una universidad que no era la correcta) y condenada por todos los países, especialmente por la Gran Bretaña de Thatcher. Granada, como miembro de la Commonwealth, tenía que ser defendida por los ingleses. La llamada de Reagan pidiendo perdón a Thatcher es épica y se puede encontrar en internet. Es lo más parecido a «lo siento mucho, no volverá a ocurrir».

Esta manera de ir por la vida como si fuera el sheriff del mundo acabó destruyéndolo con el escándalo Irán-Contra. Resumiendo, mientras Reagan apoyaba a su amiguito Sadam Husein en la guerra contra Irán, Estados Unidos decidió vender también armas a este país. El dinero obtenido se dedicaba a pagar la Contra de Nicaragua, que trataba de derrocar al gobierno sandinista. Todo esto estaba en manos de un militar siniestro llamado Oliver North. El Sargento de Hierro a su lado parecía Pocoyó.

El problema era que, además, North pactó con los cárteles de la droga, sí señores, con Pablo Escobar, vía libre para entrar cocaína en Estados Unidos a cambio de que permitieran que los guerrilleros de la Contra pudieran entrenarse en sus campamentos secretos. Este escándalo lo destapó Gary Webb, un periodista del *San Jose Mercury News*, y lo confirmó en una entrevista el director de la CIA, William Carey. Los dos murieron poco después. North destruyó las pruebas durante la comisión de investigación y Reagan tuvo que reconocer que estaba al corriente de todo.

Bien, de hecho lo reconoció en un monólogo televisivo digno de Ozores, en el que dijo: «No negocié la venta de armas en Irán para financiar la Contra

y sigo pensando que no negocié, pero por los hechos de la comisión, se ve que sí que lo hice.» Y es que la capacidad humorística de Reagan no tenía precio.

Su obsesión por los chistes era legendaria. Sus preferidos eran sobre soviéticos, y los contaba en todos los discursos. Coleccionaba chistes como hobby y los soltaba en cualquier situación, cosa que desesperaba sus colaboradores, que no podían tratar ningún tema seriamente con él. Le gustaban especialmente los que contaban los rusos criticando el comunismo. Pedía a la CIA que lo tuvieran al día de los nuevos chistes e incluso llegó a contratar a Yakov Smirnoff, un actor ruso huido a Estados Unidos, para que se los contara.

Los chistes que le contó a Felipe González y Nancy Reagan bailando flamenco son las dos únicas escenas simpáticas de la visita que hizo Reagan a España en 1985, donde fue recibido con mucha frialdad. Era la España del PSOE, que decía (de entrada) no a la OTAN. Alfonso Guerra, vicepresidente del Gobierno, se marchó a Hungría de viaje oficial para no tener que saludar a Reagan, Tierno Galván no lo recibió en el Ayuntamiento de Madrid y Gregorio Peces Barba no le permitió hablar en el Congreso, de modo que tuvo que hacerlo en la Fundación Juan March. Todo esto entre manifestaciones de protesta por la actuación de EE.UU. en América Central.

Antes de viajar a España, Reagan había dicho que «los españoles que lucharon en la Guerra Civil se equivocaron de bando» y, el día antes de su llegada, TVE programó como desafío *Por quién doblan las campanas*, basada en la novela de Hemingway. Era otra España. El mismo día en que aterrizaba el sheriff, el diario *El País* publicó una encuesta en que el 74% de los españoles consideraba que Estados Unidos estaba en contra de la paz mundial y el 64% consideraba al país de Reagan no amigo de España. El único que se mostró feliz de entrevistarse con Reagan y que lo trató a cuerpo de rey fue el líder de la oposición, Manuel Fraga Iribarne. Veremos qué pasa el día que venga Donald Trump.



CAMILO JOSÉ CELA

1916–2002

- PLAGIARIO
- FASCISTA
- MENTIROSO COMPULSIVO

Somos ventajistas y, dado que se ha puesto de moda criticar a los premios Nobel de Literatura desde que lo ganó Bob Dylan, no nos hemos podido resistir a hablar de un personaje siniestro que consiguió este galardón en 1989 y que, durante buena parte del siglo pasado, fue inmensamente popular, con una obra colosal pero desigual, que tuvo la enorme habilidad de construir un personaje que iba más allá de su capacidad como escritor. Un delator, censor, franquista, mentiroso, trepa, rencoroso, aprovechado, vendido, defraudador y plagiario. Un perla capaz de escribir algunas de las mejores novelas de la literatura española y de anunciar guías de restaurantes. Hablamos, claro está, de Camilo José María Manuel Juan Ramón Francisco Javier de Jerónimo Cela Trulock y Lafayette. La grandilocuencia, como vemos, venía de cuna.

La vida del segundo Camilo más famoso de España, después de Camilo Sesto, empieza en Padrón, La Coruña. Su madre, de origen inglés, era familiar de un pirata, lo cual explicaría muchas de sus actuaciones posteriores. De joven, la familia se traslada a Madrid, donde Cela ejerce de *ni-ni*. Empieza tres carreras (Medicina, Filosofía y Derecho), pero no acaba ninguna y el inicio de la Guerra Civil lo pilla en la capital.

A pesar de que se codeaba con escritores e intelectuales de izquierdas como Miguel Hernández, María Zambrano o Max Aub, Cela era más de derechas que don Pelayo y, a la mínima oportunidad, huye de Madrid para incorporarse al ejército de Franco, donde servirá, según sus palabras, en el «glorioso Regimiento 16 Ligero».

Pero, como suele pasar, una cosa es apuntarse a la guerra y otra muy diferente encontrarse en medio de la batalla, así que nuestro amigo se lo montó para estar lejos del frente, a pesar de que siempre defendió que fue herido en una batalla en Logroño, dato que posteriormente se ha demostrado falso. Su propio hijo reconoce que la herida no existió y que lo que en realidad lo llevó al hospital militar fue una tuberculosis. No será la única gran mentira del futuro Nobel.

Dado que lo de ir a pegar tiros era peligroso, Cela decide colaborar con los fascistas de la manera más miserable y se ofrece como delator. Escribe una carta al Excelentísimo Señor Comisario de Investigación y Vigilancia en

la que se postula: «Habiendo vivido en Madrid sin interrupción durante los últimos trece años, creo poder prestar datos sobre personas y conductas que pudieran ser de utilidad conociendo la actuación de determinados individuos.» Firma Camilo José Cela, en Madrid «a 30 de marzo de 1938, Segundo año triunfal».

Acabada la guerra, el régimen le paga los servicios dándole un trabajo de funcionario en el Cuerpo Policial de Investigación y Vigilancia del Ministerio de la Gobernación, es decir, la censura. Años después, aseguró que «yo me metí ahí para comer, claro, para tener un sueldo, y solo censuraba revistillas como *Farmacia Nueva*, el *Boletín de Huérfanos de Ferroviarios* o el *Mensajero del Corazón de Jesús*».

Quizá no censuró ningún libro ni artículo, pero publicó muchos elogiando a los fascistas, en los que decía cosas como: «Dios bendiga a Franco, nuestro caudillo y Padre» o «la guerra no es triste porque da salud, levanta almas y nos enseña que fuera de la bandera nada, ni siquiera la vida, importa.» La gran paradoja es que, mientras trabajaba de censor, ve que su gran obra, *La Colmena*, no puede publicarse en España por culpa de la censura y tiene que editarse en Argentina debido a su erotismo. Tardará doce años en publicarse en España en una versión muy edulcorada (para los de la ESO, es cuando explicáis en casa que aparecisteis a las seis de la mañana por culpa del bus nocturno, que no pasaba).

Se vengó a su manera, en la publicación de *Notas para un prólogo*, en la que utilizó un acróstico (para los de la ESO y para todos, una composición que utiliza unas letras, en este caso las iniciales de párrafo, para formar un texto o mensaje). El suyo decía: «Publico esto en pedazos porque tengo que comer. El cura que me censuró era un desdichado.» Franco no fue el único dictador al cual sirvió. Consolidado ya como un sensacional escritor gracias a *La Colmena*, *La Familia de Pascual Duarte* y *Viaje a la Alcarria*, acepta escribir por encargo del dictador de Venezuela, Marcos Pérez Jiménez, *La Catira*, una historia en la que se difunde el Nuevo Ideal Nacional del régimen militar que había derribado a Rómulo Gallegos, otro mito de la literatura que tuvo que exiliarse. Por escribir esta novela cobró tres millones de pesetas del año 1955. Una verdadera fortuna.

Cela es el perfecto ejemplo de cómo los franquistas más franquistas se convirtieron en demócratas de toda la vida cuando murió el dictador. A pesar de que al final de la dictadura escribió una carta al ministro de Información y Turismo, su gran amigo Manuel Fraga Iribarne, proponiéndole tirar de fondos reservados para sobornar a escritores e intelectuales para que se hicieran

«adeptos al régimen», fue en la Transición cuando vivió su momento de gloria a pesar de que su obra iba en claro descenso.

Es entonces cuando se convierte en senador por designación real y empieza a construir un personaje arrogante, mal hablado y escatológico que se hace enormemente popular. Es la época en que mantiene las discusiones con Lluís Maria Xirinacs, a quien dice estando en el Senado: «No es lo mismo estar jodido que estar jodiendo» cuando el catalán le recriminó que se había dormido en su escaño, o cuando se tira un sonoro pedo en medio de un discurso del cura, diciendo aquello de «prosiga, mosén, prosiga», o cuando afirma en una entrevista en TVE que es capaz de succionar por vía anal un litro de agua de una palangana. Mucho antes que Pérez-Reverte, se convirtió en el primer académico popular de la RAE.

Y esto que su idea de la RAE era que «llegar a la Real Academia es como tirarse a la vecina. Una vez que nos la hemos tirado, pues ya está». Viviendo de sus obras anteriores y convertido en una *celebrity*, empieza a ganar todos los premios posibles: primero el Príncipe de Asturias, en cuyo discurso pronuncia la frase «el que resiste gana», que se convirtió en el ideario de Rajoy, y después el Nobel y el Cervantes.

Para hacerse una idea de cómo era, es significativa su postura respecto al Cervantes. Ganó el Nobel el 1989 y no obtuvo el Cervantes hasta 1995. En 1994 lo ganó Mario Vargas Llosa y Cela dijo: «El Cervantes está cubierto de mierda.» Lo ganó al año siguiente y ninguno de los autores premiados en ediciones anteriores asistió al acto de entrega.

En la etapa final de su vida se convirtió en un personaje de las revistas del corazón debido a su divorcio. Se separó de Charo Conde, la mujer que salvó el manuscrito de *La Colmena* de las llamas de la chimenea donde lo había tirado el escritor en un ataque de ira, y se casó con la periodista Marina Castaño, cuarenta años más joven que él, que lo dominó hasta el punto de convertirse en su heredera universal después de que Cela desheredase a su hijo y dejara de pagar la pensión de manutención de cien mil pesetas a su primera mujer. Como pequeño detalle, Federico Trillo fue el padrino de su segunda boda.

Con Marina Castaño al frente de la Fundación Cela empiezan los problemas legales. Castaño, que es más ambiciosa que él, desvía las subvenciones que recibe la institución para su beneficio. Por ejemplo, para pagar al mayordomo que tenía en casa, donde no se podían hacer fotocopias antes de las cinco de la tarde porque era la hora en que la electricidad salía más barata. Actualmente, está condenada por fraude y un tribunal ha revocado

el testamento de Cela, devolviendo los derechos de sus obras a su hijo. Castaño hace tiempo que anuncia un libro donde explicará las miserias sexuales del escritor.

Pero el gran escándalo final llegó con la acusación de plagio por el premio Planeta de 1994, que ganó con la novela *La Cruz de San Andrés*. La escritora gallega María del Carmen Formoso presentó el 2 de mayo un manuscrito titulado *Carmen, Carmela, Carmiña* para optar al premio, que, según parece, estaba adjudicado de antemano a Cela. Pero resulta que el Nobel no tenía tema para la novela. Según aseguran los mentideros, le pasaron una pelota para marcar sin portero, pero no llevaba botas. El caso es que se hace con la ayuda de un «negro», y parece que este había leído la novela de Formoso. Cela rehace el argumento y lo presenta el 30 de julio, el último día del plazo para la aceptación de originales.

Obviamente gana el premio, pero la señora Formoso lo denuncia por plagio y es masacrada en todas las columnas de opinión por amigos de Cela, como Umbral, Raúl del Pozo, Juan Manuel de Prada o Jaime Capmany, quienes la acusan de estar loca. El caso se archiva dos veces en una interminable batalla judicial, hasta que el Constitucional vuelve a abrirlo en 2006 y, después de un examen pericial, un juzgado de Barcelona resuelve que hay indicios racionales de plagio.

De hecho, la bibliotecaria de la Fundación Cela, Marisa Pascual, confesó a *La Voz de Galicia* que el escritor había admitido el plagio diciendo que «todos cometemos errores en esta vida», y el hijo de Cela aseguró que «esa novela no se debió publicar nunca». En cualquier caso, quedan como definición de Cela las palabras que le dedicaron dos personajes tan opuestos como Dionisio Ridruejo y Gregorio Morán. El primero lo retrató como «un estratega de la fama, el culto a la personalidad y la voluntad imperativa». El segundo, más explícito, lo definió como «el abuelo golfo que cuenta chistes verdes en la mesa y se pedorrea en los postres, y que mientras todos duermen, busca los papeles para manipular las firmas y quedarse con todo lo que pueda».



MANUEL FRAGA

1922–2012

- ✗ CORRUPTO
- ✗ CHAQUETERO
- ✗ VIOLENTO

Abordamos a uno de los hombres que ha marcado la política española de la segunda mitad del siglo XX, un ejemplo de que se puede ser muy inteligente, algo que sin duda era, y al mismo tiempo portarse como un miserable. Hijo del alcalde de Villalba, Lugo, durante la dictadura de Primo de Rivera, este gallego fue secretario general, ministro, vicepresidente del Gobierno, embajador, presidente de la Xunta de Galicia, creador de Alianza Popular, después Partido Popular, y uno de los padres de la Constitución. Tiene todas las condecoraciones y medallas posibles en España y en el extranjero. Hablamos del León de Villalba: Manuel Fraga Iribarne.

Todo el mundo sabe que Fraga fue ministro franquista. Sin embargo, con Fraga se aplica un cierto maquillaje histórico. Ha pasado a la posteridad por ser un hombre culto, puntual, de memoria privilegiada, número 1 en todas las oposiciones a las que se presentó, el político que empezó a aligerar la censura con la Ley de Prensa, uno de los pilares de la Transición, padre de la Constitución, autonomista reconvertido y persona de derechas pero tolerante y brillante. Pero demostraremos que no, que Fraga no fue un verso libre del franquismo, que fue un gran defensor de la censura, que tiene muertos en su armario y que fue uno de los políticos que sembraron la corrupción que hoy soportamos. Un personaje de moral dudosa, chaquetero, oscuro, cínico y sinuoso. Un ser abyecto hasta el final.

Hijo de una familia numerosa —eran once hermanos—, Fraga nació en Villalba, fue muy buen estudiante, con veintitrés años ya era funcionario y con veinticinco tenía dos carreras. Ingresó después como letrado de las Cortes, hizo la carrera diplomática y fue profesor universitario: a los veintiséis años era catedrático. Todo el mundo decía que era tan listo como ambicioso, y estas características no pasaron desapercibidas al franquismo, que le fue dando cargos institucionales hasta que, con cuarenta años, el propio Franco lo llamó para que fuera uno de sus elegidos y lo nombró ministro de Información y Turismo. Corría el año 1962, justo cuando España empezaba a destacar como un país de vacaciones baratas y entraban las divisas de los turistas. «*Spain is different*» (versión original de la malograda «Marca España») era el eslogan.

Cuando el país empieza a sacar la cabeza de la crisis de la posguerra, Fraga se convierte en una estrella, como si los turistas hubieran llegado únicamente por su campaña. En este momento, empieza la gran degradación de la costa española. Primer *boom* inmobiliario, los seiscientos y… ¡las suecas!

Es en esta época, 1966, cuando se produce un acontecimiento que, dependiendo del enfoque, puede resultar cómico, pero que es definitivamente trágico. El incidente de Palomares, Almería. Dos aviones militares norteamericanos sufren un accidente. Uno de ellos, un B-52, llevaba carga nuclear. En plena Guerra Fría, y con España como foco turístico del sur de Europa, Estados Unidos y el gobierno franquista decidieron negar la contaminación nuclear y, para demostrarlo, Manuel Fraga y el embajador americano se bañaron, lorzas al viento, en la playa de Palomares, conocida como Quitapellejos. Toda una premonición.

La cara B de esta historia es que veintiuno de los cuarenta militares americanos que participaron en la operación de limpieza tuvieron cáncer y muchos murieron de la enfermedad. Lo mismo le pasó al equipo español de rescate, en el que hubo numerosas bajas y enfermedades. Para más inri, las autoridades les aseguraron que no pasaba nada y no les dieron ni un traje especial. Uno de los guardias civiles que enfermó, pero que sobrevivió, explicaba que los miembros españoles de la seguridad no entendían por qué ellos llevaban el uniforme de cada día mientras que los americanos iban vestidos como apicultores (para los de la ESO, unos señores vestidos como de Dustin Hoffman en *Estallido* y que crían abejas para obtener miel). La conclusión es que, cuanto más archivos se desclasifican, más evidencias hay de la mentira y la manipulación. Como muestra, en 1986 casi un tercio de la población de la zona todavía tenía trazas de plutonio en el organismo. Terrorífico.

En este mismo año glorioso para Fraga, se promulga la Ley de Prensa e Imprenta. Esta ley ha pasado a la historia como la antesala de la libertad de prensa, que permitió la salida de publicaciones fuera del paraguas de la prensa del Movimiento. Esto es, como casi todo lo que toca nuestro hombre, una media verdad o una mentira verosímil. Para evitar problemas, durante el periodo de elaboración de la ley fueron cerrando publicaciones y censurando a periodistas para no hacerlo con la ley ya vigente, de modo que nadie pudiera acusarlo de no ser aperturista. Un caso claro fue la dimisión de Miguel Delibes como director de *El Norte de Castilla*. Dimite, entre otras cosas, porque no aguanta la presión política a que lo somete don Manuel.

Ya con la ley en marcha, el gobierno franquista secuestró el diario (de izquierda radical) *ABC* por un artículo pro monárquico del también conocido agitador anarquista de ultraizquierda Luis María Anson. En fin, señalar a Manuel Fraga como el valedor de la apertura de la prensa es como mantener que el PP es el partido que lucha con más fuerza contra la corrupción.

Para ilustrar cómo entendía Fraga la prensa tenemos el caso de Enrique Ruano, un estudiante y militante del grupo antifranquista FLP. En 1969 Ruano fue detenido por la policía y trasladado a un piso franco, supuestamente para que asistiera al registro del mismo. Desde ahí fue lanzado a la calle desde el séptimo piso. El caso creó una gran conmoción y Fraga, después de amenazar personalmente por teléfono a la familia de Ruano («ya ha muerto un estudiante, no querrán que mueran más»), orquestó con el periodista y policía Alfredo Semprún una campaña en el diario *ABC* donde se defendía con pruebas falsas que en realidad había sido un suicidio. Falsificaron el diario del difunto atribuyéndole tendencias suicidas. La teoría de Pedro Jota y el ácido bórico cuando lo del 11-M es periodismo de alto nivel comparado con este montaje.

Otro momento que demuestra la gran sensibilidad de Fraga fue cuando en los años sesenta Luis Cernuda, que estaba exiliado en México, le pidió un permiso para poder volver a España y asistir al entierro de su hermana (no de su madre, como a veces se ha escrito, que ya había muerto en 1928). Pues bien, permiso NO concedido. «Que se quede donde está, ¡ya tenemos bastantes maricones en España!», afirmó en un arranque de humanidad.

Por no hablar del episodio en que calificó de «piojosas» a las mujeres de los mineros de la cuenca del Nalón, en Asturias, que secundaban con manifestaciones las huelgas de sus maridos. A estas mujeres les afeitaron la cabeza y las pasearon humilladas y golpeadas por las calles. Un cacho de pan, Manuel Fraga.

Lo peor de todo es que esta alma sensible no mejoró tras la muerte de Franco. En 1976, ya como vicepresidente y ministro de Gobernación, prohibió las manifestaciones del 1 de Mayo. «Ni de izquierdosos ni de sindicalistas, la calle es mía», aseguran que dijo. En marzo de ese mismo año, en Vitoria, la policía armada mató a cinco obreros cuando disolvía una manifestación a tiros, una acción en la que hubo también un centenar de heridos. También en 1976, en septiembre, creó Alianza Popular. Sin duda, otro año triunfal de don Manuel. En 2008, una comisión del Parlamento Vasco consideró a Fraga y a Martín Villa (otro señor muy poco recomendable) responsables políticos de las muertes de los obreros de Vitoria.

Nunca lo juzgaron porque, hasta el día de su muerte, tuvo buen cuidado de mantener un cargo político con su correspondiente inmunidad.

Otra visión que ha quedado de Fraga es la de su lucha contra la corrupción. Como si Trump quedara como el feminista del siglo XXI. Se ganó esta inmerecida fama gracias a que supuestamente destapó uno de los casos de corrupción más famosos durante el franquismo, y perdón por la redundancia.

Se trata del llamado caso Matesa. Fraga, para hundir a los llamados tecnócratas, utilizó todos los medios de comunicación para acusar a los corruptos que le discutían su peso político. Pensó que había ganado la batalla, pero Franco, en una decisión salomónica, destituyó tanto a los corruptos como a los que dieron publicidad del caso. Fraga pasó a ser embajador en el Reino Unido.

Además, durante su etapa como presidente de la Xunta de Galicia, se multiplicaron las acusaciones de nepotismo, tráfico de influencias, caciquismo y malversaciones diversas. Durante su mandato, de 1991 a 1999, toda España creció económicamente, menos Galicia. Todavía hoy, en las investigaciones por el Caso Bárcenas, han aparecido indicios de que él mismo recaudó ilegalmente grandes cantidades de dinero para sí mismo o para el partido: lo hacía sin disimular, en esa Galicia que él consideraba su jardín privado.

Frustrado por no haber podido conseguir ser el primer presidente de gobierno de la democracia española porque sus diferencias con Juan Carlos eran irreconciliables, abrazó el autonomismo (ojo, un tipo que había dicho que para legalizar la ikurriña tendrían que pasar «por encima de mi cadáver»), y desde la Xunta actuó como si fuera un jefe de Estado haciéndose muy amigo de mandatarios tan demócratas como Gadafi o Fidel Castro, un comunista. Y eso que Fraga no paró hasta que mataron a Julián Grimau.

Que Juan Carlos no pudiera ni verlo no era de extrañar. Hace poco, la CIA desclasificó documentos de los años setenta de su embajada en Londres, donde hay informes en los que Fraga, en conversación con Henry Kissinger, calificaba al entonces príncipe como un «*boy-scout*» (y no se refería a su afición posterior a ir de excursión a África). El actual emérito se vengó humillándolo y dándole donde más le iba a doler: nombrando a Suárez, al que Fraga despreciaba por inculto, presidente del gobierno que él ansiaba encabezar.

Para oponerse a Suárez y su UCD, montó Alianza Popular, un partido que en sus orígenes ya demostró una extrema tolerancia con la ultraderecha. Un

buen ejemplo de ello es el nacimiento del mito del León de Villalba, apelativo que acompañó a Fraga en la Transición. Surgió en la campaña electoral de 1977, cuando, según la leyenda, él solito echó de un mitin a un grupo de trescientos comunistas que lo estaban insultando desde las gradas. Se dice que se quitó la chaqueta y, luciendo sus famosos tirantes con la bandera española, fue a encararse con esa horda comunista en plan Gary Cooper para acabar expulsándolos del pabellón donde estaba pegando alaridos. Es mentira. No fue él. La realidad es que su cuerpo de seguridad, formado por unos veinte jóvenes de Fuerza Nueva y Guerrilleros de Cristo Rey, apaleó a los izquierdosos. Uno de ellos, qué casualidad, era un joven Pepiño Blanco, el mismo que ahora es parlamentario europeo por el PSOE. Nunca dirían quién firmaba esa crónica apócrifa que ignoraba a los matones ultras y fabulaba sobre la valentía de Fraga en el diario *Pueblo*. Esa crónica era obra de un joven periodista llamado Pedro J. Ramírez. Para empeorar el panorama, ese grupo de matones estaba dirigido por el que fuera jefe de seguridad casi vitalicio de Fraga. Se trata de un personaje siniestro llamado Rodolfo Almirón Serra, pistolero argentino de la Triple A que estaba en busca y captura en su país por asesino y torturador, pero que en España, país de oportunidades, encontró trabajo como guardaespaldas de Fraga. Además, Fraga le puso a un joven y prometedor licenciado en leyes que era protegido suyo para evitar que lo extraditaran, un abogado llamado Alberto Ruiz Gallardón, que con el tiempo llegaría a ministro de Justicia. Por cierto, finalmente, en 2006, Almirón fue extraditado a Argentina después de ser detenido en un piso pagado por la Generalitat Valenciana que, oh sorpresa, presidía Paco Camps. Caramba, parece que en este país le das una patada a una caca y aparece Fraga.

El ahora venerado Manolo no es más que un hombre que en un país normal habría acabado juzgado y al que aquí hemos acabado riéndole las gracias y haciendo caricaturas suyas. Un tipo, no lo olvidemos, que dijo que «El juicio acerca de Franco será positivo, tanto sobre 1939 como al final, en 1975» o «A cierta gente yo no la fusilaba, se la debería colgar de los cojones». Pues eso, un gran tipo, don Manolo.



SALVADOR DALÍ

1904–1989

- ✗ PESETERO
- ✗ COBARDE
- ✗ EGÓLATRA

Como el surrealismo ha vuelto a ponerse de moda en todos los ámbitos de la vida, pretendemos hablar de un genio avanzado a su tiempo. Un señor extraordinariamente dotado para el dibujo, la pintura y la escultura, pero más aficionado al dinero que nosotros a ver a Messi en el Bernabéu. Un artista que usó la excentricidad como excusa para justificar una serie de comportamientos que, en el caso de una persona normal, serían motivo de vergüenza eterna. Descubriremos a un ególatra, simpatizante del fascismo, pesetero, reprimido sexual, aprovechado, cobarde, falsificador, avaro, acomodado y estafador, pero también a un ser fascinante precursor de la moderna cultura de masas, sin duda uno de los mejores publicistas del mundo, un genio del marketing aplicado a la pintura que hacía anuncios para la televisión mientras pintaba obras maestras. El primer gran artista que compaginó el rendimiento económico con la calidad. Un señor tan genial que es absolutamente indescifrable. Salvador Felipe Jacinto Dalí y Domènech, marqués de Dalí y Púbol, es un personaje tan execrable como sensacional.

Nadie ha dominado la escena mejor que este niño de Figueras que, a los seis años, afirmó que «quería ser cocinero», a los siete escribió en su diario que aspiraba a ser «Napoleón», y que acabó asegurando que «la única diferencia entre un loco y yo es que yo no estoy loco». Dalí le tomó el pelo a todo Dios.

Un hombre admirado casi treinta años después de su muerte, pero que a causa de esa popularidad ha sufrido a menudo homenajes tan crueles como el que le perpetró Mecano (para los de la ESO, ese grupo musical que llevó a tu madre a vestirse cada viernes por la tarde como si fuera Halloween, como lo prueban esas fotos que nunca te deja ver). Para muestra, un botón:

Con bayonetas y con tetas.
Y en tu cerebro, Gala, Dios y las pesetas.
Buen catalán anacoreta.

O bien…

Como si fuese una olla exprés.
Y es el vapor que va saliendo por la pesa.
Mágica luz en Cadaqués.

Únicamente la aparición de la incomparable Pilar Abel, una señora que reclamaba que la reconocieran como hija del genio y que logró que exhumaran su cadáver y le amputaran el fémur para conseguir una prueba de paternidad, está al nivel de estas rimas, que demuestran que el surrealismo, como pasó con los *remakes* de *Blade Runner*, *Twin Peaks* o *Los hombres de Harrelson*, siempre vuelve.

Tengamos en cuenta que los inicios de Dalí no fueron fáciles. Le pusieron el nombre de su hermano mayor, que falleció cuando tenía nueve meses, por lo que siempre creyó que él era la reencarnación del difunto. Sus padres tampoco ayudaron demasiado a que superara ese trauma, puesto que desde su más tierna infancia le obligaban a visitar la tumba de su hermano y le recordaban que él era el sustituto del niño muerto.

Con estos precedentes no es extraño que Dalí desarrollara una vida familiar que convertiría en normal una reunión familiar de los parientes de Rocío Jurado. Cuando se casó con Gala, exigía que sus familiares se levantaran y la aplaudieran cada vez que entraba en el comedor. Todo un desafío para el padre de Dalí, un notario conservador que jamás aprobó la relación de su hijo con aquella mujer, a la que se refería como «esa suripanta drogadicta de Rusia». Suripanta, según la RAE, significa «mujer que actuaba de corista o de comparsa en el teatro», lo que demuestra dos cosas: que el padre de Dalí tenía un léxico sensacional y que su nuera no le caía nada bien. El padre, en consecuencia, desheredó a su hijo, quien reaccionó regalándole un preservativo lleno de semen y espetándole como justificación a tal obsequio: «Ya no te debo nada.»

Queda claro que, ya entonces, Dalí era un enorme actor. Influido por el movimiento surrealista, se esforzaba por dar la nota tanto como podía, a pesar de la dificultad que supone actuar a este nivel constantemente. La competencia entre el grupo de artistas de este movimiento para ver quién la liaba más parda era brutal. Pero Dalí no era de los que se cortaba. Estos desafíos le motivaban y, por ejemplo, pronunció una conferencia en Nueva York vestido de submarinista. Realmente difícil de superar, como el día que se presentó en una fiesta de disfraces vestido únicamente con pañales, caracterizado del bebé de los Lindbergh, un niño que había sido asesinado por sus secuestradores. Otro día se plantó en una fiesta de alto copete en Nueva York con una rebanada de pan con tomate sobresaliendo del bolsillo de la americana como si fuera un pañuelo de seda, acompañado de un ocelote como mascota (para los de la ESO: un ocelote es un animal igual que tu gato, pero en grande). También tuvo la manía de disecar los cisnes del estanque de su

casa cuando morían, lanzar gatos por azoteas y, según dicen, torturar patos. No es difícil aventurar que el PACMA jamás habría figurado entre sus opciones electorales. O sí, quién sabe. Lo que está claro es que cuando la cosa iba de a ver quién llamaba más la atención, nuestro Dalí era imbatible.

Pero llegó el día en que se topó con un grave problema: los surrealistas eran, por definición, de izquierdas, y cuando estalló la Guerra Civil española él se dio cuenta de que una cosa era provocar y otra muy diferente definirse políticamente. Y en este contexto, Dalí no tuvo ninguna duda. Se puso del lado de Franco y, ya que estamos, también de Hitler. Quizá para provocar, quizá por convicción o por comodidad. Nunca ha quedado claro.

Esta actitud enojó a André Breton, líder del movimiento surrealista, que promovió un «juicio surrealista» (ahora, entre lo del Bigotes, lo del rapero y los casos de machismo pasaría absolutamente desapercibido), en el que se acabó expulsando al catalán del movimiento. A partir de ese momento, el resto de surrealistas empezaron a hablar de él en pretérito, como si estuviera muerto. Dalí replicó en una conferencia en la que proclamó que «el surrealismo soy yo». George Orwell, en respuesta, lo definió como «una rata que huye cuando huele el peligro. A Dalí solo le preocupa encontrar un sitio donde se coma bien y desde el que pueda salir corriendo cuando se intuya el peligro». Y algo de razón tenía el escritor británico. Dalí se desentendió de los intelectuales de izquierdas con los que se había relacionado en la Residencia de Estudiantes. Gente que defendía la República y con la que ya no quiso tener nada que ver. Un «si te he visto, no me acuerdo» que firmaría Luis Enrique cuando alguien le enseñara las imágenes en las que se le ve celebrando a lo grande el 5-0 del Real Madrid al Barça. En cuanto empezó la guerra, el pintor tomó las de Villadiego y se fue a América. Eso de la guerra no iba con él, filosofía que, por otra parte, es absolutamente respetable.

Pero resulta que no regresó a España hasta que Franco ganó la guerra y el Generalísimo estaba plenamente consolidado. En el año 1977, en una entrevista que concedió a Baltasar Porcel, cuando el Caudillo ya había muerto, aseguraba que «no digamos que yo admiraba poco o mucho a Franco, digamos que lo admiraba bastante. Y todavía lo admiro. Sobre todo, porque para mí era una especie de don Tancredo. Franco tuvo una sangre fría extraordinaria, fue un ser impasible, único en la historia contemporánea. Y mire qué final tan impresionante, que duró un mes o no sé cuánto tiempo: qué voluntad tenía de no morirse, ¡qué resistencia!». Para muchos, con estas palabras Dalí se estaba cachondeando del dictador tirando de ironía y sarcasmo, pero otros aún defienden que realmente era un franquista

aprovechado. Nunca sabremos la verdad, pero queda para la posteridad un impagable retrato de Carmen Martínez-Bordiú a caballo que regaló a la nieta de Franco. Es posible que lo hiciera para emular a su admirado Velázquez y así ridiculizarla al más puro estilo *Meninas* o bien para hacerle la pelota al general Franco, a quien llegó a calificar como «el héroe más grande de España». Otro misterio que se llevó a la tumba. Pero no descartamos que un día averigüemos la verdad. También se fue al hoyo con los dos fémures y ahora tiene uno y medio.

Pero si Dalí era especialito en política, en el sexo era ya para darle de comer aparte. Cuando era joven, de izquierdas y vivía en Madrid en la Residencia de Estudiantes, se enamoró de Federico García Lorca. Sin embargo, acabó casado con la mujer de su amigo, el poeta Paul Éluard, una rusa de Kazán llamada Helena Deluvina Diakonoff, a la que el mundo conoció como Gala. Una señora enigmática con la que Dalí mantuvo una relación de pareja sin contacto sexual constatado. Según él, habían llegado a un pacto por el cual ella podía tener amantes siempre y cuando él pudiera observar sus relaciones y apuñalarse las ingles en unas sesiones que él mismo anunciaba a los más íntimos como «los cabarets sexuales de los miércoles por la noche».

«Dejo que Gala tome amantes cuando quiera. Yo la ayudo, porque eso me excita», decía el pintor, que jamás dudó de que Gala era su razón de vivir, aunque también reconocía que no podía mantener relaciones con ella porque «es una diosa y no puede ser mancillada» y también porque «los genios no podemos correr el riesgo de tener descendencia. ¿Se imaginan al hijo de Miguel Ángel conduciendo un taxi?».

Según los psicólogos que han estudiado su vida, Dalí sufría de candaulismo, término que deriva del nombre del rey griego Candaules, quien obligó a su mujer a desnudarse ante un esclavo para excitarse. Una versión del YouPorn del 680 a. C.

Otra anécdota que nos muestra cómo era su relación con el sexo tiene que ver con Federico García Lorca. Ian Gibson nos cuenta que, ante las demandas de este, que deseaba con todas sus fuerzas pincharse a Dalí, el genio de Figueras le puso una condición para acceder al apareamiento: que el poeta mantuviera relaciones sexuales con Margarita Manso, a las que él asistiría como *voyeur*. Lorca cumplió con su parte, pero Dalí (siempre el más listo de la clase) se escaqueó del trato y nunca se acostó con el granadino.

Por su parte, Gala coleccionaba amantes, pero Dalí adoptó como musa y compañera que completaba un extraño trío a la modelo Amanda Lear, que

había sido novia de Brian Jones, de los Rolling Stones. El artista cayó cautivado por su belleza andrógina y su voz grave, y trató de modelarla como si fuera una pintura más. Una obra de arte viviente, a pesar de que ella en sus memorias cuenta que «nunca tuvimos relaciones porque él ya era impotente y nunca me ofreció ni un céntimo, era Gala la que lo pagaba todo. Él decía que “si te doy dinero dirán que eres mi amante y esto no lo puedo permitir. Estoy casado y soy católico”. Por eso era Gala la que me lo pagaba todo y me dejaba a cargo de Dalí cuando ella se iba de viaje con sus gigolós».

Eso no evitó que tanto Dalí como Gala se tomaran como una afrenta que Amanda Lear se casara, hasta el punto que le enviaron como regalo de bodas una corona funeraria. Fue testigo de la decrepitud del genio, un proceso que se aceleró después de la muerte de Gala, quien murió con la cara desfigurada debido a las numerosas operaciones de estética. Ni Paul McCartney ni Donatella Versace supieron verlo como una advertencia.

Enfermo de Parkinson y sin ganas de vivir, Dalí se recluyó en casa, donde en su última época se enclaustró soportando a una colección de personajes impresentables que solo querían aprovecharse de él. La leyenda sobre la masiva producción de obras en los últimos años de vida del genio justifica sobradamente las sospechas de falsificaciones. Según explican varias biografías, obligaban a un Dalí totalmente impedido a firmar lienzos en blanco que después unos imitadores pintaban y vendían como originales. En sus memorias, Amanda Lear expone que «incluso cuando no era capaz de firmar, le tomaron la huella dactilar e hicieron un sello».

Gala y su entorno eran peseteros, pero no más que Dalí. Como muestra, intentó estafar a la familia de Lorca reclamando un dinero, ya cobrado, por la escenografía de la obra de teatro *Mariana Pineda*. Lorca se lo tomó bien, como un pequeño camelo, pero ese gesto ejemplifica la obsesión de Dalí por el dinero. No es casualidad que, cuando rompieron su amistad, André Breton publicara el anagrama despectivo Ávida Dollars, que creó desordenando las letras de su nombre.

Dalí murió en 1989 después de una larga agonía, que se vio empeorada por unos misteriosos incendios en su casa. Nunca se aclaró si fueron fortuitos, una imprudencia del servicio que le cuidaba o un intento de suicidio por parte de un hombre que siempre representaba un papel y al cual nunca se pudo descifrar. Solo Gala le comprendía, así como también algunos amigos de toda la vida de Figueras o Cadaqués, que siempre han defendido que Dalí se descojonó de todo el mundo y representó un personaje excéntrico que le

permitía hacer cualquier cosa vetada a los simples mortales al tiempo que ganaba una fortuna.



GENERAL CUSTER

1839–1876

- GENOCIDA
- ARROGANTE
- INSENSATO

En la historia hay pocos personajes con más jeta que nuestro siguiente invitado. Un individuo cuya historia es absolutamente mentira, que cultivó una fama inmerecida, que es recordado como un gran general, valiente, un gran estratega y hombre de honor. Y resulta que no era, *stricto sensu*, general, que fue un genocida, un cazador de gloria a cualquier precio, un precursor del autobombo (para los de la ESO, cuando sales en Instagram poniendo morritos) y un sujeto que se forjó su propio mito manipulando a la prensa. Dedicamos este capítulo a todos aquellos lectores que de niños, cuando jugaban con el Fuerte Comansi, siempre elegían el bando de los indios. Damos la bienvenida con todos los honores al Club de los Execrables al teniente coronel George Armstrong Custer, más conocido como el general Custer.

De entrada, el general no era general, era teniente coronel, que no es moco de pavo, pero no es general. Cierto que durante la guerra de Secesión, justo antes de la batalla de Gettysburg, Custer fue ascendido provisionalmente de capitán a general de brigada de los voluntarios, pero después se regularizaron los rangos militares y quedó solo como capitán. Cuando acabó la guerra, Custer consideró la idea de abandonar la carrera militar y dedicarse a la minería, pero decidió enrolarse como oficial mercenario para luchar en México al lado de Benito Juárez contra Maximiliano I. No obstante, no llegó a entrar en combate: los nuevos Estados Unidos no se lo permitieron porque no deseaban ofender a Francia, país que mantenía excelentes relaciones con Washington y que patrocinaba al emperador de opereta de México.

Casi todos los supuestos éxitos militares en los que se basa su leyenda fueron narrados por él mismo, que supo ganarse el favor de la prensa (que en aquella época no era precisamente la CNN), ávida de relatos heroicos. Se había graduado en West Point en 1861 como el último alumno de su promoción. En su expediente constan más de setecientas faltas disciplinarias en cuatro años. Un récord digno de Jorge Sanz. La mayoría, hecho que le honra, debidas a su desmesurada afición al whisky. Años después, en un sublime ejercicio de cinismo, el muy vivales escribió, mintiendo, que nunca

había probado el alcohol. En puridad, no lo probaba, que eso era cosa de indios, lo que él hacía era vaciar botellas.

Extrañará que un desastre de cadete de West Point ingresara en el ejército con grado de teniente y mando en plaza, pero todo tiene una explicación. Casi todos los cadetes de West Point eran hijos de terratenientes del Sur y, cuando estalló la guerra de Secesión, se alistaron en el ejército sudista. Por tanto, uno de los pocos que quedó disponible de su promoción para luchar al lado de la Unión era Custer. Como dicen nuestras parejas: «No quedaba nada mejor.»

La historia que explican sus admiradores relata que siempre salía victorioso de las batallas basándose en el sistema bautizado como «Alud Custer», o ataque masivo por sorpresa, pero las posteriores investigaciones realizadas por rigurosos historiadores militares apuntan a que su táctica era temeraria e inconsistente, y que tanto él como sus biógrafos de cámara exageraban las bajas enemigas. Servir a su lado era lo más parecido a comprar todos los números de la rifa para acabar bajo tierra debido a su temeridad. No le importaba nada la vida de sus soldados. En la batalla de Gettysburg murieron 257 hombres de su unidad, más que en cualquier otra de ambos bandos contendientes.

La suerte para él (y la desgracia para los soldados que tuvo bajo su mando a lo largo de los años) es que a él nunca le pasaba nada en las cargas que dirigió, en las que nuestro muchacho era una diana fácil. Influido por libros de moda militar de la época, «tuneaba» su uniforme. A su lado Neymar y Ramos habrían pasado desapercibidos. Custer solía lucir botas por encima de las rodillas, pantalones de tubo de color verde oliva, chaqueta de húsar con bordados de plata, camisa de marinero con estrellas, un pañuelo rojo al cuello y la melena rubia al viento al más puro estilo Maxi López. Debía de ser algo así como Michael Bolton a caballo.

Finalmente, llegó el momento de demostrar que estaba a la altura del mito que había forjado en la Guerra de Secesión americana. Su oportunidad llega en la famosa batalla de Little Bighorn. Allí cometió errores de principiante y fue el gran responsable de una derrota tremenda. Dividió a sus tropas para quedarse con toda la gloria, pero finalmente solo consiguió un «maracanazo» ante los indios. Tanto metió la pata Custer que esa batalla es el ejemplo recurrente de todo lo que no hay que hacer en una batalla en el noventa por ciento de los manuales de historia militar escritos en los últimos ciento cincuenta años. Custer cometió una serie de errores más propios del genio que predijo que las Google Glass serían el invento del siglo. Dividió innecesariamente a su tropa, se precipitó en el avance, no hizo uso de las

armas adecuadas y, por encima de todo, no siguió el consejo de sus exploradores indios, a los que despreciaba. El peor compañero del mundo para tener de pareja jugando al Stratego.

Seguramente no existe una batalla tan insignificante como la de Little Bighorn que haya generado tanta literatura, cine y artículos de prensa como esta, que está absolutamente sobrevalorada. No duró ni veinte minutos y ni siquiera el número de bajas es especialmente alto. Murieron trescientos veinte soldados de caballería y unos cincuenta indios. Comparando, en Gettysburg, entre muertos, heridos y desaparecidos se contabilizan cuarenta y seis mil bajas. Eso es una batalla. Pero la mística de Little Bighorn es irresistible. Para profundizar un poquito y que entendáis el contexto, permitid que os demos un cursillo acelerado de idioma lakhota. A ver, si por una de esas casualidades de la vida un día, amados lectores, os encontráis en una pradera de Montana y vuestros exploradores crow (indios) os dicen que han visto a *ottoe sioux*, salid pitando sin decir ni adiós. Los indios no cuentan como nosotros; en su lengua, la unidad es uno, y a partir de ahí no siguen una progresión aritmética al estilo 1, 2, 3, 4, 5… Después de la unidad empiezan a contar a base de «unos cuantos», «muchos», «muchísimos», «la hostia», «un océano», «infinito» y, finalmente, cuando lo que hay que enumerar es una cantidad absolutamente exagerada (como por ejemplo, ciudadanos españoles que alguna vez han pronunciado la frase «ya lo sabía») utilizan el término *ottoe*. Custer, que andaba tan tranquilo y más chulo que un ocho con sus doscientos soldaditos, a quienes había obligado a dejar los sables y las ametralladoras en la retaguardia para así avanzar más rápido basándose en el precepto inmutable de que «yo puedo eliminar a cualquier pueblo indio de la pradera», no hizo ni caso a los exploradores. Estos se miraron y salieron corriendo mientras pensaban: «Con tu pan te lo comas, majete.» No se equivocaron, fueron los únicos supervivientes de la batalla junto con un caballo llamado, curiosamente, *Comanche*.

Por cierto, tras la batalla encontraron el cuerpo de Custer descalzo. Es decir, que ni siquiera eso de morir con las botas puestas fue cierto. La literatura sobre su muerte es abundante y en nada se asemeja a la leyenda que construyó el cine. Parece seguro que tenía dos disparos de bala, uno en el costado y otro en la sien. Se suicidó antes de que los indios practicaran con él una autopsia en vivo, y eso explica que no le arrancaran la cabellera (solo se la arrancaban a los que mataban en combate). Según otras versiones, le introdujeron una flecha por el pene como si fuera una sonda y le abrieron los tímpanos con un cuchillo para que pudiera oír cuando llegara al más allá.

Para acabar con la chapuza de Little Bighorn, hay que recordar dos anécdotas que retratan a nuestro personaje. Gran amante de las relaciones públicas, Custer solía invitar a periodistas para que fueran como enviados especiales en sus batallones durante sus expediciones con el fin de que lo presentaran como un héroe a los ojos de la opinión pública. En el caso de Little Bighorn el elegido era un enviado especial del *Bismarck Tribune* llamado Marc Kellogg. No era el elegido para esta misión en un principio, acudió en sustitución de su director, que se encontró oportunamente indispuesto a última hora. En la última crónica que envió, relataba: «Mañana, seguramente, Custer dará su merecido a esa banda de arrancacabelleras de Sitting Bull.» Acompañaba la crónica con un telegrama en el que comentaba: «A ver si vemos indios de una vez. Dice Custer que es probable que mañana veamos alguno.» Otro que no entendió el significado de *ottoe*. Acabó sin cabellera y sin una oreja.

La otra anécdota explica la inutilidad de aquella matanza y de esa guerra contra los indios, que estaban dispuestos a negociar la venta de sus tierras porque eran conscientes de que nunca ganarían a los blancos. De hecho, después de derrotar a Custer, levantaron su campamento, abandonaron sus tierras y se fueron a Canadá. Lucharon porque Custer quería arrasar sus poblados con mujeres y niños incluidos, por eso fueron a la batalla gritando *Hoka Hey* («Un buen día para morir»). Lo que no esperaban era que un inútil como Custer les regalara el triunfo en una batalla que daban por perdida.

Además de las virtudes descritas, Custer era un hombre contradictorio. No dudaba en fusilar a los desertores y castigaba con ferocidad y crueldad cualquier desobediencia a una orden suya, aunque él, por su parte, desobedecía sin miramientos las órdenes que recibía. Como ejemplo, desertó para ir a ver a su mujer a Kansas y estuvo casi un año suspendido. Custer, por un caso parecido, no habría dudado en fusilar a cualquier subordinado. Y hablando de esposas, según parece nuestro «cabellera al viento» también era bígamo. En 1864 contrajo matrimonio con Elizabeth Bacon Custer, conocida como Libbie, pero también se casó con Monaseetah, la hija de un guerrero cheyenne y, por lo visto, incluso tuvo dos hijos con ella. También durante la guerra de Secesión mantuvo relaciones sexuales con la cocinera del regimiento y entre sus aficiones, además de la taxidermia, el whisky y la siesta, destacaba el hábito de frecuentar prostitutas.

Pero no acaban aquí sus contradicciones. Custer se casó con una india y elaboró un discurso criticando el trato que el gobierno dispensaba a los nativos americanos. Esto le ha granjeado cierta fama de amigo de los

indígenas, pero no. Era un genocida que mataba a mujeres y niños. En 1868, el jefe indio Olla Negra (hemos dicho Olla) pidió refugio en el fuerte Cobb para pasar el invierno. Permiso denegado. El general Hazen les dijo que, como máximo, podían volver al río Washita a esperar el deshielo y que les otorgaba permiso para acampar allí. Papel mojado, y en este caso con sangre.

Cuando estaban tranquilamente acampadas las familias, Custer entró en el poblado a sangre y fuego con su caballería. Según cuentan, el primero en morir fue el viejo jefe indio Olla Negra, que salió al encuentro de los soldados con el brazo levantado para detener a los caballos en son de paz y explicar que tenían permiso para acampar. Una bala directa a la cabeza lo abatió antes de decir *jau*. Ese día Custer y sus hombres mataron a cien personas, la mayoría mujeres y niños. En el poblado solo quedaron veinte guerreros. Al acabar la matanza, ordenó a sus soldados fusilar a los 875 ponis de la tribu. Custer cometió este genocidio con toda la intención, puesto que a partir de entonces los indios no volverían jamás a sentirse seguros aunque hubieran llegado a acuerdos con los blancos. La fama de sanguinario de Custer corrió como la pólvora por todas las tierras indias. Hay que recordar que el gran mentor de Custer fue el general Sheridan, autor de la famosa frase: «El único indio bueno es el indio muerto.»

Custer representa la aniquilación de los aborígenes americanos. Se calcula que en el siglo XVII vivían en el territorio que ahora es Estados Unidos unos diez millones de personas en diferentes naciones; ahora, sobreviven unas ochocientas cincuenta mil, un genocidio en toda regla. Los que ellos denominan indios fueron tratados como ciudadanos de tercera y su cultura fue aniquilada, hecho que les ha provocado graves problemas con el alcohol. Entre los nativos norteamericanos, la mortalidad por alcoholismo alcanza el doce por ciento, mientras que en el resto de la sociedad americana es de un cuatro por ciento.

Este pueblo nunca entendió a los blancos, que para exterminarlos decidieron matarlos de hambre eliminando los bisontes, que eran su fuente de subsistencia. De los setenta y cinco millones de bisontes que había en América, ahora quedan apenas trescientos cincuenta mil. En los cinco años que van de 1870 a 1875, la época de nuestro héroe, se asesinaron, por mero placer, dos millones y medio de bisontes en campeonatos de tiro. El récord, por si interesa, lo tiene un tal McArney, que mató noventa y uno en media hora.

Los sioux jamás entendieron el mundo de Custer. Después de Little Bighorn, encerrados en una reserva donde pasaban hambre y enfermedades,

un día se presentó un millonario americano ofreciendo dinero a cambio de que entregaran al hombre que había matado a Custer. Todos los indios sabían que Custer se había suicidado, pero necesitaban el dinero para dar de comer a sus hijos. Uno de los ancianos se sacrificó y se ofreció voluntario. Todos se despidieron de él pensando que iba directo a la horca. Lo entregaron al millonario, que les pagó el dinero, y la sorpresa llegó cuando descubrieron que solo lo quería para hacerle una foto para un diario. «Estos rostros pálidos están locos», debieron de pensar.



FIDEL CASTRO

1926–2016

- ✕ DICTADOR
- ✕ MESIÁNICO
- ✕ INCONGRUENTE

Poca gente levanta tantas pasiones como Fidel Castro. Mucho se ha escrito sobre el Comandante, el Barbas, Caballo o, simplemente, Fidel, en los últimos cincuenta años. A favor y en contra. Idolatrado por unos, también ha sido demonizado por sus adversarios. Unos lo elogian sin permitir un resquicio para la crítica, a pesar de que en un mandato tan largo hubo de todo. Pero sin duda no se puede olvidar su faceta sanguinaria. Fidel fue un hombre mesiánico, supersticioso, narcisista, un seductor al más puro estilo Julio Iglesias, un político incongruente, un revolucionario de izquierdas que admiraba a Franco y que se iba de orujos con Fraga mientras eludía intentos de asesinato por parte de la CIA y pronunciaba discursos de ocho horas.

No es una anécdota intrascendente que Fidel naciera de madrugada. Como tanta otra gente, diréis, pero este hecho lo marcó durante toda su vida debido a una enfermiza tendencia a la superstición. Estaba convencido de que las grandes decisiones se tenían que tomar a esa hora. El hombre que mandó Cuba durante casi medio siglo muy raramente se levantaba antes de las cuatro de la tarde y empezaba a trabajar sobre las seis, cenaba como un campeón a las once y a partir de la medianoche reunía a su gabinete entre puros y ron para marcar el destino de la isla. Todo un ejemplo de reforma horaria y de conciliación de la vida familiar y profesional.

Castro era hijo de un gallego que había ido a hacer la guerra de Cuba y que decidió quedarse. Un precursor de la campaña de «Curro se va al Caribe». Allí, Ramón Castro, que así se llamaba el padre de nuestro héroe, se divorció de su mujer y se dedicó a procrear con la criada que tenía en casa, con la que finalmente se casó cuando él ya tenía sesenta y siete años y ella cuarenta y dos, después de haberle hecho siete hijos. Ya vemos que de casta le viene al galgo. Vaya, que el Castro sénior era un picha brava, aunque después se vio ampliamente superado por Fidelito, quien se reveló como un primera espada en estas cuestiones.

Fidel estudió con los jesuitas, unos curas españoles falangistas que habían huido de la República anticlerical y que desde la más tierna infancia inculcaron al futuro Comandante una sopa de ideas antidemocráticas, antiyanquis, anticapitalistas y anti todo lo que sonara a anglosajón, porque

vivían en la nostalgia de una época en que España era un imperio donde no se ponía nunca el sol. En aquel colegio solo faltaba Ricardo de la Cierva como profe de historia. Este periodo de formación explica muchos comportamientos posteriores, como los delirios imperialistas de Castro, al que Cuba se le quedó pequeña y quiso extender la Revolución por el mundo a base de campañas militares surrealistas en Angola o Etiopía, donde murieron más soldados cubanos que en sus dos guerras de independencia del siglo XIX. Quería ser Bolívar, Napoleón o Alejandro Magno (para los de la ESO, un tipo de protagonista de videojuego que gana todas las batallas), a quien admiraba tanto que una buena parte del ejército de hijos que diseminó por la isla se llaman Alejandro, Álex, Alexis o, cuando no podía, cualquier nombre que empezase por la letra A.

Su educación religiosa también explica que, a pesar de ser comunista, siempre llevara colgadas dos medallas, una de la Virgen del Carmen y otra de la Virgen de la Caridad del Cobre. No está muy claro qué pensaría Lenin de esto.

Aquí es donde el Comandante es imbatible. Fidel demuestra que ser comunista no está reñido con ser un *bon vivant*. Su fama de glotón solo fue superada por su capacidad de seducción con las mujeres. Su amigo García Márquez escribió que, en un almuerzo, Fidel se comió de postre dieciocho bolas de helado de crema después de haberse hartado de ostiones y de sopa de cabeza de vaca, que era su plato favorito. Su obsesión por las vacas era tan grande que intentó crear genéticamente una raza de vacas cubanas cruzando zebús africanos con vacas europeas.

Pero la anécdota de su afición a las bolas de helado y la comida se queda en nada comparada con su otra gran pasión: las mujeres. Otro amigo suyo, Hugo Chávez, lo definió como «un atacón de mujeres, les da veinte besos y se pone como gallo esponjado». La lista de amantes, novias, esposas y follamigas del Comandante es más larga que la de jornadas históricas que se han vivido en Europa en los dos últimos años. Fidel dejó más viudas que el *Titanic*.

Entre las parejas reconocidas de Fidel está Marta Díaz Balart, con quien se casó en 1948 y de la que se divorció en 1954, año en que ella se fue a vivir a Estados Unidos. El acuerdo de divorcio exigía que el hijo de la pareja, Fidelito, se quedara en Cuba. También estuvo con Naty Revuelta, que se marchó a Miami, desde donde se ha dedicado a rajar del Comandante. Su hija Alina sí pudo irse con ella, y a su vez tuvo una hija, es decir, una nieta de

Fidel, que es la primera y de momento única Castro con pasaporte estadounidense.

Otras mujeres importantes de su vida fueron Celia Sánchez Manduley, secretaria del Consejo de Ministros; Delia Soto del Valle, con la que tuvo cinco hijos (Alexis, Alex, Alejandro, Antonio y Ángel), conocidos como «El Equipo A»; las mexicanas Isabel Custodio y Lilia Amor, a quien prohibió ir en biquini; Lucila Velasques; la periodista americana Barbara Walters, que llegó a Cuba para entrevistarlo y sin darse cuenta ya estaba en su cama…

¡Seguimos para bingo! También se lio con las mujeres de sus ministros, como Lupe Véliz, con una miss cubana llamada Norka; con la norteamericana Jenny Rebeco, de veintitrés años, a la que conoció en la sala de espera del aeropuerto Kennedy y se la llevó a vivir a Cuba; con la primera bailarina del Tropicana, Regla Becerra (ya hemos comentado su obsesión por las vacas), y tampoco podía faltar Ava Gardner, que debió de ser la única mujer del planeta que podía decir que había estado con Fidel y el Fary. No a la vez, marranos.

Con tantas amantes, Fidel es como Roberto Carlos, el exjugador del Madrid, no el cantante, que ya no sabe cuántos hijos tiene. Sus admiradores afirman que amaba tanto Cuba que tuvo doce hijos reconocidos, uno por cada provincia de la isla. Pero, como hemos visto, su amor por Cuba no era excluyente. No solo probaba el plato nacional, las novias extranjeras también eran legión, como el caso de la alemana Marita Lorenz, que se quedó embarazada de Fidel y abortó. Dejemos esta para el final, porque fue contratada por la CIA para asesinar a Fidel envenenándolo, pero finalmente se arrepintió porque seguía enamorada de él. Ay, Fidel, ¿qué les dabas?

La CIA se obsesionó con matar a Fidel en una relación que recuerda mucho la del Coyote y el Correcaminos. Fidel, obviamente, es el Correcaminos, y la CIA, el Coyote intentando matarlo con todo tipo de trampas marca ACME. Archivos desclasificados de la CIA hablan de 638 planes para poner fin a la vida de Castro, que sobrevivió a once presidentes de Estados Unidos, pero no aguantó ni quince días a Trump.

Y es que las trampas de la CIA para matar a Fidel eran dignas del Profesor Bacterio. Por ejemplo, le pusieron una bomba en un cigarro para volarle la cabeza y le enviaban cajas de puros envenenados. También le hicieron llegar una escafandra de submarinista infectada por un agente biológico que, supuestamente, había de acabar con su vida. Además, la CIA pensaba que una manera de humillarlo era hacer que perdiera la barba y estuvieron investigando productos químicos (sal de talio que le pondrían en los zapatos) para provocarle la caída del cabello. También propusieron drogarlo con LSD

antes de que saliera a dar uno de sus interminables discursos para que así se le fuera la olla en público y quedara en ridículo. En un alarde surrealista, los americanos se inventaron la caracola bomba. A Fidel le gustaba mucho practicar el submarinismo. La idea de la CIA fue colocar en el fondo marino de la zona donde acostumbraba a hacer escafandrismo una bomba escondida en una caracola que le llamara la atención y que explotaría cuando el Comandante la cogiera. Queda claro que la realidad supera la ficción y que los ingenios de la marca ACME existían de verdad.

Fidel tiene su propio espacio en el *Libro Guinness de los récords* por haber sido la persona que ha hecho los discursos más largos. El más célebre, pronunciado en la ONU, duró 4 horas 29 minutos, y la primera frase fue: «Voy a ser breve.» Qué cachondo. Otra entrada en el *Guinness* certifica que ha sido la persona que sufrió más intentos de asesinato. También es la persona que más veces ha muerto en Twitter. La escritora Zoe Valdés, sin ir más lejos, era una especialista en anunciar en la Red la muerte del Comandante un par de veces al mes.

Capítulo aparte merece la relación de Fidel con España. Con la España franquista durante mucho tiempo, y después, ya en democracia, con el franquista más insigne que quedaba con mando en plaza, el impagable Manuel Fraga Iribarne.

Franco y Fidel se admiraban mutuamente. Fidel admiraba el aguante del Generalísimo (luego lo superó en este campo), que jamás hizo caso del bloqueo que Estados Unidos impuso a Cuba. Nicolás Franco, sobrino del Caudillo, era el enlace entre Cuba y España. Mientras Estados Unidos imponía el bloqueo, España vendía en la isla Seats 1.500, camiones Pegaso y barcos de pesca.

Incluso cuando en enero de 1960 Fidel Castro se dio literalmente de hostias con el embajador español en La Habana, Juan Pablo de Lojendio (un Grande de España) en un programa de la televisión cubana, Franco prefirió amonestar al embajador y ponerlo en la nevera antes que enemistarse con el dictador comunista, que encima se pegó con el embajador porque este le reprochó que hablara mal de la dictadura española. De hecho, cuando murió Franco, Castro decretó tres días de luto oficial.



MARLON BRANDO

1924-2004

- ✗ INESTABLE
- ✗ AGRESIVO
- ✗ EGOCÉNTRICO

Puestos a desmontar mitos, vamos a por uno categoría Premium, un actor cuya foto ha decorado las habitaciones y las carpetas de varias generaciones de adolescentes, un icono de la belleza masculina, uno de los artistas más célebres y más admirados de todos los tiempos. La estrella de *Un tranvía llamado deseo*, *Apocalypse Now* o *El Padrino*. Entra en el Club de los Execrables un actor que no respetaba a sus compañeros, un tipo con traumas sexuales que seducía sin miramientos a chicos y chicas, un egoísta, un tipo bastante chalado que acabó involucrado en un trágico asesinato, un grande. Hablamos, nada más y nada menos, que de Marlon Brando Jr.

Fue, sobre todo, un tipo atormentado. Su padre era un mujeriego y fanfarrón que, además de malgastar el dinero de su hijo, no perdía ocasión para hablar mal del actor. El mismo Brando dijo de él: «Su sangre consistía en una mezcla de alcohol, testosterona, adrenalina e ira», frase que incluyó en uno de los monólogos improvisados de *El último tango en París*. En una entrevista también dijo: «Si tengo que interpretar a alguien enfadado, solo he de pensar en mi padre golpeándome.» Su madre, una guapísima irlandesa, destruida por su marido, acabó alcoholizada. De niño, Brando a menudo tenía que ir a buscarla a los bares e incluso en una ocasión tuvo que rescatarla cuando apareció desnuda por la calle. Años después su madre acabó siendo pionera de Alcohólicos Anónimos y se rehabilitó, pero la herida de infancia de Brando ya no cicatrizó bien y esas experiencias traumáticas forjaron una persona profundamente infeliz.

Un poco dañado sí que estaba, pero no es de extrañar teniendo en cuenta que, por ejemplo, con cuatro años compartía cama con su niñera (ambos desnudos), una danesa-indonesia de dieciocho años (los de la ESO sector masculino, dejad de babear). Brando siempre fue un tipo excéntrico. Hacía cosas como autohipnotizarse (para los de la ESO del mismo sector que antes, es como te quedas ante YouPorn), o llenar la casa de animales como tortugas y mapaches, o de trenes de juguete. En estas aficiones se parecía a su íntimo amigo Michael Jackson, también le gustaba ser el centro de atención. En muchas ocasiones manifestó que no le gustaban las conversaciones en grupo,

mejor *tête-à-tête*, así se garantizaba que nadie lo interrumpiera. ¡Si hubiese llegado a ir a *La Sexta Noche* le habría dado un ictus!

Otra de sus extravagancias, más allá de comprarse un atolón en la Polinesia (rollo isla de los famosos, pero con un solo famoso) o patentar un método imposible para tensar tambores, fue llenar su propia casa de micrófonos y grabar todo lo que pasaba. Con este material se montó el documental póstumo *Listen to me, Marlon*, en el que Brando aparece hablando solo en largos monólogos que quedaron registrados. Una anécdota curiosa: en una grabación, los del documental pensaron que hablaba una mujer, pero descubrieron que el propietario de aquella voz aguda era ¡Michael Jackson!

Jackson y Brando mantenían una estrecha relación. Miko, uno de los hijos del actor, fue el guardaespaldas personal del habitante de Neverland, al que Brando daba clases de interpretación. Con el cantante también compartía su, digamos, admiración por la juventud. Entre las miles de aventuras amorosas que tuvo figura Jackie Collins, hermana de la actriz Joan Collins. Él tenía treinta y pico años y ella estaba a punto de cumplir quince. Pero es que Brando tuvo amantes de todo tipo. Mantuvo relaciones nada más y nada menos que con Marilyn Monroe, Grace Kelly, Marlene Dietrich y, según parece, incluso con Jackie Kennedy. Y también con hombres. Según una de sus biógrafas, Susan L. Mizruchi: «No es que fuera gay, sino que tenía un deseo sexual descontrolado que lo llevaba a probar todo tipo de experiencias. Estar con cuatro o cinco mujeres al mismo tiempo se había vuelto algo normal en determinados momentos de su vida.»

Él mismo reconocía su bisexualidad: «He tenido relaciones con hombres y no me avergüenzo. En lo más profundo de mí, me siento ambiguo. El sexo no tiene precisión, digamos que el sexo es asexual.»

Entre sus parejas masculinas destaca James Dean, que estaba tan enamorado de Brando que permitía que este lo utilizara como cenicero. Según la biografía de Dean, *Tomorrow never comes*, escrita por Darwin Porter, Dean fue el esclavo sexual de Brando. «Definitivamente, eran pareja, pero la fidelidad sexual no formaba parte de su vocabulario. Les gustaba practicar juegos sadomasoquistas en los cuales Brando apagaba cigarrillos sobre el cuerpo de Dean.» También se habla de sus experiencias con Cary Grant o Lawrence Olivier, pero nuestra favorita es la leyenda de un trío formado por Dean, Brando y Walt Disney. La idea de crear *Los tres cerditos* podría haber surgido de una de esas veladas.

Lo que nos parece absolutamente imperdonable es que se negara a acostarse con Sophia Loren por una minucia como su «aliento de dinosaurio» o con Elisabeth Taylor porque, según él, «tenía el culo pequeño». Eso sí que no, es intolerable.

Marlon Brando tuvo al menos once hijos biológicos y tres adoptados y, según algunos biógrafos, cuatro más no reconocidos. Entre estos últimos hay el que tuvo siendo muy joven con la gran escritora Paula Fox, que, cómo son las cosas, era la abuela de Courtney Love, la viuda de Kurt Cobain.

Pero había algo que le gustaba más que follar: comer. Durante una época, su dieta consistía en devorar como si no hubiera un mañana: dos pollos enteros, trescientos gramos de beicon, una bandeja de patatas fritas, dos pasteles de manzana y, su plato favorito, una buena ración de helado. A veces cambiaba de dieta y solo tomaba seis litros de helado en un día. Muy sano. Debido a esto llegó a pesar ciento cincuenta kilos. Los admiradores del astro aseguran que engordó porque odiaba su belleza, pero todo parece indicar que lo que realmente odiaba era la lechuga.

Además de excederse en todos los placeres de la carne, siempre presumió de tener muchos amigos, pero con el tiempo su carácter fue pasando de abierto a desconfiado y, al final, eran muy pocos quienes lo soportaban. De todos modos, teniendo en cuenta cómo describía Marlon la manera en que hacía amigos, en una entrevista que concedió a Truman Capote, no es extraño que la gente saliera por patas. Decía el actor: «Doy vueltas. Después, gradualmente, me acerco. Luego extiendo una mano y los toco, con mucho cuidado, me alejo. Espero un poco. Hago que se queden pensativos. Justo en el momento preciso, vuelvo a acercarme. Los toco. Doy vueltas. No saben qué está pasando. Antes de que se den cuenta, están enredados, comprometidos. Los tengo… Yo soy el Duque.» Espeluznante.

En aquella mítica entrevista soltó otras perlas como: «Siempre me entusiasmo por algo, pero no me dura más de siete minutos. Exactamente siete minutos.» Esta afirmación trasladada al sexo vendría a explicar muchas cosas. En el fondo era como los monos bonobos. Justo es decir que posteriormente Capote puntualizó que Brando «bebió muchísimo vodka durante la entrevista», y, conociendo a Capote, si dijo «mucho», tuvieron que ser piscinas de vodka.

Pero el gran drama que marcó la segunda mitad de la vida de Brando fue el escándalo del asesinato en su mansión de Dag Drollet, el novio de su hija Cheyenne, a manos de Christian Brando, también hijo de Marlon, pero de otra madre. La tragedia acabó con el suicidio de Cheyenne, hecho que llevó al

actor a tener que comparecer ante los tribunales y a caer en una grave depresión.

La historia es absolutamente truculenta, un Puerto Hurraco con todos los ingredientes. De entrada es necesario aclarar que Christian no estaba demasiado bien de la cabeza. Tampoco es extraño si tenemos en cuenta que, cuando era niño, su madre, la primera mujer de Brando, lo secuestró para que su padre no pudiera verlo y lo escondió en una comuna de hippies, donde lo criaron en plan Mowgli en *El libro de la selva*, pero alimentándolo a base de porros en lugar de plátanos.

Cheyenne no estaba mucho mejor del tarro que su hermanastro. Ella era hija de Tarita Teriipaia, una tahitiana que fue la tercera esposa de Brando. Desde muy joven tuvo problemas con las drogas y el alcohol, en una típica adolescencia de pobre niña rica, alternando sobredosis con intentos de suicidio. En uno de estos últimos, intentó matarse estrellando su coche y quedó desfigurada. Brando se gastó una fortuna para reconstruirle la cara. Después de la operación, Cheyenne se enrolló con el tal Dag Drollet, que era el malote oficial de la isla y el hijo de un millonario. Un día, estando en la mansión de Brando, Christian y Dag discutieron. La cosa acabó con cuatro disparos y Drollet muerto. Cheyenne estaba embarazada de Drollet y culpó a su padre del incidente. En una entrevista en *Paris Match*, declaró que Brando incitó a Christian para que matase al padre del hijo que esperaba, actuando como su personaje de Vito Corleone en *El Padrino*. El niño, Tuki, nació con síndrome de abstinencia mientras se celebraba el juicio. La madre perdió la custodia del bebé e intentó suicidarse otra vez, mientras Christian ingresaba en prisión.

Brando invirtió una millonada en abogados. La necesidad de dinero lo llevó a hacer cosas tan espantosas como la película en la que interpretaba a Cristóbal Colón, poner la voz al videojuego de *El Padrino* y escribir sus memorias a cambio de cuatro millones de dólares. Incluso tuvo que pedirle dinero a Michael Jackson para el juicio y para intentar curar a su hija, que ingresó en un psiquiátrico en París, lugar exclusivo para zumbados famosos y ricos.

Brando se presentó en el psiquiátrico donde estaba su hija y se escapó con ella. Se disfrazaron y estuvieron viviendo de incógnito unas cuantas semanas en Francia. Dormían en establos y pensiones y comían lo que encontraban por la calle. Incluso se escondieron en el mismo piso franco donde recaló una temporada el criminal nazi Klaus Barbie cuando huía de la justicia. Finalmente los encontraron y Brando consiguió que las autoridades

permitieran que su hija siguiera el tratamiento en su mansión, que convirtió en una fortaleza para alejar a los *paparazzi*. Pero no sirvió de nada. Cheyenne acabó suicidándose en casa de su padre colgándose con la correa del perro. Brando no lo superó nunca y excluyó su nieto Tuki de su herencia.

Pero si por algo ha pasado a la historia, además de por su físico imponente, es por sus dotes como actor. Se dice que llevó el método Stanislavski a su máxima expresión y, según se ha sabido más tarde, incluso lo llevó demasiado lejos. En el rodaje de *El último tango en París*, parece que Brando y Bertolucci se conjuraron para ocultar los detalles de la escena de la mantequilla y la violación a Maria Schneider con el fin de que la actriz sintiera miedo real. Obviamente no fue una violación, pero el miedo que sintió ella sí fue de veras, y se enfadó muchísimo. Después del escándalo, Bertolucci ha cambiado de versión y asegura que la actriz lo sabía, pero ella, que murió hace unos cuantos años, afirmaba que esa escena no estaba en su guion y que la engañaron.

Lo que sí está confirmado es que Brando era una pesadilla para los directores. Después de haber cobrado un pastón, se negó a viajar a Filipinas para el rodaje de *Apocalypse Now*. Al final, accedió, pero apareció en el set más gordo que Bud Spencer y con la cabeza afeitada, algo que no estaba en el guion. Coppola decidió rodar la mayoría de sus escenas en claroscuro para tratar de disimular el estado físico de su estrella. Se hizo también famoso por ir a los rodajes, leer (literalmente) sus líneas e irse. Un ejemplo es su papel de Torquemada en la horrible *Cristóbal Colón*, por la cual cobró una pasta y en la que se notaba tanto que leía que incluso tuvieron que excluir una escena que había de servir como tráiler promocional.

En *La isla del doctor Moreau* —cuyo guion, por cierto, era de Richard Stanley, bisnieto de otro execrable—, impuso que Nelson de Rosa, el hombre más pequeño del mundo, saliera con él casi en todas sus escenas, exigió que lo maquillasen de blanco y que le pusieran un cubo de hielo en la cabeza. Matthew Broderick, con quien protagonizó *El novato*, filme en el que Marlon Brando se imitaba a sí mismo en un trasunto de Vito Corleone, explica que quedó totalmente decepcionado por cómo se comportó Brando, al que dictaban las frases por auricular y cuyos diálogos era imposible seguir. También se dice que en su última película, *Un golpe maestro*, junto a Robert De Niro, el director Frank Oz, convencido de que Brando le montaría algún pollo, empezó a tratarlo mal de manera preventiva. La reacción de Brando fue ir a grabar sin pantalones para que lo filmaran solo de cintura hacia arriba o

llevar un certificado médico al rodaje en el que los médicos aseguraban que era «alérgico a Frank Oz».

Según la biografía *Brando en la sombra*, cuando el actor murió estaba casi arruinado, vivía de su pensión y tenía una deuda de veinte millones de dólares. Ahora se sabe que no es cierto y que el hombre que en 1978 cobró cuatro millones por unos pocos minutitos en la película *Superman* tenía un gran patrimonio y dejó varios millones en herencia. De hecho, según la revista *Forbes*, ganó nueve millones incluso después de muerto.



STEVE JOBS

1955–2011

✗ EGOÍSTA

✗ MALTRATADOR

✗ DÉSPOTA

Atención amantes de las nuevas tecnologías, apóstoles de la religión de la manzana y fanáticos de esos supuestos empresarios modelo, que vamos a por vosotros. Sí, vamos a atizar a un hombre al que constantemente se señala como ejemplo de empresario de éxito, de visionario que ha cambiado el mundo y que ha servido de inspiración a todos esos tiburones que se entrenan para dominar el planeta en las escuelas de negocios de todo el mundo, un tipo que representa la quintaesencia del triunfador… pero solo en apariencia. En realidad, en cuanto se araña un poco la superficie, queda al descubierto un hombre egoísta, cruel, rencoroso, avaricioso en extremo, sucio en el sentido literal del término, maltratador, despótico, superficial y profundamente traumatizado. Una persona que ha conseguido idiotizar a los consumidores, que cada nueve meses hacen cola ante las tiendas de su marca en todo el mundo para gastarse lo que tienen y lo que no, solo por ser los primeros en poseer unos productos que, según parece, dan cierta relevancia social. Arrastraremos a la carpeta de los execrables, con todo merecimiento, a Steve Paul Jobs.

Empezaremos por sus contradicciones, que arrancan de sus relaciones familiares, que fueron, por decirlo suavemente, peculiares. Jobs fue dado en adopción siendo niño porque su madre no podía mantenerlo, cosa que lo traumatizó profundamente. Lo raro del caso es que una persona que pasó por un episodio como ese se comportara de manera tan miserable con su primera hija, a la que no quiso reconocer.

Con veintitrés años, Jobs tiene una niña con Chrisann Brennan, con la que compartía piso en una especie de comuna hippy junto con otros compañeros, en una casa en la cual todos dormían donde podían y donde habían acondicionado una habitación para la meditación y el consumo de LSD. Lo que vulgarmente se conoce como «picadero». Después de una serie de sesiones de «meditación», Chrisann le comunica a Steve que está embarazada. Él no le presta mucha atención. Como si le hubiera dicho que mañana lloverá.

El razonamiento con el que Jobs justificaba su comportamiento años después es maximalista: «Yo no quería ser padre, así que no lo fui.» Por

aquella época ya estaba muy obsesionado con dominar el mundo y ganar mucho dinero. Primero presiona a su novia para que aborte, ella se niega y en consecuencia él se desentiende absolutamente de la madre y el bebé, al que no conoce hasta tres días después de su nacimiento. En una inexplicable decisión, es él quien impone el nombre a la niña, Lisa Nicole, pero se aparta de ella hasta el punto que se niega a reconocerla.

No lo hará hasta que el juez lo obliga a hacerse una prueba de paternidad. Durante el juicio que le puso la madre para que reconociera al bebé, Jobs se comportó como un miserable acusando a Chrisann de haber mantenido relaciones sexuales con multitud de hombres y presentando un cálculo matemático según el cual él tenía las mismas posibilidades de ser el padre de la niña que el 28 por ciento de los hombres fértiles de Estados Unidos.

No le sirvió de nada y el condado de San Mateo le obligó a reconocer a la niña, que quedó, gracias a Dios, bajo la tutela materna. También se estableció un régimen de visitas (que Jobs nunca cumplió) y se estipuló una pensión de manutención de 385 dólares mensuales, que obligó a que madre e hija tuvieran que recurrir a las ayudas de los Servicios Sociales para sobrevivir. Ah, un pequeño detalle, en esos momentos, la fortuna de Jobs en acciones de la flamante compañía Apple ascendía a 141 millones de dólares. Eso ya desmiente la imagen de que Jobs era un visionario que no daba importancia al dinero. Era un tacaño de marca mayor.

Según su punto de vista, él había inventado un ordenador que le haría la vida más fácil a la niña, y con eso ya había cumplido. Además, en un arranque de generosidad, denominó LISA al ordenador (acrónimo de Local Integrated System Architecture), a pesar de que en la compañía todo el mundo se burlaba de esta ocurrencia y el chiste entre los informáticos que trabajaban con él era: «¿A que no sabes qué significa LISA? Invented Stupid Acronym (acrónimo estúpido e inventado).» El humor de los informáticos, en fin.

Es difícil no emocionarse al ver la sensibilidad de Jobs respecto a su hija, sobre todo porque, como hemos dicho, esta actitud proviene de un tipo que pasó la infancia con unos padres adoptivos. Cuando Joanne Schieble, su madre biológica, tenía veintitrés años —casualmente la misma edad que Steve cuando fue padre— se vio obligada a dar al niño en adopción porque no pudo seguir adelante con su relación con Abdulfattah Jandali, un sirio, padre biológico de Jobs. Años más tarde, Jobs buscó a su madre para conocerla y también a su hermana biológica, la escritora Mona Simpson, pero nunca quiso conocer a su padre, a quien no perdonó.

Bueno, eso de que no llegó a conocerlo es lo que él creía porque, de hecho, durante muchos años, Jobs fue a comer casi a diario al restaurante que su padre biológico tenía en Palo Alto. Ninguno de los dos sabía que eran padre e hijo.

Esto lo descubrió Steve cuando conoció a su hermana, que sí mantenía relación con su padre (la madre se había casado con el señor Simpson), que a día de hoy vive en Reno, donde dirige un casino. La hermana de Jobs, Mona, también tiene sus cositas. Escribió un libro, *A Regular Guy*, una novela con nombres cambiados, donde explica las interioridades de la vida de su hermano y su sobrina (la hija de Jobs). La obra no gustó nada a la familia, que se sintió traicionada. El posterior acercamiento entre ellos, cuando Jobs estaba ya muy enfermo, fue únicamente una operación de marketing para quedar bien. Comparada con la de Jobs, la Familia Monster parecía la de *Con ocho basta* (para los de la ESO, como *Los Serrano*, pero con pantalones acampanados).

No es extraño que un tipo que mantiene estas relaciones con la familia, en el trabajo sea todavía más miserable.

Su primer empleo fue en la empresa de videojuegos Atari, donde lo colocaron en el turno nocturno porque ahí trabajaba en solitario. ¿El motivo? Ninguno de sus compañeros soportaba su olor corporal, puesto que Jobs mostraba una acérrima aversión a la ducha y el jabón. Él decía que era imposible que oliera mal porque no fumaba y era vegetariano. Como algunos cerdos.

Steve Wozniak, su socio y amigo de toda la vida (al menos eso creía él), con quien fundó Apple, confesó que no pudo reprimir el llanto cuando, a raíz de la publicación de una de las biografías de Jobs, se enteró de que su colega lo estafaba ya desde el inicio. Los dos, siendo muy jóvenes, crearon para Atari el juego *Breakout*, conocido también como *Pong*. Jobs aseguró a Wozniak que les habían pagado setecientos dólares por el juego y, por tanto, le dio trescientos cincuenta a su amigo, cuando en realidad cobró cinco mil. ¿Quién no querría hacer negocios con Steve?

La vampirización que ejerció Jobs sobre el talento de Wozniak es tema recurrente en todas las biografías del genio. Wozniak era el ingeniero que solucionaba los problemas técnicos y Jobs el gran vendedor y propagandista de la marca… y un envidioso. En la primera junta de Apple, a los trabajadores les dieron una tarjeta con el nombre y número de empleado. Wozniak recibió la tarjeta con el número 1 y Jobs la del 2, cosa que no soportó. No paró hasta que consiguió que hicieran una tarjeta con el número 0 para él. Por cierto,

Wozniak también ha desmentido que fabricaran su primer ordenador en un garaje: «Es una historia inventada por Steve», dijo junto con esta otra frase: «El objetivo de Apple no era cambiar el mundo, sino incrementar el valor de las acciones.» Ahora, a Wozniak, apartado de la compañía y millonario, se le puede ver haciendo cola en las tiendas Apple cada vez que sale el nuevo iPhone para comprarse el teléfono. Quizá sí se tenía un poco merecido todo lo que le pasó.

Como máximo responsable de la empresa, las formas de Jobs no mejoraron. En el extremamente crítico libro de Mike Daisey, *Agony and the Ecstasy of Steve Jobs*, se refieren las miserables condiciones de los trabajadores de la factoría Apple en Shenzhen y Hon Hai, China, donde los obreros son obligados a trabajar en un régimen casi militar y a firmar un contrato por el cual se comprometen, tanto ellos como sus familias, a no denunciar a la compañía en caso de accidente, lesión o suicidio del trabajador.

Y todavía hay más. El periodista Eric Alterman, en un famoso artículo que apareció en *The Nation* con el intrigante título «Steve Jobs, An American Disgrace», cuenta que Jobs aconsejó al presidente Barack Obama imitar el sistema chino de producción y permitir a las grandes empresas de Estados Unidos hacer lo que quisieran con el medio ambiente y los trabajadores, saltándose cualquier tratado internacional.

A pesar de que su empresa tiene unos beneficios brutales, en gran parte por una concepción de las leyes impositivas bastante laxa (ha recibido una multa de trece mil millones de euros por parte de la UE, y la declaración de renta de Jobs y Apple tradicionalmente sale como la de Florentino Pérez, es decir, negativa), tampoco es que se estire demasiado en las donaciones. Cuando en Apple se plantearon crear una Fundación para hacer obras de caridad, Jobs dijo a sus ejecutivos que «ya lo pensaremos cuando estemos consolidados en el mercado».

De hecho, el mismo Jobs ridiculizaba en público a Bill Gates, que, a pesar de hacer peores ordenadores que él, parece ser mucho mejor persona por el hecho de haber creado una fundación benéfica con su nombre. Decía Jobs de Gates que tenía «un excesivo interés en ayudar a los pobres». Viniendo de un budista como él, que supuestamente no aspira a los bienes materiales en la vida, es como mínimo incoherente (para los de la ESO, como cuando dices que las drogas son malísimas con un porro en la mano).

Como la mayoría de genios megalómanos, Jobs tampoco toleraba las críticas. Durante su periodo al frente de la compañía, hizo que el poderoso departamento legal de Apple demandara a tres blogueros que escribían

noticias sobre la empresa y sus proyectos futuros y los llevó ante los tribunales para que revelaran sus fuentes.

En su paranoia para tener controlada la política comunicativa de su corporación, Jobs llegó a demandar a un niño de trece años llamado Nicholas Ciarelli, que escribía grandes elogios de los productos de la marca en un modesto blog. El motivo era que Jobs pensaba que «cualquier filtración, aunque sea favorable, diluye el impacto de las grandes presentaciones» que tanto le gustaban ante auditorios rendidos a su carisma y que le hacían sentirse como una diva de ópera.

Por no citar la cantidad de editores que fueron demandados por publicar —o tratar de publicar— biografías del genio, o los periodistas denunciados ante los tribunales por investigar aspectos de su vida. En este sentido, James Rainey, periodista de *Los Angeles Times*, escribió que «Jobs siempre ha ido en contra de los principios más básicos de la prensa libre». Fue demandado por esa frase, por supuesto. Además, si quedaba con un periodista y la pieza escrita no era un publirreportaje, en lo sucesivo prohibían al periodista asistir a sus *keynotes* (presentaciones de los productos) o a las ruedas de prensa.

Jobs despierta reservas en dos colectivos tan opuestos como el FBI y los activistas informáticos a favor del software libre. Richard Stallman, fundador de este movimiento y un señor que no ganaría un concurso de prudencia, dijo cuando murió Jobs: «No puedo decir que esté contento por su muerte, pero sí me alegro de que se haya ido. La humanidad se merece el final de la maligna influencia de Jobs sobre la informática, que ha hecho de los ordenadores unas prisiones atractivas para que el sistema nos controle y nos recorte la libertad.»

Por otra parte, en febrero de 2012 el FBI hizo públicos datos secretos de una investigación que hicieron sobre Jobs en 1991, cuando —ojo al dato— George Bush quería nombrarlo asesor de comercio internacional. El informe concluye que Jobs tenía un carácter superficial y cruel en las relaciones personales, que no tenía vida personal por culpa de su superficialidad y narcisismo, y que el éxito empresarial le había costado su integridad y honestidad, y eso hacía que distorsionara la realidad. Eso sí, concluía también que era extremamente inteligente, tenía una gran visión de negocio, capacidad de trabajo y era muy tenaz. Lo que se conoce por aquí como un brillante cabrón insoportable.

Su enfermedad y posterior muerte fue un espectáculo teatral y mediático casi pornográfico. Por un lado, el mismo Jobs y la empresa intentaron mantener en secreto el cáncer de páncreas que padecía hasta que ya no fue posible esconderlo más, para evitar así que las acciones de la compañía

cayeran en la bolsa. Por eso se extendieron multitud de rumores falsos sobre mejoras inexistentes y comunicados de prensa o apariciones en conferencias en las que Jobs básicamente se dedicaba a ordeñar la vaca de la compañía, al tiempo que empezaba la campaña de marketing para irse de este mundo como un tipo admirable. Y le salió bien. Sus discursos en las universidades se vendieron viralmente como ejemplo de *coaching* y superación, cuando en realidad eran unas cursiladas que habría firmado Paulo Coelho.

Pero la gran paradoja es que Jobs, una de las personas que ha permitido al mundo avanzar en tecnología de una manera impensable hace solo unos cuantos años, fuera absolutamente retrógrado y supersticioso en lo que respecta a la curación de su enfermedad. En octubre de 2003 se le diagnosticó un cáncer de páncreas y, a pesar de la gravedad de la situación, Jobs, budista y vegano, se negó a ser tratado con métodos de la medicina convencional y se puso en manos de gurús que aseguraban que le curarían el cáncer mediante dietas, enemas, zumos e infusiones. Incluso contrató a un vidente. Un tarado sin fisuras.

El médico de Harvard Ramzi Amir, especialista en este tipo de cáncer, considera que «la elección de la terapia por parte de Jobs le aceleró la muerte». El cáncer de Jobs, según este médico, se cura en un 95 por ciento de los casos mediante una intervención quirúrgica, pero cuando entró en quirófano ya era demasiado tarde. A partir de entonces se dedicó a intentar esconder su estado de salud a los accionistas.

Podríamos ir más allá diciendo que el sistema de ventanas de Apple no es suyo, que despedía a sus empleados caprichosamente, que defraudaba impuestos… Ahora, cuando estéis haciendo cola a las tres de la madrugada, esperando a que abran la tienda donde os clavarán lo que no está escrito por un teléfono o cualquier cargador específico (porque, si tan listo era, ¿por qué cojones no tienen un mismo cargador todos los aparatos?), podéis robar el wifi de la tienda con algo más de paz en vuestras conciencias. Será lo único que Job os dé gratis.



MARGARET THATCHER

1925–2013

- MACHISTA
- CRUEL
- DICTATORIAL

Estos tiempos del Brexit y de Trump nos remiten a Margaret Thatcher, la que fue conocida como la Dama de Hierro (nombre con que la bautizó un diario ruso, imaginaos cómo sería), la primera ministra de Reino Unido, una mujer que machacó a las clases trabajadoras, que era machista, más agarrada que un chotis, que mostraba un total desprecio por la vida humana, que protegió a dictadores, que mantuvo el apartheid y que ahora es reivindicada por pensadores liberales, pero que fue una persona muy peligrosa. Una de las precursoras de los males que hoy padece el mundo. Vamos a despeinar un poco el cardado más famoso del Reino Unido.

Parece extraño que la primera mujer que llegó a primera ministra del Reino Unido fuera una machista a carta cabal. Elegía únicamente a hombres como ministros (en once años solo tuvo a una mujer en su gabinete), se negó a mejorar las condiciones de las mujeres y a legislar contra las diferencias salariales, y recortó todas las iniciativas de cariz feminista cuando estuvo en el gobierno. Cuando le preguntaron por qué no apoyaba las reivindicaciones feministas, ella dijo: «Algunas de nosotras ya estábamos haciendo las cosas muy bien mucho antes de que el movimiento feminista hubiera sido concebido siquiera.» Otras declaraciones que definen a Thatcher son «Odio el feminismo, es un veneno» o «La batalla por los derechos de las mujeres ya ha sido ganada ampliamente. Me horrorizan los sonidos estridentes que emiten las feministas».

Y eso que, hablando de sonidos estridentes, habría que empezar por mencionarla a ella. Su voz era insoportable. El crítico de televisión Clive James comparó el timbre de su voz con el ruido «de un gato mordisqueando una pizarra». Para corregir esta cuestión, Thatcher contrató nada más y nada menos que a sir Laurence Olivier, que le arregló unas clases de dicción con el entrenador vocal del National Theatre.

Pero sigamos con su feminismo: según la escritora Beatrix Campbell, Margaret Thatcher nunca hizo nada por convertirse en un modelo para otras mujeres, como se afirma recurrentemente. «No ejerció el poder diciendo a las mujeres “Podéis ser como yo”, sino afirmando “Soy una excepción”.» Como anécdota que ilustra este comportamiento, en su primer viaje a Japón en 1979

el gobierno nipón le puso como escolta personal a veinte karatecas mujeres, pero ella las rechazó y exigió que fueran hombres. Hay quien dice que lo hizo para no ser diferente a cualquier mandatario, pero lo que quedó claro a lo largo de su vida es que no le gustaba la compañía de mujeres. Relacionarse con mujeres le resultaba insufrible, especialmente cuando se trataba de la reina de Inglaterra. Thatcher comentó muchas veces que la mayoría de mujeres, incluida la reina, «solo tienen conversaciones frívolas». Ni Trump se atreve a decir tal barbaridad. Vaya, ni Torrente.

Y como Torrente, y como cualquier execrable de pro, bebía. Mucho. Eran famosos sus lingotazos de whisky y, si ya era muy irascible estando sobria, parece que después de haberse pimplado unos buenos tragos se convertía en una verdadera hidra (para los de la ESO, un monstruo de siete cabezas muy enfadado, más o menos como tu madre cuando te levantas a las tres de la tarde).

Ya en 1948, en una nota del departamento de personal, una empresa que rechazó su solicitud de trabajo decía: «Esta mujer es terca, obstinada. Peligrosamente terca.» Dos veces, por si no había quedado claro, algo que a ella le importaba tres pitos. La opinión de los demás no existía para una mujer que siendo ya *premier* afirmaba: «No me importa que mis ministros hablen mal de mí, siempre que hagan exactamente lo que les mande.» Hace unos años se desclasificaron unos documentos de 1979 en los que se detalla que Thatcher maltrataba a su equipo, les gritaba, insultaba y los trataba como a colegiales. El informe añade que nadie se atrevía a replicar aunque supieran que estaba equivocada. Solía devolver los memorándums a sus ministros con una nota que decía simplemente «demasiado blando» y es famosa su anécdota en el despacho oval con Jimmy Carter, cuando enarboló dos pistolas ante el propio presidente de Estados Unidos para decidir qué modelo compraría su ejército, ante el pánico de sus colaboradores. Un verdadero régimen del terror. Más que una Dama de Hierro, era Godzilla con resaca.

De hecho, su proverbial mala leche podía deberse también al hecho de dormir poco. Consideraba que «dormir era para los débiles». Dormía un máximo de cuatro horas al día y el gen de las personas que duermen poco, por si os interesa, es el pTyr362, conocido en el mundo médico como el «gen Thatcher».

Pero como los execrables se atraen, también tenía su público. Aunque os cueste creerlo, excitaba sexualmente a muchos hombres, aparte del pobre Denis, su marido, que según bromeaba, para aguantarla cayó en el alcoholismo. Mitterrand, que trataba de acostarse con todo ser humano que

meara principalmente sentado, dijo de ella que «tiene los ojos de Calígula y la boca de Marylin», mientras que Silvio Berlusconi, ¡otro que tal baila!, la definió como «una linda gatita».

Por otra parte, otro rasgo muy común en nuestros execrables, era una tacaña de narices. En la residencia de Downing Street decidió cocinar ella misma siempre que fuera posible y redujo los juegos de cama para gastar menos; en un principio pareció que era para controlar las arcas públicas en un momento de crisis, pero luego se supo que en realidad eso se debía a una imposibilidad enfermiza para gastar. Se sabe que ofrecía café soluble a sus invitados oficiales para no gastar el «café bueno». Como si vas a comer a casa de un amigo y te sacan el vino de *tetrabrick* para no abrir una botella decente.

Cuando fue ministra de Educación en 1970, además de mantener el castigo físico en las escuelas, su primera medida fue suprimir el tradicional vaso de leche gratuita que se ofrecía a los niños de siete a once años, hecho que le valió el apodo de «la Ladrona de leche». En un viaje a París al inicio de su mandato, la primera ministra descubrió que no llevaba dinero encima y pidió una suma a la embajada. Se lo gastó todo en whisky, ginebra y tabaco en el *duty free* del aeropuerto, porque salía mucho más barato que en su país. Meses después, la embajada tuvo que presentar una reclamación oficial para que le devolvieran el dinero, porque no había manera de que la señora se diera por enterada. Algo así como Gollum en plan «mi tesoro…».

Esta perla del humanismo no estaba exenta de otras cualidades, como la xenofobia. En el proceso electoral de 1978 dijo que los pakistaníes estaban inundando la sociedad británica y que a la gente no le gustaba esa «inundación» de personas de cultura diferente. Gracias a estas palabras logró el apoyo del National Front, clave para que pudiera ganar las elecciones. Esta misma expresión, «inundación», es la que a día de hoy usa la extrema derecha inglesa (que, dicho sea de paso, la adora) cuando aborda el tema de la inmigración.

Pero esto no es todo. Cuando se le pidió que el Reino Unido recibiera durante dos años unos diez mil refugiados vietnamitas en asilo, Thatcher dijo que no había diferencia entre un inmigrante y un refugiado; que la gente no entendería que diera cobijo a los asiáticos y no a blancos; que si hubieran sido blancos de Rodesia, polacos o húngaros, entonces habría sido más fácil. Al final tuvo que ceder a regañadientes, no sin antes proponer comprar una isla a Indonesia o Filipinas y dejar a los refugiados allí.

También Bob Carr, canciller australiano, comentó que Thatcher hacía constantemente comentarios racistas y le recomendaba que no dejara entrar a

los asiáticos en Australia, sin tener en cuenta el pequeño detalle de que la mujer de Carr, de Malasia, estaba presente en la conversación.

Y de racismo en racismo, llegamos a Suráfrica y el apartheid. No se puede negar que Thatcher se manifestó en contra del apartheid, pero, al mismo tiempo, ofrecía muestras de amistad a los gobiernos que lo practicaban. Por un lado mostraba su rechazo, pero por otro evitaba que la Comunidad Europea tomara medidas contra esos países, según ella «para no dejar sin trabajo a la población negra». Incluso desde su oficina ordenó que se ocultara un informe del Foreign Office titulado «Contundencia contra el apartheid». «*Bury Deep*» [enterradlo bien], ponía la nota. Esta doble moral también la aplicó con Mandela, a quien consideraba un terrorista. Su consejero para Suráfrica era el escritor Laurens van der Post, que siempre recomendó a Thatcher que actuara respecto al país austral únicamente en términos de rentabilidad. Y ella siguió el consejo a rajatabla.

Pero es que la política exterior no era su fuerte y siempre prefirió la confrontación a la negociación, una estrategia que tal vez os suene de algo. Sus frases al respecto se han convertido en clásicas, como cuando se negó a reunirse con Robert Mugabe, hoy presidente de Zimbawe, diciendo: «Yo no me reúno con terroristas mientras no sean presidentes.»

La guerra de las Malvinas fue otro de sus momentos álgidos en política exterior debido a la desmesurada respuesta británica ante los argentinos. No por casualidad en 2011 fue galardonada con el II Premio Fundación FAES a la Libertad por parte de José María Aznar en persona, que fue a casa de Thatcher en Londres con la ilusión de un niño que va a Disneyworld.

La guerra de las Malvinas le sirvió para relanzar su popularidad en Gran Bretaña y ganar la reelección. Hay que recordar que la decisión de hundir el crucero *General Belgrano* con un torpedo lanzado desde el submarino nuclear *Conqueror* fue exclusivamente suya. Una acción de guerra, diréis, sí, pero ella sabía perfectamente que el *General Belgrano* estaba fuera de la zona de conflicto y lo hundió en aguas internacionales a traición. El resultado fue la muerte de más de trescientos argentinos. Por esta acción se pidió que la juzgaran como criminal de guerra, sin éxito. Pero es que si no llega a ganar la guerra, ahora no se celebraría en las islas Falkland el Margaret Thatcher Day cada 10 de enero, no se podría pasear por Margaret Thatcher Drive de Puerto Stanley, capital de las Malvinas, o ver el mar desde la península Thatcher de Georgia del Sur, lugar donde las fuerzas británicas pisaron tierra por primera vez durante el conflicto. Las Malvinas son como el Ferrol del Caudillo de Thatcher.

También en su relación con Europa dio muestras de un comportamiento esquizofrénico. Hizo campaña contra el Brexit en 1975, pero después sembró el euroescepticismo e incluso la eurofobia. Fue la autora intelectual de la idea «Bruselas nos roba», que luego tanto éxito ha tenido en diversas modalidades. Textualmente, en un famoso discurso en Dublín en el que habló de Europa, pronunció la frase: «*I want my money back* [quiero que se me devuelva mi dinero].» Y después dirán que los populistas vienen exclusivamente de Caracas.

Se manifestó en contra de la reunificación alemana, pero era favorable a la independencia de Croacia, donde es muy admirada. Ella aspiraba a un tratado de libre comercio, no a una unión federal. «No, no, no», gritó en el Parlamento inglés contra Europa, y al final, efectivamente, ha sido que no. Está claro que siempre hay alguien que recibe sus enseñanzas.

Cuando le preguntaron por la necesidad de reconocer la existencia de los servicios secretos MI5 y el MI6, dijo: «Dos de mis profesores de derecho, que hoy son jueces, me dijeron: "Nunca admitas nada que no sea estrictamente necesario", y en este caso, por motivos muy claros, voy a hacerles caso en los límites que me marcaron.» Joder, si es que parece el libro de estilo de la Gurtel.

Pero Maggie tenía algo peor que su carácter, su menosprecio por las personas de otras latitudes o su machismo: sus amistades, que parecían reunir lo peor de cada casa. Entre ellos destacaban Ronald Reagan y el dictador chileno Augusto Pinochet (para los de la ESO, Pinochet era Sauron, pero en versión cruel y torturadora: organizó los tristemente célebres «vuelos de la muerte» en los que lanzaba a los presos políticos al mar para hacerlos desaparecer). Thatcher reconoció que lo admiraba «porque había llevado la democracia a Chile», pero sobre todo lo defendió hasta el último momento justificando sus torturas como «bajas humanas que se dan en todos los conflictos». Cuando Pinochet fue detenido, pidió su libertad y lo visitaba asiduamente en su arresto domiciliario en Londres.

También ayudó a otro personaje que fue una de las lacras del siglo XX, el genocida Pol Pot (solo se cargó a un tercio de la población de Camboya), esta vez por puro interés: es decir, sexo sin amor.

Pero si fuera de casa era un monstruo, de puertas adentro no era mejor. Owen Jones describe en su libro que despreciaba a los pobres, a quienes culpaba de su propia miseria. Llegó a afirmar que «no existe la sociedad, solo existe el individuo». Calificó como «parásitos» a los que utilizaban los servicios sociales y dijo que «tenemos que apoyar a los trabajadores, no a los

gandules». Se definía como «una mujer educada en los valores que aprendí: pasar un día honesto en el trabajo, pagar una casa, no vivir por encima de mis posibilidades, ahorrar, pagar al banco y ayudar a la policía». Para *The Guardian*, «su legado es el de la división, el egoísmo, el culto a la avaricia, un patrimonio que no liberó al hombre, sino que lo encadenó mucho más».

Empezó un conflicto con los sindicatos, que se pusieron en pie de guerra con huelgas y manifestaciones. En este ambiente tan amable, privatizó el 20 por ciento del sector público y liberalizó las viviendas de protección oficial, lo cual suscitó un aumento de la especulación y el desalojo de familias. Es difícil encontrar un malvado de ficción peor que la Dama de Hierro.

Su política con los alquileres, basada en el infame impuesto Poll Tax, convirtió Londres en un campo de batalla, con manifestaciones nunca vistas en las que incluso llegó a intervenir el ejército. Ella se mantuvo firme: el impuesto solo fue retirado cuando Thatcher acabó dimitiendo y John Major, de su mismo partido, abolió la tasa, cosa que ella nunca le perdonó.

Su firmeza en los conflictos era legendaria. Aguantó las protestas de la Poll Tax y las huelgas salvajes de la minería norteña. Desmanteló el tejido industrial inglés enviando a centenares de miles de personas al paro y los calificó como «el enemigo interior». Y eso que se trataba de los mismos mineros que durante la Segunda Guerra Mundial mantuvieron la producción de carbón bajo las bombas para salvar al imperio ante los nazis.

Pero su gran lucha fue en 1981, cuando afrontó la huelga de hambre de los presos del IRA de la prisión de Maze, que reclamaban mejoras en su trato por parte del Estado. Liderados por Bobby Sands, diputado electo por el Sinn Féin, diez presos iniciaron primero una huelga de vestidos porque no les permitían llevar su propia ropa y decidieron ir desnudos; después, una huelga de limpieza, ensuciando sus celdas con excrementos, y por último una huelga de hambre que siguieron hasta las últimas consecuencias.

Durante el verano de 1981 fueron muriendo uno a uno en medio de gravísimos disturbios en Irlanda. De nada sirvieron las peticiones de clemencia por parte de otros países o de las autoridades eclesiásticas. Murieron todos ante la total indiferencia de Thatcher, que no cedió. «Son criminales convictos y han decidido acabar con su vida, opción que no concedieron a sus víctimas».

El 12 de octubre de 1984, el IRA estuvo a punto de matarla en un atentado que destruyó un hotel de Brighton, donde el partido conservador celebraba su convención. Murieron cinco personas, pero a ella no le pasó nada, y al día siguiente pronunció el discurso que tenía preparado con toda normalidad. El

IRA respondió: «Hoy no hemos tenido suerte, pero recuerde que solo hemos de tener suerte una vez. Usted habrá de tenerla siempre.»

Esta bonita historia de amor siguió hasta el día de su muerte. El político del Sinn Féin Danny Morrison la describió cariñosamente como «la peor cabrona que jamás hemos conocido». Y es que el día de su muerte, por tremendo que parezca, fue motivo de alegría en toda Inglaterra: tres mil manifestantes se reunieron improvisadamente en Trafalgar Square para celebrarlo. Se creó la página web isthatcherdeadyet.co.uk bajo el lema «The lady is not returning» [la dama no va a volver], un juego de palabras con una de sus frases favoritas, «The lady is not for turning» [la dama no va a cambiar], que pronunció en una convención cuando sus partidarios le pidieron que aflojara un poco.

Al final, mira por dónde, hizo feliz a la gente.



PABLO NERUDA

1904–1973

✕ VIOLADOR

✕ ENVIDIOSO

✕ EGOÍSTA

Todos los aspirantes a poeta de las últimas décadas han suspirado por parecerse a nuestro siguiente execrable, un motivo que, por sí solo, ya bastaría para que ingresara en el Club. De no haber existido esta pasión por nuestro hombre, nos hubiésemos ahorrado muchos boleros y cantantes de piano bar. ¡Al loro!, que vamos a bajar del pedestal al que es, según García Márquez y Harold Bloom, el mejor poeta del siglo XX. El mismo que nos desafió con sus *20 poemas de amor y una canción desesperada*, aunque los desesperados seamos nosotros después de leerlo. Uno de los poetas más populares del siglo XX, pero también un sátiro, un abusador, un vanidoso recalcitrante, un padre monstruoso, un envidioso y un iracundo amigo de los dictadores más sanguinarios. Premio Nobel de Literatura, pero también premio Stalin de la Paz (para los de la ESO, vendría a ser como el premio Pablo Motos al Talento). Por fin se hará justicia a un poeta más cursi que Hello Kitty y más oscuro que Darth Vader. Por si no lo habéis adivinado, estamos hablando de Ricardo Eliezer Neftalí Reyes Basoalto, quien, con muy buen criterio, a los dieciséis años decidió llamarse Pablo Neruda.

Nuestro personaje tiene más azúcar que un Sugus, pero mucho cuidado con las primeras palabras de estos versos: «Me gusta cuando callas porque estás como ausente.» Decid esto a vuestras novias y os vemos más solos que Rajoy en una cumbre internacional. Esta frase ya revela su relación con las mujeres, que no era la que se espera de quien dignificó (o no) los poemas de amor. Para empezar, en su libro de memorias *Confieso que he vivido*, el poeta explica que, cuando estaba en Ceilán, cada mañana cagaba en un cubo que aparecía limpio al día siguiente.

«Me gusta cuando cagas porque estás como ausente», debía de pensar. Pues bien, intrigado por el misterio de la limpieza nocturna de su caja de excrementos se despertó temprano un día para ver cómo se producía tal milagro y descubrió que una bella joven la limpiaba. Neruda se obsesionó con esa chica que tenía un trabajo tan poco agradable y relata en sus memorias (ojo, que no nos inventamos nada, sino que lo cuenta él) que una mañana «la tomé fuertemente de la muñeca y la miré cara a cara». Como no hablaban ninguna lengua en común, la arrastró a la cama y la violó.

El propio Neruda en *Confieso que he vivido*, o *que he bebido*, o *que he cagado* —ahora nos hemos hecho un lío con el título—, reconoce que violó a esa mujer porque era «de raza tamil, de la casta de los parias». Una mujer humillada por un sistema clasista que la obligaba a aceptar todos los abusos de los que estaban considerados como una casta superior, que era el caso de Neruda. Todo un diplomático.

Él mismo describe la escena así: «El encuentro fue el de un hombre con una estatua. Permaneció todo el tiempo con sus ojos abiertos, impasible. Hacía bien en despreciarme.» Perdone, señor Neruda, lo que usted llama «encuentro» es una violación en toda regla. Quizás el título más apropiado para sus memorias debería ser *Confieso que he violado*. Lo que pasa es que, como poeta que es, una violación puede explicarse como un acto elevado.

Y tan elevado. Lean: «Se dejó conducir por mí […] y pronto estuvo desnuda sobre mi cama. Su delgadísima cintura, sus plenas caderas, las desbordantes copas de sus senos la hacían igual a las milenarias esculturas del sur de la India [ojo, que ahí le sale el apunte Indiana Jones]. El encuentro fue el de un hombre con una estatua [viva el machito; lo grabas en el móvil y eres un ídolo en San Fermín]. Permaneció todo el tiempo con sus ojos abiertos, impasible.»

Neruda era lo que científicamente se conoce como un picha brava. Cada vez que se investiga la vida de Neruda aparecen más mujeres. Pero cuidado con el romántico de barra de bar: Neruda le dijo a su novia Albertina Azócar que, si no le daba el sí (para casarse), inmediatamente se casaría con otra.

Y como ella no se dio prisa en responder, así lo hizo. Le escribió: «Me estoy cansando de la soledad, y si tú no vienes, trataré de casarme con alguna otra.» Nos ha jodido el poeta del amor.

También en Ceilán (para los de la ESO, actual Sri Lanka. O dejémoslo, no tenéis ni idea de qué es Ceilán ni Sri Lanka) se enrolló con Josie Bliss, que era, con razón, muy celosa. Neruda se hartó pronto de esa relación y, todo un caballero, relata así cómo se libró de ella: «Por suerte recibí un mensaje oficial que anunciaba mi traslado a Ceilán. Preparé mi viaje en secreto y un día, dejando mi ropa y mis libros, salí de casa como de costumbre y subí al barco que me llevaría lejos.»

Y la lista sigue. Se enamora de la argentina Delia del Carril y viajan por el mundo. Es la mujer de su vida y se casa con ella, pero en la vida de Neruda caben muchas más. En un viaje al extranjero tiene un lío con Matilde Urrutia, pero, como todos los cobardes, vuelve junto a su mujer, que, al enterarse, se separa del falso poeta de algodón de azúcar, y él entonces lo ve claro y se va

con Matilde. Hay que decir que cada una de estas mujeres le inspiró, como mínimo, un poema. Vaya, te trato como la mierda, pero te hago un poemita. Haced esto a vuestras chicas y ya veréis, ya. Por menos de esto estamos rajando de los cantantes de *reggaeton*.

Pero si Neruda era poco de fiar como novio, como padre fue un monstruo. Neruda tuvo con su primera mujer una hija con hidrocefalia (ya era famoso y amigo de Aleixandre y Lorca, que de hecho conocieron a la pequeña). La niña estaba destinada a morir muy pronto, pero sobrevivió ocho años. En algunos momentos puede parecer un padre sensible, porque hace alguna alusión velada a la situación familiar en poemas como «Enfermedades en casa», pero lo cierto es que Neruda abandonó a la madre y a la hija a su suerte. Y como guinda, después de la muerte de su hija, abandonó a su mujer (la madre de la niña muerta) ¡por carta! Desde México, donde ya tenía otra novia, está claro. ¡Otro aplauso para el poeta del amor!

Durante el tiempo en que abandonó a su mujer con la hija enferma, la madre no se corta en recordarle al poeta lo que realmente pensaba de él. En una carta le escribe: «A mi estimado cerdo (*Dear Pig*): es realmente imperdonable tu negligencia hacia nosotras, especialmente para tu bebé. Hoy, 18 del mes, no he recibido tu dinero.» La madre tuvo que dar a la niña a una familia en acogida y murió en 1943. Nunca más la mencionó y a lo largo de toda su vida intentó esquivar el tema. Joder con Neruda. Me gusta cuando callas, porque la cagas.

A quien sí que amaba Neruda era a Stalin. Cuando murió, es decir, cuando ya eran públicos todos sus crímenes contra la humanidad, escribió «Oda a Stalin». El poema acaba así:

> *[…] y allí velamos juntos, un poeta,*
> *un pescador y el mar,*
> *al Capitán lejano que al entrar en la muerte*
> *dejó a todos los pueblos, como herencia, su vida.*

Especialmente, a los diez millones de ucranianos que murieron. Estaba de moda adorar a Stalin. También lo hizo Alberti, pero, teniendo en cuenta lo que hizo el viejo Pepe, queda feo.

Recordemos que Neruda ganó el premio Stalin justo el año de la muerte del dictador, 1953. Eso sí que era amor de verdad. Y después, hay que ver las fotos de Neruda con otros sátrapas de la vida comunista como Honecker (el dictador de la RDA) y su mujer, como si fueran los Ingalls yendo de excursión en *La casa de la pradera*. Por cierto, en la foto que se puede encontrar en internet no se distingue quién es quién. Todos se parecen mucho,

especialmente Honecker y su mujer. Ahora entendemos *La vida de los otros*, esa película en la que parece fácil engañar a una pobre señora.

Neruda, muy cercano a las preocupaciones de la clase trabajadora, también frecuentaba los burdeles más lujosos, donde siempre pedía champán francés. Para los que no lo saben, el champán es mucho más caro en esos lugares que en el Mercadona. Y también hablaba de su afición al caviar. Que una cosa es ser comunista y otra gilipollas.

Quienes trataron con él dicen que era un hombre que pasaba del humor más desenfadado al mal genio en cuestión de segundos. Y siguiendo con este patrón, se puede pasar de burgués a marxista y viceversa, sin problemas. La verdad, todo indica que era más fácil ser su amigo que su mujer o su amante.

Y no os lo perdáis. Era un auténtico cabrón en la rivalidad en la rima. Hoy en día sería el puto amo en las «peleas de gallos» de los raperos. Su enemistad con los tres grandes poetas chilenos de la historia, Pablo de Rohka, Vicente Huidobro y Gabriela Mistral, es épica. ¡Ah, perdón! A Gabriela Mistral nunca la tuvo en cuenta. Era una mujer.

No hay nada peor que unos poetas peleados. Estimados lectores, vosotros os imagináis que la gran pelea del mundo debería producirse entre los protagonistas de *Los mercenarios*, pero no hay nada parecido a la lucha y la mala leche acumulada entre poetas. Por delicados que parezcan, tienen más peligro que Tyson cuando vuelve del casino después de haber perdido.

De entrada, los tres sacaban de la ecuación a Gabriela Mistral por el hecho de ser mujer y, probablemente, la mejor poeta chilena. Eran comunistas y se odiaban a muerte; tanto, pero tanto, que cuando a Neruda le dieron el premio Nobel, tuvo palabras de desprecio para Huidobro diciendo: «El poeta no es un pequeño Dios.» La respuesta de Huidobro no se quedó corta: «¿Es que mi presencia es un obstáculo para la felicidad del señor Neruda y sus amigos? Siento mucho no poderme suicidar en el momento.»

Un discípulo de Huidobro, Volodia Teitelboim, descubrió que el poema número 16 de *20 poemas de amor y una canción desesperada* era un plagio descarado del poema 30 de *El jardinero* de Tagore, cosa que nos lleva a pensar que entre los cursis se plagian, o bien que todos los cursis hablan de lo mismo, o ambas cosas.

Lo peor de todo es que los políticos también citan ya a Neruda, como hizo un democratacristiano (como Neruda o Duran y Lleida: cristianos de cintura para arriba, demócrata de cintura para abajo) italiano llamado Clemente Masella, quien en 2008 provocó la caída de Romano Prodi haciendo gala del transfuguismo. Justificó su acción recitando un falso poema de Neruda que

corre por las redes titulado «Muere lentamente», pero que en realidad es de la brasileña Martha Madeiros.

¡Atención! Chicos y chicas que leéis: NUNCA en la vida confiéis en alguien que os tire los tejos con poemas de un violador como Neruda. Y nunca hagáis caso de eso de «Me gustas cuando callas porque estás como ausente». Optad por Benedetti y tan panchos.



ALFONSO XIII

1886-1941

✗ GOLPISTA

✗ CORRUPTO

✗ DÉSPOTA

Pocas veces se nos ha presentado la oportunidad de diseccionar los méritos para ingresar en el Club de los Execrables de un personaje como el que trataremos a continuación. Todo un execrable de pata negra nacional. Un rey de España y execrable de pies a cabeza. Si los Borbones tuvieran que elegir un capitán que encarnara todas las «virtudes» que les han adornado a lo largo de la historia, sin duda este personaje sería imbatible. Lo tiene todo: cobarde, obseso sexual, ladrón, fascista, golpista, mal padre, crápula, vividor, irrespetuoso con la vida de sus súbditos, mal gobernante y déspota. Busquen, comparen y si encuentran un Borbón más execrable (en la era moderna, porque Felipe V y Fernando VII eran claramente carne de tratado de psiquiatría) que Alfonso León Fernando María Jaime Isidro Pascual Antonio de Borbón y Habsburgo-Lorena, conocido como Alfonso XIII, vengan y les reembolsaremos el dinero del libro.

El bisabuelo del actual rey de España y abuelo del rey emérito, que es una mala copia del ínclito, nació en Roma en 1887 como hijo póstumo de Alfonso XII, hecho por el cual fue su madre, María Cristina, conocida popularmente como Doña Virtudes, quien ejerció la regencia de España durante su niñez. Su madre y su tía Isabel, conocida como La Chata —sí, lo han acertado, la Casa de Borbón es lo más parecido al talego, todo el mundo tiene un mote—, lo educaron para reinar malcriándolo al máximo. No se preparó cultural ni políticamente. Era un rey a la antigua que no entendía la democracia, como se pudo comprobar trágicamente años más tarde. Su lema era muy democrático: «Con el rey, con razón o sin ella.» Más o menos lo que siguen pensando los actuales Borbones.

Como el niño tenía ganas de mandar y desde el inicio vio claras las ventajas de ser rey, cuando empezaron a picarle las hormonas en los bajos forzó al Gobierno a emitir un decreto por el cual le avanzaban la mayoría de edad a los dieciséis años, y se coronó rey de España. Para que os hagáis una idea aproximada de la magnitud de la tragedia de lo que supone un Borbón adolescente al mando, imaginad a Froilán como rey. ¡Desde hace cuatro años! ¿A que acojona? Pues eso era Alfonso XIII.

Se hace cargo de una España en plena depresión que acababa de perder las colonias y que vivía la crisis de 1898. El propio rey, en su primer discurso, hace un retrato bastante aproximado de la situación: «La reforma social a favor de las clases necesitadas, el ejército con una organización atrasada a los adelantos modernos, la Marina sin barcos, la bandera ultrajada, los gobernadores y alcaldes que no cumplen las leyes, etc. En fin, todos los cuarteles desorganizados y mal atendidos.» De acuerdo, tenía el diagnóstico, pero soluciones no aportó ni una; es más, empeoró bastante la situación. Eso sí, se hartó de follar y se hizo inmensamente rico. Como mínimo, a él la cosa no le fue tan mal.

Empezamos por la situación militar. Fue uno de los principales responsables de lo que se conoce como el Desastre de Annual en la campaña del Rif, la última de las colonias que le quedaba al Imperio español después de haber perdido Cuba y Filipinas. Enamorado del ejército, se dedicó a promocionar a sus amigotes de farra a altos mandos militares. Los amigos en cuestión eran unos absolutos inútiles que pensaron que ir a someter la revuelta de Abdel-Krim era lo más parecido a salir a cazar conejos a la Casa de Campo, por no decir osos drogados, y no.

Aquella desastrosa excursión colonial para tratar de recuperar la grandeza de un imperio que hacía aguas por los cuatro costados les costó la vida a muchos jóvenes españoles, especialmente catalanes y valencianos, que, mira por dónde, fueron los que tenían más números para ir a luchar a Marruecos. La resistencia a esta discriminación generó la Semana Trágica (para los de la ESO, no, no es la semana de exámenes), que fue durísimamente reprimida por los militares españoles, que se vengaron con Barcelona de las palizas que recibían en África.

En Cataluña, al rey lo conocían como «En Cametes» [el piernecillas], porque se ve que tenía las piernas muy delgadas. Las que estaban a la vista, porque según parece la del medio la utilizaba profusamente y estaba a la altura de la fama que en este sentido tienen los Borbón. Pero no adelantemos acontecimientos, que la parte guarra llega al final.

El caso es que a raíz del Desastre de Annual se abrió una investigación parlamentaria que se encargó al general Juan Picasso y derivó en el famoso Expediente Picasso, donde se detallaba una serie de malas praxis en el ejército que habían causado la muerte de muchos reclutas forzados, hijos de campesinos y de obreros. Ascensos por amiguismo, sobornos, mala gestión, desvío de fondos… y el rey salía salpicado en cada página del informe. El

escándalo estaba en la calle, la prensa lo asediaba y su popularidad caía en picado, algo había que hacer.

Y la solución que encontró Alfonso XIII fue muy española. No, no montó una corrida de toros ni una juerga flamenca. Propició el golpe de estado del general Primo de Rivera, que, entre otras cosas, sirvió para que el Expediente Picasso quedara olvidado en un cajón. Con Primo de Rivera como presidente del Gobierno, España consiguió ganar la guerra de Marruecos gracias al desembarco de Alhucemas, comandado por un joven general con solo un huevo de quien Alfonso XIII se enamoró políticamente. Tanto es así que lo convirtió en su favorito, con funestas consecuencias inmediatas. Acababa de aparecer en escena Francisco Franco. Fue tan grande la admiración de Alfonso XIII por Franco que incluso aceptó ser el padrino de la boda del aspirante a Generalísimo con Carmen Polo.

Por aquella época, el pueblo, obviamente, no tenía ninguna simpatía por el rey. Quizá creamos que ahora vivimos el momento de popularidad más baja de la monarquía española, pero lo que pasa en la actualidad es un juego de niños comparado con la España del primer tercio del siglo XX. También eran algo más bestias. Por ejemplo, el día de su boda ya intentaron cargarse al rey. Alfonso XIII se casó con una inglesa, Victoria Eugenia de Battemberg, hija del príncipe Enrique de Battemberg y la princesa Beatriz del Reino Unido. Para poder contraer matrimonio tuvieron que elevarla a Alteza Real en su pueblo, porque era plebeya y España no podía permitir un matrimonio morganático (para los de la ESO, es lo que ha hecho el rey actual con la expresentadora del Telediario) y ella tuvo que convertirse al catolicismo. Hay que decir que la principal opositora a Victoria Eugenia era la madre de Alfonsito, entre otras cosas por su historial de hemofilia. Sus desavenencias se acentuaron en la Primera Guerra Mundial: María Cristina apoyaba a los alemanes y Victoria Eugenia a los ingleses.

El día de la boda, cuando el desfile nupcial pasaba por la calle Mayor de Madrid, un anarquista llamado Mateo Morral escondió una bomba marca ACME (para entendernos) en un ramo de flores y lo lanzó a la carroza real. El artefacto estalló y mató a ocho soldados del cortejo real y a tres personas del público, además de causar muchos heridos, pero a los novios no les pasó nada. No fue este el único atentado al que sobrevivió Alfonso XIII. En uno de sus primeros viajes de Estado se trasladó a París, donde fue objeto de otro ataque cuando iba con Émile Loubet, el presidente de la República, del cual también salieron ambos ilesos. Digamos que muy popular no era y que le costaba entender las indirectas.

Entre los motivos por los cuales la popularidad del rey estaba al nivel de la de Mourinho, además de su nefasta actuación militar, su represión a los republicanos (hizo fusilar a Ferrer y Guardia y a los capitanes del cuartel de Jaca Fermín Galán y García Hernández) y el hecho de haber propiciado un golpe de Estado, estaba su afición al «mangazo», que deja a Rato como un ejecutivo honorable. Como escribió Valle Inclán: «Los españoles han echado al último Borbón, no por rey, sino por ladrón.»

Alfonso XIII disponía de una gran información financiera e industrial del país y la utilizó para hacer inversiones. Fue accionista de Trasmediterránea, del metro, de Hispano-Suiza y de otras empresas que se favorecieron de las contrataciones del Estado; hoy habría sido accionista de ACS. Pero la golfada más grave fue con galgos, mira que hay que ser cutre. En 1929 se creó el Club Deportivo Galguero Español, una sociedad sin ánimo de lucro (ejem) para fomentar el galgo español. El club transfería sus beneficios a la Sociedad Mecánica y a Stadium Metropolitano, empresas en las que el rey participaba como accionista mediante un testaferro. Con este trinque obtuvo un beneficio de 6,18 millones de euros actuales. Más adelante, vendieron la sociedad por 12 millones más (sí, sí, de los actuales). La República, tiempo después, se querelló contra el rey, pero Franco la hizo desaparecer (la República, la querella y a los republicanos que pudo). En definitiva, lo que hizo Urdangarín no fue más que seguir la tradición.

Para haceros una idea de cómo era de chorizo el bisabuelo del actual rey, se ha calculado que su patrimonio (en euros actuales) entre 1886, cuando nació, y 1902, cuando fue coronado, era de 35,5 millones. Esta fortuna era consecuencia de la asignación del Estado (¡2 millones anuales!) y la herencia de su padre (¡4,4 millones!). Después, gracias al capital de su mujer, que estaba podrida de dinero, y a sus negocios como rey, se calcula que su patrimonio cuando marchó al exilio era de ¡¡¡144 millones de euros!!! Cuando se exilia tiene a su disposición 48 millones de euros más en cuentas bancarias de Londres y París. Lo que pasa es que, como explicaremos a continuación, su tren de vida como exiliado no lo aguantaba ni Floyd Maywather, puesto que en diez años se pulió 30 millones de euros, principalmente en farras. «Olé tú.»

El 14 de abril del 31, después de unas elecciones municipales en las que arrasan los partidos republicanos, el monarca pone pies en polvorosa hacia el exilio. Lo presenta como una renuncia para evitar una guerra civil (lo clavó, el tío, que desde el exilio conspiró lo que no está escrito para derrocar al gobierno de la República financiando el golpe de Estado de su amigo Franco).

Su exilio es más parecido a la gira de un *playboy* que se desentiende de la familia que a un acto heroico por la patria. Atenta la compañía: viendo que la cosa se estaba poniendo chunga, el rey se pilla su Hispano-Suiza de lujo y, conduciendo él mismo (era un gran amante de los coches y de la velocidad, los campechanos es lo que tienen), pone rumbo a Cartagena para subir a un barco que lo lleve a Marsella.

Con las prisas, se olvida de la familia, pequeño detalle. En el Palacio Real de Madrid se quedan su mujer y cinco de sus hijos: las dos niñas, dos que eran hemofílicos y estaban enfermos en cama, y otro que era sordomudo. El sexto hijo, Juan, el abuelo del actual rey, estaba en la Marina inglesa haciendo de becario. Toda la familia se quedó bajo la única protección de veinticinco alabarderos, dos oficiales y un capitán, que afrontaron una noche en la que llovieron piedras sobre el palacio.

Ajeno al *escrache* que sufría su familia, Alfonso XIII atraca en Marsella, donde le está esperando el embajador de España, Quiñones de León, quien, con este nombre, solo podía ser embajador del Reino de España. Este le comunica que la reina y los niños están a salvo y van directamente a París. Él, en lugar de dirigirse a la capital francesa, hace que lo lleven en taxi al Hotel París… de Montecarlo, donde su primera ocurrencia es degustar un cóctel que llevaba su nombre y que había inventado en su honor Émile, el mítico barman del establecimiento. Por si lo queréis probar, el Alfonso XIII se compone de ginebra, Dubonnet y un poquito de angostura. Allí, a pie de bar, atiende a los periodistas y se deja fotografiar como si fuera una estrella de cine. Cuando días después llega a París, casi ni saluda a la familia, pero ordena un encargo de gran trascendencia nacional al embajador: lo manda a Sulka, una afamada sastrería de la rue Rivoli, para que le compre doce camisas de seda. Empieza a despilfarrar el dinero en farras, cacerías y fiestas, mientras el muy miserable obliga a su familia a refugiarse en Fontainebleau y él se queda en París pegándose la gran vida. Más adelante, la familia se traslada al Hotel Savoy, donde las habitaciones eran tan pequeñas que se veían obligados a dejar el equipaje en el pasillo y no tenían cuarto de baño privado. Cuando su mujer se quejaba de la situación, el rey le decía: «Entiéndelo, no tengo un real, soy un rey en paro.» Pero al mismo tiempo, él se reservaba una suite en el exclusivo Hotel Maurice para convocar a sus amantes y se compró un Bugatti para ir lo más rápido posible en sus escapadas a Montecarlo.

Hasta que a la reina, un buen día, se le hinchan los ovarios: va a buscarlo a su hotel de París y le dice que ella se vuelve a Inglaterra con su madre, antes de añadir, textualmente, «no quiero volver a ver nunca más tu cara fea».

Bastante había aguantado, la pobre, que se ve que no era una mala mujer. Mercedes Salisachs, que estudió su vida, consideraba que «el pueblo quería a la reina Victoria Eugenia pero, en cambio, la nobleza española, aristocrática, conservadora y provinciana la detestaba por guapa, extranjera y culta. Hizo mucho por España y la gente lo sabía. Fue una mujer admirable y extraordinaria». Claro que el testimonio de Salisachs es bastante subjetivo. La escritora define a Alfonso XIII como un auténtico «enfermo sexual».

Victoria Eugenia nunca hizo el menor comentario sobre las evidentes excentricidades de su marido, que no fueron pocas. De hecho, Alfonso XIII tuvo cinco hijos fuera del matrimonio, el perla. En 1905 tuvo una relación con la aristócrata francesa Mélanie de Gaufridy de Dortan, de la cual nació Roger Leverque de Vilmorin. Mantuvo, además, una familia paralela con la actriz Carmen Ruiz de Moragas, de la cual nacieron dos hijos, María Teresa Ruiz de Moragas y Leandro Alfonso Ruiz de Moragas, aquel señor tan curioso que salía mucho en las revistas y que en 2003 consiguió que la justicia española le permitiera añadir «Borbón» a su apellido.

Pero es que, además, tuvo dos hijas con las niñeras de sus hijos, un campeón. De la primera no se sabe el nombre, solo que, en un acto de gran coraje familiar, hizo abandonar a la niña a las puertas de un convento de Madrid. La segunda, olé sus huevos, fue el aya irlandesa de nombre Beatrice Noon, con la que tuvo una niña a la que llamaron Juana Alfonsa Milán y Quiñones de León. El embajador en Francia aceptó poner su apellido a la niña para tapar al rey: esto es lealtad a la Corona y no lo de Soraya. Según la cantante Carly Simon, su abuela era esta niña, que fue enviada a un convento en Inglaterra.

Pero la traca final que retrata al personaje era su afición al porno. Aquí no podemos ser tibios, tenemos que aplaudir a este Borbón, que fue el pionero del porno en España, un Torbe de la Casa Real. Él mismo escribía los guiones de las películas, las producía y escogía a las actrices. Las filmaban los hermanos Baños, en el Barrio Chino de Barcelona, y fueron descubiertas en un monasterio de Valencia. El catedrático Romà Gubern ya había escrito sobre este tema y las autentificó, y ahora, una vez restauradas, están en el archivo de la Filmoteca de Valencia.

Son tres películas guionizadas por el propio rey que se titulan *El confesor, Consultorio de señoras y El ministro*, y duran entre cuarenta minutos y una hora. Todas de alto voltaje intelectual.

La primera, como muy sutilmente uno puede imaginarse, trata de un cura que confiesa por delante y por detrás a las feligresas. La segunda, también un

prodigio de imaginación en el guion, trata de un médico que examina muy a fondo a las señoras de su consultorio. Y la tercera, en el colmo de la cara dura, va de una señora que va a ver a un ministro que acaba de despedir a su marido y que se muestra dispuesta a todo para que lo readmitan. Encima, se cachondeaba de cómo funcionaban las cosas en la Administración.

Su afición al porno y a las orgías queda reflejada en la anécdota que explica Anita Loos en su libro *Adiós a Hollywood con un beso*, donde dice que el rey de España era asiduo visitante de la Meca del Cine y que era muy amigo de Douglas Fairbanks. Un día le pidió conocer a Fatty Arbuckle, el gran actor cómico. Cuando Fairbanks le explicó que Fatty había caído en desgracia por haber matado supuestamente a una adolescente en una orgía introduciéndole una botella de champán por la vagina, el rey de España respondió: «¡Qué injusticia, esto puede pasarle a cualquiera!»

Mientras se dedicaba a repoblar Europa con hijos bastardos e ir de farra dilapidando la fortuna que había conseguido distraer de España, Su Majestad conspiraba contra la República (el Alzamiento Nacional le sorprende cazando en Checoslovaquia, pero no consta que emborracharan a los osos como hicieron con su nieto) y enviaba fondos a su amigo Franco, hasta dos millones de libras esterlinas, para financiar el golpe de Estado. Al tiempo que por carta se proclamaba «fascista desde la primera hora», intentaba que su hijo Juan se alistara en las tropas golpistas e intervenía para que Mussolini enviara aviones para apoyar a las tropas de Franco.

En una entrevista para *Le Journal-Écho* de París manifestaba: «En estos instantes importa, más que nunca, que todos los españoles se agrupen alrededor del caudillo Franco, que ha conseguido la victoria. Yo obedeceré las órdenes del general Franco, que ha reconquistado la Patria, y, por tanto, me considero un soldado más a su servicio. […] Mi porvenir y el de todos los españoles está ahora en las manos del general Franco.» En una ostentación de peloteo felicitó al general por haber liberado Barcelona y, cuando acabó la Guerra Civil, lo primero que hizo fue organizar en la iglesia de los Españoles de Roma un Te Deum para agradecer a Dios el triunfo de la Cruzada.

Sin embargo, Franco no quiso saber nada de él y nunca llegó ni a insinuar su posible regreso, cosa que le dolió profundamente. «Confié en Franco cuando era un don nadie, pero él me ha traicionado y me ha engañado a cada paso.»

Su manera de intervenir en la política española, que dio origen al término *borbonear*, no le sirvió de nada ante el sanguinario monstruo que ayudó a crear. Murió a los cincuenta y cuatro años en un hotel de Roma a causa de una

angina de pecho después de abdicar en su hijo Juan, que nunca pudo reinar. Franco había escogido al nieto de Alfonso XIII para ser su sucesor. Todo estaba «atado y bien atado».



JAMES DEAN

1931–1955

- TREPA
- MALEDUCADO
- VANIDOSO

Si alguien ha representado a lo largo de décadas el mito de la rebeldía y la juventud, que fue inmortalizado en pósters y carpetas, ese fue James Dean. Su mirada triste y su gesto indolente han hecho suspirar —y lubricar— a varias generaciones de adolescentes. Un actor que, aparte de sus intervenciones como extra, solo estrenó una película en vida, pero a quien una muerte prematura lo trasladó directamente al Olimpo de Hollywood. Vamos a diseccionar a un trepa que era capaz de todo por llegar a la fama, un tipo atormentado, vanidoso y superficial. Un actor mediocre y más falso que los pechos de Kim Kardashian. Bajamos del pedestal a James Byron Dean. Ya podéis aprovechar para hacer limpieza y arrancar el póster de la pared, porque este tipo era un auténtico y monumental cretino.

La vida de Jimmy está llena de equívocos. Para empezar, según se afirma en internet, una de las frases célebres del actor es: «Vive rápido, muere joven y deja un bonito cadáver.» Pues empezamos mal, porque esta frase es de la película *Llama a cualquier puerta*, protagonizada por Humphrey Bogart. La única conexión entre la frase y James Dean es que este filme lo dirigió Nicholas Ray, que también lo dirigió a él en *Rebelde sin causa*.

En cuanto a su belleza atormentada, también tenemos malas noticias. De entrada, llevaba dentadura postiza, porque perdió los dientes en un accidente siendo niño. Imaginaos que os acostáis con este señor y antes de hacer nada se quita los dientes y los pone en remojo… ¡Pierde todo su *sex appeal*!

Pero para conocer mejor a este personaje, indagaremos un poco en su pasado: a los nueve años se quedó huérfano de madre, y su padre, que no podía hacerse cargo del chaval, lo envió a vivir con unos tíos en un entorno cuáquero, ya sabéis: una secta protestante, bastante puritana. Una vez allí, una de las personas más próximas a él fue el pastor James DeWeerd, el líder religioso de la comunidad. El típico cura ultra al que le encanta trabajar con niños. Peligro en La Balastera.

Sí, amigos, acabó pasando lo que ya os imaginabais, habría sido más seguro que lo hubieran matriculado en una escuela del padre Maciel. El reverendo era un sujeto extravagante al que le gustaban los toros y las carreras de coches. Ah, y también llevarse a los niños a un lago donde los hacía nadar

desnudos… Pequeñas manías. Incluso enseñó a Jimmy a conducir, lo cual es un mérito dudoso si recordamos que James Dean se mató en un accidente de coche. El mismo mérito de haber sido el profesor de filosofía de Paquirrín o, para centrarnos en los coches, el profesor de autoescuela de Farruquito.

Pero con la Iglesia hemos topado, y aquí aparece uno de los primeros momentos oscuros de nuestro pequeño Jimmy. Muchos años después de su muerte, Elizabeth Taylor (que era más joven que Dean, y con quien compartió rodaje en *Gigante* y fue su mejor amiga) dijo a la revista *Point of View* que, según James Dean le había confesado, el pastor de su iglesia había abusado de él durante su infancia. Taylor hizo prometer al periodista que no lo revelaría mientras Dean estuviera vivo. No se sabe con certeza si el pastor era el mismo reverendo DeWeerd que le había enseñado a conducir, pero todo apunta a que sí, y eso explicaría una parte del oscuro carácter del ídolo de las pantallas.

Bien es verdad que James tenía una sexualidad ambigua y se vendió en cuerpo y alma para triunfar en Hollywood, sobre todo en cuerpo. Él mismo confesaba que se había acostado con los hombres más poderosos de la industria para ascender, una actividad que denominaba «Cupones de comida gratis». Lo que no sabemos es para quién era la comida, porque él presumía diciendo que «me la han mamado cinco de los más grandes productores de Hollywood». En una de sus biografías explican que hizo un *menage à trois* con George Cukor y Walt Disney. Algunos biógrafos incluso dicen que hizo chapas en las calles. (Para los de la ESO, no, eso no es jugar con los tapones de las botellas.)

La sexualidad de Dean era tempestuosa. Muchas de sus últimas biografías, como por ejemplo *Boulevard of Broken Dreams*, revelan que era un homosexual muy torturado. Icono de la masculinidad, los estudios no podían permitirse que el público femenino descubriera que era gay, hecho que lo atormentaba hasta el punto de que acabó practicando el sadomasoquismo a unos niveles que hacen que *Cincuenta sombras de Grey* parezca, en comparación, los Teletubbies. Bueno, de hecho ya lo es un poco.

Según cuenta Kenneth Anger en *Hollywood Babylon*, la biblia de las bajezas de las estrellas: «A Jimmy le gustaba el sexo con botas, golpes y cinturones, y que le quemaran con cigarrillos, por eso se ganó el mote de “el cenicero humano”.» Así era conocido por la selecta parroquia del club Iris, un sórdido bar homosexual donde Dean llevaba a cabo uno de los números estrella del cuarto oscuro: desnudarse y dejar que los clientes, cuanto más peludos y fuertes mejor, le pisaran todo el cuerpo. De hecho, los médicos que

le practicaron la autopsia cuando murió se quedaron de piedra ante la cantidad de cicatrices que tenía en el torso y en los brazos por quemaduras de pitillos.

Especialmente obsesiva y destructiva fue su relación con Marlon Brando, de quien estaba locamente enamorado. Se conocieron en una charla que Brando dio en el Actor’s Studio y conectaron enseguida, tanto, que se besaron al instante. Brando siempre utilizó a Dean como juguete sexual y por lo visto pasaba mucho de él, mientras que Jimmy sufría porque estaba muy enamorado de Marlon. En la famosa entrevista que Brando concedió a Truman Capote, el actor confiesa: «Dean no fue nunca amigo mío. Casi no lo conocí. Pero tenía una obsesión conmigo. Me telefoneaba a menudo y me dejaba muchos mensajes. Pero nunca le devolví ni una sola llamada. Era un chaval perdido tratando de encontrarse.»

Una versión que difiere un poquito de la percepción que tenía Dean de la relación. En una entrevista dijo: «La gente me decía que me parecía a Brando incluso antes de que yo supiera quién era Marlon Brando. No me ofende la comparación, porque es mi mejor amigo. Nunca he conocido a una persona como Bran; es sensible, paciente y el mejor actor del mundo. A veces cuando actúo lo imito, y esto es algo que solo él y yo sabemos.»

Entre que uno es un cabroncete cruel y que el otro no parece que esté demasiado en sus cabales… ¡bonita pareja de tarados! Dean también se enamoró de Pier Angeli, pero la madre de la actriz se oponía a la relación (puede que en ello influyera el nimio detalle de que Dean le pegaba) y la presionó para que se casara con Vic Damone, que era un cantante, no una pizza familiar. El día de la boda, Dean se paró con su moto ante la iglesia y se puso a acelerarla sin cesar como una forma de protesta. Ella tampoco acabó bien. Se suicidó a los treinta y nueve años con una sobredosis de barbitúricos.

Tampoco parece que sus dotes de actor fueran las que recordamos ahora. Aparte de su mirada perdida, que muchos atribuyen al hecho que era más miope que Ana Mato en su garaje (que se encuentra un Jaguar y no lo ve), todos los directores se quejaban de que vocalizaba menos que Jorge Sanz, que no oía nada y que había que repetir las escenas interminablemente. También se inventaba las líneas del guion, pero para estropearlo. Hay que tener en cuenta que era un intelectual: reconoció haber leído un libro, *El principito*.

Elia Kazan, el director que lo descubrió y que lo dirigió en *Al este del edén*, decía que trabajar con Jimmy era «como dirigir a la perrita Lassie, siempre con cambios de humor. Todo el rato tenía que estar dándole ánimos y palmaditas en la espalda.»

En los rodajes era un compañero nefasto. Rock Hudson relató que no tenía buenos modales, que nunca sonreía y que siempre se colocaba, aunque no le tocara, en el plano de cámara para robar las escenas. Nuestro amigo Rock, en el rodaje de *Gigante*, pasó de tener una clarísima tensión sexual con él a necesitar que lo agarraran para no romperle la cara. Del amor al odio.

A la hora de montar esta misma película, el director George Stevens tuvo que eliminar los primeros planos de Jimmy porque se le veían las pupilas absolutamente dilatadas por la ingesta de drogas. Llevaba puestas unas largas que podían iluminar Gotham City desde Albacete para llamar a Batman.

En el rodaje de *Rebelde sin causa*, el director Nicholas Ray tuvo que llevarlo a una farmacia para solucionar un problemita de ladillas. Natalie Wood no podía concentrarse ni hacer escenas con él porque estaba todo el rato rascándose los huevos. Literalmente.

Pero no acaban aquí las anécdotas que hacían de Dean el peor compañero de trabajo posible. Su mala educación era legendaria. En los estudios Warner se dedicaba a escupir a las fotos de las estrellas que colgaban en los pasillos, tenía la bonita costumbre de orinar en público en medio del rodaje o simulaba que tosía para quitarse la dentadura postiza y dar asco, mucho asco. Además, era famosa su alergia a la ducha, y su olor corporal era insoportable. Su sentido del humor tenía menos gracia que los chistes de Bigote Arrocet y consistía en gastar bromas, como por ejemplo hacerse fotos dentro de un ataúd y sandeces por el estilo.

Pero es que como amigo tampoco era ningún chollo. Todos sus amigos se sentían utilizados por él y solo se sentía a gusto cuando era el centro de atención. Tampoco ayudaba que fuera a todas partes con un fotógrafo (para los de la ESO, el señor que hacía fotos antes de que existieran los palos de *selfie*). Encima era mitómano: llamaba continuamente a Montgomery Cliff y a Marlon Brando, y cuando firmaba autógrafos ponía también el nombre de sus dos ídolos.

Brando llegó a recomendarle que acudiera a un psiquiatra. Esto es como si Bárcenas te advirtiera de que no fueras corrupto, Cristiano Ronaldo te dijera que fueras humilde, o Pamela Anderson que te comportaras de manera pudorosa.

Su fama de actor se forjó de manera inmediata después de que lo rechazaran por bajito —sí, chicas, por si no teníais bastante, apenas era un poquito más alto que Arévalo—, rodó únicamente tres películas como protagonista y solo la primera se estrenó estando él en vida, *Al este del Edén*, de Elia Kazan. Una vez muerto se estrenaron *Rebelde sin causa* y *Gigante*.

Murió a los veinticuatro años, con lo cual dio origen a un mito que no envejecería nunca, como Brando. Siempre sería el actor con aspecto de despistado, o de bobo, que ha llegado a nuestros días.

Hablando de su muerte, se ha especulado mucho con el hecho de que fuese un suicidio. Lo cierto es que se mató con su Porsche Spyder, al cual llamaba «Pequeño Bastardo». No se sabe con certeza si fue intencionado, pero lo más extraño es que los días previos al accidente visitó a todos sus amigos, como si quisiera despedirse. Incluso dejó su gato a Elizabeth Taylor para que lo cuidara.

Hay muchas teorías conspirativas en torno a la muerte de Dean, a cuál más delirante. La principal, obviamente, es que no murió en el accidente, sino que quedó completamente desfigurado, y que en su lugar enterraron al mecánico que iba a su lado; es decir, que Dean no murió aquel día, sino que se acabó matando en un accidente de coche en Alemania, tras vivir en un monasterio budista desde donde contactaba con las fans mediante los anuncios por palabras del *Los Angeles Times*.

Obviamente, estas teorías no tenían ningún sentido, pero sí hay un dato interesante y curioso. Dos días antes de morir en el accidente, Dean había rodado para la Policía de tránsito un anuncio contra los excesos de velocidad. También está absolutamente comprobado que una semana antes de matarse, coincidió con Alec Guinness en un restaurante y le enseñó su flamante Porsche. Guinness le dijo: «Haz de todo con este coche menos conducirlo; te matarás.» Un hombre sensato. Con razón le encargaron construir el puente del río Kwai.

Otra maldición que se ha hecho famosa es la que cae sobre el reparto de *Rebelde sin caus*a. Todos los protagonistas de la película murieron jóvenes y de manera misteriosa o violenta. Dean se estampó con el coche, a Sal Mineo lo apuñalaron en su casa, Natalie Wood, que tenía fobia al agua, salió en barca con su marido Robert Wagner y Cristopher Walken (su supuesto amante) y se ahogó, y a Nick Adams lo encontraron muerto de una sobredosis en su casa. Si a todo ello añadimos las ladillas de Jimmy, el rodaje debió de ser una buena juerga.

El negocio que se montó alrededor de su muerte fue pornográfico y está repleto de leyendas, muchas de ellas falsas y alguna que otra verdadera. Entre las mentiras destaca la que se aseguraba que las piezas del *Pequeño Bastardo* estaban malditas y que mataron a todos aquellos que las pusieron en sus coches. Es verdad, en cambio, que el asiento del coche manchado de sangre en el cual se mató Dean fue comprado por los dueños de una bolera que

cobraban cincuenta centavos a quienes quisieran sentarse. Pasaron por ahí ochocientas mil personas.

También es cierto que cada septiembre, en Fairmount, Indiana, donde está enterrado Dean, se monta un festival necrófilo en el que la gente va a visitar la tumba del mito y se hacen concursos de dobles y carreras de coches. La policía del pueblo explica que son frecuentes los casos de gente que se pone a hacer el amor sobre la tumba y que una vez siete espiritistas se colaron en el cementerio para invocar el espíritu de Dean.

Nunca sabremos qué habría pasado si en lugar de matarse tan joven hubiera envejecido en plan Travolta. Quizá no tendría ninguna gracia y no existiría el mito. Lo que sí que sabemos es que era un ser insoportable, pero no el peor. Algunos de sus compañeros, como Steve McQueen, se alegraron de su muerte. «Un competidor menos», dijo. Duelo de execrables.



EVELYN WAUGH

1903–1966

- PADRE PÉSIMO
- MISÓGINO
- ABUSÓN

Quizá su nombre no os dice nada. Evelyn Waugh. Sí, es un hombre y se llama Evelyn, pero, ya haremos los chistecitos más adelante. Fue uno de los escritores ingleses más importantes de la primera mitad del siglo XX y un execrable con mayúsculas. Un hombre extraordinariamente dotado para la sátira y el cinismo. De ese tipo de gente odiosa que es incapaz de escribir mal, pero cuya propia genialidad los convierte en detestables como seres humanos. Evelyn Waugh escribió algunas de las novelas más divertidas de la historia como *Scoop (Noticia bomba)*… y también *Retorno a Brideshead*, que es la que os sonará más, porque hicieron serie de televisión. Pero como persona era misógino, racista, ultracatólico, esnob, acosador, cruel, políticamente incorrecto, un padre pésimo y torturador, implacable, corrosivo, acomplejado, infernal y destructivo. Tal y como lo definió James Lees-Milne, «Evelyn Waugh tenía el carácter más asqueroso de Inglaterra», que es mucho decir.

Para que os hagáis una idea, Evelyn era, ya de pequeño, tan adorable como Draco Malfoy, el malo de *Harry Potter*. En sus memorias, *Una educación incompleta*, relata sus años en el colegio, donde había un joven intimidatorio y autoritario que se dedicaba a hacer *bullying* a los otros estudiantes. El detallito que se le olvida mencionar es que habla de sí mismo.

Waugh, al igual que Draco Malfoy, no era ni alto ni impresionante y tenía una fisonomía delicada, pero era un capullo que podía hacer la vida imposible a cualquiera. Transmitía sensación de peligro, era inestable, armado con un cerebro demoledor y una lengua venenosa. El fotógrafo Cecil Beaton, que estudió con él, recuerda en sus memorias que nuestro hombre fue un abusón con él.

Su hijo, el también escritor Auberon Waugh, recuerda en un pequeño relato sobre su padre el efecto que causaba en la gente con las siguientes palabras: «Hasta los generales y los inspectores de Hacienda de dos metros de alto que supuraban arrogancia se ponían a temblar en su presencia.»

En sus años de estudiante —que no pasó en Hogwarts aprendiendo a montar en escobas voladoras, sino en Oxford—, se dedicó a estar borracho las veinticuatro horas del día y a sodomizar y ser sodomizado por cuanto

estudiante se le pusiera a tiro. Las aulas de Oxford de la época no tenían nada que envidiar al cuarto oscuro de la Metro.

Según sus biografías, Waugh tuvo tres novios más o menos formales (por decir algo) mientras estaba en Oxford. Los tres eran aristócratas frívolos con la vida resuelta que asistían a la universidad (él era de clase media y, por tanto, tenía que sacarse la carrera), básicamente porque había muchos jovencitos y podían hacer todo lo que no les dejaban hacer en casa. De hecho, en aquella época, en Inglaterra, todos consideraban que la homosexualidad solo era posible dentro de la universidad, como una fase de la vida que, una vez acabados los estudios y licenciados, se metía en un armario para casarse como Dios manda.

El novio que más le influyó fue —atención al nombre— Hugh Lygon, el segundo hijo del conde de Beauchamp, con quien pasó muchos veranos invitado en su enorme castillo de Madresfield. Lygon inspira el personaje del bello y decadente Sebastian Flyte, mientras que Madresfield es, obviamente, Brideshead. La familia Lygon era tan opulenta, estrafalaria y tan de postal aristocrática que para escribir *Retorno a Brideshead*, Waugh casi solo tuvo que transcribir, con la acidez marca de la casa, lo que allí vio.

Por ejemplo: la riqueza inmensa de la familia. En Madresfield, los Beaucham tenían estación de tren propia dentro de su finca, para poder ir en ferrocarril a cualquier parte de Inglaterra y no tener que coger el tren con el resto de los mortales. Y las hermanas de Hugh Lygon, en las que claramente se basó para el personaje de Julia Flyte de la novela, un día perdieron las llaves de su mansión de Londres después de ir al teatro y contaban divertidas que tuvieron que despertar a unos amigos para ir a dormir a su casa. Los amigos en cuestión vivían en el número 10 de Downing Street. ¡Ese era el nivel!

Por no hablar de la afición de Lord Lygon, conde de Beauchamp, por los camareros guapos y jóvenes. De hecho, los mismos hijos del conde, cuando recibían a sus amigos en el castillo, les recomendaban que, cuando se fueran a dormir, se encerraran con llave en sus habitaciones y que bajo ningún concepto abrieran a su padre si llamaba a las tantas de la noche. El servicio del castillo era como el cuerpo de baile de un programa de José Luis Moreno, cosa que ponía de los nervios al cuñado del conde, el duque de Westminster, que denunció estas actividades escandalosas a Jorge V. Como también pasaba en *Retorno a Brideshead*, el conde huyó al extranjero con la intención de suicidarse y sus hijos se vieron obligados a hacer turnos para hacerle compañía y evitar que se suicidara.

Quien finalmente nunca aceptó su sexualidad fue Hugh Lygon, que acabó muriendo trágicamente alcoholizado. Este hecho marcó la vida de Waugh, que decidió casarse y llevar una vida, digamos, decente. En 1928, contrae matrimonio con Evelyn Gardener. Sí, habéis leído bien, Evelyn. Como él. Imaginaos la invitación de boda… «Evelyn contraerá matrimonio con Evelyn». Sus conocidos —porque amigos de verdad no tenía— los llamaban *She Evelyn* y *He Evelyn*, para distinguirlos. Claramente, la cosa no podía durar.

Tampoco ayudó, según cuenta en sus cartas She Evelyn, el hecho de que su marido, He Evelyn, nunca antes hubiera estado con una mujer, así que mal podía satisfacer las necesidades sexuales de su esposa. Tanto es así que, al año de haberse casado, She Evelyn se buscó un amante, y a los dos años, se separaron. Debido a ello el carácter de Waugh empeoró aún más. De la ironía pasó al ácido sulfúrico. Para él, aquello fue una humillación pública que repercutió en su forma de escribir. Toda aquella mala leche, inteligencia e ironía se plasman en unas novelas sensacionales. Es tanta la bilis que vierte en sus escritos que, en una carta a Harold Acton, Evelyn confiesa que se extraña de que «un ser tan miserable como yo pueda seguir vivo».

Es entonces cuando se convierte al catolicismo, pero no a uno cualquiera (el cardenal Cañizares a su lado es un defensor de la Teología de la Liberación, pero de eso ya hablaremos más adelante) y, después de anular su primer matrimonio, se vuelve a casar con una pobre mujer que no hará más que parir para él. La dejó embarazada siete veces y tuvieron cuatro hijos; la utilizaba de criada y secretaria mientras él se dedicaba a escribir algunas de las mejores obras de la literatura inglesa del siglo XX.

Su relación con sus hijos también es para echarle de comer aparte. De hecho, los ignoraba absolutamente. Mientras duraba el curso escolar los tenía metidos en un internado, y cuando llegaban las vacaciones de Navidad y volvían a casa, él aprovechaba para irse de viaje y no estar con ellos. Waugh reconocía que no soportaba a los niños y por eso comía encerrado en su estudio, para no tener que aguantar el comportamiento infantil en la mesa.

Juzgaba a sus hijos con una crueldad sorprendente. Así, por ejemplo, dice de su hija: «Teresa tiene la horrible manía de hablar incesantemente y un ingenio impertinente y sin sentido del humor. Auberon es torpe, sucio y perverso, no tiene ningún interés intelectual, estético o espiritual.» Añade: «Estar cerca de mis hijos me debilita y me causa una profunda depresión.» Sobre la paternidad, escribe: «Procrear es un placer momentáneo, la postura es innoble y el mal que se deriva de ello, irreparable.» Consideraba que la

mejor y más feliz relación entre un padre y un hijo «es la relación finita que mantienen un anfitrión y su invitado». Eso sí, se consideraba un gran demócrata como padre porque ya que «mi reprobable predilección por mi segunda hija ha desaparecido, ahora los desprecio a todos por igual». ¡Un padre modelo! Pero esperad, que si esto os escandaliza, vamos con el episodio de los plátanos.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Inglaterra pasó por una época de racionamiento de muchos alimentos, en especial, la fruta. Sus hijos eran pequeños y no habían visto nunca un plátano. Waugh llegó un día con tres que había conseguido de la primera partida que había llegado a Inglaterra en muchos años. Entre los niños ingleses se rumoreaba que aquella fruta tenía el sabor más delicioso del mundo. Os podéis imaginar la ilusión de los hijos del escritor cuando vieron que su padre llegaba con los tres plátanos. Pues bien: Waugh les ordenó que se sentaran a la mesa, peló las frutas, las cubrió de nata y azúcar, dos productos que también escaseaban en aquellos tiempos, y se las comió una tras otra, con parsimonia, delante de sus hijos. Auberon recuerda que en aquella época tenía cinco o seis años y que aquel fue el día en que empezó a odiar, y con razón, a su padre.

Como veis, no es que sus ideas sobre pedagogía fueran las más modernas del mundo, pero eran claramente revolucionarias si las comparamos con las que tenía en materia de religión. Ya hemos comentado que, después de que su primera mujer lo dejara tirado, se convirtió al catolicismo, pero no a un catolicismo cualquiera. Se convirtió en un carca absoluto.

Para empezar, diréis, un tío tan mal nacido como él, ¿podía ser religioso? ¡Buena pregunta! Es la misma que se hacían sus conocidos. Su respuesta, demoledora: «No os podéis ni imaginar cómo sería si no fuera católico. Mucho peor persona. En realidad, sin ayuda sobrenatural, no sería ni humano.»

Nunca aceptó las reformas eclesiásticas del Concilio Vaticano II, según el cual, por ejemplo, la misa (para los de la ESO, se trata de un acto que suele suceder los domingos y no es un partido de fútbol) se celebraría en lengua vulgar y no en latín, y con el sacerdote mirando a los fieles, no de espaldas como hasta entonces. Waugh se lamentaba y decía que «la misa ha dejado de ir sobre el Santo Sacrificio para convertirse en una comida en la que el sacerdote no es más que un simple camarero.»

En su correspondencia con el arzobispo de Westminster le pregunta si seguía vigente la norma que fijaba en tres millas la distancia máxima que hacía obligatoria la asistencia a misa para los creyentes, porque tenía

intención de trasladarse a más de tres millas de cualquier iglesia para no tener que soportar las misas modernas, siempre que eso no supusiera un pecado. Dijo: «La liturgia moderna me parece una tentación contra la fe, la esperanza y la caridad, pero, si Dios quiere, no apostataré nunca. (Para los de la ESO, apostatar es como bloquear a Dios en Twitter.)

Sus ideas religiosas, como no podía ser de otra manera, también iban acompañadas de un anticomunismo visceral, una combinación que le creó bastantes problemas durante la Segunda Guerra Mundial. Su capacidad de liderazgo, la mala leche que tenía y el hecho de que Winston Churchill fuera un gran admirador suyo hicieron que se le promocionase hasta el grado de capitán y que lo destinaran a Yugoslavia para ejercer de enlace con los partidarios de Tito. Todo fue bien hasta que Waugh conoció a Josip Broz y descubrió que no solo no era católico, sino que además era comunista. Se negó a colaborar con él y lo tuvieron que licenciar y mandarlo de vuelta a casa. Debe de haber sido uno de los pocos casos en la historia en que un tío es tan absolutamente insoportable que lo echan hasta de la guerra.

Pasó sus últimos años en Inglaterra, quejándose y criticando a todo el mundo: los comunistas, los liberales, otros escritores… y viviendo solo para su propio placer. «Solo puedo decir que he tenido un buen año si llego al 31 de diciembre y me he bebido como mínimo trescientas botellas de vino y me he fumado, tirando por lo bajo, unos trescientos puros.» El Domingo de Resurrección de 1966, después de volver de misa, fue al baño y, mientras hacía sus deposiciones, tuvo un ataque al corazón. Lo enterraron en la abadía de Westminster, tal y como había pedido por escrito, con una misa en latín y con el cura de espaldas a la congregación. Genio y figura.



PETER SELLERS

1925–1980

- ✗ VIOLENTO
- ✗ CAPRICHOSO
- ✗ ACOSADOR SEXUAL

Creer que los humoristas son gente muy divertida sería más o menos como pensar que los futbolistas se pasan todo el día en casa jugando a la pelota y diciendo «el fútbol es así», que los locutores de radio van dando paso a la publicidad entre plato y plato o que las estrellas de porno empotran a alguien cada vez que se van a lavar las manos al baño. Pueden haber excepciones (sobre todo en el caso del porno), pero ni mucho menos es el caso de nuestro protagonista. Puede que se trate del actor moderno que más carcajadas ha provocado interpretando en la gran pantalla al actor indio Hrundi V. Bakshi en *El guateque* o al inspector Clouseau en la serie de la Pantera Rosa, entre otras grandes películas. Sin embargo, amigos, Richard Henry Sellers, conocido en el mundo entero como Peter Sellers, un actor hilarante en pantalla, era en la vida real un hombre cruel, agresivo, violento, mal educado, depresivo, caprichoso, maniático, alcohólico, drogadicto, paranoico, acosador sexual y con un gran trastorno de personalidad. En palabras del director de cine Peter Hall, «en este negocio, para tener talento, tienes que tener talento para gestionar el talento. Y eso Peter no lo tuvo jamás». Señoras y señores, con ustedes Peter Sellers, autor de la frase: «Soy como todos los humoristas. Solo soy divertido cuando trabajo.»

Empecemos con una noticia bomba. Peter Sellers no hizo nunca una película, ni buena ni mala. El verdadero Peter Sellers falleció a los pocos días de nacer. Tras la muerte del recién nacido Peter, Peg y William Sellers, dos cómicos ingleses de tercera, tuvieron otro pequeño al que llamaron Richard Henry. Pero el recuerdo del bebé que había muerto torturaba tanto a los padres que, a pesar de que el nuevo retoño estaba inscrito en el registro como Richard, desde el principio lo llamaron Peter, en recuerdo a su hermano muerto. Desde el primer día de su vida, Sellers interpretó a alguien que no era él. Así parece normal que empezara a chalarse. La cosa va a más, y llevó al mismo Sellers a declarar en muchas entrevistas: «Yo no existo. Me extirparon el ego quirúrgicamente.» Da miedito, ¿a que sí?

Además sus padres —especialmente su madre— eran unas personas bastante detestables. No tuvieron éxito como comediantes, pero estaban convencidos de que su hijo sería una estrella. Por esa razón, Peter apenas fue

al colegio y creció siendo un mimado y un consentido caprichoso. No iba a clase, pero si se equivocaba en una escena, las broncas eran monumentales. «No te rindas nunca o tu único futuro será convertirte en un brillante barrendero (para los de la ESO, eso es ser como un aspirador *roomba* con patas) y serás un fracasado (eso no hace falta que os lo expliquemos)» era lo que le decían cuando no lo hacía bien en escena. En cambio, si no quería ir al cole, no pasaba nada. Fue un niño mimado y odioso incluso de adulto. Tener que ir de ciudad en ciudad y pasar poco tiempo en el colegio hizo que creciera sin amigos. Sus únicas conversaciones eran consigo mismo, y para tenerlas, imitaba voces. Por un lado era un ser asocial y un inmaduro de campeonato, pero, por el otro, un genio en las imitaciones que podía hacer suyo cualquier acento.

De hecho, así fue como consiguió su primer trabajo en la BBC. Llamó a Roy Peer, el mejor productor de la cadena, haciéndose pasar por una conocida estrella del espectáculo, y le recomendó a un tal Peter Sellers, que era buenísimo. Y lo contrataron. Su popularidad creció exponencialmente, primero en la radio y después en la televisión, pero él quería más. Nunca estaba satisfecho. Aunque el público lo adoraba, se sentía menospreciado. Y entonces llegó el cine y su ego se desbordó.

No era un hombre atractivo; más bien era normalito con tendencia al sobrepeso, una característica que fue incrementándose con los años. Encima, le gustaban las mujeres más que a un tonto un pito, pero nunca se portó bien con ellas. Fue a Hollywood a rodar *La millonaria* con nada más y nada menos que Sophia Loren y, obviamente, se enamoró perdidamente de la diva. La acosó durante todo el rodaje, convencido de que ella le correspondía, algo que la Loren siempre negó. Y algo nos dice que la versión más plausible es la de la Loren.

Fue tal su paranoia que le pidió el divorcio a su esposa para casarse con Sophia Loren. El detalle es que lo hizo delante de sus dos hijos. Cuando, llorando a lágrima viva, su hija le preguntó: «Papá, ¿es que ya no nos quieres?», él le contestó: «Sí, pero no tanto como a Sophia Loren.» Y la italiana, mientras tanto, no veía el momento de huir de él.

En cierto modo, para sus dos hijos, que su padre se fuera de casa fue una liberación. Así se ahorraban las escenas de gritos y paranoia de Peter, que era mucho más infantil que ellos. Su hijo recuerda que un día rayó sin querer la carrocería del deportivo que se había comprado su padre. Cuando este lo vio, entró en su habitación y en un ataque de rabia se cargó todos los juguetes delante del niño.

Playboy, famoso y millonario, Sellers vivió a todo trapo. Se relacionaba con los Beatles y la realeza y se pasaba el día abusando del alcohol, la cocaína y el *popper* (que no es el producto que ahora conocemos como Don Limpio, no nos confundamos). Y lo hacía incluso cuando sus hijos estaban en casa. Su hijo recuerda que a los diez años se fumó su primer porro de marihuana, después de encontrárselo en una mesa, y que, en una fiesta, para hacerse el gracioso, Peter le obligó a preparar las rayas de cocaína para los invitados. Curioso concepto de actividad extraescolar, el suyo.

Sus extravagancias siguieron creciendo. Viajaba siempre en dos aviones privados: uno para él y sus invitados y otro para las maletas. Y también se aficionó al espiritismo. Consultaba a un médium llamado Maurice Woodruff, que era un estafador que aceptaba sobornos de todo aquel que quisiera manipular a Sellers. Por ejemplo, Blake Edwards, que quería contratarlo para sus películas, le pagó al médium una buena cantidad de pasta para que le dijera al actor que «alguien con las iniciales B. E. va a ir a verte y será muy importante para ti». Sellers se lo tomó tan al pie de la letra que no solo rodó películas con Edwards, sino que llegó a casarse con la actriz Brit Ekland por ese motivo.

Ekland, como no podía ser de otra manera, sufrió un calvario al lado de Sellers, que le pegaba, la introdujo en las drogas y la forzó a abortar cuando se quedó embarazada. Al poco tiempo, como era de esperar, la sueca lo mandó a freír espárragos. En el juicio, Sellers reconoció que «es complicado vivir conmigo». «Complicado» es el estatus de relación en Facebook, macho. Convivir contigo era un infierno. Vamos, que preferiríamos vivir con Paul Gascoigne…

Pero la gran relación que tuvo fue con el otro B. E. (Blake Edwards). Ya hemos visto que Sellers era un tarado, pero es que Edwards era otro miserable dispuesto a todo por triunfar. Juntos crearon la inmensa serie de la Pantera Rosa, pero a base de no soportarse mutuamente. De hecho, llegaron a un punto en que rodaban sin hablarse y se comunicaban por escrito para no tener que mirarse a los ojos.

Blake Edwards contaba que «trabajar con Sellers era insoportable; un día me llamó de madrugada para decirme que ya tenía la solución para la escena del día siguiente, que había hablado con Dios y que le había dicho cómo hacerlo. Desde el momento en que le conocí, tuve claro que era un psicópata».

Las experiencias místicas de Sellers eran otra de sus peculiaridades; además de hablar con Dios, insistía en que estaba en contacto con Napoleón y

con Stan Laurel, quienes le aconsejaban sobre cómo debía actuar en la vida.

Nada raro en un hombre que, aparte de consumir toneladas de droga, padeció trece infartos. Sufría de una cardiopatía que empeoraba a medida que su tren de vida aumentaba. Estuvo clínicamente muerto unas seis veces (antes de la definitiva, queremos decir) y afirmaba que había visto el otro barrio y que eso le había dotado de poderes de médium. En aquella época ya estaba irremediablemente como una cabra.

En eso de volver del más allá sí que tenía un poco de razón. Cuando murió, el cabezón de Blake Edwards hizo una peli de la Pantera Rosa (*Tras la pista de la Pantera Rosa*) con escenas desechadas de las películas anteriores. Un pastiche infecto que solo se estrenó para aprovechar la publicidad de la muerte de Sellers. Cuando le preguntaron a Edwards por qué lo había hecho, respondió: «Es la única vez que he podido trabajar tranquilo con él.»

No fue Edwards el único director con el que tuvo problemas. Rodó dos grandes películas con Stanley Kubrick, otro chalado. Se tenían tanto miedo el uno al otro, que Kubrick, un perfeccionista legendario, dejó que Sellers improvisara, algo que nunca le permitió a ningún otro actor. Después de *Lolita* y *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú*, decidieron que por el bien de ambos, no iban a trabajar juntos nunca más. Un día a Kubrick le preguntaron por Sellers en una entrevista. Su respuesta: «¿Peter Sellers? No le conozco. No existe.»

Otro que no lo soportaba era Billy Wilder, quien lo contrató para *Bésame, tonto* y acabó recurriendo al pretexto de sus problemas de salud para despedirlo del rodaje (coincidió con el momento en que batió el récord mundial de infartos de corazón y de rayas de cocaína). Tampoco podía ver ni en pintura a Woody Allen, con quien trabajó en dos películas. Se cuenta que cuando supo de Allen, por primera vez sintió que existía alguien con el mismo talento que él, o incluso más, para hacer reír (para los de la ESO, aunque no os lo creáis, hubo un tiempo en que Woody Allen era muy gracioso y no hacía cosas como *Vicky Cristina Barcelona*) y le hizo la vida imposible. En la patética *Casino Royale*, tuvieron que echarlo antes de que Orson Welles (no tuvo huevos para meterse con ese) le partiera la cara.

En esa época, su declive personal y profesional ya era más que evidente. Daba la impresión de que se quería autodestruir como persona y como actor. Sus adicciones aumentaban a pesar de su estado de salud. De hecho, no podía ser de otra manera, porque se juntó con Liza Minelli, Roman Polansky y Sharon Tate, que no eran precisamente tres angelitos (hasta que la familia Manson hizo una visita a Tate y decidió que ya se había acabado la fiesta).

Profesionalmente, empezó a aceptar trabajos cada vez de menor calidad: películas infectas y anuncios de televisión absurdos. Michael Palin, de los Monty Python, cuenta: «¿Por qué las hacía? Es simple: porque le pagaban un millón de dólares por película. No podía negarse.»

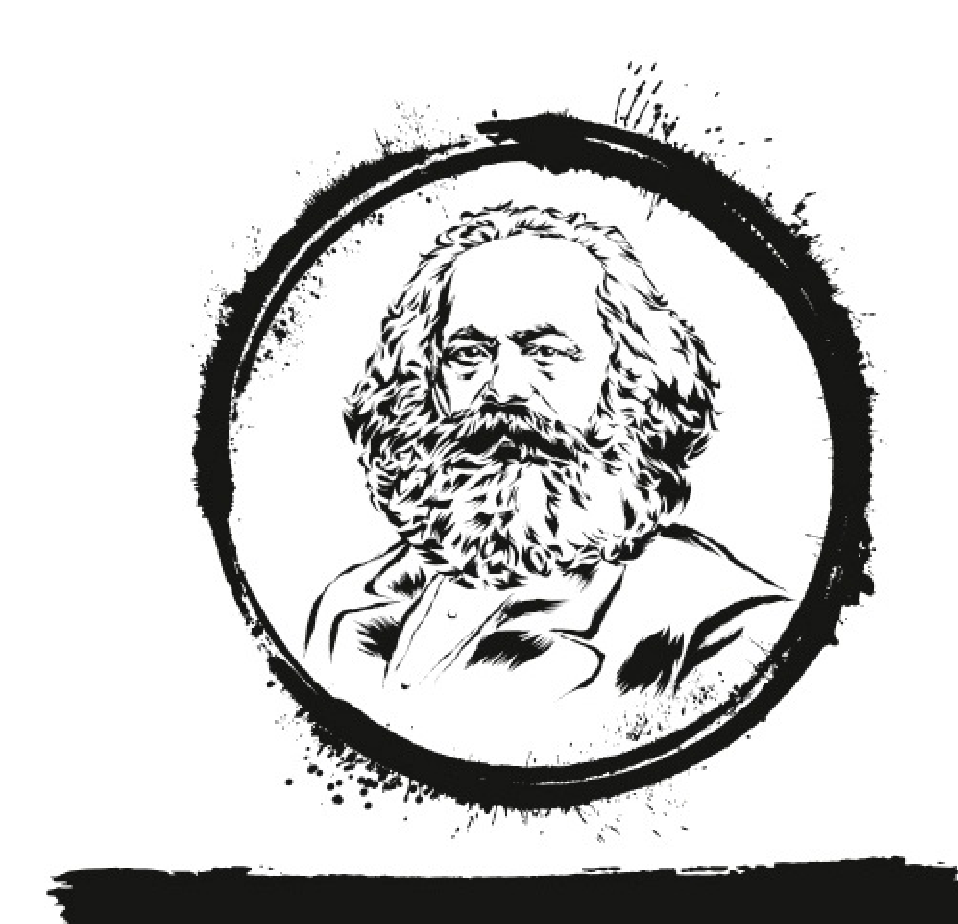
Se volvió a casar, esta vez con la aristócrata Miranda Quarry (actualmente condesa de Stockton); y luego aún se casó de nuevo, con Lynne Frederick. Él tenía cincuenta años y ella veintiuno, y era conocida en el mundillo como una trepa que no utilizaba precisamente las manos para ascender. Utilizaba más bien la técnica de la ventosa, ya nos entendéis. Evidentemente, ese ritmo de vida (mansiones en dos continentes, yates, viajes en *jets* privados) y las separaciones («Soy una estrella del cine y de las pensiones alimenticias», dijo) lo llevaron casi a la ruina. Y aun así presentó una oferta a los estudios para comprar sus películas y quemar los negativos, porque Dios le había dicho que era un actor pésimo.

Afortunadamente, no pudo hacerlo, y entonces se obsesionó con ganar un Oscar. Lo habían nominado por ¿*Teléfono rojo*? y hacía tiempo que le obsesionaba la novela *Desde el jardín* de Jerzy Kosinski. Con la imprescindible *Bienvenido Mr. Chance*, en la que interpretaba a Chauncey Gardiner, un idiota que acaba siendo presidente de Estados Unidos (¿os suena?), parecía que el Oscar sería suyo, pero no se lo dieron (el 80 por ciento de los que votaban le odiaban. Imaginaos hasta qué punto que acabó ganando Dustin Hoffman por la dudosa *Kramer contra Kramer*), y eso lo sumió en una depresión. Una más.

Durante el rodaje de *Mr. Chance*, desheredó a sus hijos porque su hija Victoria, de catorce años, comentó que lo veía un poco gordo. Como venganza, los eliminó a todos del testamento. Decidió volver a divorciarse. Viajó a Londres para poner en orden los papeles, pero cuando se alojaba en el hotel Dorchester y estaba esperando a sus antiguos compañeros de la BBC para irse de copas la noche antes de quedar con el notario, se encontró mal y se desmayó. Acababa de sufrir el decimoquinto ataque al corazón. El último. Murió dos días después en el hospital Middlesex.

Como no había tenido tiempo de formalizar los papeles del divorcio, Lynne se lo quedó todo. Sus hijos recibieron cada uno una herencia de dos mil dólares, una venganza orquestada por su padre en su testamento. Lynne se secó las lágrimas y al cabo de seis meses se casó con el productor de televisión David Frost, a quien desplumó y del que se divorció para casarse con el cirujano más famoso de Hollywood, Barry Unger. Murió alcoholizada a los cuarenta años.

Con todo, Peter Sellers no pudo dejar de hacer una última bromita a la gente, poca (una veintena), que fue a su funeral. Sellers había dejado previsto que en su sepelio se escuchara *In the Mood* de Glenn Miller, la canción que más odiaba del mundo. Porque, de hecho, odió a todo el mundo tanto como les hizo reír.



KARL MARX

1818–1883

- ✗ INCOHERENTE
- ✗ APROVECHADO
- ✗ PENDENCIERO

Toca hablar de un filósofo que, más que una filosofía, creó una religión. Tal vez se trate del pensador que más ha influido en la política universal, en la historia reciente y en el mundo moderno tal y como lo conocemos hoy en día. Destrozaremos a un busto sagrado (y barbudo) sin el que Pedro Sánchez y Susana Díaz no se pelearían a día de hoy y al que, si todavía viviera Pablo Iglesias (cualquiera de los dos, el bueno y el de la Sexta) le gritarían: «Gracias; contigo empezó todo.» Un hombre que, nacido en mayo de 1818, fue casi una bandera tras la que se alzaron los oprimidos y los obreros esclavizados de las fábricas. Pero también un borracho, un cerdo, un camorrista, un aprovechado, un mal padre, un irresponsable, un pendenciero y un cobarde. Bajaremos del pedestal a Karl Heinrich Marx, conocido en su juventud como el Moro, y por todo el mundo como Karl Marx.

Empecemos por su juventud. Karl era estudiante en la Universidad de Bonn y llevaba una vida parrandera de aúpa, entre burdeles y borracheras.

No tocó en la tuna porque no había, pero no hubiera sido raro haberlo visto con la bandurria y la pandereta pegando saltitos y amargándole la vida a la gente de bien que sale a divertirse por la noche.

Todo esto hasta que, en el primer semestre de 1836, las autoridades universitarias lo expulsaron, entre otros excesos por «desorden nocturno en la vía pública y embriaguez». Embriaguez, para los de la ESO, es cuando te pones hasta el culo de chupitos, acabas vomitando y le dices a tu madre que algo que has comido te ha sentado mal.

Es entonces cuando el padre de Marx lo factura a la Universidad de Berlín y acaba doctorándose en la de Jena, conocida en el ámbito universitario como un centro donde se conseguían títulos con relativa facilidad. Y aquí aparece otro rasgo de la personalidad de Marx, alejado de la austeridad marxista. Su padre le escribe para preguntarle cómo era posible que se gastara más de setecientos táleros al año, cuando «los jóvenes millonarios no se gastan más de quinientos». No tenemos ni idea de a cuánto equivaldrían hoy en día setecientos táleros, pero parece que era *ottoe* pasta.

Ese mismo verano, por si la expulsión de la universidad y dilapidar el dinero del padre en señoras y alcohol no hubiera sido suficiente, lo procesaron

por haber participado en un duelo con armas prohibidas (solo se permitían los duelos con espadas, pero él utilizó armas de fuego). No sabemos qué le pasó al otro duelista ni el motivo de la disputa, pero la vida de niño pijo borracho que llevaba no parece apuntar a una encendida discusión sobre materialismo histórico.

Como el pequeño Karl no servía prácticamente para nada, decidió hacer lo que hoy en día continúan haciendo la mayoría de malos estudiantes: dedicarse al periodismo. En esa época, los que trataron con él lo describen como un tío dominante, impetuoso, apasionado y con una confianza en sí mismo a prueba de bomba. No, no hablamos de Pedrerol, sino del padre del socialismo.

Como apuntábamos antes, la relación de Marx con el dinero no es la que uno se imaginaría del fundador del comunismo. Para acabar con su etapa «Pocholo en Ibiza», se casó con una aristócrata, Jenny von Westphalen, y lo primero que hace ella es pagar las deudas que él había contraído a base de juergas y putas. Parece que la lista de acreedores haría que el Gran Vázquez pareciera buen pagador. La dote de su esposa tendría que haber dado para vivir bien unos años, pero se esfumó rápidamente. Marx, que enseguida captó que lo del periodismo no era tan idílico como parecía, se dio a la reflexión, y claro, él no estaba dispuesto a ser un trabajador *alienado*.

En la noche de bodas, ya perdió una buena parte del dinero que le había regalado su suegra: una caja de madera llena de monedas de gran valor. Los novios se la dejaron abierta en la habitación del hotel, bajaron a cenar y, cuando volvieron, ya no había caja. Tuvieron que llamar a mamá para que acudiera al rescate.

Ya viviendo en Londres, en un barrio chungo, Marx también se pulió su propia herencia y, mientras su familia sufría penurias, él, además de consolar a revolucionarias frustradas, se comportaba como un adolescente borracho. Tuvieron que sobrevivir a base de pequeñas ayudas que les daba la suegra, algún artículo suelto y préstamos de sus amigos, sobre todo Engels, que llegó a regalarles una casa. Vamos, un *crowdfunding* en toda regla. Conclusión: Marx era un *ni-ni*.

Friedrich Engels, en cambio, era un millonario con conciencia de clase, de vasta cultura (para los de la ESO, vasta quiere decir amplia. La cultura basta, con «b», es la de Risto Mejide), que hablaba diez idiomas y que le tiraba los tejos a cualquier mujer que se le pusiera a tiro. Fue coautor de muchos de los textos de Marx. En realidad, fue el campeón mundial en categoría *pagafantas*, en lo que a su faceta intelectual se refiere.

Pero eso no es todo. Engels, como decíamos, le regaló una casa en un barrio mejor, pero a pesar de ello, el presupuesto no les llegaba. En una carta, Marx le escribe que, a pesar de todos sus esfuerzos por reducir gastos, no consiguen un equilibrio económico y sus deudas no hacen más que aumentar. En otra carta, su esposa, para justificar su nivel de vida, cuenta la razón de sus deudas: «por amor a los niños» hay que «llevar una vida de clase media, estructurada y respetable». Vamos, ¡que los Marx querían ser burgueses!

Y tan burgueses. Marx veraneaba en balnearios, pagados por Engels, y sus hijas aprendían a tocar el piano e idiomas con los mejores profesores, y hasta recibían lecciones de buenas maneras y de dibujo. Marx llegó a poner por escrito en una carta que albergaba dudas sobre el marido de una de sus hijas porque no tenía claro que fuera de buena familia. Y su mujer, «la» Jenny, que esto ya parece un programa de *Mujeres, hombres y viceversa*, siempre firmaba como «baronesa Von Westphalen».

Ahora bien: se tiende a creer que Marx, con esa barba que llevaba, era un dandi o un *protohipster*. Pero según los informes de la inteligencia prusiana, Marx era un cerdo de manual. No se aseaba, no se cambiaba ni lavaba la ropa. Algún damnificado habla de que su hedor era nauseabundo, entre alcohol rancio y basura.

El informe de la policía que se conserva sobre su casa dice lo siguiente: «En pocas ocasiones se asea, se cepilla el cabello o se cambia de ropa. Le gusta emborracharse y, muy a menudo, lo hace durante días, pero cuando tiene trabajo, no para ni de día ni de noche. No tiene horas fijas para irse a dormir y es habitual que se quede despierto trabajando toda la noche y después se duerma en el sofá, totalmente ajeno al trajín de la casa.»

Si os interesa visitar su casa, está en Londres, en el número 28 de Dean Street. Ahora la finca aloja un restaurante llamado Quo Vadis, donde se puede reservar la selecta Marx Room para banquetes privados por los que os cobrarán un riñón. Queremos suponer que, al menos, pagan a los becarios.

Sí: pasados sus años mozos, nuestro Carlos siguió siendo un primer espada y su relación con las mujeres lo llevó por la calle de la amargura.

El creador del comunismo tenía criada. (Ya hemos dicho que él lo que quería era crear el comunismo, pero ser burgués.) Una criada a la que quería mucho, por cierto. Durante un viaje de su esposa para conseguir fondos, él va y deja embarazada a la sirvienta. Típico de señoritos.

Pero es que, encima, no le dio el apellido a su hija y durante mucho tiempo hizo creer a todo el mundo que en realidad era de Engels, quien, como hemos dicho, se pasaba por la piedra a toda la que se le ponía delante.

La criada se llamaba Helen Demuth Lenchen y servía en casas desde que tenía diez años. Después de trabajar en varias mansiones, llegó a la de la baronesa Westphalen, la suegra de Marx, que, atención, se la regaló a su hija cuando se casó. La pobre Helen siguió al matrimonio Marx a París y a Londres, cuando ella solo hablaba alemán.

De hecho, era ella la que, sin cobrar ni un céntimo (hay que joderse con el comunista que predicaba la revolución del proletariado) se encargaba de cocinar, vestir a las niñas y administrar los pocos recursos que quedaban después de los delirios de grandeza de Jenny y de las borracheras de Karl. De hecho, Jenny la consideraba su mejor amiga.

En favor de Marx cabe decir que, en un momento de exaltación de la fertilidad, dejó embarazadas al mismo tiempo a la mujer y a la criada. Para salvar el partido, que no habría remontado ni Del Potro, Marx volvió a tirar del pobre *pagafantas* de Engels quien, como cuenta el historiador Juan Eslava Galán, «era la única buena persona que tenía cerca».

La mujer de Marx no podía ni ver a Engels, a quien —con razón— consideraba un sátiro, y Marx le pidió como favor a su amigo que no descubriera el pastel, porque eso podía acabar con sus sueños revolucionarios. Engels se comió el marrón e, incluso, en un cruel homenaje, le pusieron al chaval su nombre, Friedrich, como el amigo de papá, mira tú por dónde. Y este acabó siendo el fundador del Partido Laborista.

Las andanzas del pichabrava de Marx no acaban aquí. Parece que además de sus aventuras prostibularias, en un viaje, mientras su mujer estaba convaleciente de la varicela, se le ocurrió acosar a su sobrina, quien se resistió. Suponemos que con lo que jumelaba, la chica debió de decirle algo así como «contigo se va a acostar mi tía», que en este caso era su legítima, y cornuda, esposa.

La pobre esposa que le dio siete hijos, de los que sobrevivieron tres hijas. Por cierto, de las tres, dos se suicidaron. Además, la mujer transcribía las obras de Marx cuando estaba sobrio. Tal vez parezca poca cosa, pero tengamos en cuenta que la única vez que Marx fue a pedir trabajo en Londres, no le admitieron el manuscrito original por su mala letra y que solo *El capital* tiene más de tres mil páginas. Así que cuando vayáis citando el libro, no, no nos creemos que hayas leído los seis volúmenes. Si queréis presumir para echar un polvo, decid que os habéis leído el *Manifiesto comunista*, que es más cortito.

Además, Marx era un visionario, porque como explican sus estudiosos, formuló todas sus teorías pensando que el comunismo triunfaría en Inglaterra.

Jamás imaginó que se instauraría en Rusia, país donde, a pesar de no haberlo visitado nunca, aseguró que era imposible que pudiera triunfar una revolución socialista.



JACQUES-YVES COUSTEAU

1910–1997

- ✗ TERRORISTA MEDIOAMBIENTAL
- ✗ MALTRATADOR DE ANIMALES
- ✗ FARSANTE

Sabemos perfectamente que con este personaje vamos a atentar contra una parte de la infancia de muchos de nuestros lectores que fueron a EGB. A los de la ESO, este atentado biográfico no les hará ni fu ni fa. Como en tantas otras ocasiones, no saben de quién estamos hablando. Nuestro personaje goza de una reputación inmaculada. Es lo que tiene la infancia, que todo lo eleva a la perfección. Toda una generación ha disfrutado de sus programas documentales sobre los océanos y, por su culpa, quien más quien menos soñó con embarcarse en su *Calypso*. Sin embargo, el defensor del mar era en realidad un hombre con un pasado más que oscuro, colaboracionista con los nazis, antisemita, con una vida familiar que deja los Colby a la altura de la familia de los osos amorosos, pesetero, avaricioso, con un temperamento volcánico, un torturador de animales, un arribista con los poderosos y un terrorista medioambiental. Vamos ya a hundir la reputación del simpático lobo de mar que nos facilitaba la siesta: Jacques-Yves Cousteau.

Como la mayoría de los franceses execrables que hemos tratado, Cousteau se inventó un pasado heroico para poder sobrevivir una vez acabada la Segunda Guerra Mundial. Nada extraño. Si Francia como país se inventó un relato según el cual ellos habían ganado la guerra a los nazis, los franceses de forma particular e individual se sintieron libres para inventarse cada cual una historia de la Resistencia. Si todos los franceses que aseguran haber luchado en la Resistencia dijeran la verdad, no se entendería cómo Hitler llegó a colgar la esvástica en la Torre Eiffel (donde se quedó muchos años). Un poco como pasa con el concierto de los Beatles en la Monumental, o el de los Rolling en El Calderón, en los que todo el mundo estuvo. Cousteau era un oficial naval que recibió la Legión de Honor después de la guerra por, supuestamente, haber ayudado a la Resistencia, pero sus biógrafos no autorizados, como Bernard Violet, han descubierto que su historia presenta unos cuantos datos cuestionables. De entrada, tenemos un problema de fechas.

Sorprende que su primer documental se filmara en 1943, es decir, en plena ocupación nazi, y que fuera financiado por los alemanes, porque a

Göring también le encantaba eso de ver tortuguitas. Ay, que algo empieza a descuadrarse.

Los antecedentes familiares del pájaro tampoco ayudan a crear esa imagen de héroe antinazi. Su hermano, Pierre-Antoine Cousteau, fue el director de una revista de ultraderecha (esto quiere decir como *OK Diario*, pero bien escrita) que se llamaba *Je suis partout*. Una publicación abiertamente colaboracionista con los nazis, antidemócrata, admiradora del Ku Klux Klan y antisemita. Cómo sería el hermanito del marino, que cuando acabó la guerra fue condenado a muerte. Las influencias de su hermano oceanógrafo consiguieron que la pena le fuera conmutada por una condena a trabajos forzados primero, y que fuera amnistiado después.

Con razón diréis que tener un hermano facha no quiere decir nada. Mirad a Fernández Díaz (bueno, quizás este no sería el mejor ejemplo), pero es que también se han descubierto unas cartas del mismo JYC (como el whisky DYC pero con J, que es como se conoce en Francia a nuestro amigo) en las que se demuestra que las ideas de su hermano no estaban tan alejadas de las suyas.

Bernard Violet, que sería más o menos para Cousteau lo que es Ernesto Ekaizer para el fiscal Moix, publicó una carta de 1941 en la que el comandante se quejaba de las molestias que causaban en Marsella todos los judíos que huían de la persecución nazi. En lugar de ir en orden y tranquilitos a coger el tren hacia Polonia, querían coger un barco para ir a Estados Unidos. Mira que eran raros.

También fue Violet quien rescató una antigua revista francesa (premio, la de su hermano). En ella aparecía una foto en la que se veía a JYC muy feliz y satisfecho en una audiencia junto al director del departamento de cine del Tercer Reich, rodeado de centenares de oficiales nazis. Violet también descubrió que la misión secreta contra los alemanes a favor de la Resistencia por la cual fue condecorado era tan secreta que nadie la recordaba. Extraño.

Cousteau limpió su nombre de cualquier rastro de nazismo —más o menos como Aznar con el franquismo— y en 1981 recibió ochenta mil cartas (para los de la ESO, eran como *likes* o *retuits*, pero hechos a mano y que se pagaban con sellos) en que le pedían que se presentara a las elecciones presidenciales francesas.

Tampoco era tan grave. En España igual un día las recibe Javier Cárdenas. Y, en todo caso, puestos a elegir un mentiroso como presidente, ya eligieron a Mitterrand, que era más profesional que Cousteau.

La popularidad mundial de Cousteau se debía al enorme éxito de su programa *El mundo submarino,* producido por la cadena americana ABC y

National Geographic, y que se emitía en todo el mundo. Se suponía que era un programa ecologista que supuraba amor por los animales. Pues no. Cousteau hizo muchas perrerías a los bichos que se encontraba por los océanos para que los documentales quedaran la mar de bien.

Un ejemplo que ilustra lo que contamos es lo que sucedió con *Pepito* y *Cristóbal*, dos leones marinos de los que el comandante se encaprichó mientras filmaba en Sudáfrica. Estos dos animales eran tan inteligentes y graciosos que decidió capturarlos y llevárselos por el mundo para filmar siempre con ellos.

Según explica su hijo en unas memorias muy críticas con su padre, «retirar a aquellos leones marinos de su hábitat natural, principalmente para el entretenimiento del público americano, fue un acto de crueldad. Más aun, las cámaras captaron horas y más horas en las cuales papá y la tripulación trataban a *Pepito* y *Cristóbal* como si fueran animales de circo. No hay excusa para hacer lo que les hicieron».

Los dos leones marinos cruzaron los océanos encerrados en las jaulas que los submarinistas utilizaban en sus inmersiones para protegerse de los tiburones, encadenadas al *Calypso*, mientras se hacían heridas tratando de escaparse sin entender nada. Sigue su hijo: «Hasta entonces solo habían conocido la vida en libertad, así que era perfectamente lógico que se dieran golpes contra los barrotes.»

El final de la historia de *Pepito* y *Cristóbal* es tan triste que sería digno de un telefilme de los sábados por la tarde de Antena 3. *Cristóbal* consiguió huir, pero un pescador puertorriqueño lo capturó a unos cien kilómetros de la costa y lo vendió a una extravagante millonaria norteamericana, quien pensó que sería divertido tener un león marino en la piscina de su casa para sorprender a los amigos. Obviamente, podéis imaginar cómo acabó…

A *Pepito* no le fue mucho mejor. Se comió un sapo de mar (hay que recordar que estaba fuera de su hábitat y no tenía al alcance a sus presas naturales), se puso enfermo y murió.

¿Queréis más? Para hacer todavía más negocio, Cousteau montó dos parques oceanográficos. Uno en Mónaco, del cual hablaremos luego, y otro en París, que acabó cerrando por quiebra económica. Llenó el de París con delfines que él mismo capturaba y que tenían que sobrevivir en condiciones lamentables en unas piscinas demasiado pequeñas. Tanto es así que la mayoría de los animales acabaron suicidándose golpeándose la cabeza contra la pared. ¿Se va hundiendo el mito?

Hay que decir que, en privado, Cousteau sí expresó cierto remordimiento por la manera en que había tratado a estas criaturas, pero en público nunca lo reconoció. «Mi padre era así, reconocer un error iba en contra de su naturaleza.» Y es que el carácter del comandante era, por decirlo suavemente, autoritario. Sus socios lo definían como un *fucking ring knocker*. En castellano sería como uno de los que dicen «por mis cojones».

No se vayan todavía, que aún hay más. Sus documentales, como podéis imaginar a estas alturas, estaban absolutamente falseados y muchos de los incidentes que sufría el *Calypso* o los animales en la serie no eran más que fruto de trucos, guiones o estudiadas puestas en escena. André Laban, uno de sus colaboradores, que durante años formó parte de la tripulación del *Calypso*, afirma que el capítulo en el cual el submarino de bolsillo del comandante se quedaba atrapado no era verdad, como tampoco aquel en que Cousteau sintió vértigo y se desmayó bajo el agua. En Hollywood corregían los guiones para dar emoción y simular cosas que no pasaban. Si hubieran mostrado los filmes tal y como los rodaban, habrían sido aburridísimos.

Y si esto lo hacían con las personas, imaginaos lo que hacían con los animales. Hay un capítulo en que capturan un pulpo y, por exigencias del guion, el bicho tenía que saltar solito de la cubierta del *Calypso* para regresar al mar. Pero estamos hablando de un pulpo, no de un conejo. Difícil que salte. Pues bien, para que el pulpo cumpliera con el guion, le inyectaron una dosis de clórax de sodio, equivalente a una granada lacrimógena. ¡Y vaya si saltó! Podría haber ganado el Grand National.

Además, el programa era un anuncio constante de marcas comerciales que pagaban directamente al comandante. Cousteau explicaba, mintiendo, que siempre rechazó a los patrocinadores y que solo hacía el programa gracias al mecenazgo, pero, si veis los documentales, veréis más anuncios subliminales que en una campaña de Navidad. Todo el material fotográfico es Nikon, abundan los primeros planos absurdos y constantes de motores Iveco (que llegan a salir treinta veces en la película sobre el Amazonas) y, por supuesto, manga ancha con el material subacuático Aqua-lung, que era de su propiedad. Más que un divulgador ecologista fue un hombre de negocios cruel que lo consagró todo al culto a su personalidad.

Pero su gran destrozo ecológico va más allá de putear a dos leones marinos, hacer explotar un pulpo o provocar el suicidio de unos cuantos delfines. El daño que Cousteau hizo al Mediterráneo todavía trae de cabeza a muchos científicos que intentan parar la proliferación de una alga asesina que pone en peligro el ecosistema de nuestro mar.

Vamos por partes que vienen palabras raras. En el Museo Oceanográfico de Cousteau, en Mónaco, se exhibían peces y plantas marinas de todo el mundo. Una de estas era la *Caulerpa taxifolia*, una alga proveniente de los mares tropicales, donde su crecimiento es lento y moderado. Hasta aquí, nada que decir.

Pero, un buen día, en Mónaco deciden limpiar los tanques de agua porque en las paredes de los mismos prolifera precisamente esta alga y vierten los restos de la limpieza de los acuarios al mar. Y empieza el desastre. Las costas de la Riviera francesa, las italianas y las españolas se ven invadidas por un nuevo ser que lo arrasa todo a su paso. En muy poco tiempo, la *Caulerpa taxifolia* coloniza más de tres mil trescientas hectáreas de costa.

Su alta toxicidad no afecta a los humanos, pero sí a otras especies, e impide que se reproduzca ninguna otra alga o planta, como la posidonia, natural del Mediterráneo y de la cual se alimentan muchas especies. Además, para su reproducción, el alga ha ido mutando y se ha convertido en un ser muy difícil de erradicar. Como dijo la cuidadora de la piscina que se equivocó en la mezcla de cloro y creó una nube tóxica: Cousteau, «la has liado parda».

Nos falta hablar de su vida familiar. Cousteau murió en 1997, pero a estas alturas sus descendientes siguen dándose de bofetadas para repartirse la herencia (fabulosa, por cierto; murió multimillonario) entre las dos familias que lideró y que no pueden ni verse. El ambiente en la cena de Navidad en Casa Cousteau es comparable a un comité federal del PSOE.

Si ya con una familia tenía problemas, tal como se ve en las memorias de su hijo Jean Michel, terriblemente críticas, el hecho de que el marinero decidiera dejar a su mujer por otra treinta y cinco años más joven no facilitó las cosas. Explica Jean Michel que un día su padre le dijo: «Jean Michel, debo decirte que tengo una aventura amorosa y que además esta mujer está esperando un bebé. La idea de este hijo es un gran consuelo por la muerte de Philippe (su hijo que había muerto hacía muy poco en un accidente de hidroavión en la desembocadura del Tajo mientras filmaba para el programa). Soy un hombre nuevo.»

Digamos que a su hijo esta noticia no le hizo mucha ilusión, porque respondió: «“No, no eres un hombre nuevo, eres un hombre bastante viejo y con dos corazones.” Entendí en aquel momento el trato negligente e inconsciente hacia mi madre en las últimas décadas de su vida.»

Cousteau había podido comprarse el *Calypso* gracias a que su mujer, al estilo reina Isabel la Católica, vendió sus joyas cuando se casaron, cuando él tenía veintisiete años y ella dieciocho. De hecho, nunca se separó de su

primera esposa y no contrajo matrimonio con su nueva pareja, con quien tuvo dos hijos (era azafata de vuelo, así que el capitán tocaba todos los palos: tierra, mar y aire) cuando murió su primera mujer.

Su viuda ha quedado como presidenta y heredera de la Fundación Cousteau y las relaciones entre una parte de la familia y la otra son más bien difíciles; solo se ven en los tribunales para pleitear sobre quién está legitimado para explotar comercialmente el apellido Cousteau en una ensalada de sociedades que van de la denominada Fundación Cousteau al Equipo Cousteau o la Cousteau Society, además de la Ocean Futures Society. Todos ellos luchando por los derechos de autor de los documentales.

¿Y el *Calypso*? Pues en medio de todas estas peleas se hundió en Singapur y su reflote endeudó a la Fundación. El gobierno francés no quiso sufragar el gasto a pesar de la petición popular y, al final, fue subastado como un monumento a la megalomanía del Señor de las Profundidades.



FÉLIX RODRÍGUEZ DE LA FUENTE

1928–1980

- MALTRATADOR DE ANIMALES
- MENTIROSO
- DÉSPOTA

Este es un nuevo capítulo de la serie «Destruye tu infancia». No podíamos destrozar a Costeau sin quitarle el chaleco a nuestro equivalente patrio, un hombre que marcó a generaciones enteras, que despertó el interés por la naturaleza de miles de jóvenes y que fue una verdadera estrella mediática. Vamos a dar de comer a las fieras con la historia de un hombre admirado en todas las familias, un tipo al que lloró el país entero cuando murió. Amigos, destrozaremos a un tío que era médico, naturalista, pionero de la ecología y maestro de la televisión. Pero también un interesado, maltratador de animales, mentiroso, más franquista que Martínez *el Facha* y un déspota. Hablaremos de Félix Samuel Rodríguez de la Fuente.

Ya os imaginamos escuchando la brutal sintonía de Antón García Abril y cerrando los ojos mientras volvéis a aquellos años. Pues ya podéis ir despertando. Félix era un tramposo de manual. Si nos parecía escandaloso lo que hacía nuestro amigo Jacques en su *Calypso*, os vais a quedar de piedra cuando os enteréis de lo que hacía este tío. Empezaremos por la escena más famosa de sus documentales. Un águila se lleva a una cabra sobrevolando las montañas. Unas imágenes impactantes que nos dan una idea de la fuerza de un águila real, y que lo hicieron famoso en el mundo entero porque las emitieron las televisiones de más de cincuenta países. Pues no: todo trampa.

El amigo Félix (quien, por cierto, era estomatólogo y había trabajado de dentista en la clínica del doctor Baldomero Sol, un dato totalmente inútil pero que nos apetece contaros) primero intentó que el águila agarrara una cabra pequeña (con las patas atadas, claro) y se la llevara volando, pero el pajarraco no podía con ella porque la cabra pesaba demasiado. Así que pilló otra cabra salvaje (un muflón), la vació por dentro —después de matarla, eso sí—, y la rellenó de paja. De esta forma ya era más ligerita. Para rodar la escena se tuvieron que cargar a cuatro cabras. No está mal.

Pero aún hay más. Otra de las escenas más conocidas es aquella en la que en una madriguera, una alimaña o una serpiente se zampa a unos pobres conejitos. Obviamente, lo que hacía Félix era meter a los dulces conejitos en la madriguera, poner la cámara a grabar y entonces soltaba la serpiente (o la

alimaña) y empezaban los chillidos. Se grababa una pequeña matanza que él mismo había fraguado.

Tal vez eso os parezca poco, unos conejitos más o menos, unas cabritas… no importa. A ver este otro ejemplo. Nuestro doctor le secciona los tendones a un jabalí para que no se escape y filma la escabechina que hacen los lobos con él. Claro está que no hizo solo una toma. Los alaridos del jabalí tampoco son de la escena que acabamos viendo. Se grabaron todos los que emitieron los jabalíes devorados y después se utilizaron los más dramáticos. Una especie de *snuff movie* pero con animalitos.

Los lobos eran suyos, los había criado él, estaban acostumbrados a De la Fuente y este los tenía casi amaestrados, de modo que estaban encantados con su lobo alfa. Él les conseguía la comida sin que ellos tuvieran que mover una zarpa, como la vez en que se comieron decenas de ovejas para que el ínclito pudiera ilustrar cómo los lobos atacaban a los rebaños. Incluso parece que ponía vallas electrificadas. Eso a lo mejor ya no les gustaba tanto. El lobo era denostado por la población rural española y Félix consiguió cambiar la percepción de la gente sobre este animal, pero a costa de que muchos pastores llegaran incluso a amenazar de muerte al famoso naturalista, que dejó de caerle bien a todo el mundo.

Rodríguez de la Fuente era un maestro en el arte de la cetrería (para los de la ESO, como cuando dejas suelto por la disco a tu colega, que es un pájaro de cuenta, a ver si pilla cacho). Y una de sus escenas más repetidas era poner a un pequeño mamífero atado en una roca y enviar a alguno de sus halcones o sus águilas a acabar con el bichito.

Vale, ya hemos visto que más que documentales, sus reportajes eran números de circo. Solo nos falta la cabra y el oso bailando sobre una pelota. No obstante, tal vez os preguntéis cómo era realmente Félix Rodríguez de la Fuente. Pues menos sus hijas, que siempre han dicho que era un trozo de pan, parece que era un poco como Luis Enrique, que quería hacerse respetar a base de mala leche. Si algo salía mal (pongamos que un muflón se movía y se veían las cuerdas que lo sujetaban antes de que fuera devorado por un águila), la tormenta desatada de gritos e insultos hacían que el Yoyas pareciera Papá Pitufo.

Uno de sus colaboradores más íntimos fue Miguel Delibes Setién, hijo del gran escritor. En una entrevista en *Salvados* de Jordi Évole, Delibes Setién recordaba la mala leche del amigo Félix: «Mi primer artículo me lo rompió en las narices.» Según Delibes Setién, Félix era un hombre un poco peculiar,

defendía que Franco era hipogenital, y exigía que en los restaurantes le sirvieran la carne lo más cruda posible, porque eso favorecía la masculinidad.

Delibes Setién también confirmó en ese mismo programa las trampas en la filmación de los documentales: «Tenía muchos animales en cautividad, que eran las verdaderas estrellas de los rodajes. Un día, mi padre (el de *Cinco horas con Mario*) vino a ver uno y le dijo a Félix que eran mucho mejor las trampas que las imágenes reales. El gran mérito de Félix es que era un gran editor de imagen: cuando la gente en casa veía un lince al acecho de unas ocas salvajes, lo que no sabían era que el lince estaba en Guadalajara y las ocas, en Doñana.»

Y ¿quiénes eran sus amigos? A pesar de las fotos con execrables como Charlton Heston (a quien enseñó cómo se tenía que tratar a los halcones durante el rodaje de *El Cid*), los amigos de Rodríguez de la Fuente fueron mucho peores. Uno de ellos fue Francisco Franco (para los de la ESO, aquel Doctor Maligno patrio bajito y con voz de pito). Se conservan muchas cartas y el biógrafo Benigno Varilla da detallada cuenta de algunas en su libro. Hay una en la que se queja de que los ingenieros del ICONA quieren cerrar su centro de halcones. Él le escribió a Paquito y le ampliaron el centro con unas instalaciones mucho más modernas. Dicho y hecho.

Pensad que de 1971 a 1974, Félix Rodríguez de la Fuente fue el español más famoso del país, solo por detrás del propio general Franco. Ni Amancio, ni Lola Flores, ni Esteso, ni Pajares: ¡Félix!

Incluso, el 21 de octubre de 1964, fue el protagonista exclusivo de la portada del *ABC* con el titular «El cetrero mayor del Reino», y el gran periodista Joaquín Soler Serrano inició una campaña para que ingresara en la Real Academia de la Lengua (pensad que esto de la RAE antes era algo serio), porque defendía que era «el español con mejor prosodia».

Era una relación de ida y vuelta. También nuestro amigo Félix le hacía encarguitos a Franco, como la vez en que llevó unos halcones al rey saudita como regalo personal del dictador.

Además, parece que, tras la muerte del dictador, continuó teniendo influencia en las altas esferas de poder. Según cuenta Varilla, no tenía suficientes fondos públicos para su expedición a Alaska (que fue, por cierto, la última) y hablaron con el rey Juan Carlos, quien desbloqueó más fondos.

Y es que, al parecer, lo único que le preocupaba era su carrera. No tenía aficiones ni vicios (y eso sí que no, mira) ni casi amigos.

Pero Félix Rodríguez de la Fuente no se acaba con su muerte. Y no nos referimos a la horrible canción de Enrique y Ana, que demuestra que

demasiado bien hemos salido los de nuestra generación a pesar de haber estado expuestos a esas torturas en nuestra más tierna infancia. Por cierto, la letra de la canción es de ¡Gloria Fuertes! Un saludo a Javier Marías. Félix se mató en un accidente de avioneta en Alaska, pero, según Iker Jiménez, el rey de la investigación científica y rigurosa, hubo una conspiración y lo asesinaron.

Y aquí es cuando llegamos a eso que nos gusta tanto: las teorías de la conspiración de andar por casa. Vamos por partes: parece ser que Félix Rodríguez de la Fuente era molesto para los poderosos, porque, según la teoría de Iker Jiménez, tenía bastantes posibilidades de convertirse en presidente del gobierno. Como si hoy en día se presentara Belén Esteban.

Según el documental, Félix estaba preocupado cuando se fue a Alaska. Lo demuestran los testimonios como el del periodista Santiago Peláez, que lo entrevistó para el programa *625 líneas*. Según Peláez, Félix estaba desconocido en su última entrevista; la tuvieron que repetir varias veces porque se equivocaba continuamente y eso a él no le pasaba nunca. No era él mismo. Pero esta teoría de la conspiración está cogida por los pelos. A lo mejor tenía resaca. En eso, nosotros somos unos maestros.

Hay más cosas. Por lo visto, antes de embarcar en la avioneta Cessna en la que sufrió el accidente, Félix exclamó: «¡Qué lugar más hermoso para morir!» Además, antes de pirarse a Alaska, dejó firmados unos poderes para su mujer y puso en orden su herencia, que era millonaria (no olvidemos que su enciclopedia por fascículos sobre la fauna que publicó Salvat vendió dieciocho millones de ejemplares solo en España). También quiso hacerse una foto con todo el equipo de rodaje, algo que no había hecho jamás (ya hemos comentado que era un jefe un tanto cabroncete).

Su entierro en Poza de la Sal fue multitudinario, pero su viuda decretó que debía descansar eternamente en un panteón que se construyó en Burgos. Los vecinos de Poza de la Sal se negaron en rotundo y organizaron manifestaciones para impedirlo. La situación se puso tan tensa que el traslado del cadáver se tuvo que hacer de madrugada y con protección policial.

En toda España hay monumentos que lo recuerdan. También le hicieron uno en Alaska, en el punto exacto donde se estrelló el avión, pero ya no lo encontraréis porque hace pocos años lo derruyeron para construir una carretera. En España, su legado tampoco ha perdurado, porque la fundación, que dirigían sus hijas, se arruinó y se despidió a los trabajadores después de hacer negocios con Alfonso Rus (el de mil, dos mil, tres mil, doce mil, dos millones de *pelas*) y Marcos Benavent, el yonqui del dinero.



CHARLIE RIVEL

1896–1983

- MACHISTA AGRESIVO
- PADRE DICTADOR
- NAZI

Seguimos con nuestra campaña «Destruye tu infancia». Tras destruir a Costeau y Félix Rodríguez de la Fuente, desmaquillamos y quitamos la peluca a otro mito equivocado de nuestro país. Un payaso que da miedo. Adoptaremos una expresión de su profesión para exclamar «¡más difícil todavía!»: os hablaremos de un catalán que fue reconocido en vida como el mejor payaso del mundo; un hombre al que le concedieron la Creu de Sant Jordi (para los de la ESO, como si te regalaran un aprobado sin haber dado una en el examen) y que ha sido venerado por muchas generaciones que se han partido de risa con su alarido en la pista de circo. Pero resulta que también era un machista agresivo, un padre dictador, un hombre avaricioso, un mal hermano, y que tiene una cara B tan oscura que lo relaciona con los mismísimos Hitler, Göring y Goebbels (como *Los tres cerditos* pero con esvástica). Vamos a llorar todos cuando descubramos las verdades sobre Josep Andreu i Lasserre, conocido en el mundo entero como Charlie Rivel.

Rivel forma parte de una amplia familia de artistas de circo que él intentó eclipsar, con su manera de ser y con su fama. Para entendernos: es como si Prudencio Induráin hubiera conquistado la fama a base de hacer que la gente se olvidara de Miguel. Rivel fue un payaso genial; sin duda alguna, fue mejor payaso que Pruden ciclista, pero su fama se impuso en el imaginario popular por encima de la de su familia, que también era genial. Como mínimo, tanto como él.

La fama de Charlie fue tan impresionante que incluso Federico Fellini (un director de cine, no una marca de pasta ni un jugador de la Juve) le rindió homenaje en 1971 con la película *Los clowns*, y en 1973 actuó como estrella invitada en el festival de Eurovisión —mientras se hacía el recuento de votos —, para entretener al público. Cabe añadir que antes en Eurovisión había un nivel musical bastante decente (aquel año Mocedades representó a España, ahí es nada) y que las votaciones eran una pesadez. Ahora han conseguido exactamente lo contrario.

La cúspide de la fama de Charlie Rivel, cuando de verdad arrasó, llegó en los años treinta y cuarenta, especialmente en Alemania, donde Los Rivels, que era como se llamaba la compañía fundada por el padre de Charlie (Pedro

Andreu) junto con su madre (Marie-Louise Lasserre) eran imbatibles y llenaban la Scala de Varietés de Berlín —con capacidad para dos mil espectadores— tres veces al día.

La troupe de los Rivel, bajo la firme batuta del patriarca y su mujer, estaba formada por sus cinco hijos: Charlie, Polo, René, Marcel (*Celito*) y Roger (después conocido como Rogelio Rivel y que acabaría siendo el archienemigo de su hermano, en una pugna que recuerda a la de los hermanos Dassler cuando se pelearon y acabaron creando Adidas y Puma, respectivamente).

Cuando Hitler decidió invadir Europa, Los Rivels estaban de gira por Dinamarca, pero tenían una serie de contratos firmados para actuar en Alemania. La familia vivía en un casoplón cerca de París (Chennevières-sur-Marne), que el padre había comprado después de vender el circo Reina Victoria de Barcelona. Las diferentes posturas ante lo que estaba sucediendo en Europa dividieron a la familia. Por un lado, los hermanos menores sostenían que no podían actuar para los nazis y querían cancelar los espectáculos y volver a Francia; por otro, Charlie, quien ya sentía evidentes simpatías hacia la nueva ideología, defendió que se tenía que cumplir con lo que se había pactado.

Como decirle que no a Hitler y sus empresarios no era nada fácil, Los Rivels volvieron a Alemania y allí fue donde nuestro payaso del alarido se portó como un cerdo con toda la familia. Intentó convencer a su padre, que en aquel momento tenía sesenta y un años, de que dejara el liderazgo de la compañía en sus manos. El padre y los hermanos se oponían a ello, porque Charlie ya daba muestras —según las palabras de sus hermanos— de ser autoritario, de tener una ambición desmedida y de que lo único que deseaba era tener cerca mucha gente que lo halagara y hablara bien de él. Un Cristiano Ronaldo con la cara pintada y peluca, para entendernos.

Ser el jefe suponía decidir sobre los números del espectáculo, en los que Charlie siempre era la estrella, y administrar los ingresos, cerrar contratos y organizar las giras. Ni los padres ni los hermanos se fiaban de Charlie, que decidió escindirse del clan familiar y establecer el suyo propio. Ahora bien, lo hizo arramblando con todo lo que pudo: números, atrezo y los detalles que el patriarca había creado durante años.

El problema fue, entonces, la gestión del nombre. Rivel, que a lo largo de los años de éxito continuado había creado una prolífica red de contactos con las autoridades nazis, llevó a su familia ante los tribunales para quedarse con el nombre comercial de Los Rivels. La demanda no la puso ni en España, su

país, ni en Francia, donde residía. La puso en la Alemania nazi, porque sabía que era donde tenía más posibilidades de ganarla. Ante eso, su padre cortó toda relación con él, al igual que sus hermanos. Los Ewing de *Dallas* son la familia de Peppa Pig al lado de los Rivel.

El 17 de noviembre de 1935 empieza el primer proceso contra la familia Rivel propiciado por la denuncia de Charlie ante los tribunales nazis de Frankfurt. Sin embargo, la sentencia no es tan favorable para Charlie como él esperaba, porque el resto de la familia tiene tanto prestigio como él. Así, se determina que la troupe se quedaría el nombre original, Los Rivels, y que Charlie podía utilizar el «Rivel» cuando actuara en solitario. Su idea de crear otro clan de Rivels, que era la marca famosa en la época, fracasó. Charlie, al más puro estilo Bartomeu, impugnó la sentencia y volvió a denunciar a sus hermanos más adelante, en 1958 y en 1978, siendo octogenario y cuando la gloria era ya toda suya.

Con la troupe descabezada, los Rivel se vuelven a Francia, donde empiezan a colaborar con la Resistencia, mientras que Charlie se queda en Berlín como gran estrella de un régimen que lo idolatraba; llegó a actuar en una película dirigida por Göring en la que compartió cartel con la amante del dirigente nazi.

Aquí es donde empieza la gran polémica entre los defensores y los detractores de Charlie, muchos de ellos de su propia familia. ¿Realmente estaba comprometido con el régimen nazi y por el hecho de quedarse en Alemania no podía hacer otra cosa? El mismo Rivel, en sus memorias, *Pobre payaso*, pasa de puntillas por el tema y afirma que Berlín no era el sitio idóneo para saber qué estaban haciendo los nazis. Salvo que uno pasara casualmente por los barrios judíos, el cuartel de la Gestapo o las librerías saqueadas para quemar sus volúmenes… Desde luego, en Berlín no sucedía nada.

La relación entre nuestro payaso de Cubelles y Hitler se descubrió un poco más tarde, cuando el historiador alemán Henrik Eberle publicó un libro titulado *Cartas a Hitler*, donde recopila las misivas que varias personas enviaron al Führer, un poco como el «Luis, sé fuerte» de Rajoy a Bárcenas. En 1943, Rivel envía a Hitler la siguiente felicitación por sus 54.º cumpleaños: «Su Excelencia, reciba también este año mi más efusiva felicitación por su cumpleaños. Que el Señor [no sabía que Hitler no creía en Dios] le siga regalando energía y fuerza, y que bajo su mando los pueblos europeos consigan la victoria final y una Europa nueva y feliz.»

Sí, de acuerdo, también en este caso ocurre lo de que no se podía hacer otra cosa, que si no ibas a la fiesta en el Chiquipark de Adolf, te la jugabas, y que había que hacerle la pelota. Pero… es que hay formas y formas. Rivel, en esta y otras muchas cartas que envía al Führer, se despide siempre con la fórmula *Heil, Hitler*, que solo era obligatoria para militares y miembros del partido nazi. Igual se le iba un poco la mano en lo de hacerle la pelota.

Cuando la guerra acabó, Rivel se pasó cinco años sin actuar y no pudo volver a España hasta que envió una carta al general Franco, quien le concedió de nuevo el pasaporte español. A partir de entonces, se instaló en España y reemprendió las acciones legales contra el resto de su familia.

Si con la parte de la familia con la que cortó por lo sano en 1935 la relación era más difícil que una asamblea de Podemos, con la que viajó y formó su propia troupe la cosa tampoco fue mucho mejor.

Jacques, su nieto, hijo de Paulina Schumann (hija mayor de Charlie, que en cuanto pudo salió por patas para huir de su padre y se metió de amazona en el circo Schumann) cuenta que «Charlie Rivel era autoritario, pero limitado y primario. Las mujeres no eran nada para él. Era un machista y malo en todos los sentidos, pegaba a sus hijos e incluso a mí con el cinturón, aunque fuera un profesional de gran inteligencia y talento. Los Rivel eran una familia estúpida y destructiva, aunque los Schumann tampoco eran mucho más inteligentes». ¡Bienvenidos al maravilloso mundo del circo!

La misma fuente cuenta que Charlie Rivel se dirigía a su hija con el cariñoso apelativo de *puttana*, porque, después de divorciarse de Albert Schumann, salía con sus amigas de fiesta. ¡En 1970!

El nieto tiene muchos motivos para estar cabreado, porque en toda disputa familiar siempre hay una cuestión de dinero. Rivel, en su testamento, solo habla de los tres varones (Valentín, Carlos y Juan) y se olvida de Paulina, según relató el propio Jacques en una entrevista concedida al periódico *Ara*.

Después de recibir la Creu de Sant Jordi —que levante la mano quien aún no la tenga— Rivel hizo su última actuación en Madrid, en la Ciudad de los Muchachos, en 1983. Según el director del circo, se sentía triste porque solo le habían ido a ver los intelectuales y gente del mundo de la cultura, pero no el pueblo de Madrid, que era quien él quería que fuera.

La verdad es que fue frustrante porque, justo antes de la actuación, hizo unas declaraciones altisonantes a la prensa: «Sé que todo Madrid me volverá a demostrar lo que me quiere.» Y parece que no fue para tanto. De todas maneras, en Madrid recibió la medalla de la Orden del Mérito Civil y concedió varias entrevistas en las que dijo que se sentía orgulloso de unas

cuantas cosas, por ejemplo, de tener tres estatuas erigidas cuando todavía estaba vivo (un pelín vanidoso el hombre), y de haber ganado un concurso de imitadores de Charlot en el que participaba el propio Chaplin (aquí nos surgen unas preguntas: ¿qué había bebido el jurado? y ¿qué cojones hacía Chaplin intentando ganar aquel concurso?).

Tampoco tenía mucho acierto en escoger los médicos. En esas entrevistas hablaba de cómo uno le había dicho que podía seguir trabajando quince años más. Murió al cabo de pocos meses. Debía de tratarse del profesor Bacterio, porque Menguele la había palmado hacía tres años.

En fin, que ya sabemos por qué algunos payasos dan ese miedo inexplicable a los niños.



HANS CHRISTIAN ANDERSEN

1805–1875

- REPRIMIDO SEXUAL
- TARADO
- HISTÉRICO

Llegados a este punto, ya hemos destrozado varios ídolos de nuestra infancia, y ya que estamos puestos, le vamos a quitar el vestido a la princesa de los cuentos. Hemos dado un repaso a payasos filonazis que divirtieron a varias generaciones y maltratadores de animales que despertaron vocaciones en la zoología, así que ahora le toca a una presa de caza mayor, uno de los escritores más leídos de la historia, autor de innumerables cuentos que forman parte de la cultura popular y que han sido llevados al cine montones de veces. Es el turno de un tío más feo que Michael Reiziger, reprimido sexual —pero que podría haber posado para nuestro exhumado Salvador Dalí en *El gran masturbador*—, chalado, vanidoso, obsesivo, insoportable, histérico, cruel y acomplejado. Vamos a partirle la cara, y su inmensa nariz, al creador de *La sirenita*, *El patito feo*, *El soldadito de plomo*, *El traje nuevo del emperador*, *Las zapatillas rojas*, *La princesa y el guisante* y *La pequeña cerillera*. Sí, amigos, ya podéis tirar a la basura todos estos cuentos y comprar el último de la Patrulla Canina, porque vamos a hacer trizas a Hans Christian Andersen.

Antes de nada —y esto no es culpa suya, pobrecillo—, Andersen era *ottoe* feo. Pero con avaricia. Sufría de gigantismo y tenía unas dimensiones absolutamente desproporcionadas. Era como su patito feo, pero que en lugar de convertirse en cisne, se hubiera transformado en Godzilla. De hecho, para la descripción de *El patito feo* («era muy largo y muy feo»), no le hizo falta mucha imaginación: con mirarse a un espejo tuvo bastante. El poeta y crítico sir Edmund Grosse escribió una semblanza del autor para su sexagésimo aniversario que decía: «Las piernas y los brazos son largos y desafían cualquier proporción, las manos son grandes y planas, sus pies, tan grandes que nadie le robaría las botas. Y la nariz, pongamos que de estilo romano, es desproporcionadamente dominante en su faz. Cuando uno se despide de él, lo único que recuerda es la nariz.»

Eso sí, Andersen hubiera sido un genio de los *selfies*. Esas poses antinaturales poniendo morritos no son nada comparado con lo que hacía nuestro escritor en cada sesión fotográfica. No solo se maquillaba, sino que, para no salir tan monstruoso en las fotografías, tenía perfectamente estudiados los ángulos que daban bien en cámara o que, al menos, no le hacían tan

grotesco. Cada sesión duraba horas y desesperaba a los fotógrafos. El ángulo, la distancia, la iluminación. Era una especie de Photoshop decimonónico. Como si Rossy de Palma repitiera la sesión hasta que saliera como Charlize Theron.

Pero para entender al atormentado personaje que descubriremos poco a poco, hay que remontarse a su infancia que, como en el caso de tantos otros execrables, fue bastante dura. Para empezar, nació en una cama que su padre había construido con restos de felpa del interior de un ataúd. Empezamos bien, ¿eh?

Su familia era muy pobre, tanto que de pequeño no solo tuvo que dormir en la cama-ataúd, sino también debajo de un puente, y se vio obligado a pedir limosna, una experiencia que él mismo incluyó en su obra. Mira que hay sitios más fáciles para pedir limosna, pero si naces en Dinamarca, es una auténtica putada. Como él mismo cuenta en sus memorias: «Mi padre me leía mucho y me daba libros, pero nunca jugué con otros niños. Siempre estaba solo.» Hans era un niño de aspecto monstruoso y con unos terrores patológicos que le provocaban ataques de histeria tan bestiales que incluso sufría convulsiones. Algún médico le diagnosticó, erróneamente, que sufría epilepsia. En fin, no sabemos en vuestro cole, pero en los nuestros no le hubieran cogido ni de portero. Imaginaos: «Me han marcado un GOOOOOOOOL», y hala, a ponerse como la niña del exorcista.

Por si fuera poco, su padre murió cuando tenía once años (Hans, no el padre), y tuvo que ponerse a trabajar de lo que fuera. Su madre, mientras tanto, se dedicaba a beber sin parar con una amiga adivina que le había dicho que su hijo acabaría iluminando la ciudad donde nació. Queda claro que esta sí que era una buena pitonisa, y no, esta no era hija de Dalí.

Tres años más tarde, Hans se cansó de que su madre estuviera siempre borracha y con la mujer de las velas negras y decidió probar suerte en el Royal Theatre, donde empezó a triunfar como soprano.

Sí, sí. Soprano como Montserrat Caballé o Maria Callas. (Para los de la ESO, soprano no solo es un mafioso de Nueva Jersey; también se refiere a una voz aguda en la ópera.) Pero, como no podía ser de otra manera, este cuento no tiene un final feliz. A Hans le cambió la voz y, en medio de una función, la Callas se transformó en Joaquín Sabina. Y con esas se acabó su carrera escénica. La gente de la ópera lo tomó por un lunático, pero eso no es nada. Descartada esta faceta, quiso ser bailarín, pero era demasiado perezoso. Él mismo reconocía que aquellos fueron los años más oscuros de su vida.

De todas maneras, como Hans tenía otros talentos, empezó a escribir obras para el teatro y, a partir de ahí, poemas y cuentos que publicó en periódicos. Pasó por la universidad y a los veinticuatro años era ya un autor reconocido y de cierta fama, aunque él afirmaba que lo que de verdad le atraía era la «literatura seria» y, especialmente, la de viajes, que no tenía ningún interés en los cuentos de hadas. Un visionario, nuestro Hans.

En el teatro se enamoró perdidamente del hijo del dueño, Edvard Collin. Le escribía cartas en las que le decía cosas como «nuestra relación es como los misterios, no debe ser analizada» o «Sufro por ti como una chica calabresa». Una expresión bastante curiosa. Su amor no fue correspondido. Collin comentó muchos años después que no corresponder a Hans le había hecho mucho daño al escritor. Lo que no comentó es lo que le soltó en una carta que le escribió a Hans: «Hablar contigo de ti me molesta tanto como cuando alguien araña un cristal.» ¡Eso es amabilidad vikinga!

Parece que Hans murió virgen. (Para los de la ESO: sí, eso puede suceder. Ha habido casos, pero tú no te agobies.) Aunque eso no significa que no tuviera vida sexual. Cada vez que se masturbaba ponía una cruz en su diario y, obviamente, tenía muchas marcas: hay páginas de su diario que parecen el cementerio de Arlington. Especialmente durante el tiempo que se conoce como su «periodo erótico», que incluyó un viaje a París, donde se iba de putas, pasaba la noche sin tocarlas siquiera, se volvía al hotel y se la machacaba como un mono.

De hecho, cualquier cosa le hacía trazar muchas cruces en su querido diario, para entendernos. Como cuando se enamoró de Ribor Voigt, hermana de un amigo. La vio pasar en camisón una vez y puso dos cruces en el diario. Después, desesperado, escribió: «Dios, dame una razón para seguir viviendo, dame una novia.» Voigt y él mantuvieron una correspondencia apasionada. Ella quería que él la librase de su compromiso con su prometido (cómo tendría que ser el otro para que prefiriera a Andersen) y se escaparan juntos, pero nada de eso llegó a suceder. Cuando Andersen murió, llevaba como colgante una bolsita con una carta de Ribor Voigt.

También se enamoró de una soprano, Jenny Lind, que tampoco le correspondió, y del gran duque de Weimar, Carl Alexandre von Saxe. Parece que este sí que le correspondía o, al menos, un poco, según se observa en una carta que le escribió y en la que Andersen le decía: «Esta última vez que nos vimos sentí que estabas más ardiente, más afectuoso conmigo. Conservo cada pequeño gesto en mi corazón. Como cuando me dejaste tu capa y me la eché en los hombros. No solo me calentó el cuerpo: mi corazón brilló

ardientemente.» Pero, aunque se daban la mano en público y hasta se llegaron a besar en una ocasión, la cosa no fue más allá con el duque. Conclusión: Andersen era un *pagafantas* y el duque un calientabraguetas.

Pero no hay nada mejor para entender cómo era realmente Hans Christian que la anécdota de su visita a otro execrable, Charles Dickens. Dickens, que era un admirador de Andersen, tuvo la desafortunada idea de invitarlo a que se quedara con él una semana. Lo primero que descubrieron era que el inglés del autor de *La sirenita* era muy básico y que no se entendía casi nada de lo que decía (la semana prometía), pero eso era una tontería comparado con lo demás. Andersen necesitaba ser el centro de atención todo el tiempo y se alteraba cuando el matrimonio Dickens (que estaba en plena crisis) no le hacía caso. Uno de los días más delirantes fue cuando recibió una carta de su editor con una crítica negativa que había aparecido en un periódico. Andersen se pasó el día llorando, ahí, tirado en el jardín en Kent… ¡Pero que estaba en Inglaterra, con ese clima benigno! Lo cierto es que la inmensa vanidad de Andersen ya quedó bien manifiesta cuando escribió en su diario: «Mi nombre empieza a brillar. ¡Ese es el único propósito de mi vida!» Este perla nace ciento cincuenta años después y arrasa en *Gran Hermano*.

Pero agarraos, que sus días en casa de Dickens fueron aún más desquiciados. Andersen se quejaba, por ejemplo, de unos callos que le habían salido en los pies en tan solo una hora porque en las botas llevaba escondidos un reloj de pulsera, la cartera, unas tijeras, una navaja, dos libros y algunos papeles. No es que tuviera los pies grandes, ¡es que llevaba botas varias tallas mayores! La semana se convirtió en… ¡cinco!, y Charles Dickens las recordaba como las peores de su vida.

Pero vamos a aquello que hizo famoso a nuestro execrable: sus cuentos. Muchas veces nos han llegado versiones muy edulcoradas, sobre todo a través del cine, pero en realidad contienen una dosis de crueldad solo comprensible viniendo de una mente perturbada.

Empecemos por *La sirenita*. Muchos recordaréis la película: el príncipe se enamora de ella al final y se casan con música sabrosona, etc. Pues no. En el cuento original de Andersen, el príncipe se casa con otra y ella, como no se casa, se convierte en espíritu etéreo, en hija del aire. Vamos, que le dan calabazas y la palma, y eso después de que la bruja de los mares le cortara la lengua para que no lo pudiera contar. Claramente, estaba proyectando su miserable vida sentimental, además de ser más *gore* que *Saw*.

O *El soldadito de plomo*. Pero qué cabronazo. El soldadito que solo tiene una pierna se cae por una ventana, va a parar a una alcantarilla, lo persigue

una rata, se lo come un pez y, cuando llega a casa, el niño lo tira a la chimenea y se funde. Preferimos que nuestros hijos lean el BOE antes que este cuento. O *Las zapatillas rojas*. Una niña muy pobre y huérfana lleva las zapatillas rojas a misa. La castigan a bailar sin parar ¡y le cortan los pies! Con muletas y sin pies entra en la iglesia, la perdonan y asciende a los cielos.

O *La pequeña cerillera*, que va quemando cerillas pensando en cosas bonitas hasta que se muere. O sea, menudo cuento precioso: eres pobre y te mueres en la calle. Pero lo peor es que su cuento *La reina de las nieves*, que, por supuesto tenía un rollo mucho más cruel, inspiró *Frozen*. Es decir: por culpa de Hans Christian Andersen y de otro execrable y su empresa diabólica, Walt Disney, hoy existe la canción de *Frozen*. Eso sí que no, Hans: eso no te lo perdonaremos nunca.



COCO CHANEL

1883-1971

- ✗ TIRÁNICA
- ✗ RACISTA
- ✗ HOMÓFOBA

En este capítulo nos rasgamos las vestiduras con una de las mujeres más importantes del siglo XX, una pionera que revolucionó la manera de vestir de las mujeres y que contribuyó a modernizar su papel en la sociedad. Una persona que rompió moldes y que pasó de la pobreza absoluta a tener una de las mayores fortunas de Europa; no en vano es la autora de la frase: «El lujo es una necesidad que una tiene cuando ya no tiene necesidades.» Su legado ha llegado a nuestros días. Hizo de su apellido una marca, hasta a los de la ESO (aunque no estéis interesados en la moda) seguro que les suena. Cogemos unas tijeras y le hacemos un traje al bies a una mujer tiránica, solitaria, perfeccionista, ambiciosa, con más mala leche que el pitufo gruñón, exigente, racista y homófoba. Con todos vosotros: Gabrielle Bonheur Chanel, más conocida como Coco Chanel.

Con Chanel todo empieza mal. Por ejemplo, le escriben mal el apellido en la partida de nacimiento y le ponen «Chasnel». No sabemos si la marca hubiera triunfado con este error de transcripción, pero sí que nos parece que «Coco Chasnel» suena muy raro…

De hecho, se llamaba Gabrielle y las teorías del porqué del sobrenombre Coco son numerosas. Ella decía que era porque su madre la llamaba así; también existe la teoría, más verosímil, según la cual probó suerte en un cabaret de París donde cantaba una canción que se llamaba *Qui qu'a vu Coco*, sobre una señora que había perdido a su perrito. Un poco como el chiste «¿Has visto a miss Tetas?». Pero la versión que más nos gusta es la que cuenta que el nombre se consolidó porque era la que organizaba las mejores fiestas con cocaína de todo París.

Volvamos a su vida: su madre era una campesina y su padre un vendedor ambulante que iba con su carreta de pueblo en pueblo, y eran muy pobres. Gabrielle (o Coco) era curiosa y le gustaba leer, para lo que se escapaba a un sitio muy tranquilo que le encantaba: ¡el cementerio! No conocemos Saumur, en el noroeste de Francia, pero seguro que debía de haber algún arbolito para apoyar la espalda y leer. Hasta les llevaba regalos a los muertos. Si no hubiera triunfado en la moda, siempre le habrían podido hacer un sitio en la familia Monster (para los de la ESO, los Adams).

Su madre murió cuando tenía once años (la que tenía once años era Coco, no su madre). El padre —al que por lo visto solo había una cosa que le gustara más que las mujeres que no eran la suya, el vino— pensó: «¿Y ahora qué hago yo con toda esta patulea?», y cedió a los hermanos de Coco (no, no estamos hablando del monstruo de las galletas ni de la gallina Caponata) a la Administración, que los distribuyó entre familias de agricultores para que ayudaran en las labores del campo. A Coco y sus hermanas las enviaron al orfanato del Sagrado Corazón de María, donde nuestra protagonista sufrió la disciplina de las monjas y donde le enseñaron a coser (cosa que luego no le vino mal en la vida). Sus hermanas quedaron traumatizadas con la dureza de la vida en el orfanato; tanto que se suicidaron antes de los treinta años. Ella tampoco lo pasó bien. Cuando salió de ahí, tenía dos objetivos: no depender nunca más de nadie y hacerse inmensamente rica.

Con sus hermanos perdió el contacto en el momento en que se hartó de pagarles una pensión a cambio de que no revelaran su parentesco. Qué gran persona: pagar para ocultar sus orígenes humildes. Suerte tuvo de que no existieran los programas del corazón. Ahora serían más ricos que ella vendiendo exclusivas sobre sus juergas apasionantes con fantasmas y muertos en el cementerio.

De hecho, toda la vida estuvo inventándose historias para esconder sus orígenes. Decía que su padre, a quien no volvió a ver jamás, estaba de viaje por América, que sus hermanos vivían de renta y que ella se había criado con unas tías.

Y, siguiendo con los asuntos familiares, también escondió que su padre no se casó con su madre hasta que la familia de la madre le pagó cuando ella quedó embarazada.

Así las cosas: ¿cómo pasó de crecer en un orfanato a ser una estrella de la moda? Pues después de hacer todo tipo de trabajos, de trabajar con un sastre y de cantar de segundona en cabarets, se hizo amante de Étienne Balsan y él la introdujo en el mundo del lujo. Al poco tiempo, conoció a un pretendiente aún más rico, el capitán Arthur Edward Capel, conocido como Boy, que era íntimo de Balsan. Una Verte Wooster real (para los de la ESO, se trata de un personaje de las novelas de Wodehouse, vividor y dandi, que hoy en día arrasaría en los *realities*). Ella misma escribió: «Dos caballeros licitaban por mi pequeño cuerpo caliente.» Para los de la ESO, no hace falta explicar en qué consiste licitar: igual que en eBay, pero no te envían un correo cuando ganas. Bueno, pues resulta que Edward resultó ganador y decidió sufragar las tiendas de Coco.

Empezó por los sombreros. Había tenido de maestros a ayudantes del sombrerero más famoso de la época, Lucienne Rabatté, pero muy pronto empezaron a llamar la atención los vestidos que llevaba y que ella misma diseñaba. Sus trajes, más andróginos y cómodos, revolucionaron la moda y al cabo de poco tiempo empezó a ganar mucha pasta y se convirtió en un referente en la nueva moda.

Boy murió en un accidente de coche y ella enloqueció. Construyó un monumento en la curva en que se había matado su amante —porque él ya estaba casado con una lady que llevaba unos cuernos como el Big Ben— y decidió llevar duelo para siempre. Y así, mira tú por dónde, nació una de sus creaciones más geniales: el llamado «pequeño vestido negro», que es el atuendo ideal para un cóctel.

El duelo por Boy duró poco porque en Biarritz conoció a Demetrio Pávlovich Románov, un gran duque ruso (de los Románov de toda la vida). A Coco le gustaban más los millonarios que a nosotros los bares. Debemos decir que Demetrio Románov fue uno de los que asesinó a Rasputín y que era un seductor nato. Regaló a Coco parte de las joyas de la familia Románov (muy caras, que estamos hablando de la familia de los zares de Rusia) y le partió la cara a Ígor Stravinski, que también intentaba hacerse con el favor de nuestra protagonista.

Aquí es donde empieza la vida de glamur de Coco. Se relaciona con el duque de Westminster, el marqués de Cambridge y dicen que hasta con el duque de Windsor. De toda esta gente consigue joyas, casas en Londres y mansiones en la isla del Cabo Bretón. Se ve que coser no era lo único que se le daba bien, porque los hombres caían rendidos a sus pies.

Pero nunca llegaba a conocer al verdadero hombre de su vida. Estuvo diez años con el duque de Westminster, el hombre más rico de la Europa de la época, pero no se casó con él. Cuando él le presentó a su futura esposa —por si os interesa, se llamaba Loelia Mary Ponsonby, hija del barón Sysonby— y le preguntó: «¿He escogido bien?», ella respondió: «Hay muchas duquesas de Westminster; Coco Chanel solo hay una.»

También en Montecarlo, a través de Románov, conoce al productor americano de origen polaco Samuel Goldwyn, el de la Metro Goldwyn Mayer (sí, la del león) y empieza a trabajar en Hollywood y a diseñar para Greta Garbo y Marlene Dietrich. Creaba vestuarios para Renoir y Visconti, tenía cuatro mil trabajadores y el mundo la adoraba. En esta época alterna también con Picasso, quien la sedujo, y que provocó que pronunciara la frase: «Hasta ahora pensaba que un español con sombrero no era más que un payaso.» Y de

Dalí Coco dijo, para jorobar a Gala, que se había acostado con el maestro del fémur perdido, pero ya sabemos que Dalí era más de darle al manubrio. De cualquier manera, Pilar Abel, si nos lees, que sepas que tal vez seas hija de Dalí y de Coco Chanel.

Un buen día empezaron las críticas y la competencia con Elsa Schiaparelli, su archienemiga, del grupo de los surrealistas. En cualquier caso, el momento clave que marcó su decadencia sucedió durante la Segunda Guerra Mundial. No era un buen momento para la moda; tuvo que despedir a casi todos sus empleados y cerrar sus tiendas, menos la de la calle Cambon, en la que, básicamente, solo vendía su perfume N.º 5. Sin embargo, muchas biografías hablan de que estos despidos se debieron, en realidad, a una represalia tras una huelga y que ella se jactaba de que así era.

Y ahora la parte oscura, porque no ibais a creer que lo peor de Coco Chanel era que le gustaban los millonarios ¿no? Pues eso. En plena invasión nazi, ella confesó que sus ideas políticas eran muy parecidas a las que propugnaban los alemanes, que odiaba a los homosexuales y que los judíos eran el cáncer de la sociedad. Cuando los alemanes entraron en París, y con la mediación de un amante suyo que era un diplomático y espía alemán (sí, también era rico), le permitieron vivir en el Hotel Ritz de la capital francesa, donde se hospedaban los capitostes nazis. Vamos, ¡que estaba como en casa! Tanto es así, que acabó por pasar gran parte del resto de su vida en ese hotel.

Un documental de France 3 demuestra que nuestra amiga, aprovechando las nuevas normas antisemitas, intentó quedarse con las acciones de la empresa Bourjois, que comercializaba su N.º 5 y estaba en manos de su socio, el judío Pierre Wertheimer. Pero este, que temía a los nazis pero aún más a su socia, que era una arpía, puso todas sus acciones a nombre de un cristiano, Félix Amiot, quien se las devolvió cuando acabó la guerra.

Chanel, que entonces tenía cincuenta y cuatro años, trece más que su amante de la Gestapo, escribe una carta en la que afirma: «Chanel continúa siendo propiedad de judíos y la compañía ha sido abandonada por sus dueños; tengo derecho indiscutible de propiedad y ustedes [los nazis] pueden ayudarme a recuperar cuanto he perdido.»

Con todo, Pierre Wertheimer era un buenazo: como la disputa judicial con Coco Chanel hubiera perjudicado a la empresa, llegaron a un acuerdo por el que ella cada año recibiría millones de dólares y, además, tendría todos los gastos pagados (pagarle los gastos a esta era como decirnos a nosotros que tenemos barra libre. Puede salir muy caro). Por otra parte, también cabe decir

que, en el trato inicial, cuando se empezó a fabricar el perfume, Coco solo se quedaba el diez por ciento de los beneficios de la compañía.

Pero no se vayan todavía, aún hay más. Al desclasificar los archivos nazis, se descubrió que Coco era la agente F-7124 de la Abwehr (organización de inteligencia militar alemana) y que su nombre en clave era Westminster. Conocía a todo el mundo y sus relaciones llegaban a todos los países.

Tuvo varias misiones, algunas en España, en relación con Gibraltar para cerrar el estrecho, pero la más sonada fue con Winston Churchill, a quien Coco ya conocía. Se trataba de la operación Modellhout. Chanel se entrevistó hasta con Himmler. La idea era proponerle un armisticio (para los de la ESO, cuando dejas de pelearte con tu hermano) en Londres para debilitar al bando aliado. Por supuesto, Churchill no aceptó porque Vera Bate Lombardi, amiga, amante y trabajadora de Chanel, denunció el tinglado.

Parece que, a cambio de tan buenos servicios, Chanel pidió la liberación de su sobrino (todo apunta a que este sobrino era, en realidad, su hijo, fruto de su primera relación con Balsan), recluido en un campo de concentración nazi. Los alemanes cumplieron con su parte del trato y lo soltaron.

Al acabar la guerra, Coco se exilió en Suiza (sí, donde Bárcenas) durante diez años, porque su popularidad había caído en picado, y no volvió a París hasta 1954, donde se instaló en el Ritz; total, pagaban los Wertheimer.

Ya sin amantes ricos que la distrajesen, se convirtió en una cascarrabias que se quejaba de todo. Por ejemplo, echaba pestes de progresos tan obscenos como la minifalda, pues según ella las rodillas eran la parte más fea del cuerpo de una mujer.

Sin pareja, sin hijos, sin amigos, sola con su morfina, a la que era adicta desde 1935, murió a los ochenta y siete años.



JIM MORRISON

1943-1971

- BORRACHO DEGENERADO
- EXHIBICIONISTA
- MALTRATADOR

Entra en el Club de los Execrables un artista total: músico, poeta, agitador cultural… El símbolo por excelencia de la revolución juvenil que, encima, se convirtió en un mito a causa de su prematura muerte. Un mito sexual. Visto así, hablamos de un hombre realmente ilustre y admirable, pero resulta que también tenía una cara B, que contó Ray Manzarek, su compañero en The Doors, que en sus memorias se refiere a nuestro hombre como un «borracho degenerado», así, sin medias tintas. Y es que hablamos de ese pavo que es soportable hasta que se toma dos copas (aunque, en el caso que nos ocupa, la cosa sería más bien muchas botellas y algunos estupefacientes) y entonces se pone violento, pesado, desagradable y exhibicionista. El típico borracho *pesao* que hay en todas las fiestas. Con todos vosotros: James Douglas Morrison, Jim Morrison, *el rey Lagarto*.

Por hacerlo breve: el principal problema de Morrison, como pasa a menudo y se puede leer en cualquier manual de autoayuda y psicología barata, fue su infancia: Morrison fue un niño acomplejado y solitario que sufrió la disciplina militar de un padre muy estricto. Y no exageramos cuando hablamos de disciplina militar, no. Su padre era almirante de la Marina de Estados Unidos. Uno de los más importantes, además, como lo demuestra el hecho de que fue el capitán del primer barco nuclear de la armada norteamericana.

Como su padre cambiaba de destino a menudo, el pequeño Jim no podía asentarse ni hacer amigos. A los catorce años había vivido ya en siete ciudades diferentes y, como no había *play*, se dedicó a leer mucho. Pero no *Guillermo el travieso* o las novelas de Harry Potter; ni siquiera el *Playboy*. Comenzó a darle a los poetas malditos franceses como Baudelaire, Rimbaud o Céline.

Años más tarde, cuando se independizó de su familia, se había convertido en un icono hippy y en el tío más deseado del planeta, que se metía de todo y aleccionaba a las masas, desde el escenario, contra la guerra de Vietnam. Escondió siempre sus orígenes mintiendo sobre su familia: no convenía que se supiera que el padre del Rey Lagarto era un militar de Estados Unidos. A

su vez, el hombre también intentaba ocultar a sus compañeros que el chaval que escandalizaba a las familias de bien estadounidenses era su hijo.

A pesar de esto, a lo largo de su carrera, Morrison necesitó la ayuda de su papi, cuando tenía problemas con la justicia a causa de sus dos principales aficiones: enseñar el pito en público y mamar hasta caer doblado (para los de la ESO, no hace falta aclarar nada; en cualquier caso, la vida de Morrison era como uno de vuestros fines de semana, pero cada día y ligando). Se las daba de independiente, pero al final, después de estar meses o años sin dirigirse la palabra, era su padre quien tenía que escribirle al sheriff que lo había arrestado o al juez para conseguir la libertad condicional. La primera vez que le pasó algo así tenía diecinueve años, y lo detuvieron en un estadio de fútbol americano en la universidad cuando, absolutamente borracho, se sacó la chorra para que se le ventilara ahí, en medio de la gradería. O sea, que la jarana empezó prontito.

La historia de cómo Morrison saltó a la fama es bastante conocida. Estudiaba cine en la UCLA (en la misma clase que Francis Ford Coppola, por cierto; así que si pensáis en Coppola, os podréis imaginar las pintas que tendría Morrison si siguiera vivo) y no iba a clase, pero en cambio fumaba muchos porros y leía a autores tan extraños que sus profesores no se acababan de creer que existieran y tenían que comprobarlo en la Biblioteca del Congreso. Un buen día, en Venice Beach, conoce a Ray Manzarek, que estudiaba en la misma universidad. Este tampoco iba a clase y se ponía como las cabras con el LSD. Tenía un grupo de música, pero le faltaba cantante. Morrison le enseñó sus poemas y decidieron unir fuerzas «para ganar un millón de dólares».

Le pusieron al grupo The Doors en homenaje al ensayo de Aldous Huxley *Las puertas de la percepción*, donde el autor hablaba de sus experiencias con la mescalina. Además, empiezan a tocar en un bar llamado Whisky a Go-Go. Toda una declaración de intenciones. ¿Qué podía salir mal?

Resumiendo: tenemos a un grupo de adictos a los estupefacientes, que acaba de fichar a un cantante intensito nivel fuerza de los mares quien, además de hincharse a sustancias ilegales, pimpla como una esponja y se bebe el bourbon como si fuera horchata. El pequeño detalle que no habían calculado es que Morrison era muy tímido y le daba vergüenza cantar frente al público. Él —vamos a recordar: niño tímido, solitario, sin amigos— no estaba preparado para salir al escenario. Y ¿cómo se cura el pánico escénico? Pues sí, señor: saliendo a tocar completamente mamado y, a veces, hasta borracho.

En estas condiciones, las actuaciones eran memorables, porque cada día pasaba algo. La fama del grupo empezó a extenderse hasta que un día se lio parda. Jim debía de tener un día especialmente tímido y se pasó con el bourbon, la marihuana y el LSD, y cuando sus compañeros lo subieron al escenario, comenzó a cantar-recitar *The End*, un tema más largo que un día sin pan, sobre el que Morrison improvisaba según el nivel de pedo que llevara encima. Aquel día, bien colocado el muchacho, le salió la famosa estrofa:

¿Papá?
Sí, hijo.
Quiero matarte. ¿Mamá?
Sí, hijo.
Quiero follarte.

Los echaron del bar, pero en el público estaba un productor musical que los contrató nada más salir por la puerta. Empezaba así la leyenda de The Doors.

La carrera del grupo fue corta pero intensa. Morrison se convirtió enseguida en la estrella de la banda, a la que muchos empezaron a llamar Jim Morrison and the Doors, cosa que no le gustaba ni a él mismo y que sembró la semilla de los celos. Todo esto aderezado con cantidades ingentes de tequila, heroína, cocaína, peyote, marihuana y todo lo demás. Se metían hasta el alpiste del canario, si hacía falta.

Obviamente, en estas condiciones, los conciertos eran como una boda a la que invitaran a Ernst de Hannover (que sabes más o menos cómo empezará la cosa, pero no cómo acabará). Es famosa la actuación en Miami en que Morrison hizo un discurso político contra la guerra y las normas establecidas que provocó un motín, o cuando se convirtió en el primer artista arrestado estando aún en el escenario a media actuación.

Sucedió en New Haven. Antes de salir ante el público, Morrison calentaba motores con una chica en el baño del local. Un policía los descubrió y quiso detenerlo, y Morrison se puso chulo rollo Esperanza Aguirre y su «usted no sabe con quién está hablando». El poli, que realmente no tenía ni idea de con quién estaba hablando, lo roció con espray pimienta. La llegada del resto del grupo ayudó a calmar los ánimos. Se retrasó la actuación bastante, en un local en que el aforo estaba ampliamente superado. La gente se ponía nerviosa. Al final salió Morrison y, en lugar de ponerse a cantar, empezó a contar al público lo que le había pasado y denunció al poli, lo señaló y lo llamó «cerdo». Y se lanza entonces a soltar un mitin en plan Gabriel Rufián. A los polis se les hincharon las pelotas y lo detuvieron bajo acusación de incitación al motín.

Que las actuaciones acabaran en el juzgado comenzaba a ser habitual, y los problemas judiciales que acechaban a Morrison empezaban a cansar a los demás miembros de la banda, que, claramente, ya no escondían que no aguantaban a Morrison. Krieger, Densmore y Manzarek coincidían en afirmar que Jim era un tipo soportable, pero que colocado era insufrible. Y ya no recordaban la última vez que lo habían visto sereno.

Anécdotas sobre los conciertos hay a montones. Por ejemplo: hicieron una gira por Europa en que cancelaron buena parte de las actuaciones porque Morrison ni siquiera se presentó. En algunas salas llegaron a tocar sin cantante porque o bien nadie sabía dónde estaba o porque llegaba tambaleante… En Amsterdam (¿dónde si no?) Morrison se lo pasó tan a lo grande que sufrió un colapso por abusar de las drogas y hubo que ingresarlo en un hospital. La continuidad del grupo estaba en serio peligro por culpa de los excesos del cantante.

Hasta que llegó un concierto en Miami, el 1 de marzo de 1969, en el Dinner Kay Auditorium, con una capacidad para 6.900 personas, pero donde había más de 14.000 espectadores. Morrison decidió cambiar la actuación por un mitin político en el que pidió a la gente que saliera a la calle e hiciera la revolución y, en pleno éxtasis revolucionario, se abrió la bragueta y simuló masturbarse en público. ¡Delante de 14.000 personas! Con dos cojones, nunca mejor dicho.

Lo acusaron de escándalo público, claro está, y empezó un proceso judicial que marcó el final de la banda. Morrison se gastó parte de su fortuna en contratar abogados para evitar que lo metieran en la trena y, por si acaso, salió por patas de Estados Unidos y se largó a Europa a no hacer nada más que seguir bebiendo y drogándose, pero en París; es decir, inauguró el programa Erasmus.

Evidentemente, con estos desajustes de personalidad, sus relaciones con las mujeres también fueron tempestuosas. Su novia oficial era Pamela Courson, a quien él llamaba su «amor cósmico»; también ella era adicta a la heroína y mantenían una relación abierta (vaya, que follaban con todo el que se les pusiera por delante). Morrison incluso llegó a casarse por el rito celta con la escritora irlandesa Patricia Kennealy. Las broncas y las reconciliaciones eran constantes, y a Morrison se le iba la mano demasiado a menudo.

Por si faltaba algo para completar el retrato, Jim era un maltratador. Además de las peleas con Pamela, también cascó a Janis Joplin en una fiesta en la que, como era habitual, se emborrachó hasta ponerse absolutamente

insoportable. A pesar de ello, a pesar de tener la mano larga, su magnetismo con las mujeres era brutal. Llegó a ser el ciudadano americano con más demandas por paternidad interpuestas. Un poco como Julio Iglesias, pero en hippy.

Morrison, huyendo de las demandas por paternidad, de la persecución judicial por cascársela en público en Miami y buscando iniciar su carrera como escritor y poeta, se fue a vivir, como decíamos, a París con su novia Pamela.

El 3 de julio de 1971, con solo veintisiete años, Morrison —que más bien aparentaba cincuenta porque estaba ya muy perjudicado (gordo, enemigo de la ducha y con el cabello largo)— apareció muerto en la bañera del piso que compartía con su novia.

Y aquí llegamos a una de las partes que más nos gustan y que caracterizan a un execrable como Dios manda: la teoría de la conspiración sobre su muerte y, ya puestos, la teoría según la que Morrison fingió su muerte y vive en algún lugar del mundo con Elvis, Marilyn, Kennedy y las urnas del *procés*.

La causa oficial de su fallecimiento fue un paro cardíaco. Y punto. Pasen, pasen y circulen, que aquí no hay nada que ver. Los franceses no se preocuparon mucho de investigar la muerte del cantante y no le hicieron ni la autopsia. Y a partir de esta investigación, que pudo haber firmado el inspector Clouseau, se formaron las distintas teorías de la conspiración, que van desde el suicidio al asesinato, pasando por la simulación de su propia muerte.

A estas teorías se sumó hasta el teclista del grupo, Manzarek, quien en una entrevista dijo que «si hay alguien capaz de poner en escena su propia muerte, crear un certificado de defunción ridículo, pagar a un médico francés, poner un saco de ochenta kilos en un ataúd y desaparecer en alguna parte del mundo, ese es Morrison. Sería capaz de hacer todo eso».

Además, Manzarek contó que Morrison en alguna ocasión le había hablado de las Seychelles como el lugar ideal para desaparecer después de simular su muerte.

En cualquier caso, en 2014, la exmodelo y cantante Marianne Faithfull contó a la revista *Mojo* la verdad sobre las últimas horas de Morrison. Ella también estaba en París intentando superar, a base de drogas y juergas, la ruptura con Mick Jagger. Se lio con un tío llamado Jean de Breuteuil, el camello de los famosos, que vendió a Morrison una heroína extremadamente pura. De ahí la sobredosis cuando se la inyectó en el baño de un local parisino llamado Rock and Roll Circus.

Se desmayó allí mismo y, en lugar de avisar a un médico, el dueño del local y el camello sacaron a Morrison por la puerta de atrás, lo llevaron a su piso, lo metieron en la bañera para reanimarlo y lo dejaron con su novia, que también iba hasta arriba de heroína. Faithfull no sabe si ya llegó muerto a casa o si se ahogó mientras estaba inconsciente cuando lo metieron en la bañera. El caso es que dos días después seguía muerto en la bañera, con hielo para que no oliera y, al final, se decidieron a llamar a un médico, que certificó la muerte. Fue enterrado en el cementerio de Père Lachaise.

Su tumba se convirtió inmediatamente en una atracción turística y es el quinto monumento más visitado de París, hasta tal punto que tuvieron que poner vigilancia porque la gente aficionada al turismo mortuorio y los fans hacían de todo sobre la lápida (que alguien roba cada cuatro meses más o menos): desde orgías a misas negras o rituales chamánicos con peyote, todo en honor al Rey Lagarto, quien, por cierto, ha acabado pasando también a la historia de la paleontología cuando un científico de la Universidad de Nebraska descubrió en Birmania el fósil de un lagarto gigante, que bautizó como *Barbarturex morrisoni*, en honor al líder de The Doors.



HUGH HEFNER

1926–2017

- MACHISTA
- PROXENETA
- EXTORSIONADOR

Vamos a hablar de alguien que ha provocado codo de tenista a miles de personas que nunca han jugado al tenis. Una persona que encarnaba el sueño de varias generaciones de adolescentes que dejaron pegajosas las páginas de su revista. Un editor de prensa que creó un espacio de libertad en la encorsetada sociedad norteamericana, que luchó por las libertades civiles, que reunió a grandes escritores como Norman Mailer, John Updike, Jack Kerouac y obras literarias tan trascendentales como *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury (para los de la ESO: son demasiados nombres como para entrar en aclaraciones; ¿para qué cojones tenéis la Wikipedia?). Un hombre que rompió reglas, las que hacía falta romper y las que no. Porque nuestro personaje también fue uno de los mayores machistas, cosificadores (para los de la ESO, como cuando admiras a Kim Kardashian solo por su físico y no por su talento) y empresario con menos escrúpulos de la cultura popular americana. Un tío que colaboró con verdaderos violadores, que fue acusado de drogar a sus «conejitas» y que fue casi un proxeneta en su célebre y decadente mansión de Beverly Hills. Sí, amigos, vamos a quitarle la gorra —y ese absurdo batín que debía de apestar a naftalina— a Hugh Marston Hefner, más conocido como Hugh Hefner o Hef, creador del imperio Playboy.

Debemos decir que la presentación de este execrable denota (en nosotros) cierta evolución y que los tiempos cambian, porque no hace tanto habríamos dicho que era el puto amo y no un execrable y un personaje abyecto de verdad.

Por esta vez, nos vamos a saltar el rollo de la infancia en una familia puritana y conservadora, y sus inicios en el mundo de la prensa (en *Esquire* o, atención al dato, la revista *Children's Activities*), e iremos directamente a la mítica revista, que en principio debía llamarse *Stag Party* (fiesta de hombres, o despedida de soltero, o sea, «campo de nabos con *strippers*»). Sea como fuere, más vale *strippers* que tíos vestidos de torero o de bebé acompañados de lamentables grupos de amigos tocando la trompeta.

Volviendo a la revista, la montó en 1953 con varios inversores. La primera foto de portada, la de Marilyn Monroe, la compró por quinientos dólares al fotógrafo, cuando este, en un momento en que la actriz no iba muy

boyante, le había pagado a ella cincuenta dólares y la había convencido de que se trataban de imágenes para un calendario de poca circulación. Hefner vendió cincuenta mil ejemplares de la revista sin el consentimiento de Monroe. Todo un ejemplo de ética periodística que se repitió a menudo. Eso sí, para compensar, Hefner, ya rico, compró su parcela mortuoria justo al lado de la actriz por setenta y cinco mil dólares. Marilyn, ¡no te lo quitas de encima ni muerta!

La cosa resultó en un éxito rotundo que le permitió comprarse la mansión Playboy en California (la verdad es que para estar en pelotas era mejor California que Chicago, donde empezó) y el logo del conejito se convirtió en un icono pop universal. También montó una cadena de clubes nocturnos con el personal femenino disfrazado de conejitas y con pajarita.

Hef era un provocador que en los años sesenta tenía amigos como el cómico Lenny Bruce o el músico Miles Davis, y que defendía las libertades civiles de los negros. Envió a un periodista negro a entrevistar a George Lincoln Rockwell, fundador del partido nazi americano. El sujeto se dejó entrevistar una vez le garantizaron que el periodista no era judío, y tuvo una pistola cargada a su lado todo el rato que duró la conversación.

Hef también defendió los derechos de los homosexuales: *Esquire* rechazó un relato distópico (para los de la ESO: una versión del mundo peor que la actual, por ejemplo, como si vuestro equipo bajara a segunda, para que lo pilléis). El relato era de Charles Beaumont y presentaba una sociedad en que la norma era ser homosexual y se perseguía a los heterosexuales. Recibió críticas iracundas y Hef respondió que si aquello estaba mal, lo contrario, perseguir a los homosexuales, estaba igual de mal. Lo que decimos: Hefner era casi un santo ¿no?

Podría parecerlo… pero no. Porque, a pesar de sus excelentes colaboradores literarios, lo que hizo millonario a Hefner y exitosa *Playboy* (vendía siete millones de ejemplares, un poco más que *La Razón*) fue desnudar a mujeres y cosificarlas (es decir, convertirlas en objetos para disfrute de los hombres). *Playboy* contribuyó definitivamente a ello y sus primeras declaraciones contra el feminismo lo confirman: «El feminismo militante va en contra de la relación romántica hombre-mujer que defiende *Playboy*.» También defendía la idea de que *Playboy* convirtiera a las mujeres en objetos sexuales, con esta perla: «La idea de que *Playboy* convierte a las mujeres en objetos sexuales es ridícula. Las mujeres son objetos sexuales. Si las mujeres no fueran objetos sexuales no existiría la generación siguiente… Por eso usan carmín y minifalda.» La periodista Gloria Steiner, que se infiltró

como conejita en Playboy, el club, escribió después un libro titulado *A Bunny's tale*, en que resume: «Una mujer que lea la revista se siente como un judío leyendo un manual nazi». ¡Hostias, si es que ni Torrente está a su altura!

Pero hablemos de la mansión. En aquella época, todo aquel que fuera alguien era invitado al 10.233 de Charing Cross, en Holmby Hills, Los Ángeles. Magic Johnson decía que había cien mujeres por cada diez hombres: ya vamos mal. Además, en cada habitación e incluso en la piscina, que se llamaba The Grotto, y también en la pista de tenis, había una bandeja con pañuelos de papel, vaselina y aceite Johnson para niños. Lo que no había era condones. Hef los tenía absolutamente prohibidos. Ya os empieza a dar asco, ¿eh?

La mansión, además, no era tan glamurosa como cabría imaginar. Muchas de las exconejitas que vivieron allí la describen como cutre, con poca higiene en las sábanas y cagadas del perro de Hefner en las alfombras.

Como cuenta en sus memorias, *Down the Rabbit Hole*, la exconejita y *playmate* Holly Madison: «Al principio crees que la puerta de hierro de la entrada es para que no entre nadie; después, te das cuenta de que es para que no salgas.»

En la mansión, Hef tenía una especie de harén. A las chicas les daba una asignación de mil dólares semanales, que solo se podían gastar en ropa. Quedaba con ellas en su habitación y decidía si se la daba o no, en función de cómo se habían portado, si habían sido sexualmente activas en las fiestas y si habían cumplido con las normas de la casa que incluían, por ejemplo, estar a las nueve en casa. Nada de salir. Por supuesto, nada de novios y máximo control de las relaciones sociales. Eso sí, les pagaba las operaciones estéticas porque le encantaban las tetas grandes, aunque si los implantes de silicona no quedaban bien o las chicas tenían problemas, las despedía y fichaba a otras para cubrir sus puestos. De hecho, no sabía diferenciarlas.

Pero vamos a lo más fuerte. Si alguien lee el testamento de Hef, en el que deja su fortuna a sus hijos con algunas condiciones, entre las cuales figura que no consuman drogas, se puede tener una imagen distorsionada del prenda. Una de sus novias-conejitas, la mencionada Holly Madison, contaba que la primera vez que bailaron, Hugh Hefner le dio metacualona, la droga de la peli *El lobo de Wall Street*. Le dijo que se la daba porque era una droga «abrepiernas». Rollo «Manada» y su burundanga.

Por si la cosa no fuera ya bastante gorda, es la misma droga que supuestamente utilizaba Bill Cosby para drogar y violar a la menor Chloe Goins en la mansión Playboy. Chloe acusó a Hefner de cómplice, aunque él lo

negó. Según ella, cuando empezó a sentirse rara después de una bebida que le dio Cosby, Hefner le dijo que se tumbara y se relajara, todo para que su colega pudiera después forzarla. Otra mujer también afirma haber sido violada por Cosby en la mansión. Era la casa de los horrores… La propiedad se vendió no hace mucho por cien millones de dólares. La compró Dean Metropoulos, el vecino de al lado, suponemos que harto de las fiestas. Nosotros creemos que habría que quemarla.

Pero volvamos a las cuestiones familiares y a la herencia, porque entre toda la parentela se disputan un legado de 45 millones de dólares. Sus hijos (cuyas edades van de los 65 a los 26 años, lo que se llama una familia intergeneracional) fueron fruto de tres matrimonios: a su primera mujer la dejó cuando se hizo millonario y las otras dos fueron ex *playmates*.

La segunda esposa fue Kimberly Conrad, a quien como regalo de bodas obsequió una edición extra de la revista para coleccionistas, de 93 páginas, en la que aparecía ella desnuda. Para que el mundo pudiera ver cómo un señor de 63 años se tiraba a un monumento de 26.

Y es que, seamos realistas, lo de las conejitas tenía un pase hasta cierta edad, pero como se pregunta la periodista feminista Suzanne Moore, «¿qué chica de 23 años no tiene el sueño de follarse a un octogenario? Formar parte del harén de Hefner era como formar parte del equipo de Donald Trump». De hecho, una de las condiciones para entrar en la mansión era pasar una noche de prueba con Hefner.

Hefner practicó el sexo, o algo parecido, con sus conejitas hasta los últimos días, cuando iba por la casa con un andador. Kendra Williams, otra de las *playmates*, reconoció que «tenía que estar muy borracha para estar con él». Cuenta que el viejo verde llamaba a la habitación a cinco o seis chicas, se ponía hasta el culo de Viagra y hala, vayan pasando. Las chicas aseguran que hacían turnos para no estar más de un minuto con él. Seguramente no sabían si follárselo o echarlo al cocido.

Además, también le afectó la crisis. En los ochenta, la escogida como *playmate* recibía un Porsche de premio. En los últimos tiempos, un Mini Cooper.

Él, para dar ejemplo, seguía con su dieta: Pepsi a la temperatura que él indicaba, sopa Campbell de pollo con fideos y M&M de postre.

La historia de *Playboy* está llena de tristeza. Como la de la actriz Dorothy Stratten, *playmate* de agosto de 1970 y *playmate* del año en 1980. El gran director de cine Peter Bogdanovich pensó que podía llegar a ser una gran actriz y le dio un papel en *Todos rieron*, con Audrey Hepburn y Ben Gazzara.

Ella y el director se enamoraron; el macarra del novio se puso celoso y la mató, luego violó el cadáver y se suicidó.

El caso conmocionó a todo Estados Unidos. Bob Fosse hizo un *biopic*, *Star 80*, en el que Mariel Hemingway interpretaba a Dorothy. Peter Bogdanovich escribió un libro sobre ella, *The Killing of the Unicorn* [El asesinato del unicornio], donde contaba que Hugh Hefner la asaltó sexualmente el día en que la conoció. Los abogados de Hefner, con la excusa de que la víctima y testigo estaba muerta, obligaron a que Bogdanovich quitara la palabra «violación». Todo un detalle.

Todas estas miserias las cuenta también el que fue su secretario, Stefan Tetenbaum, quien asegura que un día por semana Hefner organizaba en la mansión lo que se daba en llamar «noches cerdas» —en las que las invitadas a la casa eran prostitutas de lujo y corrían kilos de cocaína— con gente selecta del mundo del espectáculo, la política o los negocios.

Tetenbaum asegura que todas aquellas fiestas eran grabadas sin que los participantes lo supieran, por si algún día el magnate necesitaba de su ayuda o le querían perjudicar. Lo que viene siendo extorsión, vamos.

Así que ya lo sabéis: cuando veáis esa foto patética de Hugh Hefner sonriente con bata, gorra y pipa, no penséis que era un magnate de la prensa, de la televisión y el *soft porn*. Pensad que era un tipo asqueroso, el más execrable de los que murieron en 2017. Y eso que hubo una dura competencia…



THOMAS EDISON

1847–1931

- ✗ MALTRATADOR
- ✗ MANIPULADOR
- ✗ APROVECHADO

Vamos a iluminarnos con la vida de una persona que ha pasado a la historia como un científico brillante, un benefactor de la humanidad, un tipo entregado al conocimiento, el inventor por excelencia… Toca dar una descarga eléctrica a Thomas Alva Edison, quien, para los de la ESO, no juega en ningún equipo, sino que es el falso inventor de la bombilla, un empresario implacable, un hombre vanidoso, un niño mimado colérico, un usurpador dispuesto a pasar a la historia a cualquier precio, un tipo cruel y un aprovechado.

A Edison le debemos mucho y el mundo sería diferente si él no hubiera existido, pero no fue el inventor de la bombilla. Sí: una putada para los de la ESO. Una cosa que sí sabíais y va y resulta que es mentira, o casi. La historia oficial nos decía que Edison inventó la bombilla y que empezó a hacerse rico a partir de esta feliz idea. ¡Pues no!

Los científicos Woodward y Evans patentaron, en 1875, el sistema primitivo de la bombilla, justo antes de que lo hiciera otro científico llamado Joseph Swan. Estos dos (o tres) fueron los inventores. Lo que hizo Edison fue comprar los derechos de la patente y poner un equipo a mejorarla hasta que pudiera ser comercializada. Que no es que no sea poca cosa, pero las cosas como son: Edison no inventó la bombilla.

Es más, si echamos la vista atrás, el invento de la bombilla se debe a un descubrimiento de Heinrich Göbel en 1854. Este alemán intentó vender la patente de su invento a Edison, que la rechazó, y al poco tiempo, Göbel murió. Su viuda, acechada por las deudas, recibió la visita de… ¿quién? Pues de Edison, que le compró la patente del invento por un precio irrisorio.

Ya veréis que, de esta manera, Edison consiguió pasar a la historia como el gran inventor ficticio. Registró más de mil patentes, lo que, si las matemáticas no nos fallan, significaría que inventó algo cada quince días. Ni Josep Pedrerol es capaz de tanta creatividad.

En cambio, sí inventó el fonógrafo. Y eso sí que es un milagro porque, ojo al dato: el hombre que ideó un aparato que grababa y después reproducía sonidos era prácticamente sordo. Como si dijéramos que el tío que inventó Pornhub era ciego. De momento, ninguna investigación desmiente la autoría

de este mecanismo, pero parece sospechoso, sobre todo porque ya existía el gramófono inventado por Berliner. Lo único que añadió nuestro amigo Edi fue el nombre: lo llamó «reproductor de discos». Como decíamos, todo muy sospechoso.

El embrollo sobre la corriente alterna o continua es una de las cosas que hizo que a Edison se le fuera la olla y que se volviera despiadado. Todo empezó con un empleado suyo, llamado Tesla (para los de la ESO: si únicamente has pensado «Tesla, el de los coches», tenemos un problema). Total, que Nikola Tesla era un ingeniero infravalorado, que empezó a desarrollar la corriente alterna (AC) y al que Edison prometió un montón de dinero. Cuando Tesla acabó su proyecto, Edison lo menospreció, le soltó el clásico «que era broma, hombre» justo cuando le tocaba apoquinar la pasta y le dijo que su invento no tenía ningún futuro comercial. Tesla se cabreó, se fue a Westinghouse y ahí fue donde empezó la guerra de las corrientes AC-DC.

Edison era considerado un genio en Estados Unidos y no estaba dispuesto a que el *pringao* ese, junto al empresario que fabricaba frenos para trenes, le robaran protagonismo. Así que se alió con el banquero J. P. Morgan, otro execrable, y montaron espectáculos para que el público comprobara lo peligrosa que era la corriente alterna, al contrario que la suya, la continua. En esas demostraciones, daba corriente continua a un gato, un perro o un caballo. Después, los electrocutaba con corriente alterna y los animales morían cruelmente. Era su manera de demostrar que la corriente continua era más segura. Esto es lo que le pasó al perro *Dash*: le dio mil voltios de corriente continua y después fue horrible y dolorosamente ejecutado con trescientos voltios de corriente alterna.

Coged unos pañuelos de papel y poned música triste, que os vamos a contar la historia de *Topsy*. Si llorasteis con *Dumbo* y con la madre de Bambi, preparaos para lo que hizo el malvado Edison a nuestro *Topsy*, un elefante africano domesticado a quien sometían a brutales métodos de entrenamiento. Un día, *Topsy*, que se había ido volviendo más irascible, se cargó a su domador.

Edison pensó que sería un ejemplo perfecto y organizó, en Coney Island, un multitudinario espectáculo para electrocutarlo con una descarga de seis mil seiscientos voltios delante de mil quinientas personas. Frieron por dentro al pobre elefante, que murió mirando al público sin emitir sonido alguno. A lo mejor algo influyó en ello el hecho de que antes del espectáculo le dieron

zanahorias inyectadas con cuatrocientos sesenta gramos de cianuro potásico, por si fallaban las descargas eléctricas.

El cabronazo de Edison, ante las quejas de los defensores de los animales, llamó al elefante «asesino de hombres» y mintió diciendo que había matado a varios domadores. En Coney Island hace poco quitaron la placa que llevaba el nombre de Edison y pusieron en su lugar un monumento en homenaje a *Topsy*.

El elefante tardó un minuto en morir delante de los mil quinientos espectadores —ríete tú de las corridas de toros— mientras Edison filmaba aquel espectáculo macabro para que se exhibiera en cines de todo el país. Mientras os secáis las lágrimas, veamos cómo todo puede ir a peor.

Edison había cogido carrerilla después de los gatos, el perro *Dash* y el elefante *Topsy*, y ahora quería probar con un ser humano. Sí, señores y señoras: sin Edison no habría silla eléctrica.

William Kemmler fue el primer condenado a morir en la silla eléctrica. Westinghouse se opuso a la ejecución, pero Edison apoyó el castigo, pensando que así ganaría la batalla a favor de su idea de la corriente continua y que se divulgaría el hecho de que era posible morir a causa de la corriente alterna. El preso tardó más de un minuto en fallecer y varios asistentes vomitaron. Edison acabó por convencer al alcaide de la cárcel de Sing Sing de que ejecutaran a los condenados en la silla eléctrica. Un pedazo de pan, vamos…

Os recordamos que todo esto fue para imponer su sistema eléctrico, mucho peor que el de Tesla, cuyo invento había sido capaz de iluminar la Feria de Chicago por la mitad de precio del que proponía Edison. Además, la corriente alterna no se sobrecalienta ni tiene tantas averías.

A pesar de todo, la tecnología que prevaleció fue la de la corriente alterna, aunque parece que la electricidad del futuro (coches eléctricos, baterías, etc.) volverá a ser la continua. Pese a perder la guerra de las corrientes, no lloréis, porque Edison se hizo de oro, entre otras cosas, con las pilas. No las inventó él, ni tampoco su equipo, pero sí las perfeccionó y las pilas se convirtieron en indispensables en todos los hogares del mundo.

Aun con sus mil patentes registradas, parece que Edison era un listo y se colgaba medallas que no eran suyas. Escribió que fue el descubridor del papel encerado para los negativos fotográficos. Después se descubrió que lo había patentado, pero que el descubridor había sido Gustave LeGray en 1851. Vaya, que Edison era un jeta y ni inventó la bombilla ni el papel encerado ni las pilas ni la reproducción musical.

¿Y el telégrafo? También se atribuye a Edison ese invento, aunque eso ya no cuela. Desarrolló la impresora telegráfica, el sistema dúplex y muchas cosas para el telégrafo, pero, querido profesor Bacterio, el telégrafo no lo hiciste tú. ¡Eso no!

Edison era un manipulador que se quería apropiar de todo y siempre estaba metido en juicios por patentes de inventos que no habían desarrollado él o su equipo, al que en la época se conocía como «los esclavos de Edison». Maltrato, horarios más largos que los que impone Apple en China, prometer compartir la autoría de los inventos para luego si te he visto no me acuerdo… Su ambición era tal que no escuchaba las advertencias. A pesar de que había pruebas que indicaban lo contrario, garantizó por escrito que ninguno de sus trabajadores corría peligro en los ensayos con rayos X. Lo que pasa es que la realidad se obstina en tener razón, y Clarence Madison Dally, un soplador de vidrio que trabajaba con estos rayos radiactivos, sufrió la amputación de los dos brazos en un intento por salvarle la vida, algo que, desgraciadamente, no sirvió de nada. Murió entre fuertes dolores. Hay que decir que Edison abandonó sus investigaciones con rayos X. Más vale tarde que nunca, menos para Dally.

¿Y qué fue de Tesla? Ahora se le reconoce, pero murió pobre y rechazó el premio Nobel porque tenía que compartirlo con Edison. Eso sí, han puesto su nombre a una marca de coches eléctricos, que es por lo que a los de la ESO les suena su nombre. Un tribunal de Estados Unidos confirmó que Marconi le había robado la idea de la radio y las diecisiete patentes del invento. ¿También tú, Marconi, quieres pertenecer al Club de los Execrables?

Aunque, claro, a Tesla también hay que darle de comer aparte… la caricatura de científico loco responde bastante a su perfil: un tío que fue un genio e inventó muchas cosas, que murió en la más absoluta pobreza, engañado por Westinghouse, quien arrambló con todas sus patentes, mientras Edison se hacía inmensamente rico. Gracias a Dios, Tesla no pasó a la historia por los inventos que no consiguió hacer realidad como el rayo de la muerte, la máquina de provocar terremotos o una máquina para controlar el clima. Si lo pilla Spectra, se forra.

Una de las cosas que sí debemos agradecer a Edison es que fuera un mafioso y que gracias a él naciera la industria del cine en Hollywood. Edison nos sorprende de nuevo haciéndose con las patentes del cine de los hermanos Lumière para desarrollarlas en la Costa Este de Estados Unidos. Obligaba a todos los cines a emplear su proyector (que no era suyo), y que todos los directores filmaran con una cámara patentada (que no inventada) por él, y que

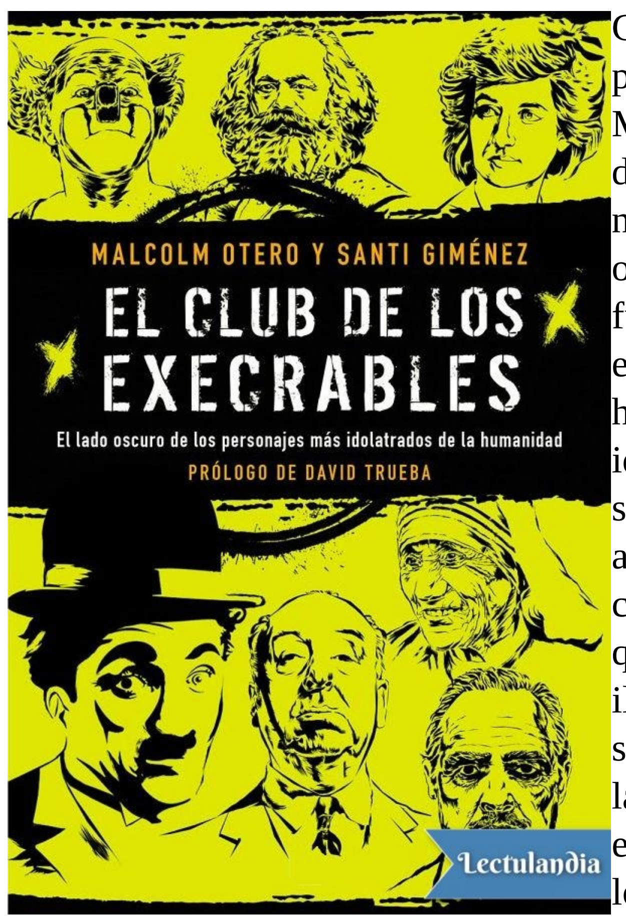
le pagasen por ello. Si se negaban, les hacía una oferta que no podían rechazar. Al más puro estilo Corleone: o les quemaba el cine o les enviaba unos amigos a que les dieran una paliza. Incluso ordenó que unos pistoleros se cargaran a algún competidor.

Pero resulta que el denominado «canon Edison» solo tenía vigencia en la Costa Este. Así que un tal Carl Laemmle decidió irse de Nueva York en 1909 y buscar un sitio cerca de Los Ángeles donde poder desarrollar el negocio del cine sin sufrir las prácticas mafiosas de Edison. Se fue a un lugar llamado Hollywood y allí fundó la Universal City, con la que hizo fortuna.

Todo un personaje, este Edison, que al final de sus días dijo una de las pocas verdades que se le conocen: «Lo único que he inventado es la manera de ganar mucho dinero para poder seguir inventando.»

Lástima que los inventos fueran de otros.

El libro que disecciona los aspectos execrables de los grandes nombres de la humanidad.



Como decía Billy Wilder, nadie es perfecto, y en este libro los periodistas Malcolm Otero y Santi Giménez nos descubren el lado oscuro de muchos nombres conocidos, los aspectos ocultos de personajes que han sido fundamentales para la humanidad escribiendo, actuando, componiendo, haciendo deporte… y por ello son idolatrados. Y es que los autores no soportan a los ídolos. Pueden admirar a mucha gente, pero siempre con cautela. De su mano descubriremos que muchas de las personalidades más ilustres de la humanidad también han sido seres detestables: adictos, ladrones, agresores, violentos, racistas, envidiosos, trepas… Son famosos y los admiramos porque constituyen el pilar sobre el que se alza el paisaje cultural de nuestra vida, pero también entran en la categoría de ilustres execrables. Malcolm Otero y Santi Giménez se convierten de este modo en detectives de la historia y nos hablan de primeras fi guras mundiales (de quienes siempre se ignora toda la verdad) de forma mordaz, irónica y con brillantes golpes de humor e ingenio. El resultado —nacido del programa de radio *Via Lliure*, de RAC1, y convertido en un gran éxito de ventas en catalán — llega ahora en castellano dispuesto a seducir a un público ávido de entretenimiento.

«Este libro que tienen en las manos es la mejor razón para no morirse. Porque cuando te mueres, mira lo que hacen estos tipos contigo.»

DAVID TRUEBA



Malcolm Otero *(el de la derecha en la foto)*. Sobre el autor Malcolm Otero. Nació en Barcelona en 1973, el mismo día en que se fundó el Barça, pero unos años después. Fue culé en Madrid y siempre un entusiasta de los libros y los bares. Para salvar su hígado, decidió dedicarse a editar, pero sin dejar de apoyar incondicionalmente a los productores de tequila.

Santi Giménez. En una broma del destino, nació el Día Mundial del Ahorro de 1968. La Caja de Ahorros de la Diputación le abrió una libreta, pero nunca le regalaron un calendario. Normalmente, escribe sobre fútbol (ahora en el diario As), hecho que le permite conocer a mucha gente interesante, pagarse los vicios, los libros y las pensiones.

Un día Malcom y Santi se conocieron en un bar, cómo no, y empezaron a hablar mal de gente conocida, se liaron y terminaron trabajando juntos en RAC1. El resto es borroso.